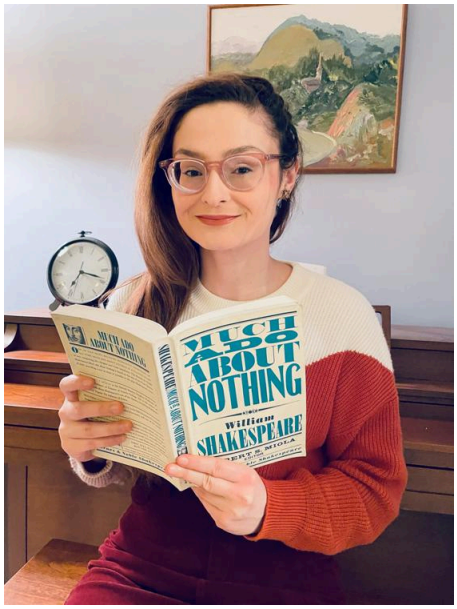
FUN ROMANCE



El *affaire* AUSTEN

Madeline Bell

Libros de seda



Madeline Bell creció en Poughkeepsie, Nueva York, y tiene una maestría en Escritura Creativa por la Universidad de Columbia. Como cualquier heroína de comedia romántica que se precie, es neoyorquina, adorablemente torpe y tiene un trabajo de oficina en el ámbito creativo. Es la primera autora que Libros de Seda publica en su nueva colección Fun Romance; comedias románticas, contemporáneas o históricas, siempre divertidas.



Una comedia digna de la propia Austen llena de sinvergüenzas, antepasados entrometidos y pretendientes muy insistentes cuya lectura transporta entre carcajadas a la época de la Regencia.

Tess es una actriz de segunda que ha crecido viendo películas de Jane Austen una y otra vez con su madre y soñando con trabajar algún día en una de ellas. Cuando por fin consigue el papel de protagonista en la adaptación de *La abadía de Northanger*, decide demostrar su valía. Pero hay un problema, y es que su guapo compañero de reparto, Hugh Balfour, no le deja espacio para destacar. Entonces, un accidente eléctrico hará, nunca mejor dicho, que «las chispas salten entre ellos». Ambos se verán trasladados a otra época en la que, para sobrevivir, no les quedará otra que cooperar, aunque sea a regañadientes.

El *affaire* AUSTEN

Madeline Bell

Libros de seda

El affaire Austen

Título original: *The Austen Affair*

Copyright © 2025 by Madeline Bell
Translation rights arranged by KT Literary LLC. and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.
All rights reserved.

© de la traducción: Noelia Pousada Lobeira

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
@librosdesedaeditorial
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: @isabela-g
Conversión en epub: Álvaro López López

Imagen de la cubierta: © Irene Miller/Shutterstock (zapatillas deportivas de la dama); Ildiko Neer/Arcangel Images (dama con falda)

Primera edición digital: octubre de 2025

ISBN: 978-84-10481-09-1

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Agradecimientos

Para mis abuelas, Madeline y Tess

PRÓLOGO



Es una verdad universalmente reconocida que las mujeres, desde tiempos inmemoriales (bueno, desde 1995), están obsesionadas con Colin Firth. Mi madre no era una excepción.

De mi más tierna infancia recuerdo estar acurrucada junto a ella en el sofá, con un cubo enorme de palomitas en su regazo, viendo a Elizabeth Bennet poner a parir al señor Darcy después de lo ridícula y torpe que fue su primera propuesta de matrimonio. En una ocasión, mamá apuntó al televisor con el mando a distancia y pausó la adaptación de la BBC el tiempo justo para decirme:

—Pero ¿tú has visto qué patético? Y una cosa te voy a decir: la propuesta de matrimonio de tu padre fue incluso peor.

Mi padre ni estaba ni se le esperaba. Cuando mamá le anunció que estaba embarazada, él se limitó a proponer medio en broma que estaba dispuesto a salvaguardar su honor. Ella tuvo claro que, si tan poco entusiasmo le ponía a la idea de casarse, estaría mejor sin él. A veces, en los libros de Jane Austen, la protagonista rechaza una propuesta de matrimonio y con ello anima a su pretendiente a volver a intentarlo más adelante y a esforzarse mucho más para conseguir un sí. Pero, siendo del todo sincera, me parece que no es eso lo que quería mamá. Ella siempre ha sabido separar la ficción de la realidad.

Aunque eso no quiere decir que no le encantara la ficción.

Sentido y sensibilidad, Orgullo y prejuicio, Mansfield Park, Emma, Persuasión y *La abadía de Northanger*. Estos seis libros conforman el grueso de la obra de Jane Austen y la han situado entre los grandes genios de la literatura inglesa de todos los tiempos. También eran las seis cosas que más le gustaban a mamá en el mundo, aparte de mí. Siempre tuve claro que yo era la número uno, como también tenía claro que Jane Austen me pisaba los talones.

Nací y crecí en el sur de California, pero a los siete años, era capaz de imitar el acento británico de una forma tan convincente que hasta parecía que me había criado en Surrey. Para mí era algo de lo más natural, la consecuencia lógica de vivir en un piso donde se reproducía en bucle una adaptación de Austen u otra.

Llegamos al punto de que se convirtió en ruido de fondo. A menudo, ni siquiera había nadie viendo la televisión: yo podía estar cortando la lechuga para la cena en la cocina y oír a lo lejos el zumbido de las flechas que lanzaba Gwyneth Paltrow junto con el señor Knightley en la habitación contigua.

Ahora que lo pienso, no debería sorprender a nadie que me haya convertido en actriz. La televisión era algo sagrado en nuestra casa: siempre estaba encendida y nos proporcionaba un agradable ambiente de fondo en un hogar ya de por sí encantador. Aunque nuestro piso estaba siempre patas arriba, un caos de objetos y colores, la pantalla siempre estaba despejada para que pudiéramos verla. En realidad, era la única cosa que estaba en su sitio en nuestro apartamento de dos habitaciones, que, por lo demás, era un completo desastre. Había mantas de punto desperdigadas por las sillas y cualquier superficie plana estaba hasta arriba de tazas de té con manchas de pintalabios. Cuando era pequeña, más de dos veces al mes, mamá y yo pedíamos comida china para cenar porque traía los cubiertos incluidos y, por lo tanto, podíamos aplazar una noche más lo de lavar los platos. Me parece que la primera vez que vi el suelo de nuestro salón fue a los veintitrés años, el día que nos pusimos a recogerlo todo para la mudanza.

La primera temporada de *Chuck Brown* acababa de terminar y, por primera vez en mi vida, tenía dinero de verdad. No al nivel de las estrellas de Hollywood, pero sí era la protagonista de una serie que, para sorpresa de todos, había sido un éxito, y todo apuntaba a que me subirían el sueldo en las próximas temporadas. Me lo gasté todo: dediqué hasta el último centavo del sueldo neto de los veintidós primeros episodios a comprarle a mamá un pequeño apartamento de dos habitaciones en Thousand Oaks, ciudad al norte de Los Ángeles. Estaba hecho a su medida. Paredes de estuco blanco y una puerta frontal de color rojo. Mi serie se rodaba principalmente en Vancouver, pero estaría yendo y viniendo a Los Ángeles; ya nos las arreglaríamos para hacer de esa casa nuestro hogar.

Yo imaginaba que mamá viviría en Thousand Oaks los siguientes cuarenta años, que, algún día, nos invitaría a mí y a mis hijos por Navidad y el Día de Acción de Gracias. Pero la diagnosticaron seis meses después de mudarnos.

Al cabo de un año, falleció.

CAPÍTULO 1



Estoy en la tienda del servicio de *catering* del set de rodaje y visto un delicado abrigo de viaje de color azul y una capota a juego. Con los nervios a flor de piel, aprieto entre los dientes uno de los guantes de color pastel para que me sea más fácil deslizar el dedo por los comentarios de Twitter.

Sabía que, tarde o temprano, saltaría la noticia, pero todavía no estoy preparada para tanta humillación pública.

> @EW: *Cambios importantes en el elenco de «Chuck Brown»: la dos veces ganadora de los Teen Choice Awards[1], Tess Bright, SALE de la temporada 5.*

> @FamososTomandoUnTe: *Anónimo de Vancouver: No han buscado una sustituta para T*ss Br*ght pq hubiera «problemas de horarios·. la HAN PUESTO DE PATITAS EN LA CALLE pq la pifió en las temporadas 3 y 4. Si hasta los de producción la llamaban Tess la Desastress.*

Estoy a punto de vomitarlo todo encima de mi precioso traje de época. Sigo deslizando el dedo por los comentarios, entrando en pánico, hasta golpearme de cabeza, como si fuera un muro digital, contra el comunicado oficial de mi anterior productora ejecutiva.

> @ChuckBrownOficial: *Comunicado de la productora ejecutiva, Donna Cox, acerca del cambio de actriz, en la siguiente imagen.*
>
> *Negamos todos los rumores que dan a entender que se ha buscado una sustituta para Tess Bright por falta de profesionalidad y confianza. Consulten el comunicado del equipo de Tess, en el que se confirma que abandona la serie por problemas de horario con el rodaje de su nueva película, «La abadía de Northanger». El reparto y el equipo de Chuck Brown le deseamos lo mejor a Tess. xoxo[2], Donna.*

Empiezo a hiperventilar. Donna me salvó los muebles, aunque no tenía por qué.

Pero esa negación pública no ha convencido a nadie y un montón de fans están convencidos de que solo es para quedar bien entre profesionales, lo cual, en parte, es cierto. A mi alrededor oigo al equipo de producción preparar ajetreado la siguiente escena, y yo me coloco mirando hacia el rincón de la tienda del servicio de *catering* para que nadie que pase por ahí lea todas esas noticias tan humillantes en mi cara.

> @RosingsParkour: *El comunicado de la productora ejecutiva de CB solo ha servido para avivar los rumores, creo yo. Para qué negarlo a no ser que sea verdad?? Tess se va a cargar esta adaptación de «La abadía de Northanger».*
>
> @LaLocaDeLaTortilla: *Tess Bright tiene una cara demasiado moderna para esta película. Lo siento, pero es la pura verdad.*
> @Mitad_Agonia: *No sé qué hacer. Obviamente, me apetece ver «La abadía de Northanger» por lo guapo que es Hugh Balfour, pero me da que Tess lo va a echar todo a perder.*

Ya casi han pasado nueve meses desde que se anunció el reparto principal de *La abadía de Northanger* y tenía la esperanza de que, a estas alturas, a la gente ya se le hubiera pasado el cabreo, pero ya me puedo ir olvidando: la noticia del cambio de reparto ha echado más leña al fuego. A ver, que hasta yo, cuando fui a la audición, pensaba que había una probabilidad entre un millón de que me dieran el papel. ¿A quién se le ocurriría escoger a una chica conocida por aparecer en un drama para adolescentes de lo más extraño, inspirado en unos dibujos animados con tropecientas temporadas, para la superproducción de una obra clásica de la literatura? Aun así, con toda la inocencia del mundo, tenía la esperanza de que los espectadores se dignaran a ver mi actuación antes de juzgarme. Necesitaba gustar a la gente en este papel. Y mucho. Es lo único que me queda de mi carrera.

Y no voy a mentir: Entiendo por qué me he quedado en la calle hasta conseguir este papel en *La abadía de Northanger*. Llevaba mucho tiempo sin dar lo mejor de mí en *Chuck Brown* y no es algo de lo que me enorgullezca ni por asomo. Los meses siguientes al funeral de mi madre los pasé en estado catatónico. Con eso no quiero decir que me quedara en la cama sin mover un dedo. No dejé de caminar ni de hablar ni de presentarme en el set de rodaje, aunque muchas veces llegaba tarde, pero la luz de mis ojos se había apagado. Lo sabía porque había visto los *reels* de mi último trabajo. Los fans enfadados de *Chuck Brown* tenían razón: en la

cuarta temporada estaba desganada. Tampoco había puesto mucho de mi parte en la mayoría de los episodios de la segunda y tercera temporada, cuando nos enteramos de lo enferma que estaba mi madre.

Mi agente me contó que estaban buscando reparto para una adaptación de *La abadía de Northanger* unos nueve meses después de perderla a ella. Fue la primera vez que sentí algo parecido a una emoción de verdad desde lo que me parecía una eternidad, en vez de esa... apatía. Nunca he estado en coma —aunque sí uno de mis personajes para la televisión—, pero fue como despertar en una cama de hospital tras pasar años inconsciente. La noticia me obligó a centrarme. *La abadía de Northanger* es una obra de Austen infravalorada y con muy pocas adaptaciones. También era la segunda novela favorita de mi madre.

Y supongo que me las arreglé para convencer al director y al departamento de reparto de que se olvidaran de lo de *Chuck Brown*. Bueno, si hasta yo me había olvidado. Tenía que poner toda la carne en el asador y demostrar mi talento no solo a las personas presentes en la sala de audiciones, sino también a mí misma. Tenía que conseguir ese papel o morir en el intento. Porque si me daban la oportunidad de honrar a mi madre con una película de Austen, lo bordaría. Mi actuación sería toda una revelación. Sería una oración en su honor, una elegía, un epitafio escrito con el corazón.

Y yo sería la hija de mi madre.

—¡Tess! —Katie, del departamento de vestuario, se acerca apresurada y me aparta a manotazos de la comida—. ¡No me digas que te has puesto a comer con el traje puesto!

Agarro de cualquier manera el teléfono, con las prisas de quitarme el guante de la boca.

—¡Solo un poco de zanahoria y apio! —le prometo—. Como me prohibiste comer cualquier cosa que pringue...

Katie suelta una risa cargada de desesperación.

—¡Pues será porque no eres capaz de comer nada medianamente líquido sin mancharte de pies a cabeza! —Señala el guante que llevo suelto con uno de sus dedos rollizos—. Y no te creas que no te he visto con eso en la boca. ¡Que está hecho a mano, Tess!

Le dedico el gesto más avergonzado que soy capaz de poner.

—Lo siento, Katie. —Se me hace un nudo en el estómago cuando me pregunto si habrá visto las noticias que han salido a la luz sobre mí. Es posible que ahora mismo me esté juzgando para sus adentros, que esté pensando que soy un desastre

completo y que mi falta de cuidado con el traje es otra prueba más de todos mis defectos como persona.

Katie me sonríe, ceñuda, y se me relajan los músculos.

—Por favor, recuerda que estamos intentando usar siempre la misma ropa en las escenas.

—Por ti, querida —le digo, metiendo las manos enguantadas en los bolsillos para protegerlos de cualquier peligro—, haría cualquier cosa.

Justo entonces, veo un borrón oscuro como el carbón pasar a toda velocidad junto a mí. Extiendo una mano y me pongo a perseguir a mi coestrella.

—¡Ay, Hugh! ¿Tienes un hueco libre para ensayar juntos las frases de la siguiente escena? Quiero que salga bien. —Hugh es conocido por ser un profesional consumado. Si consigo convencerlo de que esto también es cuestión de vida o muerte para mí, tal vez me gane su confianza. Y, con suerte, este riesgo monumental para mi carrera que estoy corriendo con *La abadía de Northanger* habrá valido la pena.

Hugh Balfour —el británico de pura cepa que interpreta al héroe romántico Henry Tilney— se detiene de repente, aunque de mala gana. Yo me he puesto colorada porque me cuesta seguirle el ritmo. Hugh tiene unas piernas larguísimas y yo, para más inri, llevo puesto un corsé de la Regencia inglesa, y por muy cómodo que fuera para las que estaban acostumbradas a llevarlo día sí, día también, yo no acabo de acostumbrarme. Soy de las que se desabrocha el sujetador nada más llegar a casa, así que lo de encariñarme con el corsé lo veo difícil.

—Señorita Bright —me dice Hugh con su voz tempestuosa—, ¿cuántas veces tengo que decirle que yo no ensayo con nadie?

—Venga, aunque sea solo una vez. —Le sonrío con picardía, con la esperanza de romper el hielo de una vez por todas con mi coestrella tirando de humor. Hugh se considera un actor consumado, pero, por ahora, más bien me parece un esnob de libro. Si es que... ¿de qué otra manera puedes llamar a alguien que se niega a socializar en el set de rodaje, que sigue a rajatabla la etiqueta y las formas de tratamiento de la Regencia y que no quiere ensayar las escenas con su pareja? Por si fuera poco, se niega a entrar en el estudio de maquillaje si hay una actriz dentro, ya que, según él, Henry Tilney no se quedaría a solas con una mujer soltera para no desatar la ira de la sociedad respetable.

Me da igual que se haya formado en la Real Academia de Arte Dramático[3]: a mí me parece que le falta un tornillo.

Me niego a causar una mala impresión por un fanático aburrido de sangre azul.

Toda la película depende de la química que tengamos. La gente ya me odia y lo adora a él. Las fans irán a ver esta película convencidas de que lo voy a hacer fatal, pero que quede bien claro: ¡no va a ser el caso! Aun así, si el amor que sienten nuestros personajes no es creíble, toda la película se irá al garete y la gente me echará a mí la culpa.

Yo no puedo ser como Dakota Johnson en la adaptación de Netflix de *Persuasión*. No puedo. No tengo la carrera que tiene ella. Esta es una oportunidad de oro, la última de todas. Si la echo a perder, estaré acabada. Tengo veintiséis años, y a Hollywood le encanta que las mujeres relativamente jóvenes pasen a la historia en cuanto meten la pata. Los veintisiete se ciernen sobre mí y me dicen con la voz de Charlotte Lucas: «¡Tengo miedo!». Y ni siquiera tengo padres para vivir del cuento. Sin *Chuck Brown* como último recurso, tendré que darme con un canto en los dientes si me contratan para hacer películas navideñas cutres antes de caer en el olvido.

Como si a Hugh Balfour, la nueva estrella de buena familia, le importara... Tiene veintiocho años, dos más que yo, pero es un hombre, de modo que tiene mucho más margen para consolidarse como actor. Tampoco es que le haga falta: ya tiene una filmografía mucho más impresionante que la mía. Interpretó un papel secundario pero importante en una película biográfica sobre Christopher Nolan y apareció en dos episodios de la nueva temporada de *The Crown*, y en el resto de su página de IMDB destacan títulos dramáticos estilo Scorsese que animan a los espectadores a reflexionar sobre temas profundos y sobre la intención del director. Lo único en lo que te hace pensar *Chuck Brown* es en qué se habrán fumado nuestros guionistas.

—No acostumbro a socializar para preparar mi papel —me recuerda Hugh. Contrae tanto la cara que parece que se acaba de chupar un limón... Como si al paradigma de siglos y siglos de compostura inglesa ni se le pudiera ocurrir algo tan poco glamuroso.

La verdad es que es una pena que Hugh se pase cada segundo del día de morros. Cuando no pone esa cara de pocos amigos es muy atractivo, lo cual, por otro lado, es normal, tratándose de una estrella de cine, pero la suya no es la típica belleza de los taquillazos de Hollywood. No lo verías alejándose de una explosión con un palillo en la boca en una de esas películas de acción que se estrenan en Navidad. No se oculta detrás de ninguna máscara, no se broncea la piel de forma artificial ni se deshidrata para que destaquen más los músculos. Tiene cierto aire byroniano: debería estar en un acantilado, con el viento apartándole los rizos oscuros de esa

frente tan noble que tiene, sumido en profundas reflexiones sobre el destino de su amor perdido. No voy a negar que tiene unos pómulos marcados, aristocráticos, y unos centelleantes ojos oscuros que maravillan y aterrorizan a la vez.

Pero no puedes fijarte en nada de eso cuando esa lamentable personalidad suya te quita las ganas de vivir.

Tras negarse con contundencia a establecer una relación cordial conmigo, Hugh reanuda la marcha.

Lo sigo. Para cansina, yo.

—No te creas que te vas a librar de mí para siempre —le digo; noto que se me agudiza la voz media octava más, pero me da igual.

—No, para siempre no —masculla Hugh—. Solo hasta que acabemos de rodar.

—Venga ya —chillo—. Sé que ya tienes un método mágico para preparar los papeles, pero tendré que conocer aunque sea un poco a mi pareja de escena. ¿Por qué no ensayamos desde la mitad de esta?

Hugh enarca con sarcasmo una de esas cejas oscuras que tiene.

—Si no le importa... Parece que va a llover y tendremos que esperar varias horas. Preferiría pasarlas a resguardo en mi tráiler. —Justo acabamos de llegar ahí. Agarra el pomo de la puerta (me he dado cuenta de que muchas veces se queda atascada) y la abre con fuerza de un tirón. Como si le tuviera tirria.

—O podrías pasarte esas horas en mi tráiler —propongo; si no hay más remedio, conseguiré gustarle a base de molestarlo—. ¡Es igual de grande!

—No, gracias. —Hugh suelta una carcajada irónica—. Ya me he enterado de las condiciones en las que tiene usted su tráiler.

Entra y me cierra la puerta en las narices.

Será cabrón...

---

[1] N. de la Trad.: Premios otorgados cada año a estrellas de cine, televisión, música... con los votos emitidos por adolescentes en los Estados Unidos.

[2] N. de la Ed.: Expresión coloquial, utilizada especialmente en redes sociales y en Estados Unidos, que significa «abrazos y besos».

[3] N. de la Trad.: Escuela de arte dramático de Londres, una de las más prestigiosas del mundo.

CAPÍTULO 2



Regreso a mi tráiler, un lugar seguro donde hace más calor, para esperar a que pase la tormenta. Durante unos diez minutos me distraigo con la aplicación de citas Bumble. Descarto sin pensarlo a cualquiera que tenga pinta de trabajar en el equipo de producción y observo las caras de los habitantes de la zona, tratando de decidir si un lío de una noche rebajaría el estrés o lo empeoraría. Al final, opto por no hacer un *match* con nadie. El amor no es lo mío. No lo ha sido nunca.

Al igual que Marianne Dashwood, siempre he estado más del lado de la sensibilidad que del sentido. Me entrego en cuerpo y alma en todas las relaciones y, a veces, la gente se asusta con tanta intensidad. Ryan, el último chico con el que tuve una relación seria, me dejó tirada justo cuando mi madre acababa de empezar la quimioterapia. Llevábamos dos meses saliendo cuando le dije que estaba enamorada de él. Supongo que le pareció muy precipitado, porque la siguiente vez que lo vi fue en una página de cotilleos, acompañado de una supermodelo en el estreno de su película. Llevo una dieta estricta en el plano romántico desde entonces: nada de ataduras, solo me veo con hombres para liberar un poco de estrés. Y, aun así, sigo saliendo herida.

Lo más probable es que no ayude en nada que me gusten las caras bonitas —en Hollywood las hay para dar y tomar— y que no se me dé muy bien ver a las personas por lo que son de verdad. Siempre acabo con los que te ponen los cuernos, los que te dejan plantada y los que tienen fobia al compromiso. Una razón más por la que mi vida es un desastre.

Lanzo el teléfono al sofá, presa de la frustración, y me doy cuenta de que, si me encandilara de un chico cualquiera en estos momentos, no podría centrarme en la única persona con la que necesito por todos los medios tener algo de química: Hugh Balfour.

Hugh no aparece en ninguna de las aplicaciones de citas que he descargado. Seguro que tiene una novia perfecta de familia rica en su casa en Londres. Y seguro que él le es fiel, a diferencia de todos los imbéciles con los que he salido.

Hugh será narcisista, pero me parece que es más respetable que el 66,6 % de mis exnovios.

Suspiro y apoyo la cabeza contra la ventana de plástico de mi tráiler para tratar de despejar la mente.

Para rodar la mayor parte de las escenas hemos venido a la querida Inglaterra, tan bonita como lluviosa; para ser más exactos, a Hampshire, el mismo condado en el que vivió y murió Jane Austen. Era de esperar que Hugh se soltase un poquito en su tierra, pero nanay. Sigue con el palo bien metido por el trasero, y, por cierto, vaya trasero.

Lo de pasar una temporada en Hampshire tiene sus cosas buenas. Me han dicho que iremos a visitar la catedral de Winchester, donde está enterrada Jane, para la escena de la boda. Y para los planos de la abadía de Northanger, que da título a la obra, fuimos a un hotel enorme en la zona que, no te lo pierdas, antes era la casa de una familia de ricachones esnobs. Era increíble. De piedra gris, con torreones y ventanas de varios pisos que debían de ser todo un lujo en su época. Nunca pensé que pudiera haber lugares de unas proporciones tan intimidantes, a no ser que estemos hablando del Vaticano o de algo así. La directora del hotel, a modo de cortesía, nos hizo un *tour* al reparto principal y nos comentó que el establecimiento tenía más de sesenta dormitorios, con un terreno que ocupaba unas cuatrocientas hectáreas de extensión.

Hugh no le prestaba la menor atención a la directora mientras paseábamos por el recinto. Tenía la mirada perdida. La única vez que dio muestras de vida fue cuando soltó una risita burlona cuando le pregunté a la directora si aquel era el lugar en el que habían rodado *Downton Abbey*.

Qué quieres que te diga... Esas casas lujosas de tropecientos años de antigüedad me parecen todas iguales.

Imagino que Hugh, que se ha criado en este país y cuya riqueza —asumo— se retrotrae a varias generaciones, piensa que soy una ignorante y le hace gracia. Y supongo que lo soy. Crecí en un lugar mucho más humilde que él. Sus padres son dos actores británicos afamados; mi madre, dentista. El suyo es un caso de enchufismo, la verdad sea dicha. ¿De verdad que tiene mucho más talento que yo, hija de una madre soltera de la clase trabajadora, si los dos hemos acabado en el mismo sitio, actuando en la misma película?

Permanezco sentada en mi tráiler, con el mentón apoyado en las manos, y por la ventana miro apenada la lluvia caer sobre la campiña verde de Inglaterra. Casi entro en trance con el goteo metálico de la lluvia sobre el techo. Una no puede

evitar sumirse en sus pensamientos más melancólicos en circunstancias como estas. En algo Hugh tiene razón: mi tráiler no está en muy buenas condiciones que digamos. Al igual que en el del estudio de rodaje de *Chuck Brown*, en este voy acumulando poco a poco restos de todo tipo. Tampoco es que haya pasado mucho tiempo aquí dentro, pero ya está tan desordenado que hasta me recuerda a mi casa. Me cuesta admitirlo, pero a veces no limpio las manchas de pintalabios de los vasos porque, en cierto sentido, me recuerda a mi vida pasada, cuando mi madre estaba conmigo.

Al cabo de una hora más o menos de lluvia torrencial, empieza a escampar y la lluvia se convierte en un fino sirimiri. Justo entonces, mientras miro aburrida por la ventana, me doy cuenta de que, si entorno los ojos, veo lo que hay detrás de la ventana de enfrente, dentro del tráiler de Hugh.

Y ¿qué es lo que veo? Hablando fino, como los ingleses, se abren ante mí unas vistas de lo más... insípidas. Hugh está sentado como una estatua, como un soldadito de plomo que ha terminado la guardia, en el sofá de su tráiler. Supongo que está intentando no arrugar la ropa, tan estirado e inmóvil. Me siento algo culpable: yo me repantigo en el tráiler con el traje puesto, sin importarme que se pueda arrugar o manchar con restos de comida. Pero dejo la culpa a un lado: no todos estamos llamados a ser rígidos autómatas como Hugh Balfour.

Me vuelvo a concentrar en el rinconcito del espacio privado de Hugh que queda a la vista desde este ángulo. Veo que está estudiando el guion, colocado sobre el regazo, y que las rodillas le sobresalen por encima de la mesita como si fueran las patas de una mantis religiosa. Todos los objetos que descansan en esa mesa están ordenados meticulosamente: una taza de té —sobre un posavasos—, un libro viejísimo, grueso como una Biblia, y su teléfono, boca arriba, como si estuviera esperando una llamada.

¿Quién estará esperando que lo llame? ¿Su agente, para que le pase el guion de su siguiente papelón, algo serio y de calado intelectual? ¿Esa novia pija, de una belleza surrealista, que seguro que tiene? ¿O —noto una punzada de envidia— su madre, una actriz con un talento descomunal, que lleva décadas en lo alto de esta industria y cuyo último papel destacado fue el de una matriarca enigmática en la precuela de *Juego de tronos?*

No puedo más. Me levanto de la silla y me acerco dando tumbos hasta la puerta de mi tráiler. Por enésima vez me gustaría llamar a mamá. Desahogarme por lo irracional que es mi coestrella, por las críticas de Twitter y mis meteduras de pata profesionales, por lo duro que es el día a día sin ella. Ahora ya no tengo a nadie a

quien llamar. No es que no tenga amigos: con mis compañeros de reparto de *Chuck Brown* tenía una relación muy cordial, pero ni se me pasaría por la cabeza llamarlos ahora. Salía con algunas actrices en Los Ángeles. Pero siempre se interponía entre nosotras un silencioso obstáculo que frustraba todo amago de intimidad: sabíamos que siempre tendríamos que competir entre nosotras por los mismos papeles. Además... el papel de mi mejor amiga se adjudicó el día que nací: mi madre. No hacía falta que me volviera inseparable de esas mujeres. No hacía falta que forjáramos rutinas, que se nos ocurrieran bromas que solo entendiéramos nosotras y que nos contáramos nuestros secretos más íntimos sin juzgarnos. No hacía falta porque tenía a mamá.

Vuelvo a la realidad, dejando a un lado mis miserias, cuando oigo a un estresado asistente de producción llamar a la puerta de Hugh y decirle que se pase por el departamento de maquillaje para volver a peinarle el cabello mojado antes de retomar el rodaje.

Contengo la respiración: se me acaba de ocurrir la mejor idea del mundo.

Hugh se niega a estar en el tráiler de maquillaje conmigo porque quiere meterse en la piel del personaje. En mi opinión, todo esto está degenerando en una patología pura y dura. ¿Qué daño le va a hacer a él —o a su preciada interpretación— que nos sentemos en el mismo tráiler? Y mi personaje, Catherine Morland, es una cotilla sin remedio. La típica chica que merodea por una mansión gótica que no es suya fisgando en los armarios y tratando de desvelar secretos de familia. ¿Me va a culpar Hugh si saco a relucir el espíritu de Catherine? El que quiere meterse en el personaje es él.

Salgo apresurada de mi tráiler y rodeo el de Hugh por detrás para que no me vea entrar a toda velocidad en el de maquillaje antes que él. Una vez dentro, me meto en el armario con sigilo. Por suerte, Lea, la peluquera encargada de que los rizos de Hugh luzcan perfectos en la gran pantalla, está de espaldas a mí. Tiene los cascos de la marca Beats puestos; me consta que se pasa la mayor parte del tiempo libre escuchando pódcast de asesinatos. Me acomodo entre un abrigo de lana grueso y otro mojado por la lluvia, con la puerta del armario abierta unos centímetros. Y me pongo a esperar a Hugh.

Llega puntual. No espero menos de un hombre que tiene una mente tan cerrada como el horario de un tren. Se sienta en la silla de espalda a la puerta del armario —¡hurra!— y Lea saca un peine de dientes largos para que sus rizos oscuros vuelvan a estar perfectos. Cuando se baja los cascos hasta el cuello, oigo muy baja la voz metálica de la narradora del pódcast: «Después de desaparecer el 29 de

abril, el único rastro que se encontró de Casey Wilkerson fueron sus bragas...».

Entonces, Lea mira por una ventana que no puedo ver desde este ángulo y comenta:

—Parece que está despejando. Al final, tal vez Dominic consiga terminar esta escena hoy.

—Qué ganas de acabar ya con esto —protesta Hugh.

—Serás gruñón... —dice Lea a la ligera.

Pero Hugh ni la ha oído. Empieza a sonar su teléfono, que sigue agarrando con fuerza en la mano, y la mira para preguntarle:

—¿Le importa?

—¡Claro que no! —Lea se vuelve a poner los cascos para darle algo de intimidad, pero sigue peinándole los rizos mientras él contesta al teléfono.

—Florence —dice al llevarse el móvil a la oreja—. ¿Qué tal todo?

Permanece en silencio un buen rato, atento a cada palabra que pronuncia su interlocutora. Se me revuelve el estómago. Conque Florence... Esa debe de ser su novia.

—Claro —masculla Hugh, asintiendo mientras escucha a la mujer que lo ha llamado—. Claro. Bueno, era de esperar, supongo. —Me fijo en que tensa los músculos de los hombros—. No, ya verás como te arreglas, pero ojalá estuviera en casa para echarte una mano. Para poner algo de mi parte. —Hace una larga pausa mientras Florence le habla y luego añade—: Ya sabes que no uso las redes sociales. No se me ocurre nada más insulso.

Yo pongo los ojos en blanco. Será pretencioso...

—¿Qué? Sí, envíame el enlace.

Otro silencio. Le vibra el teléfono y empieza a deslizar el dedo por la página que le han enviado. Hundida en la miseria, empiezo a sospechar de qué se trata.

—Por todos los santos, Floss. —Hugh suspira—. A ver, es evidente que no hay quién la aguante por lo optimista y pesada que es, pero que la hayan despedido son palabras mayores. Esta película empieza a parecerme una maldición.

Se me hiela la sangre en las venas y me pongo colorada de pura rabia. ¿Oye rumores y ya piensa lo peor de mí? Y, por si fuera poco, ¿le parezco una pesada? ¿El hombre que se niega a comportarse como un maldito ciudadano del siglo XXI e insiste en darse aires de caballero de la Regencia piensa que aquí la pesada soy yo? No me faltan ganas de salir de golpe de mi escondite en el armario y darle una buena bofetada cuando me doy cuenta de que con eso solo confirmaría en parte sus palabras..., de modo que permanezco escondida.

Hugh suelta una risa sombría.

—No, no pienso preguntárselo, Floss. Si quieres enterarte de los detalles escabrosos, tendrás que seguir atenta a esos blogs de cotilleos que tanto te gustan. No, no soy un esnob. Y una cosa te voy a decir: ya tenemos bastante tal y como están las cosas como para que ella lo complique todo más. Si te relacionas con una persona como Tess Bright, estás acabado.

Estoy a punto de llorar, pero reprimo las lágrimas, cabreada conmigo misma. Si es que me estoy volviendo loca. Esta película debería ser el mayor hito de mi carrera, pero aquí estoy, agazapada en la oscuridad, oyendo a alguien que me odia contar con pelos y señales por qué le parezco tan repugnante. Y lo peor de todo es que quizá tenga razón. Tengo que calmarme.

Otro silencio largo de Hugh, seguido de una despedida.

—Sí. Sí. Desde luego. Te llamaré esta noche, cuando terminemos de rodar. Diles que los quiero. Sí, hablamos después. Ya lo arreglaremos. Volveré a casa en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando cuelga, Lea suelta el peine y le hace un gesto para indicarle que ya se puede marchar.

—¡Ya estás listo!

Hugh se pone en pie, se vuelve a poner el sombrero y se despide de ella.

Espero, respirando hondo como si estuviera en mitad de una clase de meditación, a que pasen sesenta segundos desde que se marchó Hugh antes de salir del armario. Lea suelta un chillido y empuña el peine, asustada. Yo finjo una sonrisa alegre. No estoy segura de si ha oído las cosas terribles que ha dicho Hugh sobre mí al teléfono.

—Lea —le digo—, con la de historias de crímenes que oyes, deberías saber que hay que echar un vistazo al armario de vez en cuando. Tómatelo como una lección.

Desconcertada, se echa a reír y me pide que me siente en la silla para volver a peinarme. Durante los siguientes minutos, me aseguro de ocultar cualquier rastro de la rabia que siento por Hugh —y, en especial, por mí misma—. Luego me centro en el trabajo. El trabajo es lo que importa, no lo que diga un imbécil británico que se pasa la vida criticándolo todo. Intento despejar la mente de cualquier cosa que no sea la escena crucial que nuestro director, Dominic Lawrence, dos veces nominado al Óscar, quiere rodar esta tarde si el tiempo lo permite.

Creo que la escena que estamos a punto de rodar es una de las más importantes

de toda la película. La protagonista, Catherine Morland, es una ávida lectora de novelas y a menudo se deja llevar por la imaginación. Hasta aquí, en el guion, Catherine ha aparecido en secuencias fantásticas muy largas, que, según lo que me ha asegurado Dominic, saldrán en la película con colores vívidos, muy saturados, y una arrebatadora música romántica. Pero, en esta escena, por primera vez, alguien de carne y hueso se cuela en la imaginación de Catherine: Henry Tilney se burla, mientras viajan a las tierras de su padre, de las desventuras góticas que la aguardan en ese lugar.

El verdadero atractivo de Henry sale aquí a la luz, con mucha más nitidez que en cualquier otro momento. Es burlón, sí, pero jamás le falta al respeto, y también le gusta flirtear con cariño. Encaja con Catherine. La química entre Hugh y yo tiene que provocar chispas en esta escena. De eso depende la credibilidad de nuestra historia de amor.

No tarda en llegar un asistente para llevarme deprisa al lugar del rodaje. Tengo pensado darlo todo para que esta escena quede increíblemente bien, con o sin la ayuda de Hugh.

Llego al campo donde han colocado la cámara sobre una plataforma con ruedas, ya preparada para filmar las bromas entre Hugh y yo; él ha entrenado mucho para conducir un carruaje abierto. Lo que no puedo criticar es lo mucho que se entrega. A muy pocos actores se les da tan bien trabajar con animales.

Lo único que he tenido que hacer yo para este papel, por contrato, fue prometer que no me cortaría mi característico pelo negro antes del rodaje. Al parecer, Dominic quería que Catherine tuviera una melena ondulada, del color del ébano, para todas las secuencias fantásticas en las que aparece en camisón, aunque el personaje lo lleva siempre recogido y rizado al más puro estilo de la Regencia inglesa en las escenas ambientadas en «la realidad».

Uno de los miembros del equipo me ayuda a subirme a la calesa de dos asientos junto a Hugh e inspiro hondo para centrarme y meterme en la mente de Catherine, quien no siente el mismo desprecio que yo por este hombre. No es un cambio de actitud muy natural en estos momentos.

—¿Preparados? —nos pregunta Dominic—. Vamos a esforzarnos al máximo en cada toma. No creo que el tiempo vaya a aguantar despejado mucho más.

Hugh se limita a asentir y yo levanto el pulgar.

—Y... ¡acción!

A mi lado, Hugh esboza una sonrisa burlona que nada tiene que ver con ninguna de las caras que le he visto poner detrás de las cámaras. Entablamos

conversación con soltura, a medio camino entre una familiaridad sencilla y el decoro decimonónico, pero en mi fuero interno sé que nos estamos inclinando demasiado por este último. La electricidad no es lo suficientemente palpable, no demuestra el enamoramiento de nuestros personajes. La ansiedad que empieza a acosarme se filtra en cada frase que pronuncio, envenenando toda la escena.

Hugh parece notar lo incómoda que estoy, pero, aun así, sigue adelante con el guion. Me mira de soslayo mientras comenta:

—Se ha formado usted una idea muy positiva de la abadía.

Me yergo en el asiento y fijo la mirada en su pañuelo del cuello, que está un poco torcido. Me viene la inspiración. Dedicándole una sonrisa radiante a mi coestrella, digo:

—Desde luego que sí. ¿Acaso no es un lugar maravilloso, como sacado de un libro? —Entonces improviso, dejándome llevar por la inspiración. Me inclino hacia Hugh y le coloco bien el pañuelo del cuello. No será lo que haría una dama respetable de la Regencia, pero a veces pequeñas licencias como esta mejoran mucho las adaptaciones de Austen. Mira todo lo que ganó Matthew Macfadyen con la escena legendaria en la que flexiona la mano en la versión de *Orgullo y prejuicio* de 2005.

Ojalá mi coestrella estuviera por la labor y me siguiera el juego aunque fuera por una vez.

Pero Hugh no me sigue el juego.

Se tensa y frena los caballos con un movimiento de las riendas. Estos se detienen mientras él me fulmina con la mirada.

—¡Corten! ¿A qué demonios ha venido eso, Hugh? No te puedes poner a mirar a tu Catherine de esa manera en una situación como esta —se queja Dominic.

Hugh suspira, claramente molesto.

—Ella no puede hacer algo así. Ninguna mujer soltera de esta época haría algo así. —Me mira con los ojos entrecerrados—. ¿Qué forma es esta de interpretar a Catherine?

Yo resoplo con indignación, incrédula.

—Pues no como la zorra del pueblo, que es lo que estás insinuando tú.

A Hugh se le escapa una carcajada hosca.

—En fin, a veces creo que... —se detiene—. Da igual.

—No —digo yo, retándolo—. ¿Por qué te cortas? Está claro que quieres decir algo. Venga, ilumínanos.

No va a decir algo sobre mí que no haya oído ya.

Hugh se vuelve hacia mí con la mandíbula tensa y una vena hinchada en la sien.

—Muy bien, pues lo digo. Tengo la impresión de que usted no se ha preparado lo más mínimo para trabajar en esta película. No respeta mi método de preparación, lo cual no es una sorpresa, porque salta a la vista que usted no tiene uno propio.

Cierro los puños con tanta fuerza que me da miedo que las costuras de mis guantes estallen y se eche a perder todo el trabajo de Katie.

—Pero ¿tú de qué vas? —Me pongo de pie en la calesa fulminándolo con la mirada—. ¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera si soy yo la que está intentando salvar la historia de amor de nuestros personajes? Si los espectadores no son capaces de creer que Henry y Catherine están enamorados, toda la película será un fracaso. Y no es culpa mía que no tengamos química.

Miro a los miembros del equipo, que contemplan boquiabiertos la trifulca que estamos montando. Seguro que ya han leído todos la noticia. Seguro que todos piensan que aquí la trastornada soy yo. Así que de perdidos al río: me echo a reír como una loca y sigo despotricando, señalando a Hugh con el dedo.

—Yo he sido muy amable contigo desde el principio, pero tú no paras de ningunearme. Y he oído lo que vas diciendo por ahí de mí, por cierto. Eres un cabronazo de primera. Y un borde. —Hugh abre mucho los ojos, pero yo sigo a lo mío—. Y, mira, ya sé que no quieres trabajar con alguien con tan poco prestigio como yo, pero que te quede claro: soy capaz de tener química hasta con una pared de ladrillos. He ganado dos veces el Premio a la Química de los Teen Choice Awards y no es que el guion de *Chuck Brown* lo haya escrito la mejor novelista romántica de la literatura inglesa. Si el resultado es así de bueno en un melodrama cursi, pero en una película austeniana no, será porque el problema aquí eres tú.

Ante esta acusación, Hugh no se puede quedar de brazos cruzados. Se pone de pie para mirarme desde arriba. Como lleva puesto el sombrero negro de su personaje, parece incluso más alto de lo que ya es.

—Pues yo creo que el problema, para empezar, es que hemos escogido a una persona premiada en los Teen Choice Awards. Y, en especial, tal vez el problema sea que hemos escogido a una persona que entremezcla su trabajo con su vida privada y que arrasa con toda la programación por su falta de profesionalidad.

Ni siquiera me paro a pensarlo. Le doy un bofetón en la mejilla. Un bofetón de los buenos, me temo. Hasta me duele la mano de lo fuerte que le he dado. Cuando me separo, veo que ya se le ha puesto la piel roja. Oigo a nuestro público, los miembros del equipo, soltar algún grito ahogado. Dominic oculta el rostro entre

las manos, mascullando:

—Ay, madre.

Me aparto de Hugh, bajo de la calesa de un salto y salgo hecha una furia del encuadre de la cámara. No tengo muy claro adónde me dirijo, pero me vale cualquier sitio con tal de estar lejos de él. Entro en la tienda de la comida. Me quito los guantes, los meto en el bolsillo y me pongo a calentar los dedos congelados en uno de los radiadores portátiles. Justo entonces, se oye un trueno a lo lejos y empieza a llover otra vez.

¡Tendrá cara! Este esnob no sabe nada de mí. Si hubiera tenido que aguantar un rodaje tan agotador como el de *Chuck Brown*, de dieciséis horas diarias, en pleno luto por su mejor amigo, él también habría entremezclado su vida privada con su trabajo.

Dios. Se me escapa un pequeño sollozo. Fijo que me echan a la calle otra vez, y este es el trabajo de mis sueños. Porque Hugh tiene razón. Mi falta de profesionalidad es injustificable. ¿A quién se le ocurre abofetear a su coestrella? Menos mal que mamá no me puede ver en estos momentos: estoy a punto de perder el papel más importante de mi vida.

Oigo al equipo trajinar por el campo, poniendo a cubierto la calesa y los caballos y echando a rodar las cámaras por las plataformas. Estoy tan furiosa, tanto con Hugh como conmigo misma, que ni siquiera oigo los pasos que se me acercan por detrás. De repente, ahí lo tengo. De brazos cruzados y más indignado —con razón— que nunca.

—¿Piensa disculparse o ustedes, los estadounidenses, son tan incivilizados como dicen?

Me doy la vuelta para mirarlo y levanto el mentón, obstinada. Tal vez me habría disculpado en su momento, pero ahora no puedo. Sería como admitir una derrota.

—Tengo por norma no disculparme cuando disfruto.

Hugh pone los ojos en blanco.

—Ay, por favor. Mira que podemos ser infantiles...

Yo suelto una risa sarcástica.

—Anda, ahora te expresas en plural, como los reyes. Te crees que eres el mejor actor de todos los tiempos, ¿eh? Te crees que el sol sale y se pone con Hugh Balfour. Y sí, igual me meto en un lío por lo que ha pasado hoy. Igual hasta me despiden. Pero la película no va a mejorar porque me echen a mí. Siento tener que ser yo quien te lo diga, amigo, pero el que no encaja en el papel eres tú.

Hugh se queda boquiabierto.

—¿Y qué la hace pensar eso? —me pregunta, pronunciando con tono mordaz cada palabra.

Yo enarco una ceja; me siento vencedora, porque tengo razón.

—No tendré un método refinado como el tuyo, pero por lo menos yo entiendo a mi personaje. Tú estudia todo lo que quieras, que eso no va a cambiar en nada el hecho de que no entiendes a Henry Tilney lo más mínimo. Él es divertido. Es cariñoso. No es un imbécil pretencioso ni se negaría a compartir el tráiler de maquillaje conmigo.

Hugh suelta una carcajada.

—¡Es un clérigo, el hijo de un caballero! Se comportaría siempre con decoro, sea cual sea la situación.

Le contesto con la misma risa de desprecio.

—Te crees muy listo, pero prefiero no tener nada de sentido que malgastarlo como haces tú.

Al oír eso, Hugh se queda inmóvil y una expresión de desconcierto asoma a su rostro atractivo.

—¿Acaba... acaba de citar una frase de *Emma?*

Me cruzo de brazos.

—Sé leer, aunque no te lo creas.

Ahora llueve todavía más. El agua comienza a acumularse debajo de la tienda, mientras todo el campo se enloda y se inunda. Va a ser imposible terminar esta escena hoy.

Hugh, divertido, frunce los labios con soberbia.

—O, como mínimo, ha memorizado las frases de Gwyneth Paltrow.

Me pongo colorada de pura rabia. ¡Será imbécil! Sí, tiene razón, he visto las películas —más de cien veces, muchas más—, pero eso no quiere decir que no haya leído los libros también. Menudo elitista está hecho.

Opto por marcharme hecha una furia; mejor eso que volver a golpearlo. Pero mi marcha dramática se va a pique cuando se me engancha la bota en el cable del radiador. Me caigo bocabajo en un charco enlodado. Suelto un grito de frustración, consciente de que ahora sí que he arruinado el traje.

Un rastro de lo que parece ser decencia humana cruza el rostro de Hugh. Me tiende una mano y, entonces, se desencadena la desgracia. Lo veo todo a cámara lenta. El radiador también ha caído en el charco y echa chispas como si estuviéramos en pleno 4 de julio.

Justo cuando Hugh me toma de la mano, me recorre el cuerpo un ramalazo de dolor insoportable, empezando por los pies, que están más cerca de las chispas, y metiéndose sin piedad en mis huesos, hasta ahí donde nuestras manos se tocan.

Y, entonces, el mundo se apaga.

CAPÍTULO 3



Recupero la consciencia poco a poco. Parpadeo despacio, como si fuera mi día libre, estuviera en la cómoda cama del hotel y acabara de dormir mejor que todos los últimos meses juntos. Pero entonces me doy cuenta de que tengo un peso enorme encima de mí, que me tapa toda la luz. Grito, convencida de que estoy atrapada en una de esas pesadillas demoníacas provocadas por la parálisis del sueño de las que he oído hablar en TikTok. Noto que me libero de ese peso, y es entonces cuando me doy cuenta de que no estoy poseída, sino que tenía la cara aplastada contra la tela oscura del chaleco de Hugh, que se ha apartado de golpe.

Estoy tumbada bocarriba en un campo colmado de flores silvestres. En lo alto, el cielo está radiante, sin apenas nubes. A mi lado, Hugh mira hacia arriba con los ojos entrecerrados, desconcertado. Incluso desde este ángulo para nada favorecedor, resulta evidente por qué es una estrella de cine. ¡Qué pómulos!

—Pero ¿qué...? —masculla.

Una imagen intenta abrirse paso desde el fondo de mi mente. Estábamos discutiendo. No me acuerdo de mucho más, pero la discusión la recuerdo con todo lujo de detalles. Él había dado a entender que yo era una analfabeta.

Cierro el puño y le pego en el hombro, incapaz de contenerme más. Él gruñe, desconcertado por esta violencia tan repentina.

—¿A qué ha venido eso?

—El señor Knightley —le digo, estirando los dedos y haciendo una mueca de dolor. Seguro que me dolió tanto a mí como a él. Por primera vez me pregunto si Hugh no tendrá unos buenos bíceps ocultos debajo de esa ropa aristocrática que lleva puesta.

—¿Perdone? —Parece completamente perdido.

—El señor Knightley —repito—. Me dijiste que solo me sabía esa frase porque era de Gwyneth Paltrow. Pero ni siquiera es de Emma. Es del señor Knightley. Tal vez lo sabrías si te hubieras leído los libros tantas veces como yo. Enchufado misógino y anticuado, no te enteras.

Hugh se sienta y, entonces, levanta las manos en señal de rendición.

—Lo que usted diga. ¡Dios!

Suelto una risa sarcástica; todavía no he tenido suficiente.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta.

—«Dios» —repito, imitando su cadencia afectada—. ¡No es una forma muy caballerosa de expresarse! Imagino que tu «método» no te permite tomar el nombre de Dios en vano, teniendo en cuenta que al clérigo Henry Tilney jamás se le ocurriría tal cosa.

Hugh me fulmina con una mirada que parece cargada de cianuro.

—Me parece que tenemos problemas más importantes en estos momentos, señorita Bright.

—¿Como qué? —me burlo.

Señala con brusquedad a nuestro alrededor, a nuestro precioso campo verde, donde no hay rastro de un solo miembro del equipo o de una cámara. Me da un escalofrío por todo el cuerpo, lento pero intenso.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —pregunto.

El lenguaje gestual de Hugh sigue siendo tenso y reservado, pero, por la forma en la que observa el campo una y otra vez, resulta obvio que no se le ocurre ninguna explicación convincente. Me pongo de pie desorientada, dolorida. Me acomodo bien la capota manchada de barro y contemplo la gran extensión de terreno verde que se abre ante nosotros.

—No veo los tráileres —digo—. Ni las tiendas. No veo nada.

Hugh también se pone en pie. Se quita el sombrero y lo aprieta contra el pecho.

—Sí que veo... algo —dice, señalando un punto a un kilómetro más o menos de distancia, bajando por la colina—. ¿No le parece eso humo?

Entorno los ojos mirando hacia donde señala. Tiene razón, aunque me cueste admitirlo. Se ve una columna de humo, como de una chimenea, elevándose por el cielo sobre los árboles en la distancia. Y, cuando fijo la mirada algo más lejos, veo un pequeño cúmulo de casas. Un pueblecito como de otra época, y, por cierto, muy bien conservado. «No me sorprende que Dominic escogiera Hampshire para esta película —pienso, distraída—. Todo el condado está prácticamente igual que en los tiempos de Jane».

—No recuerdo del todo cómo hemos llegado hasta aquí —comenta Hugh con voz tensa—. ¿Usted sí?

Niego con la cabeza.

—Solo recuerdo que te estaba gritando... y que tropecé con un cable.

—Eso también es lo último que recuerdo —confirma él. Nunca me ha parecido tan inquietante estar de acuerdo en algo. Frunce el ceño, muy agitado—. Imagino que deberíamos empezar buscando respuestas ahí abajo. Es el único rastro de civilización que se ve a kilómetros la redonda.

Asiento. No hay otra cosa que podamos hacer.

—Y tal vez deberíamos buscar a un médico para que te dé un relajante muscular.

Hugh me mira extrañado y, entonces, se palpa en busca de algún indicio de lesión.

—¿Por qué? No tengo ninguna herida.

—Oh, no. Lo digo porque, si te damos algo fuerte, igual te sueltas un poco de una vez por todas.

Hugh se queja como una abuela gruñona.

—Es usted una mujer de lo más grosera.

Me limito a esbozar una pequeña sonrisa mientras nos ponemos en marcha.

Estamos los dos hechos una pena. Yo nunca me he sentido tan magullada, pero me niego a darle más importancia. Los dos seguimos de una pieza y podemos caminar; podría ser peor. Y toda esta confusión se solucionará en cuanto encontremos a alguien del equipo. Nos empeñamos en caminar en silencio durante casi un kilómetro cuesta abajo, hasta que oímos unos cascos a nuestras espaldas.

Me doy la vuelta animada, esperando encontrarme a uno de los adiestradores del estudio conduciendo la calesa.

Se me descompone el gesto. En vez de una cara amiga que haya venido a rescatarnos de estas circunstancias tan extrañas, me encuentro con una pareja de desconocidos vestidos de la manera más pintoresca posible. Bueno, en cierto sentido, de pintoresca no tiene nada. Visten más o menos la misma ropa que Hugh y yo. El hombre que lleva las riendas del vehículo luce un chaleco de color azul marino con un sombrero a juego, mientras que su compañera, con un par de lentes redondas y un vestido largo y estampado, tiene el pelo rizado recogido debajo de la capota, igual que yo.

Alzo la mirada hacia Hugh, que parece tan desconcertado como yo.

—¿Están rodando más de una película histórica en Hampshire en estos momentos?

Hugh se encoge de hombros sin pronunciar palabra.

—¡Eh! —nos llama el conductor, deteniendo la calesa para observar mi vestido lleno de barro más de cerca—. ¿Han tenido ustedes algún percance?

Hugh levanta la mirada hacia el hombre, con el ceño cada vez más fruncido. Parece que empieza a entender las cosas, lo cual no tiene nada de sentido, porque yo sigo sin atar cabos. Le responde con una calma sorprendente:

—Eso parece.

—Espere —dice el conductor, quitándose el sombrero y volviéndose para contemplar a Hugh—, creo que a usted le conozco de algo.

—Eso es imposible —se limita a contestar. Tiene los ojos vidriosos, como si le estuviera subiendo la fiebre.

Me pregunto si es así como responde Hugh cuando la gente lo reconoce por alguna de sus películas. Le pega mucho eso de decir que no, que no y que no, en vez de reconocerlo y charlar un rato con los desconocidos.

—Es cierto —interviene la mujer del carruaje—; a mí también me resulta familiar su cara. Y a mí nunca se me olvida una cara. —Suelta un grito ahogado, tan repentino como dramático, y se lleva una mano al pecho—. ¿Acaso no es usted Hugh Balfour? ¡Sí, claro que sí! ¡Qué maravilla, qué maravilla tan grande!

Pongo los ojos en blanco. Cómo no. En mitad de la situación más extraña de mi vida, las personas disfrazadas con las que nos encontramos tenían que ser sus fans incondicionales. Como si le hiciera falta que le hincharan un poco más el ego.

Él traga saliva con dificultad y veo que le está sudando la frente.

—Sí, ese es mi nombre.

La mujer vuelve a soltar un grito ahogado, esta vez colmada de felicidad.

—¿El hijo del señor Edward Balfour?

—El mismo —admite. Pero esa confirmación me parece muy sospechosa viniendo de él, porque me puse a leer su página de Wikipedia como una loca cuando nos dieron los papeles y pondría la mano en el fuego por que su padre se llama Kenneth.

—¡Es todo un milagro! —grita la mujer, mirándonos boquiabierta—. Pero ¿no recibió su padre la noticia hace tres meses de que había usted perdido la vida en Waterloo? —Toma un pañuelo y empieza a secarse los ojos por debajo de las gafas.

Hugh y yo nos miramos; parece incapaz de hablar en estos momentos. Como se va a quedar ahí plantado, yo me vuelvo hacia la mujer parlanchina. Las palabras me salen atropelladas, pero, seamos sinceros: ¿se puede esperar más de mí, tal y como están las cosas?

—Milady, ¿esto es una broma?

La mujer se ríe, alegre.

—Le agradezco el tratamiento, pero yo no soy una dama de la nobleza. ¡Cielos,

qué acento tan extraño tiene usted!

Abro la boca, lista para soltar un exabrupto digno de una estadounidense, pero Hugh me pisa el pie y se inclina hacia mí para susurrarme:

—Finja que es británica.

—¿Cómo? —pregunto.

Abre mucho los ojos y me mira de forma insinuante.

—Que. Finja. Que. Es. Británica. Hágame caso.

Irritada, me aclaro la garganta y, entonces, me vuelvo hacia los desconocidos. Ahora les hablo con el tono que ensayé para interpretar a Catherine; quizá me sale un poco burlesco, pero el acento lo domino a la perfección.

—Les ruego que me disculpen. Es que tenía algo metido en la garganta.

El conductor está mirando a Hugh como si acabara de salir de la tumba. Por un milagro, claro, que no estamos en *Orgullo y prejuicio y zombis*[4].

—No puede usted imaginarse lo contento que se pondrá su padre cuando descubra que la carta que recibió no decía la verdad. Sé que ya han pasado cinco años desde la última vez que le vimos a usted, pero tenga por seguro que todo el pueblo guardó luto con el señor Balfour. Le teníamos todos muy presente durante todo el tiempo que luchó contra Napoleón. —Vuelve a fijarse, consternado, en nuestro aspecto desaliñado—. Pero ¿qué les ha pasado para que se encuentren en tan lamentable estado?

Hugh no se lo piensa:

—Bandoleros.

Yo me esperaba algo más de él, pero la pareja de la calesa reacciona como si les hubiera dicho la cosa más espantosa —y creíble— del mundo.

—¡Cielos! ¡Estos caminos nuestros nunca han estado tan plagados de peligros como ahora! Es increíble que esos bandidos hayan tenido la desfachatez de robarle a alguien como usted, un héroe que regresa a casa. ¿También les han robado el vehículo?

Hugh cierra los ojos, tenso, y asiente.

Yo estoy boquiabierta. Desde luego, empiezo a pensar que aquí tiene que haber gato encerrado. ¿¡Qué demonios está pasando!?

—Bueno, haremos por ustedes cualquier cosa que necesiten —dice el hombre, que se apea del asiento, entregándole las riendas a su esposa con un movimiento rápido, y le da dos palmadas a Hugh en las manos—. Tal vez no se acuerde de mí, señor. Acabábamos de llegar al pueblo cuando usted partió con el ejército, pero ahora conocemos bien a su padre. Soy el doctor Goddard, el médico del pueblo. Y

esta es mi esposa, la señora Goddard.

La señora Goddard sigue lloriqueando con calma y cierto júbilo en lo alto de la calesa, pero, justo entonces, centra su atención en mí.

—¿Es esta su esposa, buen hombre? Qué maravilla que vuelva a casa con una esposa, aunque los bandoleros parecen que le han estropeado la ropa.

Se me escapa una risa incrédula, y aunque Hugh me lanza una mirada de advertencia, no le da tiempo a darme otro pisotón antes de que yo proteste:

—¡Yo no soy la esposa de este!

El llanto de la señora Goddard se interrumpe de inmediato. Baja el pañuelo hasta el regazo y dice en un susurro:

—¡Qué escándalo...!

Hugh se pellizca el puente de la nariz, exasperado. Me lanza una mirada tan envenenada que yo cierro el pico de inmediato.

—Es... —tiene la voz tensa— es un asunto complicado, pero tengan por seguro que no ha sucedido nada indecoroso entre mi compañera y yo. Es... la señora Bright, viuda de un amigo mío.

La señora Goddard se pone a llorar otra vez casi al instante y habla de mí como si yo no estuviera delante.

—¡Pobrecita!

—Sí —prosigue Hugh, con cierta hostilidad, pero con firmeza—, mi amigo Henry falleció en Trafalgar hará unos dos años, y la señora Bright y yo hemos mantenido correspondencia desde entonces. —Empieza a inventar a lo loco. Veo el pánico en su mirada, pero es como un tren descarrilado; no hay quien lo pare —. La carta que mencionó usted, la que recibió mi padre, no era fehaciente. Es cierto que caí herido en Waterloo y que corrí peligro de muerte, pero sobreviví. Tuve una herida en la cabeza que me dejó incapacitado varios meses..., con lapsus de memoria. La señora Bright tuvo la amabilidad de visitarme mientras me recuperaba en Dover y se ofreció a acompañarme a casa para velar por mi seguridad, ya que yo seguía muy confundido. A cambio, quisiera presentarla a la sociedad del pueblo. No tiene adónde ir desde la muerte de su marido, como comprenderá, y tampoco tiene parientes con vida.

Fulmino a Hugh con la mirada durante toda la perorata, pero lo de que no tengo «parientes con vida» me sienta como una patada en el estómago. Es imposible que Hugh sepa que ha dado en el clavo, pero su historia es como la vida misma. De repente, ya no tengo fuerzas para seguir mirándolo con rabia. No puedo ni hablar. Unas lágrimas ardientes me nublan las comisuras de los ojos y,

aunque intento enjugármelas con discreción, lo que consigo es llamar más la atención.

—¡Qué desgracia para usted! ¡Es lamentable! —lloriquea la señora Goddard. Le entrega el pañuelo a Hugh, que me lo pasa. Él les hace una reverencia tanto al doctor como a la señora.

—Les estaríamos eternamente agradecidos si nos llevaran al pueblo. Pero ¿les importaría concedernos unos momentos para que hablemos en privado, hasta que la señora Bright se recomponga?

Los Goddard asienten a la vez, sin duda afectados por la triste historia que Hugh acaba de inventarse. Me agarra del codo y me lleva unos pasos más atrás por donde hemos venido. Me pone la mano en el hombro y me mira a los ojos.

—Tess...

Al oír que me llama por mi nombre de pila —algo que no ha hecho en la vida, ya que siempre ha optado por el tratamiento más acorde con la época en la que se ambienta la película, «señorita Bright»—, me queda claro que lo que está a punto de decirme va a ser muy pero que muy desagradable.

Me mira con unos ojos intensos y cautivadores... Mientras se esfuerza por elegir las palabras para expresar lo que sea que tenga que decirme, no puedo evitar contemplarlos fijamente. En realidad no son negros, aunque lo parezca a simple vista, sino que esconden una tonalidad marrón muy rica y profunda. Una o dos veces, en especial cuando una escena va sobre ruedas, me he fijado en la profundidad de sus ojos para así sentir todo el abanico de emociones que Catherine siente por Henry. Sería fácil enamorarse de la cara de Hugh Balfour. De su personalidad, no tanto.

Pero hoy sus ojos transmiten una energía frenética que no deja de angustiarme.

—Suéltalo ya —gruño.

Vuelve a tragar saliva, lanzando una mirada inquieta a los Goddard, que no pueden oírnos, pero siguen observándonos. Me habla en un hilo de voz, casi inaudible, pero muy deprisa.

—No piense que ha perdido la cabeza por lo que voy a decirle, porque sé que es una locura. Pero tengo ojos y oídos y no se me ha escapado un solo detalle: este es el mismo campo en el que hace unos momentos estábamos empapándonos bajo la lluvia, pero ahora está seco y hace sol y no hay rastro de ninguna de las personas a las que conocemos.

Asiento con sarcasmo, poniéndolo más nervioso.

—Anda, mira qué resumen más bueno has hecho del problema, Hugh.

—No lo entiende —contesta, rechinando los dientes—. Mi familia es oriunda de Hampshire. Conozco la zona muy bien. Y le digo que el pueblo a los pies de esta colina debería estar más modernizado. ¿No echa nada en falta?

Me quedo mirándolo boquiabierta, perdida, como no podía ser de otra manera, dadas las circunstancias. Hugh sigue hablando a toda prisa, aunque hace una mueca de disgusto al defender una teoría que claramente detesta:

—No sé cómo ni por qué y no me hace gracia, pero estamos en el pasado, Tess. ¡Estamos en el pasado!

—Tú estás loco ¿o qué? —le susurro—. A ti te falta un tornillo.

—No le digo yo que no —masculla Hugh—, porque cada vez tiene más sentido. ¿Por qué si no iban a estar así vestidos? ¿Por qué nos hablan de Waterloo?

—Pero ¡si te reconocieron! —insisto—. ¡Deben de haber visto tus películas!

—Dijeron que había muerto en las guerras napoleónicas, ¿o es que no estaba atenta? Les dije que tenía un amigo que perdió la vida en Trafalgar ¡y ni pestañearon! Estamos en el pasado.

Me separo de él y me doy la vuelta, llevándome las manos a la cabeza. Se me está acelerando la respiración. «No puede ser, mierda. No puede ser». Pero, al mirar al horizonte, empiezo a reparar en todo lo que falta: no hay tendido eléctrico, no hay carreteras de cemento, tan solo senderos de tierra.

Me vuelvo hacia él, histérica, con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Entonces, ¿de qué te conocen?

—Como le acabo de decir —dice Hugh, forzando una sonrisa y haciéndoles un gesto a los Goddard para indicarles que ahora mismo vamos—, mi familia es de esta zona. Estudié a fondo mi árbol genealógico cuando me preparé para este papel. Eran propietarios de la casa grande del pueblo y mi tataratatataratatataratío (no sé cuántos «tataras» son) murió en Waterloo. Deben de confundirme con él.

Exhalo con fuerza, centrándome en cada parte de mi cuerpo, desde los hombros hasta los dedos de los pies. Es una técnica que me enseñaron en clase de yoga para mantener la calma. «Estoy aquí. Esto está pasando». Al terminar, alzo la mirada hacia los ojos de Hugh con tranquilidad y digo:

—Estupendo.

—¿Estupendo? —me pregunta, enarcando una ceja—. ¿Lo dice en serio?

—Pues claro —le contesto, notando que la sangre me late en las orejas a medida que lo voy entendiendo y se me dispara la adrenalina. Vuelvo a mirar al horizonte, claramente de otra época, y se me hace tal nudo en la garganta de pura emoción que casi me ahogo—. Pues claro. O sea..., si lo que dices es cierto..., esto es... ¡esto

es un milagro!

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. No me han educado para que crea en Dios, pero creo en la fuerza del universo. Y creo que, al morir, nuestra esencia se desperdiga por el espacio cósmico. Y si, por muy descabellado que sea, estoy aquí, en la época que mi madre adoraba por encima de todas las cosas..., sé que tiene que haber un buen motivo. Esto debe de ser un regalo de mi madre. Se ha convertido en polvo de estrella y esta es su manera de darme un último abrazo.

Hugh se queda mirándome. Lo veo cavilar para sus adentros. Aunque no entienda lo que me pasa, debe de estar pensando que por lo menos no estoy montando una escena. Se encoge de hombros.

—Si le parece que esto es algo bueno, está usted loca de remate. Adelante, véalo como su sueño americano si quiere, señorita Bright. Lo único que le pido es que se ciña a la historia que me he inventado. En esta época no es que sean muy amables con los dementes que digamos, así que, por favor, no monte un escándalo para que no acabemos los dos encerrados en un manicomio.

Le dedico una sonrisa radiante y me encojo de hombros.

—¡Claro! ¡Lo que tú digas! Solo espero que entiendas que esto nos está pasando a nosotros en concreto por un motivo, Hugh. Pienso disfrutar al máximo de los designios divinos del universo.

Hugh niega levemente con la cabeza y me ofrece el brazo.

—Muy bien. Entonces, vayámonos a Highground Park. Allí podrá disfrutar de «los designios divinos del universo» tan bien como en cualquier otro lado.

Volvemos con los Goddard y el buen doctor me tiende la mano muy solícito para ayudarme a subir al asiento trasero de su calesa. La señora Goddard me mira con los ojos entrecerrados cuando su marido me toca los dedos desnudos con la mano enguantada.

—¿Los bandoleros también le quitaron los guantes, querida? —pregunta con retintín.

Me quité los guantes antes del accidente con el radiador.

—¡Ay, es verdad!

Meto las manos en los bolsillos para sacar los guantes, mientras Hugh se sube a la calesa a mi lado. Parece muy exasperado al oír la conversación. Es una falta de decoro enorme que una mujer ande por ahí con las manos descubiertas.

—Gracias por el recordatorio, señora Goddard. El señor Balfour y yo llevábamos caminando tantos kilómetros que tuve que quitármelos por el calor. Pero ahora, por supuesto, gracias a usted, no hay razón para que siga sin ellos.

La mujer asiente, esbozando de nuevo una pequeña sonrisa. Nota mental para otras ocasiones: en los libros de Austen, las mujeres que admiten cierta debilidad física siempre inspiran simpatía. Parece que en este mundo también funciona así. No vaya a ser que una dama decente acabe desmayándose.

El señor Goddard espolea a los caballos y en un abrir y cerrar de ojos bajamos a buen ritmo de la colina en dirección al pueblo. La señora Goddard no puede evitar volverse cada pocos segundos para mirarnos y canturrear que los vecinos de Highground Park estarán encantados cuando nos vean.

La palabra Highground me resulta familiar. ¿No se llamaba así el gran hotel donde rodamos *La abadía de Northanger?* Me gustaría preguntárselo a Hugh, pero ahora mismo, con el médico y su mujer tan cerca, es imposible.

Cuando llegamos al pueblo, todo lo que veo es una maravilla. En lo que asumo que para los Goddard es una muestra hiriente de vulgaridad, tuerzo el cuello para ver mejor los pintorescos escaparates de las tiendas, la oficina postal y hasta una posada entrañable muy parecida a la que usaron los Weston para dar un baile en *Emma*.

—The Crow and Crown, ¡es preciosa! —Leo el cartel, sosteniendo la capota para que no se la lleve el viento.

Justo entonces, una pareja de soldados que lucen unos radiantes uniformes color escarlata pasan a pie junto a nuestra calesa, tocándose los sombreros para saludarme. Se me alborota el corazón en el pecho y, por primera vez, entiendo por qué Lidia y Kitty se ponen así cuando la milicia llega a Meryton. Me vuelvo en el asiento para no perderlos de vista y me halaga ver que ellos hacen lo mismo conmigo.

La voz de barítono de Hugh se enrosca a mi alrededor como una columna de humo.

—Señora Bright, ya hemos tenido bastantes altercados en el viaje, ¿no le parece? ¿Por qué no se sienta bien?

Pongo los ojos en blanco, pero obedezco, no sin antes mascullar, como si estuviéramos en un parque de atracciones:

—«Atención: prohibido sacar los brazos o las piernas de la atracción».

—Qué joven tan animada y risueña —comenta alegre la señora Goddard desde el asiento delantero—. Ojalá todos superáramos las desgracias con tanto desparpajo.

—¡Es que una acaba acostumbrándose! —contesto a gritos, y la pareja se ríe entre dientes.

A Hugh, en cambio, no le hace ni pizca de gracia. Sigue tenso, con esa vena suya latiéndole en la sien. Es el peor aguafiestas del planeta. ¡Se lo pasaría mucho mejor si no se resistiera de esa manera al regalo que nos ha hecho el universo! Pero le pega tanto lo de ser tan aburrido que no es capaz de divertirse ni siendo uno de los primeros —es de suponer— viajeros en el tiempo. ¡Somos astronautas del pasado, como quien dice! Un pequeño paso para la mujer, un gran paso para las amantes de Austen.

El señor Goddard conduce los caballos al norte, a las afueras del pueblo, y el sendero empieza a subir poco a poco de nuevo. Al cabo de un rato, los torreones imponentes del Hotel Highground descuellan entre la arboleda. Después de otra curva más, ya estamos bajando por la gran entrada a la mansión. La contemplo con admiración renovada, pues está en su momento de máximo esplendor. Parece relucir de lo nueva que está, al menos en comparación con la actualidad. La piedra gris es mucho más clara de lo que recuerdo, está menos desgastada por el paso del tiempo y todavía no hay hiedras trepando por las paredes.

La señora Goddard junta las manos en un gesto de alegría cuando la calesa se detiene frente a la puerta principal. Empiezo a sospechar que ese júbilo desbordante por la resurrección de Hugh no es solo por humanidad, sino porque ella y su marido tendrán mucho protagonismo en la historia cuando circule por todo el pueblo.

Hugh desmonta del carro y me tiende de mala gana la mano para ayudarme. El doctor Goddard le sonríe a mi compañero, que está más que tenso, antes de dirigirse apresurado hasta la puerta y llamar. Me quedo rezagada junto al caballo y le digo a Hugh:

—No te estreses. Si el universo nos ha traído hasta aquí, será por algo.

Él cierra los ojos, exasperado, antes de darse la vuelta con elegancia.

—Debería haberme quedado claro nada más ver su tráiler que está usted loca de remate.

---

[4] N. de la Ed.: Adaptación cinematográfica de la novela de Jane Austen en clave de comedia de terror (2016), dirigida por Burr Steers, en la que las hermanas Bennet deben luchar contra muertos vivientes.

CAPÍTULO 4

Cuando alcanzamos a los Goddard, un lacayo uniformado ya ha abierto de par en par la puerta principal y nos saluda con una reverencia. El doctor no para de dar saltos mientras le indica a Hugh que entre con un gesto de la mano.

—Jovencito —le dice al sirviente, sonriente—, ¿conoce a este caballero? Lleva cinco largos años fuera de esta casa, pero ¡salta a la vista su semejanza con el retrato de la sala de estar!

El lacayo mira a Hugh y parece que los ojos se le van a salir de sus órbitas.

—Voy... —murmura— voy a avisar al señor Balfour —murmura.

Nos lleva al vestíbulo y me quedo sin aliento. Lo que era una insípida recepción cuando visitamos el edificio en la actualidad ahora es toda una maravilla, colmada de adornos y estilosa, con las paredes empapeladas de rayas de color bermellón y unas cortinas de lujo. Me quedo fascinada con la mesa de caoba, cuyas patas están talladas con la forma de un cisne. Sobre la mesa reposa una pequeña selección de porcelana de estilo chino, incluido un cuenco con algunas tarjetas de visita de las últimas personas que han pasado por Highground. Una preciosa araña de latón cuelga del techo. Me separo un poco del grupo para echar un vistazo por una puerta con forma de arco que da a una sala de estar repleta de divanes de estilo griego tapizados con gusto.

Todo parece de ensueño. Ahora mismo me siento como Elizabeth Bennet cuando, maravillada, visitó Pemberley por primera vez.

Echo un último vistazo a la sala de estar y me llevo la mano a la boca para reprimir un grito. Acabo de reparar en el gran retrato colgado encima de la majestuosa chimenea de mármol: un joven alto, esbelto, vestido de militar, que contempla pensativo la distancia. Podría ser, sin ningún género de dudas, gemelo de Hugh. Bueno, sin contar esas patillas que casi se unen al bigote y que me alegra que Hugh no haya tenido que dejarse crecer para interpretar a Henry Tilney.

Está claro que la familia Balfour tiene una genética estupenda.

Vuelvo a la tierra cuando Hugh chista, con cierta condescendencia, a mi

espalda, como si estuviera intentando llamar la atención de un gato doméstico que pasaba por ahí.

—Señor Balfour —le digo—, el señor Goddard ha acertado en su descripción del retrato. La semejanza es innegable.

Hugh traga saliva con tanta fuerza que no puedo evitar fijarme en la elegante curva de la nuez de su cuello.

—Ah, ¿sí? —La frialdad de su voz desvela la ansiedad que lo atosiga—. Bueno, sería de lo más normal que hubiera algunas pequeñas... diferencias. Tras pasar tantos años fuera, habré cambiado un poco.

Yo chasqueo la lengua. Aunque no puedo ver a Hugh ni en pintura, no soy tan cruel como para no seguirle el juego si lo que quiere es revestir de naturalidad la identidad falsa que acaba de adoptar. Me he formado en improvisación; siempre he sido una compañera de escena generosa.

—Y, por supuesto, hay que tener en cuenta las licencias poéticas que se toman los artistas —añado, pensando en los Goddard, que siguen con la oreja puesta.

Instantes después, el sonido de unas ruedas sobre el suelo de madera delata a los recién llegados: una mujer rolliza, de aspecto alegre, cuyos rizos canosos le enmarcan la cara, empuja la silla de ruedas de un hombre anciano de ojos dulces, rodeados de arrugas, y sin un solo pelo en la cabeza.

El anciano mira boquiabierto a Hugh mientras la mujer detiene la silla en la entrada.

—No me lo podía creer —resuella—. No me atrevía. Pero, hijo mío... —Extiende los brazos hacia Hugh, como un niño que le pide a su padre que lo tome en brazos—. Mi querido hijo, mi gran hijo... Has vuelto con nosotros.

Hugh se ha quedado recto como un palo, como cuando me salí del guion durante el rodaje de la escena de la calesa. La verdad es que me estoy cabreando un poco. Fue idea suya lo de inventarse una mentira tan retorcida. ¿Se va a echar atrás ahora que la gente empieza a creérselo? Es lo primero que te enseñan en clase improvisación. Sígueles el juego, Hugh, sígueles el juego.

La compañera del hombre se ha llevado las manos enguantadas a los labios y empiezan a caerle las lágrimas por las mejillas rubicundas.

—El pequeño Hugh —dice, contemplándolo maravillada—. Cuánto tiempo, cariño mío. Me reconoces, ¿verdad? ¿Reconoces a tu tía Fanny?

Es entonces cuando el señor Goddard nos echa un cable y da un paso adelante, sosteniendo el sombrero contra el pecho, y se dirige a los ancianos.

—Señor Balfour, señora Campbell, he de advertirles: es posible que Hugh sea

diferente a como lo recuerdan. Nos ha contado que en Waterloo se hirió de gravedad en la cabeza, en vez de caer en batalla, por supuesto, y desde entonces arrastra problemas de memoria.

La señora Campbell se sobresalta.

—¡Eso lo explica todo! Si no fuese así, nos habrías escrito antes para decirnos que seguías con vida. —Invita a Hugh a acercarse con un gesto de las manos—. Ven, chico, ven. Dale un abrazo a tu padre.

Como si la señora Campbell fuera la directora y acabara de decir: «Acción», Hugh sigue al pie de la letra sus instrucciones. Se inclina encorvado hacia el anciano y le da un abrazo que denota un cariño y una intensidad sorprendentes. Edward Balfour empieza a llorar contra la camisa de Hugh y este se limita a estrecharlo con más fuerza. Como interpretación no está mal, aunque me parece que de interpretación no tiene nada, porque, cuando Hugh se reincorpora, lo veo enjugarse una lágrima. ¿Se ha emocionado por puro narcisismo con su talento para la actuación o de verdad le ha conmovido la reunión entre padre e hijo... aunque no sea real?

En cuanto los Balfour se separan, la señora Campbell se mete en el medio y besuquea a Hugh en las dos mejillas.

—Siempre te llevaba de paseo por el jardín cuando tenías la edad de George. Es un milagro que estés aquí y que seas tan alto.

Aquello parece interesarle a Hugh.

—¿G-George? ¿Está aquí?

Me pregunto quién será el tal George y por qué Hugh está tan afectado de repente.

—¡Claro que sí! Entonces, ¿te acuerdas de él? —pregunta la señora Campbell, sin dejar de asentir—. ¿Cuántos meses tendría cuando te marchaste al ejército? ¿Dos?

Hugh se enjuga otra lágrima.

—Más o menos —conviene, haciendo un gesto vago con la mano.

La señora Campbell por fin consigue apartar la mirada del hijo pródigo y se fija en mí, que revoloteo sin saber qué hacer en esta escena tan conmovedora.

—¿Y quién es ella?

Hugh se recompone.

—Tía..., padre..., les presento a la señora Tess Bright, viuda de un amigo mío. Fue muy amable conmigo durante mi recuperación y quisiera devolverle el favor presentándola a la sociedad de Hampshire.

—¿Tess? —La señora Goddard bufa—. Qué nombre tan extraño.

—Viene de Theresa —le digo.

—¿Theresa, en serio? Parece italiano. O peor..., francés.

Haciendo caso omiso del patriotismo británico tan ofensivo de la señora Goddard, me esfuerzo en dar una buena imagen ante la familia Balfour y hago la reverencia que he perfeccionado para las tantas y tantas escenas en *La abadía de Northanger* en las que Catherine se presenta ante alguien de mayor rango.

—Es un placer conocerles —les digo, con un recato de lo más apropiado.

El señor Balfour se me queda mirando con serenidad; resulta evidente que está demasiado conmocionado por el retorno de su «hijo» como para que le importe mi presencia. Pero ya se interesa la señora Campbell por los dos.

—Bueno, faltaría más —dice, frunciendo los labios en señal de preocupación—. Por supuesto que ayudaremos a la pobre muchacha. —Se acerca para envolver con cariño mis manos enguantadas entre las suyas. Es un gesto tan maternal que a mí también me entran ganas de llorar. Supongo que Hugh no es el único que se está dejando llevar por la situación—. Mi más sincero pésame por su pérdida. Entiendo que su marido falleció hace ya tiempo.

Fijo la mirada en mi abrigo azul claro, manchado de barro. Me viene a la mente el recuerdo de mi madre sentada en el sofá en el piso viejo: me estaba contando los entresijos del luto en la época de la Regencia mientras nos tomábamos una tarrina de helado de plátano con trozos de chocolate y nueces y veíamos la primera escena de *Sentido y sensibilidad*. Las mujeres que estaban de luto tenían que vestir unos colores concretos: primero negro y, poco a poco, otros más claros, el gris e incluso el lavanda, antes de que el periodo de duelo terminara al fin y en el armario volviera a reinar el color en todo su esplendor. Puesto que no visto de luto, sí, mi marido imaginario tuvo que fallecer hace ya tiempo.

Asiento con la cabeza.

—Sí, hace tiempo, señora.

Hugh interviene para detallar la historia:

—Henry falleció en Trafalgar. Por desgracia, su pensión no es suficiente para mantener a la señora Bright y yo temía que acabara sumida en la pobreza de no tener buenos amigos en quienes confiar.

La señora Campbell me aferra las manos con más fuerza al oír eso.

—¡Pobre, pobre criatura! ¿Entiendo que no le quedan a usted familiares con vida, entonces?

«Y dale con la preguntita».

Me retrotraigo al pasado. Durante el primer invierno que rodamos *Chuck Brown* en Vancouver, los del reparto le plantamos cara al frío, nos pusimos a jugar fuera y Nikki Collins, que interpretaba a Patricia, me golpeó sin querer con lo que era más una bola de hielo que de nieve. Aquel dolor —agudo, repentino, intenso y directo en el pecho— es el mismo que siento ahora que la señora Campbell ha dado en el clavo sin saberlo. Ya han pasado dieciocho meses desde la muerte de mamá y sigo sin aceptar que haya fallecido. Cada vez que lo pienso, el dolor se acera una vez más.

—No, no me quedan familiares con vida —reconozco con un hilo de voz tan débil que apenas si me oyen.

Por suerte para mí, viene un angelito al rescate: un chillido de alegría resuena en el vestíbulo, acompañado por el tamborileo de unos piececitos. Un niño pequeño con una buena melena de rizos oscuros se acerca correteando a nosotros, luciendo un traje de batista blanco y un cuello ridículo con volantes. Parece una de esas estatuillas de querubines que venden en las tiendas. Soy incapaz de reprimir un grito de puro encanto.

La señora Campbell alza al niño en brazos y se lo presenta a Hugh.

—Tu hermano pequeño.

Hugh extiende la mano hacia el carrillo regordete de George —manchado de lo que parece ser mermelada—, pero se detiene a centímetros de distancia, como si el niñito fuera una reliquia en un museo que se puede a romper si lo toca.

—Cuánto ha crecido —dice con voz ahogada.

Mientras tanto, el anciano señor Balfour no deja de observar a Hugh maravillado. Se me ablanda el corazón: supongo que yo también reaccionaría de esa manera si alguien que se pareciera tanto a mi madre llamara a mi puerta en Thousand Oaks un día cualquiera.

Entonces, me embarga el sentimiento de culpa, que trato de desechar lo antes posible. Está feliz, ¿no? Y, técnicamente, Hugh sí que es pariente suyo. Lo que daría yo por que mi madre volviera a mi lado. O hasta una tía o una prima que ni siquiera conozca. Aceptaría de buen grado cualquier circunstancia que me diera de nuevo una familia, aunque sea algo sacado de los cambios de guion de *Chuck Brown*, que no tienen nada que envidiarle a una telenovela —si me dieran una moneda por cada vez que un familiar vuelve de entre los muertos en esa serie, tendría siete—.

—No sé qué decir —interviene el señor Balfour en un tono de voz débil y cargado de emoción—. Excepto que deben de estar los dos muy cansados. Será

mejor que les dejemos descansar. —Mira al lacayo que nos recibió—. Finch, acompáñeles a los dormitorios para que se aseen y descansen antes de la cena.

Entonces, la señora Campbell, a la que no se le escapa nada, mira a su alrededor.

—¿Dónde está el equipaje, queridos?

La señora Goddard se lanza de inmediato a contar nuestro altercado con los bandoleros. No parece darse cuenta de que el señor Balfour, que suelta un quejido por lo bajo y se retuerce las manos angustiado, parece muy consternado porque a su hijo recién resucitado lo hayan apuntado con una pistola.

—Cielos —dice la señora Campbell, con una mano en el pecho. Nos mira a Hugh y a mí—. ¿Hubo muertos?

Hugh niega con la cabeza, apresurándose a tranquilizarla.

—No, por supuesto que no.

La señora Campbell enarca una ceja, mirándome a mí.

—¿Y heridos?

Yo niego con la cabeza, tratando de consolarla con una sonrisa cariñosa.

—No, tuvimos suerte de salir indemnes, más allá de estas manchas de barro.

—Ah. —Chasquea la lengua—. Pero entonces ¿qué ha sido de su carabina?

Abro la boca para responder, pero todas las ideas que se me ocurren se me quedan atascadas en la garganta. Miro hacia Hugh, que está sudando la gota gorda.

—La señora Bright es una viuda de veintiséis años —aclara. Supongo que tanto estudiar este periodo histórico tiene que servir para algo—. No necesita carabina.

La «tía» de Hugh suelta una risa cargada de ironía.

—No la necesitarán las ancianas como yo, querido, pero ¿una mujer joven y atractiva como ella? No sé qué decir. —Tuerce la cara hacia las escaleras—. Pero no hay que preocuparse por eso de momento. Ya lo arreglaremos. Finch, creo que tenemos un vestido de día extra en uno de los armarios del piso de arriba, de cuando mi sobrina nos visitó por última vez. Se lo prestaremos a la señora Bright para que se lo ponga hasta que le encontremos indumentaria más apropiada. Para esta noche, que tome prestado uno de mis camisones. Y, por supuesto —añade, mirando a Hugh—, todas las pertenencias del señor Balfour siguen donde estaban.

El señor Finch nos conduce por las majestuosas escaleras, revestidas con una alfombra gruesa, fija en cada peldaño por unas barras de latón. Mientras subimos, se me acelera el corazón como cuando veo una película por primera vez y me doy cuenta de que se va a convertir en una de mis favoritas. Este lugar es magnífico y

estar aquí, en cierto sentido, es como volver a casa. Después de tantos años usando el pequeño televisor de nuestro apartamento como ventana al pasado, tengo la sensación de que me he adentrado en un mundo que me es tan conocido como el mío. No se me ocurre mejor manera de vivir una película.

El lacayo me acompaña a mí, que soy la invitada, a la puerta de mi dormitorio en primer lugar. Inclina la cabeza al entrar.

—Señora, este es para usted. Llamaré a la criada de la señora Campbell para que la ayude a cambiarse.

Por si alguien lo dudaba, la habitación es espectacular. Me pongo a recordar todas las casas Austen que recuerdo. Esta suntuosa vivienda no se parece al Mansfield Park de Fanny Pryce, con sus nuevos ricos, no es tan chapada a la antigua como el Rosings de lady Catherine y, desde luego, es mucho menos modesta que el Longbourn de la familia Bennet. Debe de ser justo lo que Austen tenía en mente para la abadía de Donwell del señor Knightley: un estilo gótico y campestre, renovado con algún que otro toque moderno para la época. La cama de caoba dispone de un dosel del que cuelgan unas cortinas gruesas de rayas azules. El papel de la pared, de color verde azulado, presenta un ramaje asimétrico pero elegante, salpicado de hojas de un verde claro y flores rosadas, otro ejemplo de la obsesión de la Regencia con el estilo chino. En la mesilla de noche hay un cuenco y un jarro de porcelana, además de una suave toalla blanca. Las ventanas amplias, no sin cierta ostentación, dan a un jardín con rosales en flor.

Me entran ganas de alzar la cabeza hacia el techo y ponerme a dar vueltas como Maria Augusta von Trapp en las colinas austríacas. Pero me contengo.

Lo que hago es darme la vuelta cuando el lacayo hace ademán de llevarse a Hugh y percibo que otra oleada de pánico le barre el rostro agraciado. Hasta parece que le ha subido la fiebre. Me mira fijamente, como diciéndome: «No me dejes solo con esta gente». Pero yo me limito a levantar la mano y a agitar los dedos a modo de despedida antes de que se marche.

Hugh Balfour, a quien tanto le gusta meterse en el papel, tiene que saber mejor que nadie que una dama de la Regencia que se precie jamás seguiría a un hombre soltero a su dormitorio.

—Ay, señor Balfour, por favor —digo mientras sale de la habitación, pensando en la conversación de teléfono que mantuvo en el tráiler del maquillaje—. Lo último que necesita usted es que alguien como yo le complique más la vida.

Se pone tan nervioso con mi despedida burlona —tal vez se ha dado cuenta de que, allá por el siglo XXI, oí lo que dijo al teléfono— que se da un buen golpe en

la frente contra el dintel de la puerta al marcharse. Suelta un improperio por lo bajo.

—Maldita sea, joder.

La verdad es que es demasiado alto para un lugar como este: los techos son muy bajos y la gente, pequeña. Es divertido imaginarse a un hombre de más de un metro ochenta darse cuenta por primera vez en su vida de que no todo está hecho a su medida. De que el mundo no siempre se rinde a sus pies para garantizar su comodidad.

Me quedo sola en el paraíso. Mi primer instinto es lanzarme a la cama, que promete — sigo con el cuerpo dolorido por el incidente de la electrocución—, pero recuerdo en el último momento que estoy manchada de barro y que ensuciar la colcha no es muy buena idea. Después de que Hugh se pusiera a criticar el «caos» de mi tráiler, no tengo pensado darle la razón poniendo patas arriba un mueble histórico como esta cama. Hay que tener en cuenta que aquí las cosas no se pueden meter en la lavadora-secadora y punto.

Así que me quedo muy quieta y no me atrevo a acercarme a nada. La verdad es que tengo la costumbre de estropear todo lo que toco. Y, como todo esto tiene que ser un sueño, intento no echarlo a perder por el momento.

Me pellizco para ver si me despierto, aunque me da un poco de miedo que así sea.

Pero no me despierto. De hecho, me duele un poquito. No es un dolor muy convincente, pero sí que me consuela. Esta fantasía de ensueño ambientada en la Regencia no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 5



Vaya donde vaya dentro de Highground, reparo hasta en el último detalle: los bordados de oro de un cojín, los arcos góticos de los techos, el excusado, oculto en un rincón en el piso de arriba, que dispone de un retrete de verdad, con cadena incluida —ni la adaptación de *Emma* de Autumn de Wilde, mucho más moderna, llega a tanto—. ¡Y los muebles de caoba! Hay muebles de caoba por doquier. Balaustradas de caoba, mesillas de noche de caoba, patas de silla de caoba y una gran mesa de caoba en el comedor, a la que han sacado el brillo de tal manera que hasta veo mi reflejo borroso cuando me inclino sobre la superficie a la hora de la cena.

Algo a lo que sí he prestado mucha atención, criándome como me he criado sumida en historias de la Regencia, es a las escenas de las comidas. Y la comida —amontonada de tal manera que la mesa parece hundirse bajo su peso— cumple con todas las expectativas. Hay una fuente rebosante de carne, algún tipo de filete de pescado —aunque no tengo ni idea de qué peces son—, una sopera hasta arriba de caldo humeante, otra llena de patatas que huelen de maravilla, varios platos de verduras y, cómo no, bollos de pan de un color dorado tostado muy apetecible.

Cenamos bastante tarde o, al menos, esa es mi impresión. Supongo que, si me pusiera a deambular por la casa, acabaría encontrando un reloj ornamentado, pero, por el momento, no me sentiría cómoda fisgoneando por ahí. No tengo el móvil conmigo y tampoco llevo reloj, pero ya ha oscurecido y me ruge el estómago mientras miro todo lo que tengo ante mí.

En esta cena, por primera vez, me someto en carne propia a la etiqueta de la Regencia. Nos sentamos en torno a la suntuosa mesa con el señor Balfour al fondo y la señora Campbell —que, al parecer, es la señora de la casa, aunque sea su hermana— a la cabeza. A los Goddard, o bien los invitaron a quedarse a cenar con nosotros, o bien no fueron capaces de invitarlos a marcharse. De modo que me colocan a un lado de la mesa junto a Hugh, con los Goddard enfrente. George no está; imagino que le dieron de cenar hace rato y que a estas alturas andará en el mundo de los sueños.

Espero con el alma en vilo a que nuestros anfitriones prueben bocado y, entonces, me abalanzo sobre la comida con toda la urgencia propia de una mujer hambrienta. Me pongo a sorber la sopa, pero Hugh me fulmina con la mirada y de inmediato intento contenerme. Ya es tarde. Ya me he manchado el cuello del vestido que me han prestado. Katie, la encargada del vestuario, en estos momentos me diría: «¿Te lo dije o no te lo dije?». Opto por pasar a la carne. Es menos peligrosa.

La señora Campbell alza una copa de vino de Madeira hacia mí y hacia Hugh.

—Es una bendición tener a estos jóvenes en Highground esta noche. Además de sentirnos agradecidos por el milagroso y tan ansiado regreso de Hugh, nos alegramos de darle la bienvenida a nuestra nueva amiga, la señora Bright.

Mastico con rapidez, trago un pedazo de carne asada y me limpio los labios con la servilleta antes de responder al brindis de la señora Campbell.

—Son ustedes muy amables. Les estamos muy agradecidos por la hospitalidad.

Señalo la comida, sintiendo que debería hacerles un cumplido, pero, por desgracia, todo mi talento para la socialización se me disuelve en la boca, ya que lo único que me viene a la mente son las palabras del señor Collins en la película de 2005:

—Una comida deliciosa. Qué excelentes patatas cocidas...

Hasta me pongo colorada de la vergüenza, pero a la señora Campbell no la desconcierta el comentario patético tanto como a los Bennet. Inclina la cabeza para darme las gracias por mis palabras, pero, en un abrir y cerrar de ojos, fija esa mirada aguda y penetrante en Hugh, quien se ha servido una buena ración de verduras y un cuenco de sopa, pero no ha tocado ni la carne ni el pescado. Incluso el señor Balfour, que tiene cataratas, se da cuenta.

—¿No tienes hambre, hijo? Algo de carne tendrás que comer, desde luego.

Él se pone pálido y fija los ojos oscuros en la bandeja de carne asada con esa misma mezcla de pavor y asco que suele reservar para mí.

—Gracias, de verdad —le dice al anciano—, pero desde la guerra he perdido el apetito por la carne.

—¡Tonterías! —interviene el doctor Goddard—. Un joven soldado debe alimentarse a base de carne para estar sano, ¡en especial si se está recuperando de una lesión, como es su caso!

Si no me equivoco —y estoy observando fijamente el puchero que hace Hugh con los labios—, frunce la boca en señal de disgusto. Disimula lo incómodo que se siente llevándose una cucharada de sopa a la boca.

—No atosigue al chico, doctor —le recrimina la señora Campbell—. Aún no ha terminado la sopa de tortuga.

Las arcadas que Hugh estaba tratando de reprimir vuelven al ataque de inmediato. Se dobla hacia delante y un chorro de líquido marrón sale de sus labios y vuelve a caer, como si fuera una fuente, en el cuenco de plata del que vino —el karma no falla—. Se atraganta, emitiendo unos sonidos ahogados que no tienen nada de atractivo, aun viniendo de alguien tan apuesto como él en condiciones normales.

—¿Esto lleva tortuga?

Y por fin ato cabos. Hugh Balfour es vegetariano. Ahora que lo pienso, tiene sentido. No se le dan bien las personas, pero sí que se entendía con los caballos del rodaje. Está claro que le encantan los animales, hasta el punto de que ha cambiado la dieta por ello.

No me paro a pensar lo que hago. Me sale de forma natural. Coloco una mano en el hombro de Hugh y se lo aprieto a modo de consuelo. Me dedica una breve mirada de agradecimiento. Si esta escena hubiera ocurrido en un restaurante de moda de Los Ángeles, podría haber supuesto todo un giro de guion en nuestra relación. Podría haber sido el momento, tal vez, en el que nos dábamos cuenta de que el otro no era tan malo como pensábamos.

Pero no estamos en un restaurante de moda de Los Ángeles. No estamos ni en el mismo continente ni en el mismo siglo.

Así que, cuando le toco el hombro, se relaja un poco, pero no se puede decir lo mismo del resto de presentes.

—¡Oh, por todos los santos! —murmura la señora Goddard.

El doctor Goddard desvía la mirada, como si acabara de ver algo bochornoso.

El señor Balfour carraspea con educación, pero, aun así, es un sonido reprobatorio.

La señora Campbell deja en la mesa la copa de vino de Madeira de un golpe seco y una gota roja sale disparada hasta manchar el mantel.

—¿No creen que ha llegado el momento de que al fin hablemos de lo que tanto nos preocupa?

Retiro la mano del hombro de Hugh, cohibida. Sus ojos, que durante unos instantes se rindieron en lo que parecía ternura, vuelven a endurecerse como piedras, acusándome. La he liado parda y lo sabemos.

La señora Campbell se aclara la garganta para que todo el mundo la mire.

—Son una pareja encantadora. ¿Preparamos la boda para dentro de un mes o

dos?

Yo suelto un graznido nada decoroso y Hugh parece que está a punto de vomitar otra vez.

—Pero... pero... —protesta él, gestualizando como un poseso hacia mí—. Señora Campbell... Esto, tía Fanny... No hay nada entre nosotros.

La señora Campbell frunce el ceño.

—Eso no es lo que me parece a mí. Los dos han llegado de un viaje juntos, ¡sin carabina, por si fuera poco!, después de mantener correspondencia durante una larga temporada. La señora Goddard me ha dicho que la señora Bright ni siquiera llevaba los guantes puestos cuando os encontraron juntos.

Le lanzo una mirada envenenada a la cotilla, que se agosta como una florecilla en mitad de una ola de calor en Los Ángeles.

—Y ahora —prosigue la señora Campbell— acabamos de presenciar lo que sin duda es muestra de una intimidad muy inapropiada entre dos personas jóvenes y solteras.

A Hugh le va a dar algo. Le brillan las sienes de sudor. Se pellizca el puente de la nariz con las manos enguantadas, como para aliviar un dolor de cabeza repentino.

—La señora Bright es viuda. A las viudas se les permite ciertas libertades que otras mujeres no...

No puedo evitarlo. Se me escapa una risilla irónica. Hugh suelta un suspiro enorme y se vuelve hacia mí.

—Dígame, ¿qué demonios le hace tanta gracia?

Pongo los ojos en blanco y me inclino hacia él para burlarme en voz baja:

—Tú sigue a lo tuyo. Ponte a explicarle como un machito la época de la Regencia a una mujer que la está viviendo.

—Estudié a fondo para este papel —replica entre dientes.

—La teoría y la práctica no son lo mismo, listillo —digo, fuera de mis casillas.

—Y ahora, por si fuera poco —interviene la señora Campbell, presa de una mezcla de exasperación y diversión—, ¡les vemos hablar en privado! Si es cierto que no están prometidos, ¿les importaría compartir con lo demás lo que acaban de decirse?

Hugh abre la boca, pero parece que no tiene nada que decir, porque vuelve a cerrarla con la misma rapidez. Nos hemos saltado tanto el guion que ni siquiera es capaz de seguir el argumento.

Decido intervenir yo. A diferencia de mi sobria coestrella, soy mucho más versátil como actriz. No tengo duda de que podré salir de esta.

—Señora Campbell —digo, llevándome la mano al pecho—, le aseguro que entre el señor Balfour y yo jamás ha sucedido nada romántico. Hemos terminado juntos debido a una serie de circunstancias que no hemos podido controlar y ahora estoy a merced de su hospitalidad. El señor Balfour es todo un caballero. Un hombre de honor. ¡Peleó contra Napoleón, por el amor de Dios! ¿De verdad que puede usted mirarme a los ojos y decirme que le cree capaz de alguna maldad o indecencia?

Guardo silencio para que mi discurso se expanda sobre la mesa como un perfume caro cada segundo que permanezco callada, sin añadir más argumentos a lacausa, me vuelvo más convincente. Si me vieran desesperada, como sin duda lo está Hugh, esto no funcionaría ni la mitad de bien. Así que me limito a quedarme sentada, mirando a todos los que se sientan a la mesa, como retándolos a que me lleven la contraria. Nadie dice ni mu. También ayuda que yo tenga unos ojos tan grandes y expresivos, que de mucho me han servido para los primeros planos de *Chuck Brown*. Si me pongo, parezco un perrito abandonado en uno de esos anuncios contra el maltrato animal.

Pero, entonces..., el señor Balfour toma la palabra. Balfour el viejo. Y habla con una voz henchida de dulzura.

—No creo que mi hijo pudiera hacer jamás nada deshonroso.

Hugh se relaja.

—Gracias, padre...

Pero el señor Balfour levanta una mano, deformada por la artritis, para interrumpir a Hugh, no sin cortesía.

—No creo que pudieras hacer nada deshonroso, hijo, pero no puedo prometer que el resto del pueblo te vaya a conceder el beneficio de la duda. La señora Bright está a merced de la opinión pública. Las circunstancias de su llegada fueron muy inoportunas, y como los rumores siempre sacan el peor lado de las cosas —al decir esto, lanza una mirada hacia los Goddard, que se están empapando de todo este drama como plantas en macetas que llevan mucho tiempo sin recibir agua—, la única solución honrada es que te cases con ella para cortar de raíz cualquier habladuría mezquina.

La señora Campbell sonríe, asintiendo a la propuesta de su hermano.

—Eso mismo. —Se dirige a Hugh—: Y ahora que la señora Bright ha terminado de defenderte y de contarnos lo honrado que eres, no puedes dejarla de lado. Tu padre te ha expuesto la situación perfectamente.

Hugh me busca con la mirada. Parece un animal salvaje buscando en vano la

salida de la jaula en la que está encerrado.

Pero no dice nada. Me pregunto si ha perdido la capacidad del habla.

La señora Campbell, con tanta dulzura como firmeza, repite su primera pregunta:

—¿Preparamos la boda para dentro de un mes o dos?

Yo entro en pánico. En pánico total. Y, como soy una actriz que se deja llevar por el instinto y por la situación, hago lo único que se me ocurre para abortar esta conversación.

Me desmayo.

Soltando un leve suspiro como el arrullo de una paloma, me llevo una mano a la frente, me balanceo en la silla y me caigo al suelo alfombrado. Si no estuviera ya hasta arriba de moratones, tendría miedo de hacerme daño, pero, teniendo en cuenta la gravedad de la situación, incluso me parece un mal menor. Cuando regrese por fin a la ciudad moderna de Los Ángeles, le diré a todo el mundo que puedo hacer yo solita las escenas de riesgo.

Debo de ser convincente, porque todo el mundo se levanta disparado de sus asientos.

CAPÍTULO 6



Durante unos instantes, yazgo boca abajo en la alfombra y esbozo una sonrisa orgullosa al oír el alboroto de los demás comensales. Al caerme, imaginaba que el señor Goddard vendría a levantarme; al fin y al cabo, aquí el médico es él. No te imaginas lo desconcertada que me quedo cuando la primera persona en levantarse de la mesa y arrodillarse junto a mí resulta ser Hugh Balfour. Noto la firmeza —pero de una dulzura sorprendente— de sus manos grandes contra el hombro y la parte baja de la espalda cuando me da la vuelta.

Abro los ojos lo mínimo para ver que Hugh me está observando, preocupado y con el ceño fruncido, antes de volver a cerrarlos para proseguir con la farsa. Ha debido de ir a algún cursillo de primeros auxilios —seguramente para alguna serie de televisión ambientada en un hospital a la que se habrá entregado con tanto ahínco como con Henry Tilney—, porque se pone a dar órdenes a los presentes en la sala.

—No debemos moverla tan pronto. Que alguien vaya a por un cojín. Deberíamos levantarle las piernas para que la sangre le vuelva a la cabeza.

Aquellas manos tan diligentes suyas me levantan las piernas por las rodillas y las posan sobre un cojín de adorno que la señora Campbell ha tomado del asiento que he dejado vacío.

Oigo la voz compungida del anciano señor Balfour, cuya preocupación resulta enternecedora.

—¡Doctor, doctor! ¿Qué podemos hacer?

Solo entonces el doctor Goddard toma la iniciativa. Se acerca a mí apresurado y en un abrir y cerrar de ojos me asalta la nariz un olor acre y punzante. Me estremezco sin querer de puro asco y, al abrir los ojos, veo a todos rodeándome preocupados, con la excepción del señor Balfour, que está sentado en la silla de ruedas. El médico cierra un recipiente que parece una pequeña concha plateada, al parecer muy orgulloso de sí mismo.

—Este frasco es infalible con las damas —sentencia. Me doy cuenta de que el susodicho frasco debe de contener algo parecido a sales aromáticas; una esponja

de un hedor repugnante que se empapa en vinagre. Es toda una decepción, no voy a mentir. Cuando en las películas aparecían las sales aromáticas, yo me imaginaba siempre que la mujer en cuestión volvía en sí con un olor un poquito más agradable: lavanda, rosas o, en fin, algo que no diera arcadas.

El tufo que se me ha quedado dentro de la nariz es tan nauseabundo que empiezo a respirar hondo con la esperanza de que así desaparezca más rápido. Me doy cuenta, demasiado tarde, cuando veo la expresión intensa de Hugh —sigue arrodillado e inclinado sobre mí—, de que al respirar hondo con este traje de la Regencia puede parecer que lo que estoy haciendo es intentar que se fije en mis pechos. Como cuando en una novela de esta época se habla de «sofocos»...

Debe de estar horrorizado, porque se queda paralizado con la mirada fija en mi pecho. La señora Campbell también lo sorprende mirándome. Chasquea los dedos para abroncar a su supuesto sobrino.

—Hugh, querido, céntrate. Tenemos que llevar a la señora Bright a su cama.

Un giro dramático de los acontecimientos. Desde luego, no es lo que pretendía cuando me caí —lo único que quería era posponer lo máximo posible la conversación de la boda—. Acatando las órdenes de su tía, él me toma en brazos con rapidez, lo que no hace sino elevar el aura romántica que transmitimos, y no voy a mentir, la facilidad con la que me levanta, como si fuera un pajarillo de unos gramos, resulta muy atractiva.

Sigue oliendo un poco a su perfume moderno: un toque de cítricos y sándalo, áspero como su voz. Permanezco exánime e inmóvil, con la excepción de las pestañas, que muevo un poco, hasta que me tumban en la cama de la habitación de invitados. La señora Campbell echa de la habitación a los Goddard, que nos han seguido escaleras arriba.

—¡Se pondrá bien! —la oigo decir. Me la imagino apartando al matrimonio de la puerta con el abanico—. No es nada grave. Su prometido cuidará de ella; ya me encargaré yo de que así sea.

Suelto otro gruñido, esta vez porque me he dado cuenta de que mi plan ha surtido el efecto contrario al buscado, más allá de convencerlos de mi debilidad.

Se cierra la puerta y me percato de que la señora Campbell se ha marchado.

Me pregunto si Hugh también se ha marchado. Pero no pienso mirar. No.

Lo que hago es ocultar el rostro en la almohada de plumas y negarme a hacer frente a la realidad. Junto los tobillos por debajo de las sábanas de lino y me pongo a mascullar:

—Como en casa, en ningún lado; como casa, en ningún lado...

Alguien me da un golpecito con muy poco tacto en el hombro.

—Despierte, Judy Garland. ¿Va a hacerme esperar mucho más antes de admitir que todo eso fue una treta?

Es él. No se ha marchado.

Abro los ojos y descubro que estoy a solas en un dormitorio con Hugh Balfour. Está sentado en una delicada silla de madera. Si no fuera por lo ceñudo y cabreado que está, sería la viva imagen de un amante devoto junto a la cama de su amada enferma.

—No me vengas con esas, que por un momento te lo creíste —le digo, acusándolo en susurros—. Fuiste el primero en levantarte.

Hugh se pone un poco más pálido al oírme.

—Muy bien —dice con voz tensa—. Lo dio usted todo al tirarse al suelo. Por un instante me... preocupé.

Suelto una risotada.

—¿Ahora quién es el actor de pacotilla de los dos?

Hugh resopla.

—Fue un poco melodramático por su parte, pero... en fin... Por lo mucho que me odia, imaginé que había perdido el conocimiento solo al pensar en nuestra boda inminente.

Ese recordatorio me devuelve al problema que tenemos entre manos.

—No me puedo creer que te hayan dejado a solas conmigo. Eso no puede ser nada bueno.

La angustia se apodera de su rostro; sé lo que va a decir antes de que abra la boca.

—Fue valiente por su parte, pero no creo que un desmayo nos vaya a librar de este noviazgo.

Se me retuerce el estómago como una trenza de pastelería. Me reincorporo como impulsada por una catapulta.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¿Qué hacemos? ¿Nos electrocutamos otra vez? ¿Será como en *La isla de Gilligan*[5]? ¿Tendremos que golpearnos la cabeza con un coco? ¿Crees que si tenemos otro accidente volveremos al presente?

Si acaso es posible, Hugh frunce más el ceño.

—Oh, así que ¿esto ya no le parece un milagro? ¿El universo no nos tiene reservado un plan chamánico sacado de un guion de película cutre?

Sacudo la cabeza de un lado a otro, como un perro que intenta secarse las orejas.

—Pues ¡claro que no! ¡Que están intentando casarnos! ¡El universo no se

inventaría algo tan repugnante, jamás de los jamases!

Acerca la silla unos centímetros hacia mí y la patas chirrían contra el suelo de madera. Aprieta tanto la mandíbula que me da miedo que acabe partiéndose una muela. Me preparo para una buena reprimenda a gritos, convencida de que está a punto de perder los estribos; pero, entonces, exhala, cierra los ojos y poco a poco se va relajando. Mueve los labios lentamente —es científicamente imposible no mirarlos—, parece que está contando hasta diez. Cuando termina de serenarse, al fin abre esos ojos marrones sin fondo y me pregunta:

—Entonces, ¿qué sugiere que hagamos?

Me enderezo contra la pila de almohadas, aterrorizada.

—Repito: yo apuesto por electrocutarnos —No se me ocurre otra cosa que decir.

Hugh bufa desesperado.

—No le diría que no, si en esta época existieran aparatos eléctricos. Aquí la sensación son las velas, señorita Bright, por si no se ha dado cuenta. Y los muy ricos alumbran sus casas con gas.

Entro en pánico al caer en la cuenta de que tiene razón.

—¡Pues vaya tela! —grito, como si fuera culpa suya por confirmar lo evidente —. ¿Qué vamos a hacer entonces?

Él se ríe con desprecio.

—¡Eso mismo le pregunto yo, señorita Bright! A ver si se entera.

—Ay, madre —mascullo—. Nos hemos metido en una buena. Ojalá viajar en el tiempo fuera tan fácil como en *Chuck Brown*.

El comentario, como no puede ser de otra manera, lo desconcierta.

—¿Qué? ¿Hay viajes en el tiempo en su telenovela para adolescentes?

Suspiro hondo, irritada por tener que dar explicaciones sobre ese asunto por enésima vez en mi vida. En la gira de promoción de la cuarta temporada, la prensa no preguntaba otra cosa.

—Añadieron una caseta mágica para perros en la cuarta temporada. La usábamos para volver atrás en el tiempo e impedir los asesinatos de Manson.

Es una confesión tan ridícula que Hugh se cabrea.

—Usted... usted...

—No me pidas más detalles, porque no los sé.

—¿Cuánta cocaína esnifaban los guionistas?

Levanto las manos.

—¡Y yo qué sé, hombre! ¡Supongo que mucha! Pero ¡más te vale que se te

ocurra un plan para volver a casa! Porque si vas a poner pegas a todas mis ideas, ya puedes ir pensando tú en algo.

No se le ocurre nada que contestarme. Lo observo entrelazar los dedos de esas manos tan grandes que tiene —en serio, no puedo parar de fijarme en lo enormes y fuertes que son— y durante unos instantes me distraigo con el movimiento de la rodilla derecha de arriba abajo, que deja clara su irritación. La situación no podría ser más desastrosa, y me queda claro que Hugh Balfour es un maniático de primera, incluso cuando todo va sobre ruedas.

—No lo sé —susurra—. No lo sé. Pero sé que no podemos quedarnos aquí y casarnos.

Estoy de acuerdo con lo que ha dicho, pero me lo ha puesto tan en bandeja que me hago la víctima:

—Vaya, pues gracias.

Pone los ojos en blanco.

—No es por usted. Es por este lugar. Si es cierto que hemos viajado en el tiempo al pasado, tal y como sospecho, podría haber graves consecuencias. ¿Se le ha ocurrido pensar que nuestra presencia en este lugar podría suponer una amenaza para el desarrollo de los acontecimientos históricos?

—No —respondo, inexpresiva—. Porque yo tenía amigos en el instituto.

Hace caso omiso de mi burla y sigue hablando:

—Las personas de esta casa son mis antepasados. Mi árbol genealógico. Los registros nos dicen que Hugh Balfour falleció en Waterloo y que, por tanto, su hermano menor, George, heredó la propiedad. George, ese niño pequeño, es mi tataratataratataratatarabuelo. ¿Qué pasará, señorita Bright, si me quedo aquí, donde todo el mundo me considera el heredero, y él jamás recibe la herencia? ¿Se casará con la misma mujer, tendrá los mismos hijos? ¿Acabaré borrando mi propia existencia? ¿La existencia de mi propio padre? ¿La de mi hermana?

—Dios —digo, atónita—. Eso pinta mal.

—¿Qué? ¿No ha visto nunca *Regreso al futuro?* —me pregunta—. Es un clásico de los ochenta.

—No. Como acabo de decir, yo tenía amigos en el instituto.

Me lanza una mirada asesina, de modo que doy marcha atrás y levanto las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, de acuerdo, no más bromas. Obviamente, no podemos quedarnos aquí. ¿Qué hacemos? ¿Nos vamos en mitad de la noche, sin ropa, sin dinero? El que ha estudiado has sido tú. Ya me dirás qué tal les irá a dos raritos sin

blanca y sin conocidos en una época anterior a la existencia de los derechos de las mujeres, el aire acondicionado o los antihistamínicos.

Hugh se tapa la cara con las manos —el drama que no decaiga—, despeinándose.

—Pues mal, seguro. Ni siquiera creo que sepa llegar a ningún lado sin el GPS.

Hunde los hombros y se queda así, alicaído, de modo que vuelvo a darle una palmadita en el hombro a modo de consuelo. Aun así, no puedo evitar lanzarle otra pulla:

—Tranquilo, lord Byron, tranquilo. Ya se te ocurrirá algo.

Levanta la cabeza, con una luz en los ojos que le ilumina todo el semblante, como si se le hubiera encendido la bombilla.

—Lord Byron —repite, como maravillado con esas dos palabras —. ¡Mary Shelley!

—Sí —digo, sin tener muy claro adónde quiere ir a parar, pero con ganas de mantener el sarcasmo hasta el final—, también es de esta época.

Pero él está demasiado emocionado como para expresar lo que está pensando con claridad. Mueve la mano de arriba abajo una y otra vez, como si estuviera cortando algo o practicando kárate.

—Lord Byron. Mary Shelley. *Frankenstein*. Galvani. ¡Electricidad!

Lo miro como si se le hubiera ido la cabeza, de modo que se levanta y me zarandea por los hombros. Saltan chispas —aunque no son las que estamos buscando— ahí donde presiona con los dedos la tela de muselina de mi vestido. Noto que me estoy acalorando. Me repito hasta la saciedad que, en el fondo, no me siento atraída por Hugh, que lo que pasa es que, con lo despeinado y sonrojado que está, casi me parece guapo por la cara de loco que tiene. Su fachada, siempre de una calma robótica, se derrumba unos instantes y deja a la vista al frenético ser humano que se oculta en las profundidades.

—¡Tess! —dice, y al oír el sonido de mi nombre salir de sus labios casi me quedo boquiabierta muy a mi pesar—, estamos en el año 1815. En las casas todavía no hay aparatos eléctricos, pero Luigi Galvani ha puesto de moda las máquinas eléctricas que los ricos usan para entretenerse en el salón. ¡Se electrocutan por placer!

Salgo de las sábanas y me pongo de rodillas. Agarro a Hugh por los hombros, sin aliento.

—Entonces, si nos hacemos con una de esas máquinas...

Hugh se humedece los labios y yo no puedo evitar fijarme en lo carnosos que

son.

—Sí. Podríamos volver a casa.

No es lo que se puede llamar un plan sin lagunas, pero no perdemos nada por intentarlo. Convenimos que, por el momento, fingiremos que estamos de acuerdo y les seguiremos a los demás el juego con los preparativos de la boda que pretenden celebrar de aquí a un mes. Y, entre preparativo y preparativo, buscaremos una manera discreta de sugeir que nuestros invitados se divertirían mucho en la fiesta con una de esas maquinitas eléctricas tan interesantes.

—Pero ¿de dónde vamos a sacar el dinero para comprarla? —pregunto, inquieta. Viniendo de una familia monoparental en la que solo había un sueldo, me... incomoda bastante la idea de saquear las arcas de la familia Balfour para comprar algo que no sabemos si va a funcionar—. No estamos en condiciones de ganar dinero. ¡Ser actriz nunca me ha parecido una profesión con tan pocas salidas!

Hugh parece tan mareado como yo mientras busca la manera de racionalizar la respuesta que quiere.

—Supongo que debemos confiar en que el precio de una máquina eléctrica sea menor que el riesgo de desequilibrar por error la historia y robar la herencia de George. Jeremy Bentham lo llamaría «utilitarismo». —Yo resoplo. A Hugh se le da fatal conectar con su público. Jamás he conocido a una persona a la que se le dé tan mal adaptar su expresión a los espectadores—. Y no debemos olvidar —añade, como si se estuviera convenciendo a sí mismo— que mi familia está muy lejos de ser pobre.

Me cuenta que su tía abuela por parte de padre —con uno de esos nombres británicos tan horrendos, como Agatha, Agnes o Araminta— fue quien vendió la casa familiar a una empresa hotelera. Pero, antes de mudarse, reunió toda una serie de objetos y reliquias familiares, viva muestra de la dilatada historia de los Balfour en el condado, y los almacenó todos. Al parecer, él les echó un vistazo al prepararse para interpretar a Henry Tilney y encontró algunos libros de contabilidad. Calcula que la renta neta de su familia debe de rondar las nueve mil libras al año. Para las amantes de Austen que llevan la cuenta, los Balfour vivirían algo mejor que los Bingley y les pisarían los talones a los Darcy.

Intento por todos los medios dejar a un lado las dudas y darle la razón. Esta debe de ser la voluntad del universo.

—Pensándolo bien..., ¿de qué vale que te confundan con tu difunto tatarataratarataratarataratío y heredero de la familia si no puedes usar la jugosa renta

anual para solucionar una emergencia tan imperiosa como viajar en el tiempo?

Eso parece dejarle con la conciencia más tranquila, unido a la obsesión de no dejar rastro de nuestro paso por la historia. En teoría, si somos discretos, volvemos a casa sin que nadie se entere y desaparecemos de las vidas de sus antepasados para siempre, ¿qué impacto tendríamos en el pasado? A ver, que no es para tanto. Solo estaremos en el campo un mes. Y, cuando el pequeño George crezca, heredará la propiedad, como se supone que tiene que pasar, y ¡el linaje de Hugh debería quedar intacto!

Siempre y cuando el plan de la máquina eléctrica funcione. De lo cual, por supuesto, no tenemos ninguna garantía. Puede que consigamos una y no sirva para nada. Pero no lo digo en este momento, porque los dos sabemos que nos estamos agarrando a un clavo ardiendo: es un plan descabellado, desesperado y muy poco seguro.

—Pues ya sabemos lo que tenemos que hacer —dice Hugh, lanzándome una mirada de lo más escéptica—. Preguntar por ahí. Y la discreción es clave. Si es que le suena de algo ese concepto.

Le dedico una mirada burlona y, entonces, me levanto de la cama, estirando los brazos y bostezando. Me parece que su mirada vuelve a detenerse unos instantes en mis pechos, que este traje de noche prestado mantiene bien en lo alto, pero dura tan poco que seguro que me lo he imaginado. Tampoco es que esté muy atractiva ahora mismo. Me pesan los párpados del cansancio y no estoy de humor para ponerme seductora.

—Tengo que cepillarme los dientes —murmuro—. Me sabe fatal la boca, como a animal atropellado.

Hugh hace una mueca.

—Qué expresión más desagradable. Dios santo, su insolencia es de lo más estadounidense, ¿no le parece?

Enarco una ceja.

—Ah, ¿sí? ¿Conque la desagradable soy yo? Te recuerdo que hace un rato escupiste sopa de tortuga como una fuente averiada.

Se enerva, enderezándose en el asiento.

—¡Las tortugas verdes acabaron en peligro de extinción precisamente por esta moda culinaria tan repulsiva! Fui el único en la mesa que no cometió un acto inhumano. Es una barbaridad.

Empiezo a tantear mi pelo en busca de las horquillas y me las quito para liberar los mechones ondulados de color negro de la opresión de los rizos de la Regencia,

de tal forma que me caen por la espalda.

—Si alguna vez entablaras conversación con tus coestrellas o te dignaras a comer con nosotros, habría sabido que eres vegetariano y te habría avisado antes de que te llevaras esa cuchara a la boca.

—O se habría quedado de brazos cruzados y se habría echado a reír mientras yo me atragantaba con una especie en peligro de extinción —rebate.

Me detengo; por unos instantes, me duele de verdad que piense tan mal de mí. Una cosa es creer que soy un incordio; otra bien distinta, que no tengo corazón.

—¿De verdad me crees capaz de eso?

No puede sostenerme la mirada.

—No —acaba admitiendo—. No lo creo. No nos hemos llevado muy bien desde que nos escogieron para los papeles, pero usted nunca se ha comportado con malicia intencionada. Bueno, aparte de darme algún que otro golpe.

—Entonces, ¿por qué has dicho eso?

Hugh se encoge de hombros, mientras me dedica la más tensa de las sonrisas.

—Por canalla, supongo. Estábamos discutiendo y quería ganar. Lo he dicho por decir.

Le devuelvo una sonrisa diminuta.

—Al menos eres lo suficientemente valiente como para admitirlo. Pero, ahora en serio, el que ha estudiado tanto aquí eres tú. ¿Cómo me voy a cepillar los dientes? ¿O seguimos en la época de los dientes de madera? No pienso acabar como George Washington.

Cierra los ojos, como si estuviera haciendo memoria.

—Dientes de madera, no; dientes de Waterloo. Crearon dentaduras a partir de los dientes de soldados muertos.

Me tapo la boca con la mano.

—Estás de broma.

—Pero sí que tienen cepillos de dientes —me asegura—. Y polvos para lavarlos. Aunque me parece que esos polvos, más que limpiar los dientes, acaban con el esmalte, así que tal vez sea contraproducente.

Se me relajan los hombros al instante al oírle hablar de los cepillos de dientes.

—Me sirve —digo—. Según algunos estudios, cepillarse los dientes en seco es igual de eficaz para eliminar el sarro, aunque, para el aliento, no tanto.

Se me queda mirando, como divertido.

—¿Y cómo sabe usted eso?

Yo ya estoy buscando el cepillo de dientes prometido en los cajones de mi

mesilla de noche.

—Mi madre era dentista —revelo—. La mataría saber que, tras todos esos años usando hilo dental, voy a echar mi dentadura a perder. Por no hablar del dinero que se gastó en los aparatos.

Una de las venas se hincha en la mandíbula de Hugh al reparar en el tiempo verbal del pasado. «Era» dentista.

—Imagino que le habrá comprado una casa a su madre en cuanto se le presentó la oportunidad.

—Así es —digo, con el rostro reluciente de orgullo. Me alegra que incluso este hombre que no me soporta sepa que soy esa clase de persona que haría cualquier cosa por su madre.

—Entonces, ¿ahora es jubilada?

Ay, madre. Sí que reparó en el tiempo verbal del pasado, pero lo malinterpretó. Odio esta parte. El tener que corregir. La incomodidad que se genera después.

—No —le digo. Hablo con voz plana, sin ningún tipo de inflexión. No quiero darle pena—. Mi madre murió hace un año y medio.

La sonrisa desaparece del semblante de Hugh, que parece muy incómodo.

—Oh, cuánto lo siento.

Me llevo las manos al pecho, fingiendo que estoy horrorizada.

—Qué fuerte lo tuyo. Así que enfermó de cáncer por tu culpa.

Hugh pone los ojos en blanco y suelta esa risita seca y forzada que buscaba yo.

—Es usted una mujer de lo más exasperante —masculla.

Me cruzo de brazos sobre el pecho y trato de mantener el tono de voz animado:

—No hay motivo para que lo sientas. Simplemente pasó lo que pasó, fue una mierda y sigue siendo una mierda. —Durante unos instantes, no pestañeo. Tengo los ojos anegados en lágrimas y bajo ningún concepto permitiré que se derramen.

Parece que él no sabe qué decir. Tiene la boca abierta, como si estuviera pensando en algo que responder, pero me apiado de él y cambio de tema para centrarme en algo menos siniestro.

—A mi madre le encantaba Jane Austen —añado, volviendo a buscar en la mesilla de noche—. Y cuando digo «encantar», quiero decir «encantar». *La abadía de Northanger* era su segundo libro favorito. Por eso peleé con uñas y dientes para conseguir el papel.

—¿Su segundo libro favorito?

—¡Ajá! —Saco la mano del fondo del cajón y agito el pequeño cepillo de marfil —. ¡Victoria!

—¿Su segundo libro favorito? —insiste él.

Le dedico una sonrisa radiante, mostrando los dientes perfectos por los que mi madre luchó tanto.

—Su favorito era *Orgullo y prejuicio*, ¡cómo no!

—¡Cómo no! —se burla.

—Es el más famoso por un motivo —le digo—. ¿A quién no le gusta que dos que se lleven mal acaben enamorándose?

---

[5] N. de la Ed.: Serie de televisión estadounidense de los años 60, que cuenta en clave de comedia las aventuras de un grupo de supervivientes de un crucero.

CAPÍTULO 7



El corazón me late tan fuerte en el pecho que temo que hasta Hugh lo oiga. ¿Por qué diantres le habré dicho algo tan insinuante a este hombre insoportable?

En realidad, sé la respuesta: porque de repente ya no es tan insoportable como pensaba. Nunca me ha interesado acostarme con alguien a quien odio, pero ¿acostarme con alguien con quien estoy forjando una bonita amistad? ¿Acostarme con alguien que no es tan malo como pensaba? No me lo perdería por nada del mundo.

Supongo que soy de las que saben perdonar. Si te paras a pensarlo, por un lado, solo hizo falta que se disculpara y que me llevara en brazos como una novia el día de su boda para hacerme cambiar de opinión. Pero, por otro, no es tan fácil conquistarme. Además, no hay que olvidar que, tal y como dijo Hugh, hemos caído en una brecha entre el espacio y el tiempo. No tendría ni pies ni cabeza que me negara a perdonar a mi único aliado en este mundo.

Llevo tanto tiempo sumida en estos pensamientos que Hugh chasquea los dedos para devolverme a esta realidad tan surrealista.

—¿Sigue usted ahí?

Parpadeo.

—Claro. Estaba pensando.

Hugh asiente y, al cruzarse de piernas, se estira la tela de sus ceñidos pantalones de algodón. Tengo la sospecha de que, a pesar de detestar la carne, Hugh debe de tomar proteína en polvo de camino al gimnasio, porque vaya gemelos tiene.

—Deberías marcharte —le digo, sin más preámbulo.

Hugh parece atónito.

—¿De verdad?

—De verdad —repito, tratando de parecer indiferente—. Se estarán preguntando si ya me encuentro bien. Deberías ir a decírselo. Y deberíamos descansar un poco.

Como si lo enviaran al destierro y con la misma cara que un gato escarmentado,

Hugh se acerca hasta la puerta.

—Una última cosa —digo.

Se detiene en el marco de la puerta y me mira.

—¿Sí?

—Cuando pensaste que me había desmayado, sabías lo que había que hacer. ¿Por qué?

Una emoción parpadea en su semblante antes de recuperar esa cara de póquer; tal vez es su orgullo de actor, que pugna contra una falsa sensación de modestia. Sea como fuere, responde con sencillez, sin pompa alguna:

—Sabía cómo había que reaccionar porque las personas con demencia son propensas a caerse.

Es justo lo que pensaba. Que Hugh, para interpretar a un personaje que sabía este tipo de cosas, se preparó a fondo, tal y como hizo con nuestra película. La cosa es que, por muchas veces que me haya leído su página en IMDB como una posesa, echando humo por las orejas de pura envidia profesional, no recuerdo en qué serie médica ha salido. Lo tengo en la punta de la lengua, pero sería humillante preguntárselo, admitir que me sé su filmografía tan bien que una laguna como esta me está sacando de quicio. De modo que me limito a decir a la ligera:

—Bueno, es evidente que te preparaste bien. Como de costumbre.

Hugh se me queda mirando unos segundos más de lo normal —supongo que está sorprendido porque le he hecho un cumplido— y, entonces, inclina la cabeza antes de marcharse.

—Gracias.

Lo veo irse de mi cuarto, mordiéndome el labio inferior.

Uso la jarra de agua y la palangana para lavarme la cara, con la esperanza de que las gotas frías se lleven esta sensación ardiente, pegajosa y muy inconveniente que me ha dejado mi coestrella.

Intento pensar en otras cosas. Como en lo afortunada que soy de llevar tan poco maquillaje. Dominic quería que Catherine tuviera un aspecto natural en *La abadía de Northanger*. Sin toallitas para bebés o agua micelar, sería complicado quitarme el rímel que suelo llevar puesto y no acabar pareciendo un mono de feria.

Es todo tan surrealista... Después de cepillarme con diligencia cada diente por separado, lo único que me queda por hacer es ponerme el camisón —que me ha dejado preparado Anna, la sirvienta de la señora Campbell— y subirme a mi cama

con dosel. Adiós a la rutina de siete pasos para cuidar de la piel. Adiós a la férula dental para no apretar los dientes por el estrés. Adiós a la infusión de manzanilla antes de dormir, que siempre caliento en el microondas porque me da pereza prepararla en la tetera.

Comienza a apagarse la vela que hay sobre la repisa de la chimenea. Me meto debajo de la colcha y la veo derretirse hasta que se apaga y la habitación cae en una oscuridad profunda.

Me pregunto cómo se habrá preparado Hugh para ir a la cama. En realidad, Jane Austen nunca estuvo en el dormitorio de un hombre, así que no tengo del todo claro qué llevará puesto. Pero, como no soy capaz de imaginarlo con uno de esos camisones enormes estilo Ebenezer Scrooge, opto por imaginármelo sin nada en absoluto. La luz de plata de la luna que se desliza, a través la ventana abierta, por su espalda, como el verso de una poesía escrita en tiempos remotos. La curva suave entre sus omóplatos, su atractiv...

Con esos pensamientos tan placenteros, caigo en los dulces brazos del sueño.

* * *

A la mañana siguiente, en cuanto abro los ojos, estoy casi convencida de que todo lo que sucedió anoche fue un sueño febril fruto del estrés. Pero, aunque me niegue a incorporarme en la cama y mirar a mi alrededor, todos mis sentidos me gritan que sí es real.

En mi habitación reina el silencio. Un silencio sospechoso. En ningún lugar del mundo moderno se puede encontrar una quietud tan auténtica como esta. Siempre se oye, de fondo, el claxon de un coche. El zumbido de una nevera. Los aspersores del jardín del vecino —fijo que son los de ese imbécil de Karl, que siempre se salta las restricciones de agua de Los Ángeles—.

Hundo más el rostro en la almohada, negándome a aceptar la realidad, y pido un deseo: que, cuando abra los ojos, lo que mire no sea un dosel azul en una habitación tan ordenada que hasta resulta impersonal. Me gustaría estar despatarrada en el sofá de mi tráiler, rodeada del querido desorden de toda una vida muy mal organizada. Sería una maravilla despertarme y encontrarme con la taza de café del día anterior, con las toallitas desmaquillantes de la semana pasada que arrugué en forma de pelota, con gomas para el pelo sueltas, con sujetadores sin lavar y con un tubo de pasta de dientes a punto de terminarse. También me encantaría estar tumbada en la cama extragrande de mi dormitorio en Thousand Oaks, con el ruido de fondo de un vecino cortando la hierba —otra vez el imbécil

de Karl, seguro—. ¿Qué digo? No me importaría que me despertara un asistente del equipo al llamar a la puerta de mi habitación de hotel para decirme que tengo que darme prisa para no llegar tarde.

Pero no se cumple mi deseo, sino que se abre la puerta y aparece Anna, que me trae una bandeja de plata con dos panecillos con mantequilla y una taza de té caliente. Me tiembla la mano cuando me llevo la taza a los labios y doy un sorbo con la esperanza de que el té me consuele.

Mis problemas no se van a solucionar por arte de magia. No basta con pedir un deseo o juntar los talones tres veces. Estoy atrapada en el pasado de verdad, con Hugh Balfour, para más inri, como único aliado. Se me sonrojan las mejillas al recordar que anoche me llevó en brazos como si pesara tan poco como una muñeca recortable.

La taza de té tintinea cuando la vuelvo a dejar en la bandeja, y, entonces, una voz cariñosa y muy conocida me susurra desde un rincón de la mente: «Dime la verdad, cariño. ¿Estás temblando de miedo... o de emoción?». Eso es lo que me preguntaría mi madre. Estoy convencida. Siempre sacaba los trapos sucios.

Después de devorar los panecillos, Anna se ofrece a ayudarme a ponerme el vestido de muselina que me han prestado. Me pongo nerviosa. No me gusta que me sirvan, pero, por otro lado, me consta que en esto consiste el trabajo con el que, seguramente, Anna estará encantada —para la época en la que le ha tocado vivir—, e imagino que sacar a relucir mi sensibilidad moderna no hará sino complicarlo todo incluso más. Mal que me pese, opto por mostrarme cortés y agradecida para que no se sienta incómoda. Nunca he visto a ninguna protagonista de Jane Austen hablar largo y tendido con una sirvienta y no sabría ni por dónde empezar sin dar la nota y caer en anacronismos.

Sí que me comprometo a hacer una cosa: por mucho que me encante dejar la ropa tirada en el suelo y desordenarlo todo a mi paso, aquí no pienso hacer nada de eso. No pienso dificultar más el trabajo de Anna. No será fácil —tendré que superar veintiséis años de desastre absoluto—, pero lo haré. Al fin y al cabo, no todos somos como los Balfour. No sé mucho de mis antepasados, pero apuesto lo que quieras a que hicieran lo que hiciesen para sobrevivir, tenían más en común con Anna que con el estilo de vida de los parientes de Hugh.

En todo caso, Anna sí que me dirige la palabra para decirme que a la señora Campbell le gustaría reunirse conmigo en el piso de abajo, en el salón.

Estupendo. Esto promete.

Me pongo de los nervios otra vez. La impresión que me ha dado la señora

Campbell es que es una mujer muy perspicaz. Parecerá maja, pero sospecho que no se anda con rodeos, por la rapidez con la que intentó resolver la supuesta falta de decoro entre Hugh y yo.

La encuentro en el salón, iluminado por la luz del sol, sentada en un sillón debajo del retrato imponente del tío de Hugh. Parece de lo más inofensiva entre sorbo y sorbo de té. El reloj de pie de la esquina da las siete de la mañana.

Hago una reverencia al entrar.

—Bien —dice la señora Campbell, mirándome fijamente—. Parece que ya se ha recuperado del todo. —Deja la taza de té en el delicado platillo y se levanta del asiento para inspeccionarme—. Parece usted una joven fuerte. ¿Será que ayer por la noche se sentía angustiada?

Tenía la esperanza de que hablar alto y claro del desmayo de una mujer en la época de la Regencia fuera como hacerlo de la operación de nariz de una mujer en la mía: impensable.

Pero le digo lo que tendría que haber dicho ayer por la noche, después de pensarlo mejor, y le echo la culpa a mi difunto marido.

—Sí que estaba angustiada, señora. Aunque, técnicamente, el luto haya terminado, no esperaba volver a casarme tan pronto. Lo que sentí fue... —Me llevo una mano al pecho, para calmarme un poco. Incluso antes de pronunciar las palabras, sé que lo que digo es verdad—... Culpa, por seguir adelante con mi vida sin la persona a la que he perdido.

La señora Campbell me mira a la cara en busca de algún indicio de que esté mintiendo, pero no encontrará nada. Porque lo cierto es que un sentimiento de culpa ha ensombrecido cada día de mi vida durante los últimos dieciocho meses. Cada vez que me pasa algo bueno —conseguir un papel por el que he peleado mucho o conocer a alguien—, me siento mal. ¿Cómo voy a ser feliz, aunque sea un solo segundo, sin mamá?

El semblante de la señora Campbell, antes alerta, se relaja en señal de simpatía. Me toma de la mano y me la aprieta con cariño.

—Entiendo cómo se siente. Cuando falleció mi esposo, hará ahora cuatro años, pensaba que jamás lo superaría. Pero, por suerte, tenía a otras personas en mi vida a las que dedicarme. Estoy muy unida a los hijos de mi cuñada, y mi sobrina mayor justo dio a luz a su primogénito por aquel entonces. —Señala el salón bañado en oro en el que nos encontramos—. Mi hermano también era viudo, además de inválido, y necesitaba a alguien que se hiciera cargo de la casa. Así hallé nuevos propósitos en los que volcarme. Pero usted es una mujer joven sin pareja

en la que confiar y sin familia. Sospecho que jamás volverá a ser feliz a no ser que vuelva a disfrutar de ciertas facetas de su vida.

Le dedico a la señora Campbell una sonrisa temblorosa.

—Y, además —añade, guiñándome el ojo—, Hugh lleva soltero demasiado tiempo. Necesita una mujer que lo retenga en casa, para que no se dedique a deambular por medio continente. Y a su padre y a mí nos impresionó que usted lo ayudara a recuperarse de las heridas. Es prueba de su valía.

Inclino la cabeza en señal de agradecimiento, sin saber qué más decir. Estoy segura de que no alabaría tanto mi personalidad si supiera cuánto tiempo me paso o bien odiando a Hugh o bien mirándole el trasero. Y, entonces, no sé muy bien cómo, la señora Campbell se lanza a prepararlo todo, diciendo que lo primero que tenemos que hacer es reemplazar las prendas de ropa que perdí en el asalto de los «bandidos». En un abrir y cerrar de ojos, me sube a un carruaje de dos caballos para hacer una visita a la modista del pueblo. Supongo que no estaba al tanto de que las mujeres de la Regencia tuvieran permitido conducir, y a la señora Campbell no se le da nada mal. Bueno, en realidad, es una conductora un poco imprudente y toma las curvas a toda velocidad. Sembraría el caos en una ciudad como Los Ángeles.

Lo cierto es que la forma en la que una modista de la Regencia me toma las medidas no es muy diferente a las pruebas de vestuario que he tenido en Hollywood. En ambos lugares te pinchan con alfileres y agujas, la profesional te mueve las extremidades como si fueras una Barbie de tamaño humano y la productora ejecutiva —en este caso, la señora Campbell— aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para opinar. Me recuerda mucho a *Chuck Brown,* porque parece que la señora Campbell y la modista quieren que mis trajes sean lo más sexis posibles sin correr el riesgo de que me vayan a acusar de indecente —*Chuck Brown*, técnicamente, es una serie para toda la familia—. Mis dos acompañantes jamás se atreverían a admitirlo en voz alta, pero es imposible que no se haya tenido en cuenta al diseñar estos vestidos, que elevan tanto los pechos, el efecto que tendrían en el sexo opuesto.

Sin darme cuenta, la señora Campbell ya ha encargado ropa suficiente para llenar todo un armario. Estoy tratando de darle las gracias por su excesiva generosidad cuando la campanilla unida a la puerta del local de la modista se pone a tintinear, para avisar de que ha llegado una nueva clienta.

Entra en la tienda una joven dama, con un vestido de color rosa y el semblante enmarcado por unos rizos rubios como la miel, seguida de una mujer de aspecto

señorial que tiene que ser su madre.

—¡Oh, mamá! —grita—. ¡La señora Campbell y la invitada que mencionaron los Goddard!

Lanzo una mirada a la señora Campbell, que cierra los ojos unos instantes en señal de pura exasperación. Empiezo a sospechar que la señora Goddard es la cotilla del pueblo. Y, en cuanto al doctor Goddard..., ¿dónde ha quedado la confidencialidad entre médico y paciente? Esto es una violación de mis derechos en toda regla.

Aun así, la señora Campbell saluda a las recién llegadas con cortesía.

—Señora Dixon, qué alegría verla. Y a la señorita Dixon también. Quisiera presentarles a la invitada de nuestra familia.

La hija esboza una sonrisita afectada y se levanta el dobladillo del vestido para acercarse a toda velocidad hasta nosotras.

—¡Ay, por favor, sí, señora Campbell!

—Señora Susanna Dixon, señorita Phoebe Dixon, les presento a la señora Tess Bright, una viuda conocida de mi sobrino. Puede que ya se hayan enterado de esto también —dice con sequedad—: Hugh regresó ayer. No falleció en Waterloo, como creíamos.

La señorita Phoebe Dixon suelta un grito de puro deleite, arrugando esa delicada nariz que tiene.

—¡Oh, sí, nos hemos enterado! Es maravilloso. —Entonces, me mira a la cara con interés, casi implorante—. ¿Y es cierto que usted y el señor Balfour están... prometidos?

—Es cierto —confirma la señora Campbell en mi lugar.

Phoebe y su madre se miran. Se le tensa la voz al exclamar:

—Qué... bien.

La señora Dixon asiente con ganas, aunque tiene el rostro tenso.

—Qué bien, sí. ¿Quién se esperaba un milagro como este?

Si Phoebe y su madre estuvieran en una audición, las echarían por pronunciar esas frases con tan poca convicción. Pero, a pesar de ese disgusto tan patente, la señora Campbell resuelve esta escena tan incómoda con elegancia.

—Esta semana nos gustaría organizar una cena para celebrarlo. Tenemos tantos motivos para sentirnos agradecidos... Su familia recibirá la invitación en breve; espero que nos complazcan con su presencia.

—Desde luego —murmura la señora Dixon—. No nos la perderíamos por nada del mundo.

Phoebe se vuelve para mirar algunas de las prendas que estábamos inspeccionando y señala una selección de ropa de muselina color mostaza de lo más fea; si me la pusiese, parecería que estoy enferma.

—Este tono le sentaría de maravilla, señora Bright. Dígame que ha encargado algo del estilo.

Yo he ganado premios por actuar —no serán muy prestigiosos, pero siguen siendo premios— y me enorgullezco de esquivar esta trampa con mucha más elegancia y convicción de lo que lo harían ella o su madre.

—Oh, le agradezco la recomendación, pero creo que ya tengo un vestido de este color y repetir nunca es buena idea.

La señora Campbell me lanza una sonrisa cómplice y baja la voz para que solo yo la oiga:

—Ha tomado la sartén por el mango.

Divertida, le hago una reverencia y susurro:

—Oh, gracias, señora Campbell.

—Ay, de eso nada, querida —me corrige, guiñándome el ojo—. Ahora soy la tía Fanny.

Mi corazón se triplica de tamaño.

CAPÍTULO 8



Sé que usamos la expresión «como una rosa» en sentido figurado, pero, al pasear por los jardines de Highground, he de admitir que nunca he visto flores tan maravillosas como estas rosas. Es un día de ensueño a comienzos de septiembre, con un toque a lo *Alicia en el país de las maravillas*, aunque Lewis Carroll no vaya a nacer hasta dentro de casi dos décadas. El cielo está despejado, de un azul radiante, y ante nosotros se extienden, hilera tras hilera, rosas de un color rosado claro que elevan sus elegantes caritas hacia el sol. No me sorprendería que se pusieran a cantar. El aire caliente parece el último aliento del verano, como si hubiera resistido justo lo suficiente para que yo goce de los placeres que me tiene que ofrecer. Resulta todo tan espectacular que, por unos instantes, no me inquieta en absoluto ninguno de los problemas que ha causado la brecha del espacio y el tiempo.

Aun así, noto el corazón pesado como una losa. Debería salir volando de pura felicidad, pero algo me lo impide: la cosa es que cada pocos minutos veo algo maravilloso y lo primero que se me ocurre es sacar el móvil y llamar a mi madre para contárselo.

Algo que es imposible por infinidad de motivos.

Pero, ay, le encantaría todo esto.

Los residentes principales de Highground —entre los que supongo que tengo que contarme hasta que Hugh y yo volvamos al futuro— estamos dando un paseo por el jardín de la casa, cuidado con esmero. La tía Fanny sostiene en las manos un trozo de papel con la lista de invitados para nuestra cena de compromiso, que se celebrará mañana por la noche, y nos la comenta en voz alta:

—Invitaremos al coronel Foster y a la señora Foster, por supuesto, además de otros jóvenes oficiales de la milicia de Stevenson. No podemos prescindir de los Dixon, así que invitaremos a toda la familia. El reverendo vendrá, desde luego; es posible que sus hermanas solteras estén pasando una temporada en su casa, en cuyo caso también las incluiremos en la invitación. Y los Goddard, por supuesto.

Hugh empuja la silla de ruedas del señor Balfour con cuidado, tratando de

avanzar a paso lento y firme para que el anciano no vaya incómodo. A este se le ve más feliz que una perdiz; tiene los ojos cerrados, el rostro sereno. Irradia felicidad.

—Me parece estupendo, querida —le dice a la tía Fanny—. Creo que es buena idea incluir a las hermanas del reverendo, puesto que siempre me han caído en gracia y a ellas les sentará bien salir un rato. ¡Muy poco me calentaría yo la cabeza con la luz del sol si tú no me presionaras! —Se señala de buen humor la calva, donde entreveo varias manchas de la vejez.

El pequeño George corretea junto a Hugh y su padre, sin dejar de mirar a su «hermano» desaparecido con los ojos abiertos como platos, como si fuera un tigre en un zoo.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —le pregunta, con cierta desconfianza —. ¿No estarías debajo de mi cama?

Yo me muerdo el labio mientras escucho la conversación, siguiendo con la mirada a la niñera de George, que merodea unos metros más atrás, sin saber si debería interrumpir la escena y llevarse al niño. Es de suponer que esta es una de esas épocas en las que los críos deben estar bien «calladitos», pero el señor Balfour no parece tener en cuenta esas normas en su casa.

Hugh le revuelve el cabello a George con cariño, algo muy típico de hermanos. No obstante, responde con seriedad:

—No —le dice—. Estaba muy lejos.

—¿Volverás a marcharte? —le pregunta George.

La expresión de Hugh está a medio camino entre la culpa y la ansiedad. Decido echarle un cable y distraigo a George:

—Señorito George —digo en voz alta—. Apuesto lo que quiera a que no es capaz de encontrar una rosa roja en este jardín ni aunque busque medio año. —Me he dado cuenta de que, si bien la mayoría de las rosas de aquí son de color rosa, hay un arbusto muy pequeño a pocos metros, cerca de la fuente, con flores rojas.

—¡Claro que sí! —George sale corriendo hacia delante por el sendero de piedra, con la niñera siguiéndolo, agitada, lo más rápido que le permiten las enaguas. Esbozo una sonrisita: el niño tiene peligro. Pero, pensándolo bien, yo también.

El señor Balfour se ríe entre dientes:

—Maravilloso, querida. —Entonces, entrecierra los ojos enternecidos y vacila unos instantes. Ahora se dirige a Hugh—: No quisiera que George te pusiera ataduras con sus requerimientos. Siempre te ha gustado viajar, hijo. Aunque, por

supuesto, nosotros preferiríamos que te quedaras más cerca de casa.

Hugh cada vez está más afligido, pero, por lo menos, no hace falta que le responda. En todo caso, veo que está haciendo algún cálculo mental cuando deja de empujar la silla y se sitúa delante del señor Balfour para mirar al anciano caballero a los ojos.

—¿Cómo se encuentra hoy, padre?

—Muy bien, muy bien —dice el anciano, entrecerrando los ojos mientras se mece con entusiasmo en la silla—. Ardo en deseos de tener invitados. Nuestros amigos del pueblo demuestran gran lealtad al subir la colina con tanta frecuencia para visitar a un viejo tan aburrido y delicado de salud como yo.

Hugh niega con la cabeza, insistente.

—No, señor. Usted no es en absoluto aburrido. Una persona alegre es siempre buena compañía.

Me pregunto cuántos años tendrá el señor Balfour. No es fácil de adivinar, teniendo en cuenta lo rápido que la gente parecía envejecer antes de la invención de la medicina moderna. Resulta evidente que padece varias enfermedades derivadas de la vejez, como artritis, cataratas y gota, pero, aparte de eso, su mente sigue en plenas facultades. Cada vez que llama «hijo» a Hugh, este hace una mueca de dolor. Estoy convencida de que le desazona engañarlo. En teoría, Hugh es su descendiente directo y, con lo cariñoso y agradable que es el señor Balfour, no me lo imagino rechazando a ningún miembro de su familia en momentos de necesidad.

El señor Balfour le dedica una amplia sonrisa.

—Eres un buen chico —dice, irguiéndose un poco para pellizcarle la mejilla. No me pasa desapercibido, con gran regocijo para mí, que el estirado de Hugh no lo rechaza—. Un chico muy bueno. —Suspira de nuevo, recostándose en la silla —. Tal vez un poco egoísta, pero espero de todo corazón que esta última experiencia en el ejército haya saciado tu sed de aventuras. En lo que me queda de vida, no quisiera que fueses más lejos de Brighton. —Suelta una risa alegre, pero, entonces, añade con pesar—: Tu madre y yo jamás pudimos convencerte de que te quedaras en casa, ¿no es así? En fin, no importa. —Su expresión se vuelve pícara —. Pero ¿y si una buena mujer sí lo consigue? ¿Eh?

El señor Balfour se pone a toser, con un sonido ronco e inquietante. Hugh saca de inmediato un pañuelo y se lo ofrece, y yo, como no puede ser de otra manera, me derrito un poco. Cuando Hugh se siente culpable, derrocha ternura para compensarlo. Se muestra muy protector y amable con el anciano, como cualquier

hijo con un progenitor entrado en años.

Recuerdo, sobresaltada, que estudió a su familia para interpretar a Henry Tilney. ¿Cabe la posibilidad de que ya sepa cuánto tiempo le queda a este anciano tan encantador? Me entran ganas de llorar, de modo que les doy la espalda y hago como que estoy contemplando un rosal en plena floración. Pero, entonces, noto que me tocan el hombro y, al darme la vuelta, me encuentro con la cara consternada de Hugh.

—¿Está usted bien? —me pregunta, inclinando el rostro hacia mí. Me parece que sigue sin afeitarse desde que llegamos, ya que empieza a salirle una capa tupida y oscura de barba. Vuelvo a plantearme si encajaría en una película de acción. Desde este ángulo, me lo imagino con una barba de tres días realzándole la mandíbula simétrica, andando a gatas por un conducto de ventilación con una camiseta de tirantes blanca, los músculos relucientes por el sudor...—. Céntrese, señorita Bright —murmura, en un tono de voz tan bajo y ronco que los demás no pueden oírlo—. ¿Se encuentra bien?

Por lo menos ya no estoy llorando. Pero tampoco hace falta que se entere de que me estaba imaginando arrancándole el pañuelo de seda para verle ese cuello tan robusto que tiene y besarle la barba de tres días.

—De maravilla —digo, dedicándole una sonrisa radiante.

—Entonces, ¿por qué me mira de esa manera?

—Querido —interviene la tía Fanny, que ha oído la última parte—, si quieres me opinión, a mí me parece que a la señora Bright simplemente le gustaría que te afeitaras. Estás un poco descuidado, pero, en fin, ya lo arreglarás antes de la cena.

Hugh, literalmente, se sonroja al oír aquello y se frota con la mano la barba que apenas le cubre el mentón.

—¿Tan mal está? —me pregunta a mí.

Yo no me lo pienso:

—Está usted horrible. Un Cuasimodo.

La tía Fanny también me oye. No se le escapa nada.

—Cuasi... ¿qué? ¿Es italiano? ¿Francés? ¿Qué idiomas le han enseñado, querida? En parte, temo que la señora Goddard tenga razón y que usted no sea cien por cien inglesa, pero, por lo que más quiera, no me lo diga; prefiero vivir en la ignorancia.

Hugh enarca una ceja, burlón, como si me estuviera diciendo: «A ver cómo sales de esta».

Pero yo me cuadro de hombros y me limito a decirle a la tía Fanny:

—Oh, es jerga.

Y lo acepta sin rechistar. Miro de nuevo a Hugh, que vuelve a empujar la silla del señor Balfour.

Con esa mirada solo pretendo decirle una cosa.

Tess: 1. Hugh: 0.

En ciertos casos, no hace falta complicarse con mentiras o argumentos pretenciosos. A veces, lo mejor que se puede hacer es dejarse llevar.

A lo lejos oigo a George salir de entre los rosales, rugiendo como un extra en *Braveheart*. Busco a Hugh con la mirada y asiento en dirección a su pequeño antepasado. Me inclino hacia él y le susurro:

—Que conste, casi no me creo que seáis parientes...

Sonríe con suficiencia.

—Oh, no, no hay duda. Es clavado a Floss.

Floss. El corazón me da un vuelco cuando lo oigo mencionar a la mujer que yo pensaba que era su novia. Pero parece que dos más dos ya no son cuatro.

—¿Floss? —pregunto.

Hugh sigue mirando a George.

—Es mi hermana pequeña. A su edad era un terremoto. Una mocosa encantadora. Mangoneaba a toda la familia con mano de hierro. Si le digo la verdad, incluso se parecen físicamente. Ojos grandes. Un puchero permanente. Pero lo que me fascina son las orejas. Dígame: ¿durante cuántas generaciones se pueden transmitir las orejas grandes en el ADN de una familia?

Suelto una carcajada tan estridente que raya en lo grosero. Porque ¡Hugh tiene razón! Las orejas de George sí sobresalen un poquito.

—Las tuyas no son tan grandes...

No sé qué es lo que me espero de él en esos momentos. ¿Que se enfade? ¿Que se ofenda por mencionar un leve defecto de esa cara, de una belleza clásica por lo demás? Pero se limita a resoplar y negar con la cabeza, ensanchando un poco la sonrisa.

—No, en eso se equivoca. Las camuflo con el cabello. Ya verá cuando se me vaya cayendo el pelo como a mi padre. Tiene las orejas tan grandes que lo escogieron para interpretar al príncipe Carlos en el West End de Londres. —Entonces, tose y frunce el ceño, disgustado por algo que no entiendo—. Bueno, ahora ya sería el rey Carlos. Fue hace tiempo.

—¿A qué viene esa cara? —pregunto, envalentonada por lo bien que nos estamos entendiendo... y, bueno, sí, por lo contenta que me he puesto al

enterarme de que probablemente no tenga novia—. No me digas que, en el fondo, eres un antimonárquico empedernido.

La sonrisa de Hugh desaparece tan pronto como viene y, en su lugar, vuelve a fruncir la boca en ese gesto serio que tan bien conozco. Hace caso omiso de mi pregunta: ya está bien de bromas.

—No, no es eso. —Se frota la mano contra el mentón y apura el paso para preguntarle a la tía Fanny dónde hay un barbero.

CAPÍTULO 9



Fanny quiere que la ayude a decidir el menú para la cena de celebración de nuestro compromiso. Ni me apetece ni tengo los conocimientos necesarios para ayudar. Me ha ido quedando claro, después de unas cuantas cenas más en Highground, que cuanto más refinada es la comida, más me cuesta apreciarla. Tuvimos suerte de que nuestra primera cena no fuera muy ostentosa. No esperaban invitados.

Pero las siguientes fueron más pomposas. Y más extrañas desde mi punto de vista y en todos los sentidos de la palabra. Para mí todo está bueno, pero, como soy de California, no sé si hay tanta gelatina y tantos encurtidos porque estamos en la Regencia o porque estamos en Gran Bretaña. Juro, como que me llamo Tess, que uno de los postres era un pudín de sebo al vapor con fruta seca y natillas, me parece increíble que la gente se siga tomando eso hoy en día.

La verdad es que le tengo envidia a Hugh. Mientras él se pasea sin carabina por ahí, afeitándose la barba, yo estoy atrapada aquí dentro con la tía Fanny. Me cae bien, que conste; el problema es que estoy dando palos de ciego. Los pasatiempos para damas de esta época no tienen ni pies ni cabeza. No sé ni bordar ni jugar al *whist* y no sé cuánto tiempo más aguantaré sin revelar que vengo de otro siglo.

Estoy saliendo del paso gracias a la biblioteca de los Balfour; llevo siempre un libro en la mano. Si parezco absorta en la lectura, nadie me preguntará por qué no tengo más entretenimientos —o eso espero—.

Cuando Fanny, atareada con el punto de cruz, menciona mientras nos tomamos el té que deberíamos ir pensando en el menú perfecto, yo me bloqueo. Lo de sentirme como pez fuera del agua estresa lo suyo. Pero ¿por qué no me aburrí meses y meses estudiando este periodo histórico antes de que empezara el rodaje, como Hugh? Seguro que él podría soltar una docena de posibles platos sin levantar sospechas. Pero él anda por ahí de picos pardos y la que tiene que dar la cara soy yo, aunque no tenga la más mínima fe en mis capacidades.

Cierro el libro —*Los misterios de Udolfo*, el mismo que lee Catherine en *La abadía de Northanger*—, dejando el dedo índice dentro para no perder la página.

Respondo con toda la naturalidad posible:

—No tengo un paladar tan fino como el suyo, tía. Estoy convencida de que todo el mundo estará encantado con lo que elija.

Los ojos de Fanny me contemplan como de costumbre; no es una mirada acusadora, pero sí cargada de interrogantes. Un poco irónica. En todo caso, no comenta que mi comportamiento le parezca sospechoso. Mantiene la espalda muy recta mientras sigue bordando.

—Si usted lo dice, querida...

Vuelvo a abrir el libro. Menos mal. No tendré que decirle a Hugh que la he vuelto a liar.

Hugh.

—Oh —digo, volviéndome hacia Fanny—. Deberíamos ofrecer platos nutritivos que no lleven carne.

Ella resopla.

—Este chico... No sé qué pretende.

—Es como lord Byron —le recuerdo con dulzura. En nuestra segunda noche, Hugh (ratón de biblioteca hecho y derecho) mencionó la leyenda de que lord Byron, contemporáneo de nuestros corteses anfitriones, era vegetariano. Al señor Balfour le pareció convincente, pero a la tía Fanny le hizo tanta gracia como ahora, cuando se lo he vuelto a decir.

—Me da igual si lord Byron se alimenta solo a base de verduras. Me da igual si lord Byron se pasea desnudo por Vauxhall[6] todos los sábados. Que lord Byron haga algo no significa que esté bien. Mejor dicho, ese hombre es un desvergonzado sin escrúpulos; si una idea cuenta con el visto bueno de Byron, es que es un disparate.

—Sí, es un poco excéntrico —admito, aunque eso es quedarse corta—. Pero lo cierto es que si Hugh... —Fanny me fulmina con la mirada y yo empiezo a tartamudear—. Si el señor Balfour come carne, le sienta mal.

La tía Fanny esboza una sonrisita divertida.

—No me parece bien, pero lo respeto. Tendremos opciones para él, aunque está siendo muy cabezota.

Después del té, me excuso con el pretexto de dar un paseo por los jardines.

—Adelante —me dice Fanny, agitando la mano, como si estuviera agotada—. Hoy no me apetece salir; tengo los huesos cansados.

Paseo entre los rosales, que ya me aburren. ¿Qué pensaría mi madre si supiera lo rápido que deja de hacer gracia lo de viajar en el tiempo? Seguro que diría que no

aprecio las cosas tanto como su generación. Y tendría razón.

Pero, entonces, vislumbro un enorme roble, desde el que debe de haber unas vistas maravillosas de la colina y del pueblo ubicado a sus pies. No puedo resistirme. Levanto el dobladillo de la falda y me pongo a trepar, sujetando el libro entre los dientes de una forma tan vulgar que seguro que cualquiera que me viese se escandalizaría. Esto sí que es una vida Austen. Esto sí que está bien. De repente, me convierto en Lizzy Bennet, Marianne Dashwood, Catherine Morland, en una de sus protagonistas llenas de vida, que tan conectadas se sienten con la naturaleza —en Los Ángeles, entrenaba mucho en el muro de escalada de mi gimnasio, de modo que se me da bastante bien buscar puntos de apoyo y tengo más fuerza en los brazos y en la espalda de lo normal para una persona de mi tamaño—. En un abrir y cerrar de ojos, me acomodo en una gruesa rama para contemplar unas vistas maravillosas.

La colina en la que se ubica Highground —y de ahí que, literalmente, signifique «terreno alto»— es mucho más escarpada de lo que pensaba. Las tierras de cultivo parecen tableros de ajedrez de color verde pastel, como cuando las ves desde un avión. Me gusta pensar que, aunque pasen unos cuantos cientos de años, algunas vistas nunca cambian. Desde aquí también se ve el pueblo serpenteando por el valle y los pintorescos tejados de paja, que forman una línea ondulada. Inspiro hondo para saborear el aire limpio que me llena los pulmones.

Hasta la vista, Los Ángeles. Hasta la vista, boina de contaminación y humo. De ahora en adelante —que, curiosamente, sigue siendo el pasado—, que mi agente le pase todas las llamadas entrantes a este árbol.

Me recuesto dichosa contra el duro tronco y abro el libro sobre el regazo. Olvido todas las quejas de antes. Esto sí que es vida.

Paso más o menos una hora ahí sentada, en mi lugar feliz, mientras una leve brisa juguetea con los rizos que me caen a ambos lados de la cara. Llegado cierto momento, me fijo en una mancha en el horizonte que no puede ser sino Hugh a caballo. Cuando se acerca a la casa, tomo la decisión de bajar del árbol para decirle que vaya a aportar algo al menú de la cena de la tía Fanny, a no ser que quiera pasar hambre, pero, entonces, me doy cuenta de que se me ha enganchado el vestido por la espalda. Si hago un movimiento brusco, se me romperá la falda.

Si me doy un paseo por Highground enseñando el muslo, ¿me lapidarán por bruja? ¿Ese tipo de cosas aún se hacían en la Regencia?

Hugh tiene razón. Tendría que haber estudiado a fondo.

Cambio de postura en la rama, para tratar de ver con qué me he enganchado.

Pero me muevo con inseguridad y temo caer al vacío si doy un paso en falso. Una cosa la tengo bien clara: no quisiera depender de la atención médica de esta época. Por mucho que intento ver detrás de mí, no tengo ni idea de con qué me he enganchado.

Por suerte, Hugh y su caballo se están acercando a los establos, aunque aún están lejos. Agito los brazos, pero no me ve.

—¡Eh! —le grito, pero parece que no me oye. Me da miedo que pase de largo sin reparar en mí—. ¡Eh! —vuelvo a gritar, ahora más alto.

Por el amor de Dios, sí que tiene que estar abstraído este hombre para no oírme. Sigue adelante. ¡Increíble! Me planteo lanzarle *Los misterios de Udolfo* a la espalda. Seguro que de eso sí que se daría cuenta. Pero ¿y si del susto se cae del caballo?

De modo que me llevo dos dedos a la boca y silbo con todas mis fuerzas, tal y como aprendí para esa escena en *Chuck Brown* en la que mi personaje está atrapado en un bote salvavidas que se está hundiendo en mitad de un lago. Ay, *Chuck Brown*. Me ponían en una situación de vida o muerte al menos una vez por episodio.

Me sale un silbido tan potente y agudo que, por un instante, temo haberme perforado los tímpanos.

—¡Dios santo! —grita Hugh, tirando del caballo hacia un lado en busca de la procedencia del reclamo.

Me ve en el árbol. Lo saludo con un leve gesto de la mano. Entrecierra los ojos.

—Cómo no.

—Ven, ayúdame —mascullo—. Estoy atrapada.

Hugh resopla, acerca el caballo hasta debajo del árbol y desmonta.

—¿Qué ha sucedido? —me pregunta—. ¿Le ha pasado como a una gatita que se da cuenta, después de subir hasta la cima, de que le dan miedo las alturas?

—No seas cabrón —le digo. Como no hay nadie en las inmediaciones, vuelvo a hablar con acento estadounidense, pero lo noto torpe y pesado en la lengua tras varios días sin usarlo. Supongo que lo de meterse en la piel del personaje, como hace Hugh, tiene sus efectos—. Lo único que me da miedo es mostrar partes del cuerpo que preferiría mantener tapadas —le comento—. Se me ha enganchado el vestido. Si tiro de él, puede que lo rompa.

La expresión de Hugh se relaja de manera indescifrable. Tal vez esté pensando en lo divertido que sería darse media vuelta y dejarme aquí tirada.

—Bueno, me vas a ayudar ¿o qué? —apremio.

—Eso depende —dice Hugh, abriendo las manos con un gesto vago—. Cuando

necesita que la rescaten, ¿tiene por costumbre llamar «cabrón» a su salvador o es un privilegio que reserva solo para mí?

Niego con la cabeza, tratando por todos los medios de ocultar que, en el fondo, razón no le falta. Y hasta me parece divertido. ¿Quién iba a decir que Hugh Balfour tenía sentido del humor?

—Eso solo lo hago contigo —le prometo, melosa—. Es que eres especial.

—Ah, bueno. Si tan especial soy, supongo que tengo que ayudarla.

Se quita el abrigo, lo lanza a la silla del caballo y empieza a remangarse la camisa, dejando a la vista los antebrazos —una maravilla de antebrazos, por desgracia. Y que los haya mantenido tapados todo este tiempo solo los vuelve más atractivos. Ahora casi entiendo la obsesión de los hombres por los espectáculos del *burlesque* —.

Hugh se pone manos a la obra y empieza a trepar el árbol. No tarda en llegar a la altura de mi cintura con los hombros; entonces, veo que lo que ha hecho el barbero es digno de admiración. Reprimo el impulso de extender el dorso de la mano para acariciar la piel lisa como el terciopelo de su mejilla afeitada.

Porque sería absurdo.

Me pide que me incline hacia delante para ver con qué me he enganchado. Me pongo colorada al darme cuenta del fallo que tiene mi plan: Hugh Balfour, en estos momentos, está revolviendo el embrollo de tela que me cubre el trasero. Por un instante, lo toca sin querer con la palma de la mano y carraspea, incómodo.

—Disculpe —masculla, sin mirarme a los ojos.

Subo la voz media octava:

—No pasa nada. —No me permito seguir pensando en lo incómodo de la situación ni en la vaga impresión de que no me habría importado que hubiera dejado la mano ahí quieta un rato más.

Al fin parece dar con el problema: una rama se ha enganchado a la capa exterior de mi traje de muselina. Rompe la rama para liberarme y sonríe.

—Problema resuelto, creo.

Se baja del árbol, pero permanece cerca, por si me tambaleo al descender, y eso no hace sino que me sonroje otra vez. No quiero que piense que se me ha ocurrido escalar el árbol sin saber cómo bajar después. Soy perfectamente capaz. Vuelvo a hablar con acento remilgado:

—Te estoy muy agradecida por tu ayuda, gracias.

Aunque con esas palabras pretendo deshacerme de él, Hugh permanece cerca cuando bajo del árbol, con la mano suspendida en lo alto —aunque sin llegar a

tocarme— a pocos centímetros de mi espalda, por si necesito que me sostenga. La verdad es que está siendo encantador. Inclino la cabeza hacia él, haciendo una reverencia como si me saliera de forma natural, y supongo que, a estas alturas, así es.

—Gracias —repito, poniendo todo el sentimiento posible en la palabra. No quiero que Hugh y yo nos llevemos mal el resto de nuestra vida. No soy una persona rencorosa y, además, me gustaría de corazón que fuésemos amigos. Siempre es lo que he querido.

Pero parece que él todavía no está preparado para soltarse. Se lleva la mano a la nuca, como si se sintiera muy incómodo. En vez de decir algo civilizado, como «De nada», «Un placer ayudarla» o «No hay de qué», lo que me dice es:

—Tiene el vestido manchado de savia.

Ya me está diciendo otra vez que soy un desastre.

Cierro los ojos y exhalo, irritada con él y conmigo misma.

—Hay gente que no cambia.

* * *

Como la feminista del siglo XXI que soy, me da hasta vergüenza lo mucho que me altera Hugh. Con el momento agradable que estábamos teniendo —cosa rara entre nosotros—, ¡tuvo que echarlo todo a perder con esa actitud suya! Empiezo a pensar que, más que un robot, parece un alienígena. Este hombre casi ha llegado a los treinta sin tener ni idea de las reglas sociales más básicas. Como, por ejemplo, ¡que a la gente no le suele gustar que la insulten!

Mientras me preparo para la cena, trato de recordar todo lo que he ido aprendiendo en los varios seminarios de meditación y clases de yoga a los que he asistido durante años: al espirar, me olvido de lo mucho que me irrita Hugh y, al inspirar, me centro en cuánto me alegro de estar a punto de participar en una fiesta de la Regencia de verdad.

Anna me ayuda a recoger los rizos del cabello en lo alto de la cabeza, a la moda, y me pongo uno de los preciosos vestidos que la tía Fanny encargó para mí en el pueblo. Siendo actriz de cierto éxito comercial, he de admitir que soy algo vanidosa, pero las cosas como son: no habría llegado tan lejos en este sector si no fuera atractiva, y si bien algunos aspectos de mi apariencia me provocan cierta inseguridad —como a todo el mundo—, la falsa modestia no va conmigo. Créeme, engalanada con este vestido de satén azul oscuro y largos guantes de seda blancos, estoy para una foto. No llegamos a rodar ninguna de las escenas de baile

de *La abadía de Northanger* antes de viajar al pasado, pero ojalá salga tan radiante en las cámaras como esta noche, si es que conseguimos volver para terminar la película.

Después de vestirme, bajo por las escaleras de caoba con la cabeza bien alta. Esta noche... ¡Hugh no podrá acusarme de tener una pinta desastrosa! El rencor es un buen motivo para que una mujer luzca sus mejores galas.

Al llegar al piso de abajo, como atraída por una fuerza magnética, toda mi atención se centra en él, al otro lado de las puertas, dentro del salón. Nuestras miradas se cruzan: se le ve muy desconcertado. Prácticamente entro en el salón levitando, sin reparar en nadie más, absorta en su labio inferior, que se mordisquea con discreción.

Ojalá pudiera mordisquearlo yo también.

Hugh se acerca hasta mí en el umbral de la puerta y, como llevado por el instinto —que puede ser el caso, con todo lo que se ha preparado para interpretar a Henry Tilney—, me besa la mano.

Me estremezco cuando sus dedos, cubiertos por los guantes de seda, levantan los míos. Se ha desvanecido el perfume de su colonia moderna, en favor de un equivalente de la Regencia que desprende un intenso aroma a cítricos. Me da vergüenza admitirlo, pero tengo que usar todas mis fuerzas para no acercarme a él, pegar la nariz a su cuello y olerlo. Por la forma en la que frunce los labios, comprendo que él se está debatiendo de la misma manera, mientras barre con la mirada la piel blanca de mi clavícula —después de dejar atrás la zona peligrosa de mi pecho, más expuesto que nunca; toda una distracción— y me devuelve la mirada con una intensidad desconcertante.

El reloj del vestíbulo se detiene. La gravedad desaparece.

Separa mi mano de sus labios y vuelve a haber oxígeno en la sala.

Me saluda en voz tan baja que no puede siquiera considerarse un susurro, sino puro aliento.

—Hola, señorita Bright.

—Hola, señor Balfour.

---

[6] N. de la Trad.: Jardines ubicados en Londres.

CAPÍTULO 10



Aparto la mano de Hugh muy despacio. Casi con desconfianza. Para mí, este momento tan arrebatador no presagia nada bueno, como cuando, en el instituto, tu amiga más bromista te devuelve tu teléfono y estás segurísima de que le acaba de enviar un mensaje de texto bochornoso al chico que te gusta.

Bueno, pues lo que ha hecho Hugh Balfour con mi mano es dejarme un hormigueo por toda la piel. La broma más pesada que se me ocurre.

Flexiono los dedos, tratando de disipar esa sensación, mientras lo contemplo. La ropa para hombres de la Regencia es tan aburrida... Están iguales en todos los encuentros sociales. Pantalones hasta la rodilla, botas relucientes, cuello alto. Pero los admiro por garantizar siempre que todas las prendas sean tan... ceñidas.

—No para de mirarme —me dice el hipócrita de Hugh.

—Te equivocas —miento, sacando la punta de la lengua.

Niega con la cabeza, y con ese ceño de desdén desaparece todo rastro del hormigueo.

—No haga eso en presencia de los invitados.

—Claro que no —digo, fingiendo que estoy horrorizada—. ¡Son capaces de encerrarme en Bedlam[7]!

Hugh resopla.

—Bedlam no es una broma. ¿Es que quiere que la encadenen desnuda contra una pared?

Esbozo una sonrisa tan deliciosa como perversa. Me pongo de puntillas para acercarme un poco más a este hombre que no debería ser tan alto. Abre mucho los ojos, desesperado: sabe lo que estoy a punto de decir.

—Ya te gustaría.

Hugh se pone a farfullar de tal manera que ya no sé ni en qué idioma está hablando. Levanto la mano enguantada y le cierro la boca. Lo más probable es que esté pensando en una respuesta decente, pero nos quedaremos sin saberlo, porque, justo entonces, el traqueteo de un carruaje anuncia la llegada de los primeros

invitados. A nadie le sorprende que sean los pesados de los Goddard quienes entren dando brincos por la puerta. Tengo que soportar las preguntas del doctor, que quiere saber cómo me encuentro de salud después del desmayo, mientras que su mujer me saca de quicio con preguntas sobre la boda inminente.

Boda que jamás llegará a celebrarse si Hugh y yo podemos impedirlo. Hemos decidido aprovechar esta cena para tratar de enterarnos de dónde podemos encontrar una máquina eléctrica. La misión de esta noche no podría ser más importante: si esos artefactos son nuestra única opción, por muy desesperada que sea..., más nos vale que alguien de los presentes sepa cómo podemos conseguir uno.

Los siguientes en entrar por la puerta son los antipáticos de los Dixon: Phoebe, la madre, el padre, colorado, que ya apesta a brandi aunque sea tan temprano, un hijo y otra hija llamada Isabella, que parece algo mayor y más apocada que Phoebe. Rodean a Hugh de inmediato, comentando entre exclamaciones su regreso milagroso. Todos están muy peripuestos —Phoebe lleva un precioso traje de color verde absenta, mientras que su hermana va de mostaza, de la misma tonalidad enfermiza que Phoebe quería que me comprara yo— y, por cómo hablan y por el aspecto que tienen, parecen una bandada de loros coloridos.

Llegan los siguientes invitados, que inundan nuestro recibidor de color rojo: cinco milicianos entran por la puerta principal. El primero es un coronel muy fornido y corpulento, con un parche en el ojo y —sospecho— una esposa mucho más joven. Los otros cuatro son, sin duda, los jóvenes oficiales que mencionó la tía Fanny. Por la cara de Hugh pasa un sinfín de emociones cuando entran. Le lanzo una mirada insinuante, como pidiéndole en silencio que desembuche. Se inclina para susurrarme al oído —el pelo de la nuca se me eriza—:

—Conocí al señor Armstrong, uno de esos oficiales, en el pueblo, cuando fui a la barbería. —Yo enarco una ceja. Me ofrece una descripción de lo más escueta—: Un canalla de cuidado.

No puedo evitar una sonrisa. ¿Qué sería de las novelas de Austen sin un villano despreciable? El universo sigue sin fallarnos.

A pesar de la primera impresión de Hugh, la tía Fanny recibe a los oficiales con entusiasmo y me arrastra hacia ellos para presentármelos..., por lo que él se queda solo a merced de las hijas Dixon, que con gusto lo devorarían vivo.

—¡Coronel Foster! Es un placer volver a verle, como siempre. —La tía Fanny me hace un gesto animado de la mano para que vaya a su lado—. Le presento a la futura esposa de mi sobrino, la señora Tess Bright.

La señora Foster arruga la nariz chata y me habla en un susurro, como si temiera que el tema pudiera dar pie a un escándalo.

—Sí, me han dicho que es usted... viuda. Nuestro más sincero pésame.

Supongo que es un instinto natural del ser humano el sentirse incómodo cuando se saca a colación un tema doloroso, pero siempre me ha parecido curioso que la gente crea que por bajar la voz el golpe va a doler menos.

—Se lo agradezco —le digo—, pero Henry falleció hace ya mucho tiempo. Lo peor ya ha pasado.

—Si en algún momento necesita a alguien con quien desahogarse —dice la señora Foster, agitando el abanico—, nosotros siempre estamos aquí para los vecinos. ¡Perder al compañero de vida! ¡No me imagino nada más doloroso!

Me estremezco. Estoy interpretando el papel de viuda, pero mi verdadera compañera de vida era mi madre. Y no. No hay nada peor.

La señora Campbell parece reparar en que me entristezco, puesto que llama a dos de los oficiales invitados para que se acerquen.

—Señora Bright, quisiera presentarle al capitán Richard Armstrong y al teniente Charles Dereham.

A primera vista, estos hombres me parecen muy apuestos, pero, una vez me olvido del color radiante de sus uniformes, reparo de verdad en sus facciones. El señor Armstrong es, sin duda, atractivo, con cierto aire de pillo y de dandi. Charles Dereham, en cambio, más que nada se beneficia del brillo del uniforme y del impacto que genera la sensualidad del señor Armstrong. Parece un buen chico, pero no hay nada que destaque en sus rasgos.

Armstrong me levanta la mano y me la besa con cortesía. Me doy cuenta de que el roce de sus labios en mi guante no desata un incendio en mi piel, como pasó con Hugh.

—Señora Bright. Disculpe el atrevimiento, pero me resulta usted familiar. ¿Acaso no es cierto que mi amigo, el señor Dereham, y yo la vimos llegar con gran alegría al pueblo? Creo que la vi disfrutando de las vistas desde la calesa de los Goddard.

Me pongo colorada de inmediato. «Claro —pienso, haciendo memoria—, estos son los casacas rojas con los que nos cruzamos en el pueblo el primer día». Aquí lo tengo: el señor Armstrong, un hombre de carne y hueso y no solo un figurante del decorado. Medirá un metro setenta, pero tiene un buen físico, hombros anchos y una cintura de la medida perfecta. También tiene... algo en esos ojos color caramelo que relucen con complicidad, como si solo él y tú estuvierais

al tanto de una broma privada. Presiento al instante que la opinión que se ha formado Hugh de este hombre no es sin fundamento. El señor Armstrong tiene pinta de mujeriego, y, por desgracia para mí, teniendo en cuenta mi historial, los mujeriegos son mi tipo. He salido con unos cuantos en Los Ángeles. Irradian una confianza que puede llegar a ser contagiosa. No voy a negar que, en general, el señor Armstrong resulta atractivo, pero, a veces, el sushi de aeropuerto también. El problema es que después te entran ganas de vomitar.

Le hago una reverencia y él sonríe de oreja a oreja.

—Me temo que esa era yo, de pie en la calesa, dejando de lado la seguridad y el decoro —le digo—. Espero no haberle escandalizado. Es un placer conocerle de manera oficial, señor.

—No. —Al señor Armstrong le centellean los ojos—. El placer es todo mío.

Lo que dice es un cliché, pero todo está en la forma de pronunciar las palabras. Tiene tan buena pinta como la Nutella; en otra época de mi vida me habrían entrado ganas de lamerlo en la punta de los dedos. Pero busco con la mirada a Hugh en el vestíbulo atestado, para contemplar una vez más ese frac verde musgo que tanto le realza la figura y le da un aspecto tan dulce que no deja de sorprenderme.

—Y que conste —añade Dereham, interviniendo en la conversación por primera vez con jovialidad—, muy pocas cosas pueden escandalizar a un miliciano.

Asiento para darle ánimos. Imagino que tiene que ser difícil meter baza con el señor Armstrong de por medio día sí y día también.

—Oh, seguro que han visto de todo.

En ese instante, Hugh aparece de la nada, como si supiera que yo ardía en deseos de que volviera, y se sitúa entre el señor Armstrong y yo. No sé a qué excusa habrá tenido que recurrir para librarse de las Dixon, pero salta a la vista que ha funcionado. Me encantaría comerme con la mirada a este hombre tan apuesto, pero se me ocurre algo mejor: vengarme un poquito. Un desquite por el comentario que hizo sobre mi falda cuando bajé del árbol. Si Hugh quiere lanzarse a la piscina con esta conversación, ya me encargo yo de tirarlo de cabeza.

—Señor Balfour —digo, dedicándole una sonrisita—, quisiera presentarle al señor Armstrong y al señor Dereham.

—Ya nos conocemos —contesta Hugh, cortante. Armstrong y Dereham lo miran fijamente y yo enarco las cejas, divertida. Está usando el mismo tono de voz con el que me hablaba durante los primeros días de rodaje de *La abadía de*

Northanger. Como si yo fuera un incordio, un caso perdido. Es muy pero que muy divertido volver a oírlo hablar con este tono, ahora con Armstrong como víctima.

—Vamos —le digo, tirándole de la manga—, que no tenga la habilidad de entablar conversación con personas a las que acaba de conocer no quiere decir que no le venga bien practicar. —Inclino la cabeza con respeto hacia los oficiales—. De este modo forjará valiosas amistades que le levantarán el ánimo y enriquecerán sus días.

Hugh, irritado, entrecierra los ojos, con la vista fija en mí. Le leo el pensamiento: «No distorsiones las citas de Fitzwilliam Darcy conmigo».

Llegado cierto momento, en mitad de esta conversación, el pastor del pueblo hace acto de presencia, acompañado de una hermana y disculpándose porque la otra tardará en llegar. Cuando aparecen, la tía Fanny anuncia con ilusión que deberíamos desplazarnos al comedor.

En la sociedad de la Regencia, los hombres acompañan a las mujeres a la mesa, en parejas y según el rango. El hombre de la casa siempre acompaña a la dama de mayor rango, y así sucesivamente. Pero debido a las necesidades especiales del señor Balfour, la tía Fanny empuja la silla de su hermano a la sala, encabezando el desfile de todo el grupo, y los demás los seguimos como podemos. Hugh me toma del brazo, lanzando una mirada envenenada e insinuante al señor Armstrong. Si las circunstancias fueran otras, diría que son celos, pero es que estamos hablando de Hugh Balfour. Por él, como si me caigo en el canal de la Mancha. Imagino que, por una cuestión de principios, no le gusta que un hombre se ponga a coquetear con su «prometida»; da igual que seamos una pareja de verdad o no.

Me siento junto con el señor Balfour y el matrimonio Dixon, para mi desgracia, aunque, por suerte, la señora Foster está al otro lado. Ahora que ya ha dejado atrás el tema complicado de mi luto, se le ocurren muchas cosas agradables que decir.

—¡Cielos, qué guapa es usted! —me halaga—. Qué tono de piel más bonito, y diría que no he visto en mi vida unos dientes tan blancos y rectos.

Me pongo pálida al oír esas palabras y recuerdo que mucha gente en Twitter me criticaba por tener unos rasgos que no encajaban con esta época. Pero es que esta sonrisa que tengo me la he ganado de manera honrada: buenos genes, una dentista hábil y una fe inquebrantable en el hilo dental.

—Tenemos que ir al pueblo juntas alguna vez —sigue parloteando la señora Foster—. La tienda del sombrerero es encantadora, y de vez en cuando me gusta comprarme lazos nuevos.

Me paro a pensar que, teniendo en cuenta que es mucho más joven que su

marido, la señora Foster seguramente estaría en la universidad en el siglo XXI. Fijo que le encantaría ser la presidenta de una asociación que promoviese la sororidad. Decido que me cae bien y que me gusta que sea tan habladora. ¡Para mí, mejor! Cuanto menos tenga que hablar, menos probabilidades hay de que la líe.

A Hugh lo destierran al fondo de la mesa, cerca del pastor y de su hermana —seguro que es lo mejor para él, que ha estudiado el clero para su papel y podrá darle conversación sin ningún problema a alguien soso y aburrido, a lo Edmund Bertram. Nunca he llegado a entender por qué Fanny Price se enamora de ese hombre, la verdad—. En el espacio que nos separa, se sientan el resto de invitados. Sé que no se ha escatimado en gastos para esta cena, ya que en el centro de la mesa han colocado con orgullo una piña. Eso es todo un puntazo; el equivalente en la Regencia a una persona que alardea delante de sus amigos de que se puede permitir un billete de avión de primera clase. A estos británicos que viven en un clima tan frío y húmedo les encanta presumir de que comen fruta tropical.

En este ambiente festivo, el vino se sirve a raudales. Supongo que nunca me he parado a pensar en cuánto bebía la gente en la Regencia, pero el servicio de bebida VIP de cualquier discoteca a la que haya ido se queda corto. El criado no para de descorchar botellas de esto y lo otro y yo no llego a ver nunca el fondo de mi copa.

Durante la cena, me doy cuenta de que Hugh no para de mirarme. La secuencia es siempre la misma: establece contacto visual conmigo y luego lanza una mirada al pastor. Yo suelto una risita irónica. ¿Qué? ¿Se piensa que voy a dar la nota si me emborracho en presencia del clérigo? «¿Tú has visto dónde estás, Hugh? Todo el mundo está hasta las trancas. Perdona que te lo diga, pero ¡aquí el rarito eres tú!».

O tal vez lo que le preocupa es que no me esté centrando en la misión, como si lo de buscar una máquina eléctrica fuera un trabajo en equipo y todo apuntara a que iba a tener que hacerlo todo él solito —recuerdo con nostalgia los tiempos modernos; qué fácil sería buscar en Google: «Máquinas del tiempo cerca de mi ubicación»—. No tardo en descubrir que el dulce señor Balfour no tiene ni idea del asunto y, en cuanto a los Dixon, no les apetece hablar conmigo en absoluto. Sin embargo, espero que el coronel Foster pueda ser de más ayuda.

—Díganme, coronel Foster, señora Foster, ¿han oído hablar de esa extraña moda científica de las máquinas eléctricas que instala la gente en sus casas? Dicen que es todo un entretenimiento.

El coronel Foster gira la copa de madeira mientras reflexiona, pero luego niega con la cabeza.

—Un despropósito, en mi opinión. Al tal Ben Franklin deberían haberlo

llevado a los tribunales por lavarle el cerebro a la gente con esos disparates, ¿no le parece? Ahora resulta que las damas se electrocutan para poner a prueba un experimento científico. Esto es el colmo, se lo digo yo. ¿Qué será lo siguiente? ¿Mujeres doctoras?

Me atraganto al escuchar aquellas últimas palabras y tengo que taparme la boca con la mano para no escupir el vino. El coronel me da unas palmaditas en la espalda, como si estuviera en las últimas.

—Gracias —digo con voz ronca.

La señora Foster se inclina hacia delante y comenta:

—A mí, en cambio, me gustaría ir a una de esas fiestas de la electricidad. El señor Dereham me contó que fue a una en Londres la temporada pasada, ¡y se deshizo en elogios! —Lanza una mirada avergonzada a su marido—. A mí me parece un pasatiempo de lo más inocente.

¡Bingo! ¡El señor Dereham es la clave! ¡Qué alivio! El plan A sigue en pie; qué bien, porque no tenemos un plan B.

Ahora que he conseguido esa información, ya puedo relajarme y disfrutar. Toda esta situación me resulta muy familiar, como si ya la hubiera vivido miles de veces. Las charlas, las sonrisas, las carcajadas... Me pregunto si será verdad lo de que vivimos varias vidas. Estoy convencida de que ya he vivido esto y que me ha encantado cada segundo. Siendo sincera, en parte me siento como en casa.

Cuando terminamos el postre —una especie de bizcocho mojado en zumo de frutas que tenía una pinta asquerosa, pero estaba muy bueno—, la tía Fanny mete a todo el mundo en el salón como un perro pastor al rebaño.

—¡Vengan aquí! Necesitamos un poco de música. Seguro que las damas más jóvenes estarán encantadas de demostrar su talento.

Veo a Hugh abrirse paso entre la multitud apelotonada de invitados, preocupado y taciturno. Sigue pensando que estoy borracha. ¡Mira que es plasta! Y puede que razón no le falte, pero tiene que entender que es divertido. Cuando me parece que no me está viendo nadie, le saco la lengua —un segundito de nada — y, entonces, levanto la mano y me ofrezco voluntaria para entretener a los demás.

---

[7] N. de la Trad.: Centro psiquiátrico de Londres, conocido por su crueldad en la época.

CAPÍTULO 11



Hugh se abalanza hacia mí para impedirme el paso hacia el pianoforte, como si estuviera intentando que no me atropellara un coche. Se inclina, esbozando una sonrisa forzada para el resto de los presentes, y me susurra al oído:

—Ha perdido la cabeza ¿o qué?

—¡Claro que no! Me encanta la música —me burlo.

Me contesta azorado:

—Me parece que ha nacido usted para provocarme. Pero no puede salirse siempre con la suya. ¿Qué cree que pasará cuando haga el ridículo delante de todas estas personas? ¿Acaso es consciente de todos los años que las mujeres jóvenes de esta época dedican al estudio para tocar el pianoforte con destreza en público? Todos la tacharán de ridícula.

Si no fuera porque los invitados se están sentando, le enseñaría los dientes como un mapache cabreado. Pero, en vez de ponerme como una loca, me limito a repetir las palabras de Lizzy Bennet:

—Señor Balfour, debería usted saber que ante todo intento de intimidarme no hago sino volverme más valiente. Pero, si quiere ayudarme, puede pasar las páginas de la partitura.

Casi se le salen los ojos de las órbitas cuando me acerco al reluciente instrumento. Me acomodo en el banco con un movimiento delicado de mis faldas de tafetán y hojeo las partituras disponibles hasta encontrar una que me llena el corazón de júbilo. La coloco en su sitio y paso los dedos a escasos centímetros de las teclas de marfil, irguiéndome y disfrutando al máximo del momento. Nunca quepo en mí de gozo antes de una actuación.

Y, entonces, le devuelvo la mirada a Hugh y empiezo a tocar.

Toco las primeras notas de «Hot in Herre», de Nelly, un rapero estadounidense. Hugh suelta un gruñido de pura desesperación que oye todo el mundo y no puedo reprimir una malévola sonrisita de alegría. Por supuesto, ninguno de los presentes conoce al rapero. Que se queje todo lo que quiera, pero

con esto no estoy echando a perder nuestra farsa. Esta es una broma que le gasto a él y solo a él.

Detengo la melodía tan rápido como la empecé y me vuelvo hacia mi público cautivado para disculparme:

—Lo siento. Al señor Balfour no le gusta esta canción y, para burlarme de él, quería que pensara que iba a tener que escucharla entera. Pero en ningún caso cumpliré mi amenaza.

Los presentes se ríen entre dientes con ganas, o al menos la mayoría. Phoebe Dixon tiene aspecto de haberse tragado una mosca. Inclino la cabeza hacia Hugh, cuya cara empieza a parecerse a la de una langosta al vapor.

—Ahora mismo comienzo.

Pongo los dedos en marcha.

Con cada tecla que pulso emerge una nota pura y etérea, y se suceden, una tras otra, con la delicadeza de las perlas de un colgante. Hugh cierra los ojos, desconcertado. Mi victoria es rotunda; mi dicha, inmensa. Siempre me ha gustado tocar el piano, desde que tenía seis años y mi madre ahorró para apuntarme a clases de teclado en el estudio de Yamaha del barrio. Es un sonido exquisito: la música de un piano bien tocado es insuperable. La belleza de cada nota me recuerda a esa sensación que te embarga cuando le das el primer mordisco a una manzana en otoño...

Entonces, después de varios compases, empiezo a cantar.

Tal vez a Hugh le sorprenda, pero no canto nada moderno o sexi para seguir atormentándolo. Lo que canto es una canción que estoy cien por cien segura que encaja con esta época, no solo porque la partitura la tengo aquí, delante de mí, sino porque aprendí a tocarla después de ver la actuación de Anya Taylor-Joy en la adaptación del 2020 de *Emma*.

—«Es la última rosa de verano; así, solitaria, pende su flor. Sus dulces amigas se han marchado; apagado, así, todo su primor...». —Mi voz tampoco está nada mal. No es que vaya a apostar por una carrera multidisciplinar y a lanzar un álbum (no tengo la respiración bien controlada y mi técnica no está muy pulida), pero en *Chuck Brown* hay una actuación musical al menos en un episodio por temporada (sobre todo en los últimos años, porque los guionistas se quedaron sin ideas) y yo soy la única persona del reparto cuya voz nunca han tenido que modificar por ordenador.

Hugh, ojiplático perdido, se acerca renqueando para ayudarme a pasar las páginas de la partitura. No es que lo necesite, ya que memoricé los acordes cuando

aprendí la canción. Noto que me atraviesa con la mirada mientras toco. Es toda una satisfacción constatar que se avergüenza después de dar por sentado que yo lo iba a hacer mal. Alzo el mentón con orgullo y mi luz interior se dispara, como siempre pasa cuando lo bordo en mi trabajo. Esta canción, en general, despierta una extraña tristeza, pero mi alegría transmite un gozo irresistible.

Está claro que Hugh está distraído; pasa la última página un compás tarde. Le lanzo una mirada fugaz, pero no vacilo. Cuando termino la canción con la pregunta cargada de melancolía: «Oh, ¿quién quisiera vivir solo en este mundo amargo?», los invitados estallan en una jubilosa ronda de aplausos.

—¡Cielos, señora Bright! —grita la señora Foster, poniéndose de pie sin dejar de aplaudir como poseída—. Nadie nos había dicho que tuviera usted tanto talento. Es todo un honor que se una a nuestro humilde círculo social. ¡No se imagina lo encantados que estamos!

Inclino la cabeza con elegancia hacia la señora Foster y, acto seguido, al resto de invitados. Hugh se inclina hacia mí, simulando recoger la partitura, y me dice:

—Aprendí esa canción en la escuela. Es un poema de Thomas Moore. ¿Cómo demonios se ha salido con la suya?

Me encojo de hombros con total naturalidad.

—«La última rosa de verano» de sir Moore se toca, además de en la adaptación de *Emma* de Autumn de Wilde, en la película *En la tierra de Austen*. Tú no eres el único que entiende de la Regencia, señorito.

Hugh se inclina hacia mí incluso más y yo levanto la cabeza para imitarlo.

—Pero el piano... —protesta—... ¡Y sabe cantar!

Pongo los ojos en blanco.

—Mi personaje de *Chuck Brown* tiene una relación inestable con un pianista melancólico, así que no me han faltado ocasiones de tocar el piano. La próxima vez, piénsatelo antes de infravalorarme.

Traga saliva al oír mis palabras y, para mi sorpresa, afirma:

—Eso sin dudarlo.

Me quedo perpleja. Que Hugh admita que se ha equivocado me desconcierta tanto como yo lo acabo de desconcertar a él.

Al darme cuenta de que los eufóricos aplausos se están apagando, me pongo en pie y dejo libre el instrumento. Algo que me ha quedado claro de la industria del espectáculo es que siempre tienes que dejar a la gente con ganas de más. En todo caso, me vuelvo para darles las gracias.

—Qué amables son todos ustedes. Todavía tengo mucho que aprender, pero

considero que la música es un divertido... —Es entonces cuando el señor Finch, el sirviente, abre la puerta del salón y acompaña a una mujer de mediana edad. Me da un vuelco el corazón, pues la reconozco, aunque tardo varios segundos en reaccionar.

Tiene una tez sana, mejillas rosadas y una sonrisa modesta con un toque cómico. Los rizos que le enmarcan el semblante siguen siendo oscuros, aunque comienzan a encanecer, y aprecio sus vívidos ojos color avellana tras unas gafas con montura de metal.

El señor Finch anuncia su llegada algo tarde:

—La señorita Jane Austen. —El sirviente se marcha y yo me quedo plantada junto al pianoforte en un estado de parálisis absoluta e incredulidad delirante. Como actriz revelación de Hollywood, he estado en la misma habitación que unas cuantas celebridades, pero nunca tan cerca del paro cardiaco como ahora.

Jane tiene los dedos manchados de tinta. Habla con un hilo de voz, susurrante, cuando se disculpa:

—Siento llegar tarde a una fiesta tan encantadora como esta. Esperaba convertirme en una persona más sensata a los treinta y nueve años, pero, en fin, he perdido la noción del tiempo de nuevo.

Poco a poco, voy recuperando la consciencia de mi propio cuerpo... y de que sigo delante del público, ya que a nadie más parece importarle que Jane Austen, la mismísima Jane Austen en persona, esté aquí, entre nosotros; todos los ojos siguen fijos en mí.

No sé si estoy en condiciones de hablar. Cuando estaba en primero de primaria, lo que más quería en el mundo era una muñeca de la marca American Girl. Felicity, para ser exactos, la pelirroja amazona de Colonial Williamsburg[8]. Como crecí en un apartamento diminuto al sur de California, la idea de montar a caballo por un campo abierto y luciendo un precioso vestido despertaba mis ensoñaciones. No obstante, las muñecas American Girl no entraban dentro del presupuesto familiar, de modo que mi madre hizo varios turnos extras en el dentista, aunque en días normales ya trabajaba hasta tarde, y el día de mi cumpleaños me entregó un regalo enorme para que lo desempaquetara: Felicity, que estaba perfecta con su capota y su vestido de flores. Después de rasgar el papel de regalo y de contemplar sus preciosos ojos de plástico, me emocioné tanto que acabé vomitando.

Y ahora aquí estoy, en un salón en Hampshire en el año 1815, mirando a mi ídolo literario en carne y hueso. Temo que, si intento hablar, acabaré vomitando

otra vez.

Por suerte, Hugh toma las riendas de la situación... y también mi mano enguantada. Baja la cabeza para besármela, como supongo que es de esperar de un prometido, y me alaba por mi actuación.

—Su canto es digno de admirar. Estoy convencido de que a todos nos gustaría que volviera a tocar, pero, por el momento, escuchemos a las demás damas jóvenes aquí presentes esta noche. ¿Nos haría el favor alguna de las señoritas Dixon?

Tanto Phoebe como Isabella, animadas, se ponen en pie de un brinco y organizan el orden de actuación entre las dos, cuchicheando. Entonces, la triunfante Phoebe Dixon se acerca a nuestro lado y se aclara la garganta sin el menor disimulo, para que yo me aparte del pianoforte. Sigo de piedra, mirando anonadada a Jane Austen, que ha tomado asiento en una silla vacante en la fila de atrás, junto al pastor —su hermano, ¡pues claro!— y su hermana. Hugh me conduce a dos asientos vacíos para que nos sentemos juntos, tal y como esperan todos de nosotros, dos prometidos, por supuesto.

Conozco bien esa sensación de felicidad plena que me revienta el esófago. Me veo en la obligación de retirar la mano de debajo de la de Hugh —mal que me pese— para taparme la boca. Me contorsiono en el asiento, mirándola a ella de soslayo. ¡A ella, a ella, a ella! La primera persona a la que, de entre todos los vivos y los muertos, mi madre querría invitar a cenar. ¿También yo querría invitarla a cenar? Bueno, hubo un tiempo en el que la escogería, pero, cuando murió mamá, desbancó a Jane del número uno.

Trato por todos los medios de calmarme y de retener la comida y la bebida dentro del estómago, donde tiene que estar. Después de respirar hondo varias veces, al fin me siento con la confianza de apartar la mano de la boca. Salgo disparada del asiento y Hugh se levanta a mi lado, sin quitarme el ojo de encima. Sin pensarlo, llevo la mano a su hombro en busca de un punto de apoyo y termino aferrándome a sus bíceps, de una firmeza sorprendente bajo ese frac que tanto le realza la figura. ¿Cómo es posible que no le esté dando un ataque a él también? ¿¡Cómo!?

—Está aquí —le susurro muy bajito, en un hilo de voz.

—Ya lo sé —dice, mirando con decisión al frente, a Phoebe—. Pero no tuerza así el cuello para mirarla. No debemos llamar la atención.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —le pregunto—. ¡Es ella en persona!

—Lo sé —vuelve a decir.

—¡Tengo que hablar con ella! —le digo—. ¡Tengo que hablar con ella ahora

mismo! ¿Por qué estamos perdiendo el tiempo de esta manera?

Hugh frunce los labios.

—¿Se va a abalanzar hacia ella sin más? ¿No prefiere pensar lo que va a decirle?

—¿Para qué voy a pensar nada? —Resoplo con sorna—. Me fío de mi instinto.

Levanto las faldas por encima de los tobillos y me dirijo apresurada a las sillas del fondo para sentarme al lado de Jane, que me mira con curiosidad. Noto a Hugh acecharme unos pasos por detrás, como la voz de la conciencia. Está claro que no me ve capaz de hacer nada yo solita.

—Hola, señorita Austen —le digo, en voz muy baja para no molestar a quienes están disfrutando de la interpretación de Phoebe—. Me alegro mucho de que haya venido esta noche. Soy fan incondicional suya.

Jane Austen enarca las cejas mientras se recoloca las gafas.

—¿Qué es lo que es usted exactamente?

Me sonrojo. No puedo liarla tan pronto. A ver, ¿de dónde viene la palabra «fan»?

—Una fanática —me corrijo sin más—. Una amante de su obra.

Si es que es posible, Jane parece incluso más sorprendida.

—¿De verdad? ¿Y, querida, a qué se refiere con «mi obra»?

—A sus... sus libros —tartamudeo—. *Orgullo y prejuicio, Sentido y sensibilidad*... —Me detengo a pensar. Recuerdo que sus dos últimos libros se publicaron póstumamente, *La abadía de Northanger* entre ellos. Pero no recuerdo cuáles se publicaron en vida, así que será mejor que no me meta en un berenjenal.

Jane Austen parece tan desconcertada que se hunde en el asiento a mi lado; por lo atónita que se ha quedado, se diría que le he dicho que vengo directa del año 2025. Para el canon literario es una bendición que sea tan avispada, pero para mí no tanto, porque en cuestión de segundos se sobrepone al desconcierto. Se inclina hacia delante y me habla en un susurro cortante:

—¿Y quién le ha dicho que son obras mías? Las he publicado de forma anónima y confiaba en que mi círculo más íntimo fuera a ser discreto con mis secretos.

Ay, madre. He ofendido a Jane Austen. He convencido a Jane Austen de que alguien de entre sus personas más allegadas y queridas se ha ido de la lengua.

Ufff, mira que la lío.

—No es eso —le aseguro, poniéndome colorada a medida que me vuelvo histérica—. Es que... es que...

Se oye un crujido cuando Hugh sienta ese cuerpazo que tiene en la silla a mi lado, con el ceño fruncido bien fijo en la cara. Casi me derrito de puro alivio.

—Hugh —le digo, agarrándolo del codo como si fuera el último chaleco salvavidas del *Titanic*—. Le he dicho a la señorita Austen sin querer que estoy al tanto de su carrera literaria. —Los ojos agudos de Jane se iluminan por detrás de sus gafas cuando repara en el lenguaje corporal tan tenso de Hugh y en el sudor que me cae por la nuca—. Y ahora —prosigo, tirando sin aliento del brazo de Hugh para implorarle que me saque las castañas del fuego—, la señorita Austen teme que me haya enterado por una de sus amistades íntimas, lo cual, por supuesto, no es el caso...

Rezo para que, con todo lo que ha estudiado Hugh de la época de la Regencia, sepa algún dato sobre la carrera editorial de Jane que me saque de esta metedura de pata. Me fulmina con la mirada y junta las cejas oscuras, agitado. Me siento fatal por la mirada de desprecio que me lanza. Por eso me pidió que pensara antes de actuar. Pero, como yo soy un desastre, me negué.

¿De verdad que me va a dejar en la estacada?

Hugh le dedica a Jane Austen esa sonrisa encantadora que esbozó cuando interpretó a Henry Tilney la primera vez que leímos juntos el guion para constatar que teníamos química. Es una sonrisa que jamás le he visto cuando no está actuando.

—Tenemos un conocido que, a su vez, es conocido del príncipe regente. Nos ha comentado que, siendo como es mecenas de las artes, usted le dedicará su siguiente libro. Mucho me temo que se ha tomado la libertad de mencionar su nombre y ya ha comenzado a circular la noticia.

Jane Austen se quita las gafas para limpiárselas con un pañuelo, gesto que evidencia una irritación tan fuerte como para tener que ponerse a juguetear con algo.

—Tendría que haberlo visto venir —masculla—. Su alteza es un mequetrefe incapaz de cerrar ese pico regio que tiene. —Vuelve a ponerse las gafas y nos confiesa—: Mi próximo libro se publicará este mismo año, y me temo que la modesta dedicatoria al príncipe de Gales es del todo insincera. Podría decirse que es el texto más falso que se publicará jamás en la imprenta.

Vuelvo a respirar otra vez. Me inclino hacia Jane Austen, tratando de recuperar parte de mi dignidad con una respuesta encantadora:

—Aunque se haya ido de la lengua de esta manera, señorita Austen, puede tener por seguro que el señor Balfour y yo no se lo diremos a nadie.

Los ojos color avellana de Jane centellean y se inclina de nuevo hacia mí.

—En los tiempos que corren no es controvertido mostrar desapego por su

Alteza.

—Desde luego que no —concuerdo. Dejo la boca entreabierta, indecisa. Ojalá pudiera añadir algo más a la conversación para que tenga una buena impresión de mí. Pero no puedo arriesgarme a liarla otra vez. Mejor me retiro—. Le pido que me disculpe —digo, poniéndome de pie de un salto—. Me siento algo indispuesta. Necesito tomar aire fresco. —No miro hacia atrás para ver si Jane está preocupada o tal vez aliviada de que una persona tan rara como yo la haya dejado en paz.

Mientras salgo apresurada de la estancia, oigo al doctor Goddard comentarles a los Foster:

—Esa muchacha es muy delicada de salud. Tuve que atenderla cuando se desmayó la noche que llegaron.

Irrumpo en el vestíbulo y salgo por la puerta de atrás al jardín, donde noto en el rostro la brisa de otoño, que me refresca la frente febril como un frío paño húmedo. Tenía la esperanza de que me calmaría al salir al aire libre, pero, por el motivo que sea, se me entrecorta incluso más la respiración y termino jadeando. La gloria nocturna del jardín de rosas no hace sino acentuar el surrealismo de todo lo que me rodea. El cielo está teñido de un neblinoso azul oscuro, con una finísima luna amarilla pendiendo en lo alto, pero, aun así, el mundo en el que me encuentro no está para nada a oscuras. Me doy cuenta de que nunca he contemplado la bóveda del cielo en un lugar sin contaminación lumínica y esta nueva realidad me resulta del todo ajena y sobrecogedora. Un sinfín de estrellas rutilantes centellean en lo alto, inefables.

Me siento irremediablemente diminuta, abandonada bajo el peso de ese universo ignoto mucho más grande y trascendental que mi pequeña vida. Ese universo impredecible y caótico al que se le ha ocurrido enviar a una chica al pasado para gastarle una broma cósmica.

Oigo unos pasos resueltos a mis espaldas. Me doy la vuelta y veo que Hugh me contempla con consternación. Intento verbalizar lo que siento —la alegría de ver a Jane se ha transformado sin previo aviso en pura vergüenza—, pero las lágrimas me impiden hablar. Me apoyo contra el muro de piedra de la casa, desesperada por encontrar algo estable a lo que sujetarme.

Hugh no permanece a una distancia prudencial, como cabía esperar, sino que me acuna el rostro en ambas manos y me dice:

—Tess, no intentes hablar. Sigue mi respiración.

Asiento con violencia, jadeando de la forma más horrenda posible.

—Inspira... —me guía—, espira. Inspira, espira. Así, justo así. Lo estás haciendo muy bien.

No quiero que me suelte, de modo que pongo las manos sobre las suyas para que no las retire de mi cara. Tras varios minutos respirando hondo, noto que los latidos del corazón comienzan a serenarse. Sean cuales fueran los síntomas físicos de mi angustia que estaba midiendo Hugh, han debido de desaparecer, puesto que me pregunta:

—¿Ya te sientes mejor?

Asiento.

—¿Lo suficiente para hablar?

Asiento de nuevo.

—Creo que sí.

—Pensaba que estabas contenta porque la habías conocido —dice, frunciendo el ceño, confundido—, pero ahora ¿estás molesta?

—¡No estoy molesta! —aseguro, pero mi voz sigue sonando histérica—. ¡No estoy molesta! Estaba tan tan feliz que no podía pensar con claridad. Y lo estropeé todo. Se me presentó una oportunidad de oro y la eché a perder. No me sorprende. No me sorprende nada. Pero tú lo solucionaste, así que... así que no debería estar molesta.

—¿Eres consciente de que estás llorando? —señala con dulzura—. Si estás molesta, estás molesta, Tess. Reprimir tus emociones no tiene sentido.

—Bueno, es que nada en mi vida tiene sentido —le confieso, enjugándome las lágrimas—. Tú me conoces mejor que nadie. Me cazaste al vuelo desde el primer día. Si yo tuviera sentido común, habría pensado en algo sensato que decirle, como tú me aconsejaste. Quiero decir que, a fin de cuentas, ella es un genio de la literatura y yo a duras penas me las apañé para terminar el instituto. No me puedo creer que haya retrocedido doscientos años en el tiempo solo para hacer el ridículo...

—Tú no hiciste el ridículo —replica—. No podrías hacer el ridículo ni aunque quisieras. Tú eres esa clase de persona, Tess.

—¿A qué te refieres con «esa clase de persona»? —pregunto, resollando, y Hugh suspira.

—A esa clase de persona que cae bien a todo el mundo. No creo que puedas caerle mal a alguien, aunque se empeñara en odiarte. —Respira hondo por la boca y deja de mirarme a los ojos para fijar la vista en el jardín—. Créeme, yo lo intenté.

Rompo a llorar de nuevo a la vez que estallo en una risotada.

—Dios. —Hugh se envara, pero no separa las manos de mi rostro—. No quería hacerte llorar otra vez. De verdad, no sé... no sé consolar a la gente. Pero me gustaría aprender un día de estos.

Me quedo mirándolo, con las pestañas llenas de lágrimas.

—No lloro de pena, Hugh. Por fin has conseguido decir algo bonito.

Parece atónito, pero, al mismo tiempo, aliviado. Una sensación tremenda de afecto se extiende por todo mi pecho. Cuando nos dieron los papeles creía que era el hombre más desagradable de toda Inglaterra, y ahora estoy aquí, sumida en el azul oscuro a la luz de luna, a su lado, en un jardín lleno de vida, con unos sentimientos completamente distintos. Tiene sus rarezas y es una persona difícil, pero no es un maleducado ni tampoco tiene malas intenciones.

—Deberías probar a hablar con ella de nuevo si tanto te importa —me propone con dulzura, apoyando la frente en la mía. Llevamos casi cinco minutos así, contra la pared.

—No me parece buena idea —le digo, con la mirada fija en sus labios—. Al menos no esta noche. Tenemos algo más importante que hacer. —Me parece que estoy a punto de cometer otro error. Uno gordo, arriesgado, glorioso. Pero es que besar a Hugh Balfour hasta que vea las estrellas podría valer la pena.

Entonces, su expresión se tensa.

—Por supuesto —masculla—. La máquina eléctrica. Esta noche teníamos una misión. Muchas gracias por recordármelo —me lo agradece con sinceridad, pero yo estoy hundida. No estamos en la misma onda precisamente. Hugh separa las manos de mi cara y da un paso atrás. Se está poniendo nervioso y echando a perder el romanticismo del momento—. No he avanzado mucho, me temo. He hecho lo que he podido para sacarles información a quienes se sentaron conmigo en la cena, pero, en cuanto me di cuenta de que el pastor era un Austen, me quedé paralizado... y no supe qué hacer.

Que Hugh no se haya dado cuenta de en qué andaba pensando yo me da ánimos. Si esta noche no tiene pensado besarme, al menos que me felicite por la información que he conseguido para nuestra misión. Como la humildad no va conmigo, pongo una mano en su hombro y vuelvo a invadir su espacio personal para susurrarle:

—A ver, sé que ya me consideras la joven dama con más talento que conoces, pero aún hay más: sé dónde encontrar una máquina eléctrica.

Una expresión maravillada le transforma el rostro. Nunca lo he visto sonreír tan abiertamente. Hace que parezca un niño y me estalla el corazón en millones de

pedacitos de confeti de colores. Porque la que lo ha hecho sonreír de esa manera he sido yo. Al fin he conseguido ganarme a mi coestrella terca y huraña y he logrado que se le iluminara el rostro como este cielo sin contaminación lumínica.

De pronto, este firmamento tan extraño y resplandeciente ya no me parece ni ajeno ni aterrador. Con Hugh a mi lado, es un milagro más dentro de una larga sucesión de prodigios.

—Eso es maravilloso —dice con la voz embargada por la emoción—. Y un alivio tremendo.

Me siento tan orgullosa de mí misma que deberían encerrarme.

—La señora Foster me ha dicho que el teniente Dereham ha ido a una fiesta de la electricidad en Londres. De modo que o sabe cómo conseguir una o conoce a alguien que sabe.

Hugh está a punto de desmayarse, pero, antes siquiera de darme cuenta de lo que está pasando, me agarra por la cintura como si fuera a abrazarme. Cada vez que me toca, me vuelvo loca. Se inclina tanto hacia mí que, por segunda vez, el vello de la nuca se me pone de punta al notar su aliento. Cierro los ojos, llena de deseo, y me imagino que se inclina unos centímetros más para pasarme la lengua por el lóbulo de la oreja.

La puerta que hay detrás de nosotros se abre de pronto y aparecen varias personas.

Yo hago lo único que creo que tiene sentido. Algo que justifique, sin complicarnos mucho, que nos hayamos ausentado de la fiesta durante tanto tiempo. Una coartada creíble para no tener que admitir que estábamos hablando de máquinas de electricidad y de viajes en el tiempo aquí fuera.

Me pongo de puntillas y beso con todas mis fuerzas a Hugh Balfour.

---

[8] N. de la Trad.: Museo que recrea parte del distrito histórico de Williamsburg, Virginia, y que incluye calles, edificios y personajes vestidos según la moda de la época colonial.

CAPÍTULO 12



Durante unos instantes, Hugh no reacciona, pero, entonces, algo en su interior cede, como los muros de una imponente fortaleza al derrumbarse, y de pronto me corresponde con entusiasmo.

Aparta la otra mano de mi mejilla para agarrarme por la cintura con las dos y así estrecharme más contra él. Nos unimos como si nos hubieran esculpido para encajar el uno con el otro. Deberíamos pasarnos el resto de nuestra vida así, pegados. Llevo una mano a su nuca y, literalmente, noto cómo años y años de tensión acumulada se disuelven en los músculos de sus hombros. Quiero fundirme en él, y, a juzgar por la erección que noto contra el vientre, él también. El aroma embriagador de su colonia me nubla los sentidos, especias y naranja fresca, y llego al séptimo cielo. Abre la boca un poco, tanteando el terreno, y yo le respondo con las mismas ganas, apremiándolo en silencio a que entre de lleno.

Estoy tan abrumada que casi se me ha olvidado que nos están mirando.

—¡Señor Balfour! —el chillido de indignación de una mujer rompe el hechizo.

Yo reculo y Hugh suspira decepcionado cuando separo las manos de su cuello. Me mira con deseo unos cuantos segundos más: nunca me he sentido tan atractiva como en este mismo momento, con Hugh jadeando, embebiéndose conmigo a la pálida luz de la luna, como si jamás fuera a saciarse.

Pero sé que ahora toca el control de daños, de modo que separo la mirada de él y, con un leve movimiento de los dedos, saludo como quien no quiere la cosa a los recién llegados.

El coronel Foster agarra a Hugh del hombro con una mano para darle la vuelta. Es incapaz de reprimir la sonrisa cuando lo regaña de esta guisa:

—Un encuentro clandestino, ¿es eso? Reserve la energía que tiene para después de la boda, ¿quiere, muchacho?

El pequeño grupo de gente que ha salido a ver qué hacíamos lo forman la señora Foster, Charles Dereham, los Goddard —ella está abanicándose, agitadísima— y Richard Armstrong, cuyos ojos oscuros me miran de arriba abajo con una lujuria patente que me repugna de inmediato, a pesar de que me ha gustado que Hugh

me mirara con una admiración muy similar hace unos instantes.

La reacción de los militares y la de los Goddard no podía ser más diferente. La mirada de Charles Dereham está llena de júbilo. La joven señora Foster me mira de manera insinuante; si dos mujeres se miraran así en tiempos modernos, la una le pediría a la otra que la acompañara al baño para que se lo contara todo con pelos y señales.

Pero no nos vamos a ir de rositas. El doctor Goddard tiene cara de pocos amigos. Su mujer se acerca para agarrarme, pellizcándome en el brazo como si fuera una niña traviesa a la que hay que castigar enviándola al rincón de pensar.

—Aunque esté prometida, debe tener cuidado y velar por su reputación —me sermonea. Yo libero el brazo de su mano con una sonrisa que no podría ser más falsa.

—Estoy viuda; este es mi segundo noviazgo —le recuerdo a la mujer con cortesía, evitando un tono demasiado cortante—. No soy una doncella inocente.

Eso parece relajar un poco a la señora Goddard, pero sigue angustiada. Estoy convencida de que se horrorizaría si le diera los detalles de toda mi vida sexual: extensa. Y personal.

El coronel Foster suelta una risita entre dientes y le hace un gesto a Hugh para que vuelva a entrar en la casa antes que él.

—Soy de los que piensan que no es de recibo privar a los soldados de los placeres de esta vida. Pero será mejor que nos centremos en diversiones más inocentes durante el resto de la velada.

Charles Dereham se desternilla de la risa.

—¡Eso, eso!

Incapaz de resistirme, me acerco a Hugh por detrás y tamborileo los dedos contra sus omóplatos. Cuando me mira, con los ojos relucientes, giro la cabeza hacia Charles Dereham y susurro:

—Vete a hablar con él.

A Hugh se le ve bastante confundido, como un perro mojado instantes antes de sacudirse las orejas. Asiente en mi dirección, mostrándose de acuerdo en silencio con que tiene que hablar con Dereham, pero se toma su tiempo para ir tras él.

Y gira la cabeza unos instantes, como si estuviera a punto de volverse para mirarme una vez más.

* * *

Hugh está para comérselo cuando se aleja. La señora Foster se acerca hasta mí con

discreción, entrelaza el brazo con el mío y, por el suspiro melancólico que suelta, me parece que las dos estamos admirando los músculos de los muslos que se le marcan con esos pantalones ajustados. Me tira del brazo para atraerme hacia ella y me susurra al oído:

—No la culpo lo más mínimo, con semejante tentación...

Me pongo colorada. Le doy una palmadita a la mujer en la mano y le dedico una sonrisa cómplice. Si he de tener una amiguita en el pasado, ella no es la peor de las opciones. Pero espero que no me presione para que le dé todos los detalles de ese beso con Hugh, porque no sé si quiero.

Sí, fui yo la que comenzó el beso, convencida de que una pareja de prometidos que se escabulle afuera para liarse se vería como algo mucho más normal que la conversación que estábamos teniendo. Pero me esperaba que Hugh se hubiese bloqueado ante el roce de mis labios, indiferente y desconcertado por mi maniobra. Me pilló por sorpresa que me correspondiera con tantas ansias. Que su boca se fundiera con la mía, anhelante y fogosa. Que me estrechara contra él por la espalda, con esas manos fuertes, con tanta urgencia. Me pilló por sorpresa que me fallaran las rodillas ante todos aquellos estímulos, que el mundo empezara a dar vueltas a mi alrededor.

No esperaba que este beso fuera a ser más íntimo que los cientos de besos que he tenido que dar para los demás papeles que he interpretado. Una pareja de actores fingiendo: ¿hay algo más simple e inconsecuente?

Pero... no fue así como me sentí. Fue caótico y magnético e inevitable.

Y me parece que, si le diera los detalles a la señora Foster, le quitaría parte de su encanto. Ahora mismo, es un recuerdo frágil como una burbuja y lo que quiero es que cristalice, no que estalle.

Dentro de la casa, los hombres se dirigen a una habitación separada para tomar brandi, y fumar, sospecho. De esto último no puedo estar segura, porque —¡ahí va un dato curioso!— Jane Austen nunca escribió una escena en ninguno de sus libros en la que no haya una mujer presente. De modo que no tengo del todo claro qué pasa de puertas adentro en una noche de chicos de la Regencia.

Las damas se reúnen en la sala de estar y se disponen a sacar las cartas para jugar al *whist*. Yo no sé jugar, así que me escabullo con la idea de subir a mi dormitorio y refrescarme con agua fría la cara y así calmarme un poco después del beso ardiente.

Pero, cuando llego a las escaleras, veo que el señor Armstrong está paseando por el recibidor. Alza la mirada hacia mí con una cara de sorpresa placentera. Yo lo

saludo con frialdad.

—¿Por qué sonríe, señor Armstrong?

—Sonrío porque usted sonríe, señora Bright —dice, esbozando de nuevo esa sonrisilla insinuante—. Y porque su presencia es un inesperado placer para mí. Permítame que me tome la confianza de preguntarle por qué ha escapado de las demás damas. ¿Necesitaba tomarse un respiro y alejarse de los sermones puritanos de la señora Goddard?

—Sus intenciones son buenas —le digo.

Junta las manos sobre el pecho, fingiendo que se ha ofendido.

—No dudo de las buenas intenciones de la señora Goddard. Mi querida señora Bright, ¡no pensará que me estaba burlando de ella!

Ojalá tuviera un abanico para ocultar la sonrisita que esbozo. Conozco bien a las personas como él. Pese a que viste el uniforme de soldado, es un actor nato, siempre en busca de un aplauso o de una carcajada. Y la audacia es su mejor baza.

Viniendo de Hollywood, la mayoría de mis exnovios son igualitos al señor Armstrong. Quieren ser el centro del universo, son juguetones y tienen claro que son capaces de hacerte entrar en calor como un iPhone que empieza a fallar en agosto. Pero, dejando a un lado el atractivo, el encanto de este tipo de hombre es que son capaces de hacerte sentir que eres el centro de su atención siempre que estás con ellos. Por desgracia, he aprendido a base de golpes que es una atención que dura hasta que encuentran otro juguete nuevo.

Adopto un tono de voz que transmite una solemnidad tan falsa como la del señor Armstrong:

—Desde luego que no. Jamás diría que usted es esa clase de hombre que se burlaría de una mujer de buena reputación.

El señor Armstrong sonríe y levanta las palmas de las manos enguantadas.

—Aunque el único atributo que tenga la señora Goddard sea una buena reputación. —Se acerca unos pasos hacia mí, mientras me mira con anhelo desde esos ojos con un toque ambarino—. No se me ocurre una situación más penosa que esa, de modo que siento lástima por la señora Goddard. Una mujer que valga la pena ha de tener algo más que buena reputación.

Es entonces cuando oigo el sonido de mal augurio de una puerta que se abre al otro lado del vestíbulo, la que lleva al pasillo de atrás. Me doy la vuelta en busca de alguien que esté a la escucha, pero no veo a nadie. Aun así, me apresuro a separarme dos pasos del señor Armstrong. Haciendo caso omiso de la señal que le acabo de enviar, él avanza otra zancada más, esbozando una sonrisa pícara. ¿Se

cree que porque me he liado con Hugh estoy dispuesta a hacerlo con todos los hombres con los que me cruzo?

Identifico todas las salidas de inmediato. Conozco bien esta sensación, por todas las veces que he salido con alguien en los tiempos modernos. Los hombres como él siempre te hacen pensar que están de broma, pero llega un momento en el que la broma se sale de tono o, lo que es peor, deja de ser una broma y se abre un inquietante silencio a su paso. Me sobresalto al darme cuenta de que estoy a solas con este hombre y que, a diferencia de Hugh, el señor Armstrong no solo no es mi prometido, sino que es un completo desconocido. No estoy en el 2025. Estoy en el año 1815 y tengo que salir de aquí ahora mismo.

—Sin duda —digo con calma, separándome rápidamente unos cuantos pasos del señor Armstrong, mirando las escaleras y preguntándome cuánto tiempo me llevaría subirlas. Pero no quiero entrar en pánico y montar una escena sin necesidad, así que trato de encauzar la conversación hacia un tema menos peligroso. Pongo la mente en modo automático mientras pienso en un plan y oigo las palabras de Caroline Bingley salir de mi boca, ya que, por el momento, soy incapaz de hablar por mí misma—: Si desea tener talento de verdad, una mujer debe tener amplios conocimientos de música, canto, dibujo, baile e idiomas modernos para merecer ese calificativo; además, debe poseer algo distintivo en su aspecto y en su manera de caminar.

La mirada del señor Armstrong se ilumina, de acuerdo con lo dicho.

—Desde luego, usted posee algo distintivo en la manera de caminar. Un toque coqueto y atractivo.

¡Puaj! ¡No se corta! Esto es el equivalente de la Regencia a enviar una foto de tu pene sin que nadie te la pida. Retiro cualquier cumplido que haya hecho del aspecto del señor Armstrong. Ahora me parece una babosa.

Decido que ir al piso de arriba no es suficiente. ¿Qué pasaría si me persiguiera? Tengo que regresar a la sala de estar, con las demás damas. Ahí estaré a salvo de las atenciones prolongadas del señor Armstrong. Entrecierro los ojos, fijos en él, insuflando todo el desprecio que soy capaz en mis siguientes palabras:

—Oh, ¿le gusta mi manera de caminar, señor? Entonces, observe como lo dejo plantado.

Y me doy la vuelta para salir por la puerta grande.

CAPÍTULO 13



Los invitados se marchan unas pocas horas después de medianoche, en sus respectivos carruajes, al calor y la comodidad de sus camas. Sin embargo, no acabamos la velada del todo ilesos. Las Dixon presionan a los más jóvenes y en buenas condiciones físicas para que nos reunamos de nuevo y organicemos un pícnic en Beacon Hill. A mí no me apetece volver a estar en compañía de las Dixon en una buena temporada, pero no sé cómo rechazar la invitación con cortesía y Hugh, que permanece en silencio, no me ayuda.

Mientras intento poner la guinda del pastel a la velada hablando de formalidades, él se separa de los presentes y se queda pensativo. Parece consternado. Tiene la frente empapada de sudor.

Cuando al fin se cierra la puerta principal, me acerco a él, preocupada. Intenta alejarse cuando me aproximo, cruzándose de brazos a la defensiva, pero, aun así, le toco el codo con la punta de los dedos. Se detiene sobresaltado, como si le hubiera puesto unas esposas, y veo, por debajo del frac ceñido, cómo se le tensan los músculos de los hombros.

—Entonces... ¿misión cumplida o no? —le pregunto, con la esperanza de que me ponga al día de la conversación con el señor Dereham. Me da un poco de miedo que su cambio de humor se deba a que hemos acabado en un callejón sin salida.

Hugh fija los ojos en la ventana, mientras el carruaje de los milicianos se aleja.

—Podría preguntarte lo mismo a ti.

Eso me deja desconcertada.

—El que se ha fumado cigarrillos y bebido brandi con Dereham has sido tú, no yo. ¿Acaso no sabía nada?

—Lo sabía todo —dice de un modo cortante—. No has de preocuparte por eso. Me ha dado el nombre y la dirección del fabricante. Mañana por la mañana, sin esperar más, le escribiré una carta.

—Entonces, ¿qué pasa? —le pregunto en un tono de voz tan bajo que casi es imposible oírme.

Sin despegar los dientes, me suelta una mentira en toda regla:

—Nada en absoluto.

Estoy empezando a perder la paciencia.

—Oh, ¿de verdad? ¿No hay nada que te haya molestado?

Bufa con sorna, separándose de mí y dirigiéndose hacia el salón, cuya chimenea sigue encendida.

—Nada de nada.

Yo voy tras él, apurando el paso para seguirle el ritmo, y me siento ridícula, como un perrito salchicha persiguiendo a toda velocidad a un gran danés con sus patitas diminutas.

—Bueno, pues sí que es raro —digo, y el acento británico que tanto he perfeccionado se derrite en mis palabras ante el ardor del cabreo—. Porque, como experta en conductas humanas, diría que tu postura rígida, tu tono de voz tenso y tu mirada esquiva dan a entender a todas luces que te has mosqueado por algo. —Entrecierro los ojos mientras trato de adivinar a qué viene esa cara de pocos amigos—. ¿Qué pasa? ¿Te has enfadado porque he enseñado a las damas a jugar al chinchón?

Hugh me mira, desvía la mirada y me vuelve a mirar, al borde del atragantamiento.

—¿Que has hecho qué?

Resoplo.

—Por favor... Que no cambiará casi en nada el curso de la historia de la humanidad. ¡Y con lo divertido que fue...!

Aparta la mirada, apretando la mandíbula con rabia mientras se quita los guantes. Le tiemblan las manos. Yo, entretanto, me hundo en la rabia y el desconcierto. ¿Cómo es posible que se hayan torcido tanto las cosas? Hace unas pocas horas nos estábamos besando con pasión y ahora se niega a mirarme a la cara. Lo de estropearlo todo no se me da nada mal, pero no suele ser así de rápido y, en general, sé qué he hecho para decepcionar a la gente.

Empiezo a clavarle el dedo índice en el hombro una y otra vez para enfadarlo más, hasta que estalle y se digne a contestarme.

—Bueno, si no estás molesto, será que en algún momento de la fiesta el doctor Goddard, nuestro médico de familia, te sometió a una operación para volver a introducirte el palo por el trasero.

Ahora se vuelve hacia mí; en su sien late una vena morada.

—¡Ese es mi problema! Tú. La manera en la que te expresas. Tu

comportamiento burdo. Tu imprudencia. —Lanza una mirada hacia la puerta, supongo que para cerciorarse de que no hay rastro ni de la tía Fanny ni del señor Balfour, y entonces baja el tono de voz hasta hablar en un susurro, aunque ni con esas es capaz de disimular la rabia—: Es como si te empeñaras en destapar nuestra verdadera identidad. Eres tan anacrónica como vulgar.

Con una punzada de dolor en el estómago, recuerdo lo que le dijo a Florence al teléfono ese día: «Si te relacionas con una persona como Tess Bright, estás acabado». No es que lo haya decepcionado; no se puede decepcionar a una persona que nunca te ha tenido en estima, para empezar. Está decepcionado consigo mismo por permitir que alguien tan indigna como yo se le acerque.

Una herida, como si de una flor se tratara, se abre en mi pecho, creciendo desde el corazón y pujando por salir. Pensaba que por fin me estaba ganando la confianza de Hugh. Que las ganas de gustar, como si fueran un ariete, habían roto todos aquellos muros suyos. Pero no solo no le gusto en el sentido romántico de la palabra, que era lo que yo esperaba conseguir, sino que ni siquiera le caigo bien. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Justo cuando estaba empezando a sentir algo por este hombre, en contra de toda lógica. Bajo la voz media octava, como si se me hubiera atascado en la garganta.

—Y yo que pensaba que estabas enfadado por lo del beso.

Hugh vuelve a desviar la mirada.

—Vives para saltarte las reglas, ¿no es cierto? —me pregunta, mirando fijamente el retrato de George de bebé junto a la puerta—. Te excita, por macabro que sea, desatar el caos ahí donde impera la sencillez. No finjas que lo de ese beso no fue otra ocurrencia improvisada tuya para mofarte de mí.

Tenso la mandíbula. Se me anegan los ojos en lágrimas, pero no pienso a darle a Hugh la satisfacción de echarme a llorar.

—En su momento, pareció que te gustó bastante.

Suelta una carcajada arisca antes de sumirse en una expresión de dolor.

—Bueno, soy actor: me dedico a aparentar.

Me separo de él, consciente de que si me quedo donde estoy perderé la batalla contra las lágrimas. El dobladillo de mi falda de tafetán roza el suelo, como susurrantes hojas caídas a merced del viento destructor de Santa Ana. Pero me despido con otra frase de película, aunque me falle la voz:

—No te preocupes, Hugh. Jamás volveré a acercar la boca a la tuya para mofarme de ti.

* * *

Me acurruco en la cama bajo las sábanas de damasco, apretando las rodillas contra el pecho como si estuviera preparada para volver a apretujarme dentro del vientre de mi madre. Las lágrimas me arden en las mejillas. ¿Cómo he podido estar tan equivocada? Pensaba que Hugh y yo estábamos avanzando, pero resulta que lo he ofendido. No, «ofendido» no es lo bastante fuerte: le repugno.

No estoy diciendo que pensase que ese beso era el primer paso en una acaramelada historia de amor al más estilo Austen. Pero entre nosotros sentí una pasión innegable. Y pensaba que él también la había sentido.

Pero está claro que no; si no, Hugh no me habría hablado de esa manera esta noche.

Una sensación de rabia y dolor y soledad me oprime el pecho. Casi no soy capaz de respirar. Daría lo que fuera para hablar con mi madre en estos momentos. Ojalá pudiera contarle todo lo que está pasando. Llamaría a Hugh de todo, nos echaríamos unas risas y, sin darme cuenta, ya no me acordaría de por qué estaba tan cabreada. Mamá siempre conseguía que mis problemas parecieran una tontería. Sin ella, me parecen insalvables.

«Vaya mierda de noche, mamá», pienso.

«¿No hubo ningún momento bueno?», la oigo preguntar.

Estos interrogatorios imaginarios no dejan de sorprenderme.

«Bueno, sí —admito—. He visto a Jane Austen en carne y hueso. Me he puesto un traje precioso a lo Emma Woodhouse y me he emborrachado en una fiesta con una piña en la mesa».

«Me estás diciendo —dice mi madre en mi imaginación— que el espacio y el tiempo se han deformado de manera milagrosa, que has conocido al mayor genio literario de todos los tiempos y que te has puesto el vestido de tus sueños desde que eras una niña. ¿Qué ha podido arruinar todo esto?».

Hago un ruido extraño desde lo más hondo de la garganta, como el del desagüe al desatascarse.

«Es por un chico».

«¿Un chico? —repite ella—. ¡Acabáramos! ¿Qué decimos siempre de llorar por un chico?».

—Por un chico no se llora —repito en voz alta un susurro, frotándome los ojos con el pulgar—. Solo se llora por un hombre, y un hombre de verdad nunca te haría llorar.

«Estás cumpliendo tus sueños, cariño —me recuerda—. Parece que estarás aquí atrapada una temporada, pero, si lo piensas, hay lugares peores en los que quedarse atrapada. Disfrútalo mientras dure».

CAPÍTULO 14



Salto de la cama con una alegría forzada que espero que dé paso a un optimismo y una serenidad de verdad a medida que avance el día. Porque he tenido una revelación, y esa revelación es la siguiente: que te jodan, Hugh Balfour. No, en ese sentido no. En el otro. ¿Tengo o no tengo razón? Somos dos personas atrapadas en unas circunstancias que escapan a todo razonamiento humano. ¿Por qué no disfrutar al máximo? Si quiere privarse de toda la diversión que conlleva viajar en el tiempo para codearse con la *crème de la crème* del mundo rural, adelante, pero ¡a mí que me deje en paz!

Me pongo el abrigo de viaje y el vestido, ahora limpio, con los que llegué y que conformaban mi atuendo de Catherine Morland. Me gusta el color; para mí, ese azul claro transmite felicidad pura. Y hoy pienso obligarme a ser feliz.

Sé que te lo estás preguntando, y sí... Tengo mucha experiencia con el rechazo. Como actriz, acabas acostumbrándote. Como soltera con cuenta en media docena de aplicaciones de citas de todos los colores, más incluso. Cuando pienso que los hombres no pueden caer más bajo, siempre se superan. No pienso permitir que Hugh Balfour cave un hoyo en mitad del precioso paisaje de mi mente. Voy a pasar página.

De acuerdo con el escenario sereno y británico que me rodea, voy a mantener la calma y pasar olímpicamente de esa cara suya tan perfecta y condescendiente que, si lo piensas bien, tampoco es tan atractiva. ¿Por qué hay que darle tanto bombo a la simetría facial? No es más que una disposición aburridísima de rasgos. ¿Por qué hay que darle tanto bombo a un par de ojos oscuros y radiantes? ¡Si la mayoría de la gente tiene los ojos marrones! Hugh no es tan especial. Y, que conste, es demasiado alto. Hace el ridículo cada vez que se tiene que agachar para cruzar una puerta sin golpearse. ¡Será tonto!

Me pongo mi preciosa capota azul sobre los rizos y bajo las escaleras a saltos, preparada para vivir a lo Lizzy Bennet y dar un paseo por la verde campiña inglesa. ¿Qué son los hombres en comparación con las rocas y las montañas? Sin embargo, mis planes se tuercen cuando veo por las ventanas delanteras que se está

acercando un carruaje de dos caballos. Entreveo dentro a varias personas a las que no me apetece nada ver: las hermanas Dixon, el señor Armstrong y el señor Dereham.

Nada más pensarlo, me siento mal por meter al señor Dereham en el mismo saco. Parece majo, aunque no entiendo por qué alguien tan afable querría pasar tanto tiempo en compañía del señor Armstrong. Supongo que a la hora de hacer amigos en la milicia... a caballo regalado no le mires el diente.

El señor Dereham se acerca a brincos a la puerta con la misma emoción que un cachorro al que todavía no le han enseñado a hacer pis. Veo que está a punto de llamar a la puerta, de modo que la abro antes de que le dé tiempo. Phoebe Dixon suelta un chillido por la sorpresa.

—¿Vamos a Beacon Hill, entonces? —pregunto.

El señor Dereham se quita el sombrero a modo de saludo.

—Desde luego que sí, si es que usted y el señor Balfour están dispuestos a acompañar a personas tan humildes como nosotros.

Le dedico una sonrisa a este caballero tan bondadoso.

—Yo, sin duda, quisiera ir —le digo—, pero solo si consiguen convencer al señor Balfour para que nos acompañe.

Conociendo a Hugh, sería tan probable que se uniera a una actividad en grupo como que nevara en Los Ángeles. Al menos, esa actitud tan amargada que tiene sirve de algo: librarme de pasar todo el día en compañía del señor Armstrong. Este se acerca contoneándose hasta la puerta para aportar su granito de arena.

—Entonces, debemos presionar al caballero, pues por nada del mundo podemos prescindir de la agradable compañía de la señora Bright. Beacon Hill perderá su encanto con el dolor de su ausencia.

Aparto la cara de Armstrong con decisión, para dejarle claro que me importa un rábano lo que diga —podría decirse que es el equivalente de la Regencia a clavar la mirada en el teléfono cuando te encuentras con alguien con quien no quieres hablar en la calle—. Lo maldigo a él y a esa verborrea zalamera, pensando si en la escala de libertinos de Austen es más bien un Willoughby, un Wickham o un Frank Churchill. Poco importa. Ninguna de esas tres comparaciones es muy halagüeña.

Los aventureros entran en la casa y no tardan en irrumpir en la biblioteca, donde Hugh está sentado en el escritorio, encorvado.

—¡Señor Balfour! —lo llama Armstrong—. Ya escribirá las cartas otro día. Ha de cumplir con su promesa de acompañarnos a Beacon Hill.

Hugh se ha puesto pálido, como si estuviera en mitad de un soliloquio sobre el escenario y se hubiera olvidado de pronto de las palabras.

—¿Tan pronto? —farfulla a la desesperada.

—¿Qué tiene de malo? —pregunta el señor Armstrong—. El tiempo es estupendo y todos estamos desocupados. Vamos, tiene que acompañarnos. La señora Bright dice que no saldrá de esta casa sin usted bajo ningún concepto; no querrá privarla de las vistas sublimes que nos esperan.

Hugh pestañea, como para reprimir las ganas de poner los ojos en blanco.

—Claro —murmura—, la señora Bright jamás haría nada sin carabina de confianza. —Si estuviéramos solos, me habría costado no darle un manotazo. Pero, entonces, el seco de Hugh hace algo que yo pensaba que no estaba dentro de sus capacidades: cede. Con un suspiro interminable, se levanta del asiento y dice —: Y que me parta un rayo si privo a una dama de su diversión. Les acompañaré; tan solo les ruego que me permitan sellar la carta antes.

Armstrong le hace una reverencia, en parte, burlona.

—Lo que usted mande, señor.

—Les doy las gracias por su paciencia —responde Hugh con frialdad. Dobla la carta (que veo que se dirige a la atención del doctor Elias Beckworth, en Londres... ¡nuestro salvador!) y derrite la cera con una vela para cerrar el papel con el sello. Estoy a punto de preguntarme por qué Hugh sabe hacer eso, pero ya no puedo sorprenderme de todo lo que ha aprendido en sus estudios. Él es así. Lo que sí me sorprendería sería que no supiera hacer algo. Bueno, aparte de entender las reglas básicas de la socialización.

—¿No hemos invitado a la esposa del coronel, la señora Foster? —les pregunto a las Dixon. Echo en falta una cara amiga en este grupo.

—Oh, ¿Kitty? —pregunta Phoebe con desprecio—. Por supuesto que no. Su marido es demasiado viejo y gruñón para una diversión tan sencilla como esta.

Kitty es un nombre idóneo para una chica tan agradable como ella. Le pega. Ojalá estuviera aquí.

—¿Y no podíamos invitar a Kitty sin él? —insisto.

Las hermanas Dixon comparten una mirada incrédula a mi costa y estallan en una carcajada. Yo suelto un suspiro y acepto mi destino: tendré que ir sin la ansiada compañía de esa mujer.

Y no tardamos en partir. Ya que las Dixon y los milicianos se han subido a un carruaje de cuatro asientos —que entiendo que han tomado prestado del coronel Foster—, Hugh y yo no tenemos más remedio que viajar solos en un carruaje de

dos caballos abierto, propiedad de los Balfour. Cuando me ayuda a subirme al vehículo, le pregunto en voz baja y ronca, cargada de tensión:

—¿No podrías haber sido un aguafiestas, como de costumbre? Así nos habríamos librado los dos.

Los ojos de Hugh centellean, amenazantes.

—Por nada del mundo te privaría de tu diversión.

—¿Qué hay de divertido en esto? —mascullo.

—¡Ya están susurrando otra vez! —se burla Phoebe Dixon desde el carruaje de al lado—. Cuéntennos qué se traen siempre entre manos cuando hablan entre ustedes. Han de confiar en sus nuevos amigos; si no, jamás nos volveremos íntimos.

Me vuelvo para mirar a Phoebe, apoyando con naturalidad un brazo en el borde del carruaje.

—Qué diferentes somos. Yo siempre he creído que la verdadera intimidad ha de ofrecerse libremente, no exigirse.

Hugh enarca una ceja con frialdad en dirección a Phoebe, el único indicio de que se ha dado cuenta de la lucha dialéctica en la que nos hemos enfrascado las dos. Levanta las riendas, preparado para ponerse en marcha, cuando el pequeño George sale alegremente por la puerta principal y corre a toda velocidad hacia nosotros, con los brazos y las piernas descoordinados de la forma más adorable posible.

—¿Adónde vais? —chilla, desconsolado—. Venid a jugar conmigo.

Yo ya estoy decidida a dejarlo todo y quedarme para cumplir los deseos de este angelito maravilloso cuando Hugh se apea con una expresión cariñosa, cosa rara en él, se agacha para quedar a la altura del pequeño y le promete que volveremos a casa antes de la hora de la cena.

—¿Me lo juras? —pregunta George, haciendo un puchero.

—Te lo juro —dice Hugh, ofreciéndole el meñique, y George lo toma, después de dudar unos instantes.

Cierro el puño enguantado. Estoy bastante segura de que Hugh Balfour acaba de inventar sin darse cuenta lo de hacer promesas con el meñique. Se me estaría derritiendo el corazón con esta escena si no estuviera tan cabreada con él. Tal y como están las cosas, lo que me frustra es que sus defectos me impidan admirar sus cualidades. Pero me niego en redondo a que me guste ni una sola cosa de un hombre que, salta a la vista, no me tiene el menor respeto.

* * *

Subida al carruaje con el traje de viaje azul claro y la capota, una sensación de *déjà vu* me recorre toda la espalda. Yo estoy echando chispas con la ropa de vestuario de *La abadía de Northanger* y Hugh está espoleando a los caballos: es como si estuviéramos otra vez en el año 2025, discutiendo sobre si salirse del guion es buena idea o no. Estamos tan tensos y cabreados el uno con el otro como entonces. Pero ahora tenemos más motivos.

Hugh deja que Armstrong salga disparado delante de nosotros —me recuerda mucho a ese tipo de persona que, en tiempos modernos, se cree que por tener un BMW ya tiene derecho a adelantar como un loco a los demás en la autopista—, y seguramente sea mejor así. No sería nada divertido que viniera pisándonos los talones hasta llegar a Beacon Hill. Aunque tampoco es que nos estemos divirtiendo mucho.

Vamos traqueteando tras él, y Hugh deja la suficiente distancia entre los vehículos para que las nubes de polvo que se levantan delante de nosotros no nos entren en los ojos. Yo me escurro en el asiento como una niña en mitad de una rabieta, con los brazos cruzados.

Hugh, claro está, no puede evitar un comentario:

—A George le hacía más gracia que nos fuéramos de excursión que a ti.

Yo resoplo como un caballo.

—Déjalo ya. ¿Alguna vez dejarás de torturarme?

—Supongo que tú querías que me quedara en Highground, para así soltar anacronismos sin ton ni son que pongan en peligro nuestra vida, sin que hubiera nadie para socorrerte.

Me yergo, apartando un mechón rizado de la boca con un soplido, cada vez más cabreada.

—Si estás mosqueado por la conversación que tuve con Jane, tendrías que habérmelo dicho desde el principio, en vez de fingir que me entendías. No era mi intención meter la pata, ¡es que estaba emocionada!

La expresión de Hugh es de puro desprecio.

—Nunca se me ocurriría pensar que te metes en tantos problemas de forma intencionada. Lo que destaca de ti es que lo echas todo a perder sin proponértelo.

Me late la sangre en las orejas y me cuesta seguir hablando con frialdad y desdén:

—De verdad que no te aguanto. Preferiría quedarme atrapada en el pasado con

Jack el Destripador. Te lo digo en serio. Por lo menos, no fingiría que es mi amigo antes de apuñalarme por la espalda.

—¿Y cómo te he traicionado yo a ti? —inquiere Hugh, mordaz.

Me sorprende tanto la pregunta que, sin querer, parte del dolor que siento se filtra en mi voz:

—Siendo un maleducado de mierda —le digo—. Te basta con escuchar los rumores que circulan sobre mí para juzgarme. Le has dicho a tu hermana que soy un desastre y que no valgo la pena. Un momento me besas y, al siguiente, te marchas hecho una furia. Soy una maldita persona, no un robot, Hugh. Todo esto duele.

La respuesta de Hugh es explosiva. Se pone colorado como un atizador al entrar en contacto con las llamas.

—¡Yo tampoco soy un robot, Tess! Te pido que no me llames eso.

Bien. Parece que he hurgado en la herida. Seguiré hurgando.

—Mira, vete un poquito a la mierda —le digo—. Si no quieres que te tomen por un robot, deberías pensar en los demás, aunque sea un segundo. Al parecer, solo eres amable conmigo cuando estás actuando. Te pido perdón por no cumplir unas expectativas tan imposibles como las tuyas. Seguro que el milagro de la vida me parecería más ameno si evitara a toda costa cualquier cosa que sea mínimamente divertida.

A Hugh le da un espasmo en el párpado derecho. Por un instante, me parece que ha tenido un derrame cerebral, pero, entonces, camufla cualquier rastro de emoción, como si nunca hubiera sentido nada. Es todo un profesional de la interpretación.

—Claro —dice, bufando—. Tienes suerte: estoy convencido de que Armstrong estará encantado de darte toda la diversión que pidas. Hasta que te deje tirada de camino a Gretna Green[9], descalza y preñada.

Es como si me hubiera dado una patada en el estómago. Suelto un grito nada fino de pura indignación. Casi me sale humo por las orejas.

—Serás misógino... ¿Te crees que soy tan tonta como para caer en las redes de Armstrong? Y lo más gracioso es que piensas que me has salvado y me has avisado a tiempo. Bueno, pues que sepas que yo tengo un radar para identificar cabrones mejor que el tuyo y este individuo emite niveles radiactivos de toxicidad. Si de verdad querías ayudarme, podrías haberme librado de este paseíto para no tener que aguantarlo más tiempo.

Hugh se queda pensando un rato y afloja las riendas. Me lanza una mirada

escéptica.

—Anoche no dabas la impresión de que te pareciera muy tóxico. Os vi tonteando en el vestíbulo.

Ay, madre. Voy atando cabos: el ruido de una puerta que se abría... Tenía razón al sospechar que alguien me había visto a solas con el señor Armstrong, y ese alguien resulta que era Hugh. De repente, noto que el mundo —patas arriba sin ningún motivo en concreto— recupera su equilibrio. Los cambios de humor de Hugh no eran síntoma de una mente desequilibrada. Él pensaba que, nada más besarlo, me había ido a coquetear con el hombre respecto al que me había puesto sobre aviso.

—Ay, madre —digo, ensimismada, saboreando cada sílaba—. Estabas celoso. Por eso ayer por la noche te pusiste tan insoportable.

Hugh suelta una carcajada irónica, con la vista fija en el camino.

—No estaba celoso ni remotamente. No hay motivos para que yo esté celoso.

—Ya, sí, claro...

—Te estoy diciendo que no —repite. Pero el gran refranero me susurra al oído: quien se pica, ajos come.

—¡Y yo te estoy diciendo que sí! —insisto—. Estabas tan afectado porque pensabas que yo era una zorra que jugaba a dos bandas.

Hugh suelta un resoplido de indignación.

—Yo no he dicho eso. No pongas esas palabras en mi boca.

Estoy que echo chispas. Tengo la cara colorada de rabia. Imagino que, entre las mejillas rojas y los rizos recogidos, parezco una Muñeca Repollo a tamaño real.

Qué fuerte, Hugh Balfour. Qué fuerte. De verdad pensaba que nada más besarlo fui a insinuarme al prototipo de mujeriego de la Regencia, al más puro estilo Wickham. Lo que más me molesta es que el beso fue maravilloso. Con ese beso la tierra empezó a temblar, me fallaron las piernas y se me cayeron las bragas. Pero ahora se ha estropeado. Lo han manchado sus acusaciones. No es de extrañar que Hugh Balfour sea tan estricto con su comportamiento, porque salta a la vista que lo echa todo a perder de la forma más espectacular posible cuando se salta el guion.

—Bueno, como me han puesto los cuernos tantas veces, sé que yo jamás le haría eso a otra persona. Así que quítate esa idea de la cabeza. Es otra cosa más que crees que sabes de mí pero que no tiene ni pies ni cabeza. No sabes lo mucho que duele hasta que te pasa.

Hugh se sume en un silencio sospechoso varios segundos y, entonces, vuelve a

mirarme con una expresión en sus ojos oscuros que no he visto antes. Una mirada cohibida, vulnerable.

—Créeme —dice en voz baja—. Sé muy bien lo mucho que duele.

No se me pasa por la cabeza que lo esté diciendo por experiencia. ¡Venga ya! Como si alguien como Hugh —tan apuesto, serio, hábil, rico, famoso e inteligente— tuviera problemas de verdad. Salvo, tal vez, en los que se mete él solito. Seguro que toda su vida romántica es de color rosa y el mayor aprieto en el que se ha encontrado ha sido tener que rechazar a hordas y hordas de mujeres guapas e interesadas con las que no quiere perder el tiempo.

—¡Qué sabrás tú! —insisto, arrastrando las palabras.

—Créeme. —Hugh suelta una risa discreta, dando un leve tirón a las riendas con cierto nerviosismo—. Salí con Charlotte, mi ex..., durante casi cinco años; fue tanto tiempo que mi madre me dio a entender que o escogía un anillo ya o cortaba con ella. Antes de terminar de informarme sobre los anillos, descubrí que tenía una aventura con un abogado de su bufete. Llevaban juntos bastante tiempo —su voz transmite indiferencia y algo de sorna—. Imagino que tener como novio a un actor con un poco de tirón era una buena forma de romper el hielo en las fiestas de la empresa, pero su alma gemela tenía que ser otro experto en derecho. Ahora están prometidos. Me enviaron una invitación a la boda y todo... los muy graciosos. No tuve tiempo de confirmar mi asistencia a ese evento tan divertido antes de electrocutarme y acabar en plena Regencia.

Durante unos instantes, mi corazón late en la gloria. Que él esté triste me produce un placer primitivo. Me alegro de verdad de que, por una vez, alguien esté tan hundido en la miseria como yo. Pero, entonces, se me cae el alma al suelo. Qué pensamientos tan mezquinos tengo. No me han educado para esto.

—Bueno, por lo menos, si no conseguimos volver al presente, no tendrás que ir a la boda. No hay mal que por bien no venga.

Hugh exhala con fuerza por la nariz, como si estuviera conteniendo una risotada.

—Lo peor de todo —dice— es que, cuando le pedí explicaciones, me dijo era culpa mía que me hubiera puesto los cuernos. Cuando yo le fui fiel desde el principio.

—¡Qué fuerte! —digo, sorprendida. Sea cual sea el momento, el lugar y el asunto, cotillear un poco siempre sienta bien. Y que Hugh se haya animado a contarme todo esto quiere decir que hemos dado un paso en la dirección correcta.

—Sí —contesta—. Me dijo que necesitaba «a alguien que la quisiera», como si

yo no se lo hubiera dicho un millón de veces. Luego, me dijo que necesitaba «a alguien que lo dijera en serio». Que... que hablaba con ella como si estuviera leyendo un guion. Que me comportaba como un robot, que todo lo que hacía parecía mecánico. Que nunca mostraba mis sentimientos, que parecía que estaba programado.

Ay, Dios. Me invade la vergüenza cuando Hugh dice todo eso. Mira que soy mala. Al menos, cuando él sacó a relucir mis peores miedos durante esa llamada con Florence, no sabía que lo estaba oyendo. Yo, en cambio, le dije toda esa mierda a la cara.

—Así que gracias —dice, volviendo a hablar con cierto rencor— por darme una segunda opinión. Al final, Charlotte tenía razón.

—Hugh... —digo, con las primeras palabras de una disculpa improvisada en la punta de la lengua.

—No sigas —me responde.

---

[9] N. de la Trad.: Pueblo situado en el sur de Escocia, adonde huían las parejas para casarse en secreto.

CAPÍTULO 15



Nos sumimos en un silencio sepulcral. Durante el resto del trayecto de una hora de duración hasta Beacon Hill, trato de admirar las vistas. La hierba alta que flanquea el camino, susurrando con alegría ante el roce de la brisa. Las mariposas que vuelan en lo alto. Las hojas preciosas de los árboles cercanos, que empiezan a teñirse del color del fuego. Pero, en realidad, acabamos de librar nuestra propia batalla de Waterloo en este carruaje y dudo que ninguna belleza vaya a compensarlo.

Al cabo de un rato, comienzo a entrever nuestro destino, una gran colina de caliza que se eleva en las inmediaciones. «Madre mía, esto es muy Austen». Es como Emma, cuando va a Box Hill —y, por el momento, mi día está siendo tan dramático y humillante como el suyo—.

—Es precioso —digo, expresando mi opinión en voz alta sin querer.

Hugh me lanza una mirada y, al ver mi expresión, relaja el ceño fruncido.

—Sí —responde.

Suspiro, inquieta.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo.

Después de apearnos, Hugh y el señor Dereham toman las riendas de los caballos y los atan con firmeza a un árbol cercano. Pensaba que íbamos a seguir a caballo un poco más, pero, al parecer, el objetivo de la actividad es hacer un poco de ejercicio, de modo que emprendemos el ascenso a Beacon Hill a pie. Aun así, me parece un poco maleducado dejar a los caballos detrás. ¿No se sentirán abandonados? Recuerdo con nostalgia esas rutas de senderismo de Los Ángeles en las que podías dejar tu coche en el aparcamiento sin preocuparte por sus sentimientos hasta la vuelta.

Me considero una persona bastante atlética; hice la mayoría de las escenas de riesgo en esos episodios de la tercera temporada de *Chuck Brown,* en los que mi personaje se puso a aprender *kickboxing* para luchar contra el crimen. Con zapatillas de deporte y ropa de la marca Fabletics, imagino que no habría estado tan mal, pero subir esta colina con un vestido que me llega a los tobillos y un

abrigo de viaje grueso se vuelve más complicado a cada paso. El sudor no tarda en acumularse por debajo de mi capota y en gotear por la nuca.

—Señora Bright —dice Armstrong, baboso hasta el tuétano—, ¿es muy atrevido por mi parte ofrecerle que me tome del brazo? No quisiera que una dama tropezase en mitad del ascenso. —Se acerca hacia mí y yo miro la mano que me tiende con desconfianza. Me preocupa un poco que se vaya a aprovechar de la cercanía para meterme mano, como sea que se haga eso en la Regencia.

—¡Gracias, pero no! —digo, alejándome de la mano tendida. Por suerte, Hugh ralentiza la marcha justo en este momento, dando pasos más cortos y poniéndose sin miramientos entre el señor Armstrong y yo. Sin mediar palabra, me ofrece el brazo y yo lo acepto. Por lo menos, si voy pegada a Hugh, el otro no podrá intentar nada. Aunque Hugh se ha mostrado caballeroso conmigo, no me engaño y sé que seguimos enfadados.

Cuanto más avanzamos por el camino de tierra, donde ya no crece la hierba debido a los cientos de pasos de los senderistas que han venido antes que nosotros, más me acompaso al ritmo de Hugh. Recuerdo lo fácil que era para él dejarme atrás en el set de rodaje cuando quería evitarme, así que tengo que reconocer que es muy considerado por su parte caminar a un ritmo que yo pueda seguir.

Nos lleva alrededor de una hora llegar a la cumbre. He agotado el poco aliento que me queda cuando reparo en lo maravillosas que son las vistas. Los campos de cultivo que tan familiares me resultan se extienden hasta el horizonte, salpicados aquí y allá por rebaños de ovejas del tamaño de una hormiga. Pero también hay un toque pedregoso que no se veía desde Highground: la rocosidad de las canteras de caliza blanca que, sublimes, abren la tierra trabajada. El cielo en lo alto es de un gris pétreo, inhóspito y frío, que contrasta con la espesura, teñida de un dorado y un escarlata vívidos propios de esta estación. Me doy la vuelta, estupefacta, para contemplar las vistas del otro lado. Ahora, a lo lejos, vislumbro una magnífica mansión con decenas de ventanas y una fachada de color amarillo tirando a marrón.

—¡Estoy fascinada! —grita Isabella Dixon, llevándose las manos al corazón—. ¡Estoy tan fascinada...! No hay palabras para describir estas vistas, ¿no creen? ¡Son espléndidas, maravillosas, majestuosas!

Phoebe se sitúa junto a su hermana, con una cara de disgusto que echa para atrás.

—Para no haber palabras con las que describir estas vistas, mucho te esfuerzas en buscarlas, hermana.

Armstrong suelta una risita, casi como la de una niña, ante la ocurrencia de Phoebe. A esta se le ilumina la cara por las atenciones recibidas, pero Isabella guarda silencio, sin duda herida por la mofa.

—Isabella —le digo, aproximándome a ella vacilante—. ¿Le importa que la llame así? No lo haré si lo considera inoportuno. Usted puede llamarme Tess, si quiere.

Isabella se me queda mirando unos instantes, confundida, pero después asiente.

—Me gustaría que me llamase Isabella.

—Creo que buscar las palabras adecuadas para describir lo indescriptible es digno de admiración. Por eso apreciamos tanto a los poetas y escritores, ¿no es cierto? Por hallar las palabras capaces de transmitir emociones que, de otro modo, serían inexplicables para nosotros.

Isabella me dedica una débil sonrisa.

—Me gustan mucho las historias sobre la naturaleza. ¿Alguna vez ha leído *El romance del bosque*[10]?

—No, pero el título me resulta familiar —contesto—. ¿De qué trata?

Y ya no hay quien pare a Isabella: se pone a hablar sobre la novela y, mientras se deshace en halagos, adopta una expresión de felicidad radiante. Me da la impresión de que no le preguntan muy a menudo su opinión. Con las ansias de protagonismo de Phoebe, lo tiene difícil. No soy la única que se da cuenta del cambio físico y emocional de Isabella. El bueno de Dereham se une a mi misión: le hace más preguntas y admira sin disimulo su hermosa figura. Mientras Isabella y Dereham se van acercando poco a poco, Hugh me hace un gesto con la cabeza para que me separe de ellos y me acerque a él. Señala la preciosa mansión que hay a nuestros pies.

—¿Te suena esa casa?

Niego con la cabeza, sorprendida de que me dirija la palabra siquiera. Hablo con voz fría al responder, para no arruinar el armisticio y también para no parecer demasiado desesperada por arreglar las cosas:

—Para mí estas casas inglesas tan refinadas son todas iguales. ¿Esa de ahí es famosa?

La sonrisa de Hugh llega a sus ojos y suaviza sus facciones afiladas, tal y como pasó la noche anterior, cuando se puso tan contento, antes de que todo degenerase.

—Por ahora no, pero, algún día, lo será. Es el castillo de Highclere. La casa de *Downton Abbey*.

Será tonto... Le doy un golpe en el hombro.

—¡Deja de meterte conmigo! —protesto.

Hugh levanta las manos —no dejo de fijarme en lo grandes que son—, en señal de rendición.

—¡No es una broma! Lo digo en serio. Me parece que lo van a ampliar durante los próximos cincuenta años, pero el lugar es el mismo.

—¡Oh! —contesto, sorprendida—. Vaya, y yo que pensaba que estabas siendo mala persona.

Se le iluminan los ojos oscuros.

—Sí, me parece que te ha dado por pensar eso unas cuantas veces.

—Y seguramente vuelva a ocurrir —le aseguro; sigo de mal humor.

Hugh baja mucho la voz, para que nadie más lo oiga:

—Durante el largo ascenso por la colina, estuve reflexionando al respecto y tú tenías razón.

Me muerdo el labio.

—No quería ofenderte. Con lo del robot. Fui una maleducada.

Hugh hace caso omiso de mi comentario.

—No es por eso. Es por lo de que estaba celoso. Es cierto. Dejé que mis inseguridades se apoderaran de mí. Está claro que todavía no he superado lo que pasó con Charlotte. Te vi con Armstrong y reaccioné como..., ¿cómo lo dirías tú?, como un gilipollas. No todo lo que dije era cierto; algunas cosas las dije para herirte.

Alzo la mirada hacia él, cohibida.

—No eres el único que dice cosas para hacer daño a la gente.

Hugh hace un gesto de dolor.

—Y tú no eres la única que mezcla los problemas personales con el trabajo. Te pido disculpas de corazón y espero que puedas perdonarme.

Por el motivo que sea, hemos retrocedido doscientos años en el tiempo y que Hugh Balfour se esté disculpando con sinceridad me parece lo más surrealista de la semana. Creía que el chico que en el 2025 se puso a gritarme por tocarle el pañuelo del cuello no sería capaz de algo así. Aunque, pensándolo bien, tal vez la chica que en el 2025 le dio una bofetada no se merecía una disculpa.

Vuelvo a tocarle el codo con las puntas de los dedos.

—Te perdono si tú también me perdonas.

Inclina la cabeza hacia mí con cortesía.

—Eso está hecho.

Entonces, Phoebe nos llama a todos y nos centramos en la comida para el pícnic que ha traído: una selección de pan, manzanas y queso que, todo hay que decirlo, no está nada mal. Disfrutamos del almuerzo sentados en una manta acolchada que ha traído Isabella. Después de comer, me tumbo en la manta con las manos detrás de la cabeza, para contemplar las grandes nubes desplazarse por el cielo.

—¿Deberíamos empezar a preocuparnos? —pregunta Hugh, enarcando una ceja y señalando el cúmulo de nubes. Son imponentes y de un gris oscuro, pero no parece que vaya a llover por el momento, en mi opinión.

—¿Preocuparnos? —repite Phoebe—. Cielos, creo que deberíamos sentirnos agradecidos. Las damas no podemos exponer nuestra delicada piel al sol, y con un cielo nublado no hay de qué preocuparse.

—Me parece que esa de ahí tiene forma de conejo —musita Isabella, señalando una nube en concreto al señor Dereham—. O tal vez sea más acertado decir que los conejos muchas veces parecen nubes.

—Sí —prosigue Hugh—, pero, si va a llover, deberíamos empezar el descenso. Ya fue bastante complicado subir hasta aquí cuando todo estaba seco y no quisiera que ninguna de las damas resbalase en el barro.

El señor Armstrong da un gran trago a una de las botellas de vino.

—Demonios, Balfour, no sea usted tan cobarde. Si la amenaza de un chubasco no intimida a las mujeres, no veo por qué un hombre del ejército debería preocuparse.

Hugh abre las aletas de la nariz, airado. Veo que está abriendo la boca y, aunque me lo estoy pasando bastante bien en lo alto de la colina, decido ser buena compañera de escena y seguirle el juego.

—A mí me gustaría ir bajando. Imagino que es mejor prevenir que curar. Y me preocupa que a los caballos los sorprenda la tormenta sin nosotros y se asusten. —Hugh inclina la cabeza hacia mí, en señal de agradecimiento.

Por suerte, ni Armstrong ni Dereham —aunque, siendo sincera, este ni pincha ni corta— se atreven a contradecir a una dama, de modo que, aunque sea de mala gana, admiten que deberíamos ir recogiendo nuestras cosas y marcharnos. En todo caso, durante el descenso vamos a nuestro ritmo y disfrutamos de las vistas más que al subir, cuando la caminata era más difícil.

—¡Por los cielos! ¿No son las vistas más encantadoras que han visto en su vida? —pregunta Phoebe, señalando hacia el sur. Por una vez, no tengo nada que decir, porque está en lo cierto: lo que señala es una preciosa ladera de hierba que asciende desde el fondo de una depresión ovalada en la tierra, casi como si fuera

un valle. La cima se encuentra a menos de cien metros de donde estamos.

—Pero si parece... —Isabella se ha debido de tomar varias copas de vino de más, ya que no para de reírse—. Parece el borde de una... ¡de una ponchera!

Phoebe se estremece de la emoción cuando agarra las manos de su hermana mayor.

—Oh, Isabella, ¿sabes qué deberíamos hacer?

Isabella suelta otra risita aguda.

—¡Eso es imposible!

Phoebe tensa la mandíbula, decidida y animada, y dice con entusiasmo:

—Tú mira. —Entonces, se desata el lazo de la capota rosa, se la quita y echa a correr hacia el borde de la ladera.

—Espere —grita el señor Dereham mientras ella se aleja—, ¿qué está haciendo?

Pero no es el momento de hacer preguntas, porque Phoebe ya se ha tirado de lado, cubriéndose la cara con los brazos, y está rodando colina abajo. Isabella chilla con entusiasmo, aplaudiendo y corriendo detrás de su hermana pequeña. Todos la seguimos; Hugh y Dereham se han puesto pálidos. Yo, en cambio, no estoy preocupada. Estoy celosa. Phoebe no para de reírse mientras rueda. A pesar de todo el contenido Austen que he consumido en mi vida, nunca imaginé que llegaría a ver a una discreta dama de la Regencia hacer algo tan desinhibido como lanzarse con toda la despreocupación del mundo por una ladera cubierta de hierba como una niña pequeña en el recreo.

Yo también quiero. E Isabella también, obviamente, porque ya se ha quitado la capota y ahí va: lista para el despegue. Se mueve con tanta naturalidad y facilidad que seguro que las hermanas jugaban a menudo a algo parecido en la niñez. Cae rodando por la colina sin vacilar, intrépida y libre. El señor Armstrong no se lo piensa dos veces. Gritando a pleno pulmón, se tira de lo alto con la misma elegancia de un saltador olímpico. El señor Dereham, en cambio, vacila, con una sonrisa nerviosa en los labios.

—¿Me lanzo? —nos pregunta a nosotros—. Creo que voy a lanzarme. Pero ¿debería? Oh, en fin... —Y ahí va, con menos agilidad, pero más entusiasmo si cabe.

Yo empiezo a pelearme con el lazo de la capota.

—Ay, esto no me lo pierdo.

Hugh me agarra de la muñeca, con una expresión de incredulidad en el rostro.

—¿Has perdido la cabeza, mujer? Debe de haber unos treinta metros hasta abajo. Podrías acabar con un traumatismo craneoencefálico. Podrías partirte el

cráneo.

Yo asiento, seria.

—Sí, corro el grave peligro de pasármelo bien.

Hugh resopla, mirando hacia el otro extremo de la ladera, donde nuestros compañeros nos están haciendo gestos con ánimo.

—Bueno, yo no pienso participar.

—Perfecto —digo, enarcando una ceja, como si lo estuviera retando—. Pues quédate aquí y vigila los sombreros. —Mi siguiente comentario ya lo tengo planeado, con la intención de picarlo: recurrir a la psicología inversa no es jugar sucio—. No te preocupes, que nadie esperaba que fueras a atreverte.

A Hugh le sale un gallo al hablar, como un adolescente.

—¿Perdona?

—No pasa nada —le digo, guiñándole el ojo mientras tiro la capota al suelo—. Tú quédate aquí arriba mientras los demás nos divertimos.

—No. —Hugh se quita el sombrero de la cabeza y, con la furiosa determinación de quien no se puede creer lo que está a punto de hacer, lo tira a un lado. Ese movimiento tan ágil, la verdad, le ha salido muy sexi, y me humedezco los labios sin pensarlo.

Hugh da unos pasos adelante, gesticulando, rabioso, con esas manos grandes que tanto me distraen.

—No pienso permitir que sigas creyendo que soy un hombre aburrido cuando, en realidad, soy todo un... —Y es entonces cuando coloco las palmas contra su pecho firme y le doy el más leve y juguetón de los empujones. La verdad es que no esperaba que perdiera el equilibrio con tanta facilidad, pero parece que ya se había acercado bastante al borde mientras me soltaba el sermón y, sin previo aviso, cae de espaldas por la colina.

No se cae con la dignidad resuelta de los demás, sino que suelta un grito de sorpresa al caer de espaldas, chocar contra el suelo y descender haciendo una voltereta tras otra.

Se me paraliza toda la sangre del cuerpo al darme cuenta de lo que acabo de hacer.

—Ay, maldita sea. ¡Hugh, ahora mismo voy!

Y me lanzo tras él.

* * *

Por un segundo, se queda tan quieto que temo que haya muerto.

Pero, entonces —de la forma más absurda posible, echando por tierra todas las normas de comportamiento a las que se ciñe Hugh Balfour en situaciones normales—, se echa a reír. Y no es una risa cualquiera: es una risa vulgar, primitiva, libre, que mana de lo más hondo de su ser. Esto no puede ser buena señal. Él no se reiría tanto a no ser que se le haya dañado el cerebro. Me recuerda a la historia que estudiamos en clase de Psicología en el instituto sobre un trabajador ferroviario cuya personalidad cambiaba por completo a causa de un fuerte traumatismo craneoencefálico.

Me arrodillo junto a él, que sigue tumbado boca arriba. Le paso los dedos por la frente y la nuca, en busca de sangre o alguna lesión grave. El corazón me late tan rápido que parece que está a punto de explotar.

—¿Hugh? —Levanto dos dedos para poner a prueba sus ojos—. ¿Cuántos dedos ves?

Hugh entrecierra los ojos, mirándome, y la sonrisa que florece en sus labios transforma todo su rostro en una expresión de ternura y éxtasis. Como si estuviera teniendo una revelación religiosa.

—Veo la luz... —murmura.

—¡Hugh! —Me dan ganas de darle un buen sopapo para que vuelva a su ser, pero más violencia no va a ayudar en nada a que se recupere de la lesión cerebral. Vuelvo a agitar la mano—. ¡Que cuántos dedos ves!

—Dos —suspira. Ese toque soñador de sus ojos se funde con un gesto de astucia —. Y, que conste, he de asumir que para ti ese gesto es el símbolo de la paz, pero deberías saber que en Gran Bretaña significa: «Que te den».

Todos y cada uno de los músculos en tensión de mi cuerpo se relajan al comprender que no está herido. Si tiene ánimo para meterse conmigo, mal no se encuentra. Me abalanzo contra él, rodeándole el cuello con los brazos, arrastrada por la felicidad.

—¡Oh, menos mal! —susurro con la respiración desacompasada—. Pensaba que te había matado. No podría perdonármelo.

—Bueno —dice Hugh a media voz, y me doy cuenta, un poco avergonzada, de que al abrazarlo de esta manera lo estoy apretujando contra mis pechos de copa C —, aún estás a tiempo.

—¡Imposible! —digo, soltándolo rápidamente, antes de que la situación se vuelva incluso más incómoda—. Me mataría la culpa. No es que fuese a dejar de comer o de dormir, pero me convertiría en una de esas personas que salen a correr con la música a todo volumen para no estar solas con sus pensamientos.

He acusado a Hugh de comportarse como un robot —aunque no pienso repetírselo a la cara—, pero es que por la forma en la que se le está contrayendo el rostro parece que está habiendo un fallo en su sistema. De repente, empieza a reírse de nuevo y esta vez lo acompaño.

—¿Por qué nos estamos riendo? —le pregunto, sin aliento.

Hugh se sienta con esfuerzo.

—En tu caso, te estás regodeando de mi dolor. En lo que a mí respecta, me estoy riendo porque siempre veo catástrofes donde no las hay, pero, por increíble que parezca, acabo de salir ileso de un incidente que sí podría haberme matado. Tal vez no te equivoques; me sentaría bien relajarme un poco.

Le sonrío atontada hasta notar algo húmedo y frío en la nuca. Hugh alza la mirada hacia la capa, cada vez más gruesa, de nubes oscuras que se cierne sobre nosotros. Se arremolinan mucho más cerca de la tierra que antes y no me sorprendería que se pusiera a relampaguear en cualquier momento.

—¡Maldita sea! —se queja el señor Armstrong.

—¡Oh, no! —gime Phoebe—. ¡La tormenta del señor Balfour!

Hugh pone los ojos en blanco al oírla, me devuelve la mirada y masculla:

—¿Ahora la tormenta es propiedad mía?

Yo le lanzo una sonrisa maliciosa.

—Sí, claro que sí. Es el huracán Hugh.

—¡Tenemos que irnos! —grita el señor Dereham cuando se oye el primer trueno. El señor Armstrong no se lo piensa: agarra a Phoebe de la muñeca y empieza a arrastrarla hacia los confines del valle. Cae un rayo fugaz, con el que el mundo se viste de blanco.

—Pero ¡los sombreros...! —grita Phoebe, con los rizos al viento, y señala resignada el camino por donde hemos venido—. ¡Tenemos que volver a por los sombreros!

—¡Olvídese de los sombreros! —gruñe el señor Armstrong—. Además, ¡habrán salido volando!

Hugh coloca la mano en la parte baja de mi espalda y desliza la palma hasta agarrarme de la cintura.

—Tenemos que irnos —me apremia.

Asiento y los dos nos ponemos de pie. Nuestros compañeros de batalla huyen despavoridos —mira qué valientes son los milicianos—. Es una tormenta fuerte, pero breve. A los cinco minutos, las nubes comienzan a aclararse y se dispersan, y la luz amarilla del sol cae sobre nuestro pelo y ropa mojados.

—¡Les avisé de que tendríamos que habernos marchado antes! —espeta el señor Armstrong.

Me pongo hecha una fiera, como la tormenta de la que acabamos de salir vivos.

—¿¡Cómo!? —grito, volviéndome hacia él y estirando el brazo para señalar a Hugh—. ¡Usted no ha dicho nada de eso! ¡Ha sido el señor Balfour! —Hugh se echa a reír una vez más y me aparta de Armstrong para que no lleguemos a las manos.

Unos pocos segundos después, Isabella pierde el equilibrio y apoya una rodilla en el barro. Aparte de la mancha en el vestido, está sana y salva, pero Dereham insiste en llevar en brazos a la maltrecha dama el resto del trayecto por la montaña. De inmediato, Phoebe aprovecha la coyuntura. Bosteza con gran dramatismo y hace como que se cae hacia un lado de lo cansada que está.

—Oh, cielos, ¡qué agotada estoy de caminar por el barro!

Al señor Armstrong no le conmueve lo más mínimo su lamento y, malhumorado, sigue adelante a pisotones.

—Yo no tengo la culpa de que el tiempo esté así, ¿o sí, señorita Dixon?

Ante esa escena, me agarro con más fuerza al brazo de Hugh: aprieto la boca contra la manga de su abrigo para amortiguar mejor la risotada que no soy capaz de contener.

Nos lleva casi el doble de tiempo bajar de la colina que subir a la cima. Cuando al fin desatamos los caballos y los preparamos para el viaje de vuelta, veo que las nubes vuelven a amontonarse en el cielo y deduzco que durante el trayecto volveremos a morirnos de frío y a empaparnos.

Hugh me ofrece la mano para ayudarme a subir al carruaje y, cuando se sienta a mi lado, se fija en que estoy atando los lazos de mi capota azul claro, con los nervios a flor de piel.

—¡Anda! —comenta—. Tú aún tienes tu capota. —Soy la única del grupo que conserva el sombrero. Cuando Hugh se cayó por la colina abajo, no quise perder ni un segundo quitándomelo.

—Bueno, ¡es que tengo que cuidarla bien! Es del departamento de vestuario. Sé que para Katie es muy importante que vistamos siempre las mismas prendas en las escenas.

—Sí, lo sé—, la he oído varias veces abroncarte por mancharte la ropa con líquidos —se burla.

Sonrío. Después de esta nueva experiencia, que nos ha unido más, un comentario como ese ya no me ofende tanto. Lo único que me importa es que

sigue regalándome una de esas sonrisas suyas tan poco frecuentes.

—Mira, Balfour, sé que piensas que soy un desastre con patas, pero, si me pongo, sé cuidar de las cosas.

Unas gotas gélidas de lluvia comienzan a punzar los pocos centímetros de piel que tenemos expuestos y fijo la capota en la cabeza con rapidez, tratando de atar los lazos por debajo del mentón con los dedos entumecidos. Mirándome con esos ojos marrones tan profundos e intensos, Hugh extiende la mano para ayudarme y las yemas de sus dedos me rozan la piel fría del cuello.

—Estás congelada —me dice.

—La verdad es que estoy tiritando —admito, con la mirada fija en esas manos grandes y ágiles.

Hugh las retira, sonrojado. No me importaría que me hubiera levantado el mentón para besarme otra vez en ese momento.

Pero el momento pasa.

Agarra las riendas y espolea a los caballos para que se pongan en marcha.

—El camino a casa bajo la lluvia se hará largo —comenta, como si no hubiera pasado nada entre nosotros—. Llegaremos muy tarde. Es lo que ocurre cuando nos desviamos de lo planificado. Todo se... descontrola.

Contemplo a Hugh con los labios fruncidos, escéptica.

—¿De verdad que vas a fingir que no te lo has pasado bien? Nunca te he visto reír tanto.

Se aclara la garganta, como quien no quiere la cosa.

—¿Te pasa siempre lo mismo? —le pregunto—. Te diviertes y después te sientes culpable, así que te convences de que no te has divertido tanto como pensabas y redoblas la disciplina —digo, exagerando un acento británico pijo a más no poder.

Hugh contiene la risa, pero parece que le cuesta devolverme la mirada.

—Planificar las cosas no es lo peor que te puede pasar en el mundo. Así te aseguras de tenerlo todo bajo control, en su sitio. Nunca me ha gustado el... caos.

Con cuidado, le toco la muñeca con los dedos, inclinando la cabeza hacia él para examinar más de cerca su expresión de desconcierto. Intento hablarle con dulzura, con... amabilidad, para darle un consejito:

—Ay, pero, Hugh... Si en el caos está lo bueno.

---

[10] N. de la Trad.: Novela de Ann Radcliffe.

CAPÍTULO 16



Llueve a cántaros cuando llegamos a la entrada para carruajes de Highground Park. Los pelos de la nuca se me ponen de punta cuando cae otro rayo.

—Oye —le digo a Hugh—, ¿no tendríamos que habernos quedado en Beacon Hill?

Hugh enarca las cejas, espesas y oscuras, confuso.

—¿Por qué?

Señalo el cielo tormentoso.

—¡Por eso! Por los rayos. Tal vez, si nos cayera uno encima, por arte de magia ahora mismo estaríamos en casa.

Hugh se muerde el labio inferior, pensativo, y yo me quedo mirando esa parte de su anatomía. Aunque me estoy muriendo de frío, noto cierto calor entre las piernas.

—Sería muy arriesgado —dice al fin—. No estoy diciendo que no pudiera funcionar, pero también podría matarnos. Ya he enviado la carta al amigo científico del señor Dereham. Más pronto que tarde, pondremos a prueba nuestra teoría con una máquina mucho más segura.

Asiento. Después entrecierro los ojos al reparar en una pequeña figura que permanece de pie a solas en la entrada, calándose hasta los huesos.

—¿Es George? ¿Qué hace ahí fuera, con la que está cayendo?

Hallo la respuesta a mi pregunta cuando nos detenemos enfrente de la casa y George se vuelve loco de contento.

—¡Han vuelto! ¡Por fin han vuelto!

Hugh baja del carruaje y toma a su pequeño ancestro en brazos.

—¡Te vas a resfriar! —le riñe.

Pero George ya le ha rodeado el cuello con los brazos.

—¡Dijiste que volverías a la hora de la cena, pero no fue así!

Me apresuro a echar una mano y abro la puerta delantera para que Hugh lleve al niño dentro de la casa.

—¡George! —grita la tía Fanny, moviendo un dedo acusador—. Te dije que

podías mirar desde la ventana, ¡no que salieras a empaparte! —Entonces, enarca una de sus cejas blancas, con la vista fija en nosotros—. ¿Qué horas son estas de llegar? Estábamos muy preocupados.

Hugh y yo, sintiéndonos culpables, nos sonreímos, pero le digo:

—Tía, le prometo que, si hubiéramos hecho caso a su sobrino, habríamos vuelto a casa a tiempo. —Me agacho para apretar el hombro del pequeño George y lo oriento hacia las escaleras—. Ve a darte un baño caliente y a ponerte ropa seca.

George protesta, alegando que quiere quedarse con nosotros.

—Sin duda —interviene la tía Fanny, sonriente—, todos deberíais cambiaros de ropa. Tenemos invitados a los que les gustaría veros cuando...

La interrumpe alguien al entrar en el vestíbulo desde el comedor. Dos personas, para ser exactos. El primero es un joven fuerte, en buena forma, de pelo castaño color caramelo, que se ha peinado hacia atrás, retirándolo del rostro. Luce un frac de lana de una tonalidad oscura, semejante a la de los arándanos, que realza su figura. Lo acompaña una mujer con un vestido de noche color lavanda. No me pasa desapercibido que es un color asociado con el luto. Un silencio tenso recarga el ambiente de la sala cuando ella entra.

Confundida, hago ademán de saludar a las visitas, pero, cuando intento presentarme, me doy cuenta de que la mujer no deja de mirar fijamente el rostro de Hugh. Tiene cara de... No sé. De que ha estado a punto de ahogarse en el mar y, en el último momento, ha conseguido volver a tierra firme.

—Señor Balfour —dice, con la voz embargada de emoción—, sigue usted con vida.

En ese instante, lo entiendo todo. Sea quien sea esta mujer, estaba enamorada del difunto tío de Hugh. Y ahora cree que lo tiene frente a ella, sano y salvo. Hemos engañado a otra persona inocente.

No sé si Hugh ya ha caído en la cuenta. Lanza una mirada a Fanny, con la esperanza de que se los presente. De que le dé alguna pista de quiénes son estas personas.

—Claro —dice Fanny, volviendo con total naturalidad a su papel—. Siento el descuido. Señora Bright, Hugh, querido, estos son los hijos de la hermana de mi marido, el señor William Crawford y su hermana pequeña, la señorita Cecelia Crawford. Te cruzaste con ellos en Londres en una o dos ocasiones antes de unirte al ejército.

Hugh por fin lo entiende, un poco tarde. Qué adorable es.

—Oh —dice, y hace una reverencia con cortesía—. Les pido disculpas. Tal vez

les hayan dicho que mi memoria no es lo que era. Les pido por favor que no atribuyan este lapso a una falta de respeto intencionada por mi parte.

Cecelia Crawford se ha quedado blanca como la cera. Está tensa, como si hubiera entrado en estado de *shock*. Aunque parece que se ha puesto enferma por el dramatismo del momento, no puedo evitar reparar en su belleza natural. Pómulos altos y piel impecable, pestañas largas, claras. Es muy alta y esbelta, de tal manera que da la impresión de que va a doblarse como un junco. Tiene los rizos pelirrojos recogidos a la altura de la nuca. Si Cecelia Crawford viviera en Los Ángeles en la actualidad, seguro que estaría dándolo todo como *influencer*, promocionando batidos verdes y ropa de marca para salir a correr.

William Crawford da un paso al frente y le ofrece el brazo a su hermana con naturalidad, como si él también temiera que fuera a venirse abajo de un momento a otro.

—Mi tía nos escribió para contarnos la milagrosa noticia de su regreso. Teníamos que venir inmediatamente desde el pueblo para verle en persona —dice él, esbozando una sonrisa tensa, ensayada—. Me alegro de que haya escapado de las balas de los franceses, amigo.

Me estremezco con violencia. William está enfadado, aunque no tengo claro por qué. Está tratando de disimularlo por todos los medios, pero salta a la vista.

Hugh vuelve la cabeza hacia mí, como si hubiera notado que estoy inquieta.

—Disculpen, ¿conocen a mi prometida, la señora Tess Bright?

—¿Su prometida? —Cecelia habla con voz tensa, pero tiene una amplia sonrisa fija en los labios.

—Sí. —Hugh asiente, y me da la impresión de que, por suerte para él, sigue sin darse cuenta de la tensión que se ha generado en la sala—. Es un noviazgo reciente, pero dichoso. Como ven, nos hemos calado hasta los huesos. ¿Les importa que vayamos arriba?

Cecelia baja los ojos azules como el hielo hacia el suelo al hacer una reverencia.

—Por favor, no quisiéramos entretenerlos.

William no deja de observar la expresión de su hermana mientras nosotros nos alejamos. Me acerco a Hugh y le susurro:

—¿No te ha parecido extraño?

Hugh me mira inexpresivo.

—No, han sido muy corteses, ¿no te parece?

No deja de sorprenderme, te lo digo de verdad. Pero, como todo esto no deja de ser una corazonada mía, decido callarme por el momento y esperar a tener

pruebas más sólidas de lo que está pasando.

—Lo que tú digas —respondo con una alegría forzada.

—Aunque es inquietante... —añade Hugh en un murmullo.

—¿Qué es inquietante? —le pregunto, convencida de que al fin se ha dado cuenta del trasfondo de la conversación que acabamos de mantener en la planta de abajo.

—Pálida, pelirroja... —comenta—. Esa mujer es el vivo retrato de Charlotte.

Se me revuelve el estómago. Esa Cecelia, de una belleza despampanante, le recuerda a la novia que le puso los cuernos. Siento una punzada de envidia, aunque confío en que ese parecido lo aleje de ella, en vez de atraerlo.

Una vez en mi habitación, me siento en la gloria cuando al fin me paso una toalla caliente por la piel entumecida por el frío, que comienza a volver a la vida. Desaparece la piel de gallina y se me reactivan los dedos. ¿Y si mi mano, por fin caliente, se queda un rato entre mis piernas mientras pienso en el momento en el que los dedos de Hugh Balfour me rozaron el cuello, provocándome chispas por todo el cuerpo? Estos son asuntos privados de una dama.

* * *

En mis sueños, vuelvo a estar a los pies de la colina de caliza y sostengo la cabeza de Hugh entre los brazos. Pero esta vez me sonríe con picardía y, con cuidado, me da la vuelta hasta ponerse encima de mí sobre la hierba. Respiro con dificultad mientras se tumba sobre mí, presionando insinuante la zona de la pelvis y calentándome la piel con sus labios seductores desde la clavícula hasta la oreja izquierda. Cuando me chupa el lóbulo, me queda claro que la cosa no se va a quedar aquí. Suelto un gemido cuando se me emborrona la visión y se saturan los colores...

Me despierto muy decepcionada cuando oigo unos pasos al otro lado de la puerta. Hace mucho tiempo que dejé de dormir profundo, desde que diagnosticaron a mi madre, todos esos meses agotadores de quimioterapia, cuando saltaba de la cama al más mínimo ruido para cerciorarme de que estaba bien.

El mundo está sumido en una negrura absoluta, como la tinta. Me sorprende que alguien siga en pie a estas horas, paseándose por la casa. Salgo de la cama y me acerco a la puerta para abrirla con la mayor discreción posible. Echo un vistazo por el pasillo y casi me sobresalto cuando veo a una mujer que viste un camisón blanco hasta los pies; es una presencia inquietante en la penumbra. Me meto de

lleno en la piel del personaje de Catherine Morland durante unos segundos espeluznantes: estoy convencidísima de que esta casa tan antigua y gótica está encantada.

Pero entonces se impone el sentido común, la vista se me acomoda a la oscuridad y reconozco a la señorita Crawford. Me carcome una sensación de pavor. ¿Qué hace una joven dama de la Regencia levantada a estas horas? Ya ha pasado de largo del escusado interior, toda una novedad para la época.

Entonces, la señorita Crawford me da la respuesta que más temía: llama con decisión a la puerta del dormitorio de Hugh. Debería volver a meterme en mi cuarto. Debería. No debería quedarme aquí a espiar. Pero... imagino que se me ha pegado lo que siempre dice Hugh, que hay que meterse bien en la piel del personaje, porque hago justo lo que haría Catherine Morland y me quedo donde estoy, observando en silencio, al amparo de la oscuridad.

Hay una larga pausa entre que llama a la puerta y Hugh la abre unos centímetros; lleva una bata de seda y mira con cara somnolienta. Le murmura algo que no entiendo desde la otra punta del pasillo. Hablan unos instantes y, entonces, la señorita Crawford pone la palma de la mano sobre su pecho expuesto y, con firmeza y confianza, empuja a Hugh hacia el dormitorio, entra y cierra la puerta tras ella.

La bilis me sube a la garganta como una llama de fuego. Se despliega ante mí todo un abanico de posibles venganzas, y ninguna es ni adecuada ni justificable. Podría correr por todo el pasillo y ponerme a aporrear la puerta. Podría avisar a la tía Fanny, como si yo fuera un angelito, de que su sobrina no está en su cama. Podría caer de rodillas, gritar hasta quedarme sin voz y despertar a toda la casa.

Pero no. Lo que hago es apretar la tela de mi camisón hasta que me duelen los dedos y esperar a que Hugh la eche de su habitación.

Pero, sesenta segundos después, dos minutos después, cinco minutos interminables después —una tortura—, Cecelia Crawford sigue sin salir.

Entonces, la espera se vuelve demasiado dolorosa. Cierro la puerta de un portazo, vomito con toda la delicadeza del mundo en el orinal de mi habitación, entierro la cara en la almohada y suelto el grito que llevo reprimiendo todo este tiempo.

CAPÍTULO 17



Sigo pálida cuando me presento en el comedor a la hora del desayuno al día siguiente. Tengo que hacer uso de todas mis fuerzas para sentarme a la mesa y portarme bien en vez de agarrar un puñado de salchichas y abofetear esa cara de cabronazo vegetariano de Hugh.

Y no soy solo yo quien tiene un mal día. Digamos que no está el horno para bollos. El señor Balfour permanece más callado que de costumbre y se le ve apesadumbrado. Le cuesta agarrar los cubiertos con las manos a causa de la artritis, de modo que Hugh se encarga de cortarle los huevos y el beicon. El anciano le dedica una gran sonrisa cargada de felicidad y comenta mascullando «lo bien que viene tener un buen hijo» para luego guardar silencio el resto del desayuno.

Menos cuando ofrece su ayuda al patriarca de la familia, Hugh permanece taciturno. Aunque no bebiéramos mucho ayer, está pálido, tiene los ojos rojos y el pelo revuelto, cualquiera diría que sufre la peor resaca del planeta. No me faltan ganas de agarrar unos platillos, a lo Looney Tunes, y golpearlos una y otra vez a pocos centímetros de sus oídos.

Por no hablar de los Crawford... Cecelia se niega con terquedad a mirar a nadie, mientras que William agarra los cubiertos de plata con tanta fuerza que me parece que los va a acabar doblando.

Por último, está el desafortunado de George. En esta época, la gente cree que puede resfriarse por mojarse bajo la lluvia. He de admitir que no estoy segura de si es verdad desde un punto de vista científico, pero viendo al niño, que no para de resollar y toser como un deshollinador contra los huevos que se está comiendo, no me cuesta entender por qué la gente asocia las dos cosas. La tía Fanny permanece atenta al pequeño y le lleva la mano a la frente cada dos minutos para comprobar si tiene fiebre.

Lanzo una mirada a Hugh, que tiene el rostro enterrado en las manos. Tengo que preguntárselo, así que desplazo un poco mi silla pesada. Me pregunto si aprovechará la oportunidad para ser sincero conmigo en lo referente a sus

actividades nocturnas o si se va a salir por la tangente y me va a mentir.

—¿Qué pasa? —digo, pestañeando con inocencia—. ¿Tienes migraña o algo?

Hugh me mira como un zorro ansioso que ha caído en una trampa. Me susurra con voz ronca:

—Debería decir que sí..., pero estoy bastante convencido de que los dolores de cabeza se suelen tratar con sanguijuelas y opio, así que voy a negarlo en redondo.

La verdad es que me encantaría que alguien le echara sanguijuelas encima a Hugh Balfour en estos momentos. Montó una buena escena por una sola conversación que tuve con el señor Armstrong y... ¿pasa la noche con Cecelia? ¡Será hipócrita!

Veo que desvía los ojos oscuros y apagados hacia la señorita Crawford, que picotea la comida de su plato. La mira fijamente y, sin que quepa la menor duda, me percato de que un sentimiento de culpa le oscurece las facciones. El efecto es inmediato: se me hace un nudo en el estómago. Me pongo colorada. ¿Es porque le recuerda a Charlotte, la chica con la que estuvo a punto de prometerse y a la que sin duda sigue amando? ¿¡Por qué otro motivo se acostaría con la señorita Crawford, a la que ni siquiera conoce... cuando podía haberlo hecho conmigo!? Esto último lo añade una vocecita en el fondo de mi mente. Esa vocecita, claramente, no tiene la menor autoestima.

Ceñuda, desvío la mirada de la encantadora Cecelia para fijarla en William Crawford, que, por raro que parezca, me la devuelve con total descaro. Esboza una sonrisa encantadora, dejando los dientes a la vista, y enarca las cejas. Después se apiada de todos nosotros y rompe ese silencio tan tenso.

—Estaba pensando que, como la tía Fanny nos ha invitado a hospedarnos aquí hasta que se celebre la boda, deberíamos pensar en un entretenimiento con el que pasar las horas. Hace poco fui a una divertida fiesta en la que se organizó una obra de teatro. ¿Y si escogemos una comedia de Shakespeare y hacemos algo parecido?

—¿Cómo puede alguien pensar en divertirse cuando me estoy muriendo? —dice George, quejándose con una voz muy nasal a causa del resfriado.

El señor Crawford sonríe con cariño al pequeño, que acaba de apoyar la cabeza sobre el mantel, hundido en la miseria. Me pregunto si no estará imitando en dramatismo a su «hermano mayor» esta mañana o si siempre habrá sido un niño raro con talento para la comedia. Sea como fuere, esa rareza lo vuelve más adorable. Es el antepasado de Hugh, pero no debería culparse al tataratataratataratatarabuelo pequeño de los pecados del tataratataratataratataranieto.

Además, siempre he tenido la esperanza de que, cuando sea madre, mi hijo sea así de inofensivo, especial y gritón. Yo era así de niña, a fin de cuentas. Por suerte, mi madre fomentó mis rarezas, en vez de reprimirlas, y por eso nos convertimos en las mejores amigas. Si yo empezaba una broma, ella siempre me seguía el juego. Éramos un equipo tan maravilloso como extraño.

—Puede que, cuando terminemos con los ensayos —le dice el señor Crawford a George—, tú, pequeño, ya te hayas recuperado y puedas divertirte con nuestros patéticos esfuerzos.

No es la respuesta que esperaba George, parece ser, porque frunce el ceño incluso más. Pero yo sí sé lo que quiere oír. Tiendo la mano por encima de la mesa para apretarle la suya —está un poco sudada— y le aseguro con solemnidad fingida:

—Y si no sales de esta temible enfermedad, interpretaremos la obra de Shakespeare en tu lecho de muerte, para consolarte en tus últimos momentos.

La remilgada señorita Crawford se pone a toser, turbada, y la tía Fanny me mira atónita, pero a George se le ilumina el rostro. Aparta la mano de la mía para aplaudir con entusiasmo mi propuesta. Hugh, que seguía con la cara enterrada en las manos, las baja para mirarnos a mí y al niño, perplejo.

George se levanta con cierta ceremoniosidad de esa silla que le queda grande y se sube con dificultad a mi regazo.

—¿Vendrás a contarme un cuento a mi habitación?

Le aseguro que sí.

—¿Y pondrás voces raras?

—Sí —le prometo, acariciándole el pelo oscuro y rizado en lo alto de la cabeza.

—Bien —contesta él, apoyándose con alegría contra mi pecho, ciñéndome con los brazos. Noto que se me ralentiza el corazón, dichoso.

* * *

Es un alivio alejarme de los adultos de Highground, al menos un rato. En presencia de Hugh y Cecelia me invadió una rabia inexplicable, pero el dulce George la ha aplacado. Mientras le leo en voz alta, me olvido de cualquier rencor. Tomo un ejemplar jaspeado de tapa dura de *Sentido y sensibilidad* de la biblioteca y escenifico algunos pasajes mientras él permanece recostado contra toda una montaña de almohadas. Hace como que no le interesa un libro de «chicas», pero, en realidad, es incapaz de ocultar lo mucho que le apasionan todas y cada una de las palabras de la narración de Austen.

Nos dejan solos un buen rato —me han dicho que la niñera está echando una siesta, ya que se ha pasado toda la noche cuidándolo, porque no dejaba de toser y estornudar—. Nos interrumpe una llamada a la puerta.

—¡Entre! —digo, imaginando que se tratará de la tía Fanny.

George se apresura a añadir:

—¡Siempre y cuando no sea un enemigo espía!

La puerta se abre y aparece Hugh, con una expresión lúgubre en el rostro. Entonces, nos hace una reverencia y mira a George a los ojos, serio.

—Desde luego, no soy un espía francés. Me envía el general Wellington.

Por muy cabreada que esté con él, sonrío al ver una pizca de diversión en esa fachada tan seria. Me inclino para susurrarle a George, siguiendo con la farsa:

—¿Deberíamos fiarnos de él?

El niño entrecierra mucho los ojos mirándolo, arrugando la nariz enrojecida, antes de declarar con pompa:

—Podemos fiarnos de él. Por ahora.

Ahora que ya tiene permiso, Hugh se adentra unos pasos en la habitación, asintiendo al reparar en el libro que sostengo en las manos.

—¿Qué le estás leyendo?

—*Sentido y sensibilidad* —le digo—. Pero solo las partes buenas.

—No hay partes buenas —comenta George, inexpresivo—. Es un libro muy aburrido. Solo se habla de chicas y de besos.

Hugh niega con la cabeza y esboza una insólita sonrisa.

—No recuerdo que haya ningún beso en ese libro.

George gruñe, recostándose de nuevo contra las almohadas.

—¡Bueno, pues se habla de las ganas que tienen de besarse!

Cierro el libro de golpe, dedicándole a Hugh una mirada insinuante mientras le digo a George:

—Bueno, si no te interesa saber lo que pasa, dejaré de leer.

—No —se queja él, agarrándome la muñeca—. Yo no he dicho eso.

Vuelvo a abrir el libro, haciéndome la interesante, y retomo la lectura en voz alta. Intento que no se me note lo mucho que me sorprende que Hugh se acerque al borde de la cama sigilosamente y se siente conmigo en el colchón. Ahora que lo tengo al lado, estoy en el centro de un sándwich con sabor a Balfour: George a mi izquierda y Hugh, a mi derecha. No le hago caso, pero su colonia, con un atractivo toque a almizcle, es tan fuerte que no deja de distraerme. Aun así, sigo leyendo sin parar hasta que la cabeza de George cae contra la almohada y se queda

dormido. Cierro el libro y miro a Hugh por primera vez en treinta minutos. Está a menos de dos centímetros de mí, pero tengo cuidado de no acercarme incluso más. Está viendo a George dormir con una expresión extraña, melancólica.

—Te entiendes muy bien con él —me dice, en voz baja y despacio—. Es un niño bastante raro y hasta un poco macabro, ¿no te parece? Pero tú has sabido seguirle el juego desde el principio.

No pienso aceptar este cumplido y dejar que se me pase el cabreo. Me limito a darle las gracias y no digo nada más. Pero él no se da cuenta de lo parca en palabras que he sido, cosa rara en mí.

—Supongo que no debería sorprenderme que sea así. —Se ríe entre dientes, sin dejar de contemplar maravillado a George—. De sus genes melodramáticos saldrán tres generaciones de actores de la BBC con algo de tirón.

—¿Tres generaciones? —digo, intrigada muy a mi pesar.

—Tres —confirma—. Mi abuelo fue el primero de la familia que probó el veneno de la interpretación. Se pasó treinta años interpretando papeles pequeños en *Coronation Street*, *Poirot* y varias adaptaciones televisivas de la obra de Dickens. George sería su bisabuelo. Parece que algunos rasgos de su personalidad e intereses pasaron de generación en generación.

Hoy no estoy de humor para seguirle la corriente. No me apetece ponerme a hablar, toda tierna y melancólica, de herencias, familia y amor. No, me hierve la sangre de odio y lo que quiero es agarrarlo de la oreja.

—Hugh...

—Tengo que contarte algo —dice él de repente, interrumpiéndome. Me callo enseguida, a la espera de que confiese su aventura con Cecelia Crawford—. No sé si debería —añade, frunciendo el ceño—, pero no sé qué hacer y creo que tú podrías darme alguna idea. Parece que siempre sabes qué hacer a la hora de socializar y yo... yo soy un inepto. Así que espero que te saques de la manga uno de tus trucos.

Enarco una ceja, preguntándome cómo se piensa él que voy a solucionar yo por arte de magia el que haya desflorado a una dama joven y refinada.

—Anoche —dice despacio, como escogiendo con mucho cuidado las palabras —, la señorita Crawford vino a verme a mi dormitorio.

Me cuesta en cuerpo y alma no responderle con un «¿No me digas?». Pero lo dejo seguir sin interrupciones.

—Estaba muy enfadada conmigo —prosigue. Detecto en el fondo de sus ojos una verdadera expresión de preocupación—. De verdad cree que soy mi tío y...

¿Qué me dices de este giro de los acontecimientos?: Hace cinco años, se prometieron en secreto antes de que él se marchara a la guerra.

Me quedo boquiabierta.

—Te estás quedando conmigo.

Hugh niega con la cabeza, tajante.

—No. Ojalá. Traté de contarle que me he dado un golpe en la cabeza y que tengo amnesia, el embuste que contamos al llegar, pero no se lo creyó. Piensa que estoy fingiendo para librarme de mi compromiso con ella y casarme contigo.

No abro más la boca por miedo a que se me desencaje la mandíbula. Durante unos instantes, mi vieja amiga, la vanidad, se despierta y se me sonrojan las mejillas de puro placer. ¿Yo? ¿La encantadora Cecelia Crawford piensa que un hombre la dejaría tirada para conquistar a una chica normal y corriente como yo? Pero desecho ese pensamiento tan arrogante y me recuerdo la gravedad de la situación.

El relato de Hugh se acelera a medida que se sume en una espiral de ansiedad, pero, aun así, sigue hablando en susurros:

—¡Y no tengo ni idea de qué hacer! Me ha soltado una reprimenda muy merecida, al menos desde su punto de vista. Me ha quedado muy claro que ella y mi tío abuelo acordaron en secreto que él se casaría con ella al volver de la guerra. Sostenía en la mano las cartas de amor que le escribió durante años y años. Resulta evidente que él tenía la... intención de serle fiel, teniendo en cuenta que le escribió durante tanto tiempo. Este hombre no era un Willoughby de la vida, no tenía pensado dejar tirada a su Marianne. Era una persona buena, decente. Y ahora, ¡al estar aquí, falsificando su identidad, he manchado el recuerdo de mi antepasado y echado a perder la fe de esta chica en la humanidad!

El corazón me late confundido y desconcertado, aunque siento un inmenso alivio. Hugh no se acostó con esa mujer, por lo que no hay motivo para que esté cabreada con él. Pero, sin duda, esto es lo peor que nos ha pasado desde que llegamos aquí. La rabia infundada que hasta ahora sentía por Cecelia se convierte en lástima. Me da pena pensar que esta mujer, que tal vez ya había superado la pérdida, trágica pero creíble, de su prometido en una batalla librada en el continente, se pase el resto de su vida convencida de que él la ha traicionado.

—Ay, madre —susurro con un hilo de voz—. Qué... qué mierda, ¿no?

—Me has quitado las palabras de la boca —dice Hugh, con un tono de voz muy áspero—. ¿Qué vamos a hacer para arreglarlo?

—¿Me lo preguntas a mí?

—Claro que te lo pregunto a ti—dice, muy serio—. Yo no soy experto en relaciones. Seamos sinceros: estropeo todo lo que toco.

Me inclino para acercarme en el poco espacio que nos separa, le agarro el brazo y entrelazo los dedos con los suyos.

—Te lo dice una experta en la materia: tú no estropeas nada, Hugh.

Se ríe con amargura.

—Si de verdad piensas eso es porque me conoces desde hace poco. Siempre he sido así desde que tengo memoria. Charlotte lo sabía. Todos los de la escuela de interpretación lo sabían. Hasta mis compañeros de clase de Eton lo sabían, aunque allí cada movimiento que hacíamos estaba tan controlado y pautado que hasta cierto punto pude esconder mi verdadera personalidad. Cada vez que hablo con alguien tengo la sensación de que se sabe de memoria un guion que no está escrito. Como si el director hubiera enviado una versión corregida de los diálogos y a mí no me hubiera llegado nunca. Así que intento no meter la pata cada vez que trato con una persona, aunque suelo ofenderla sin querer.

De repente, veo todas las conversaciones que he tenido con Hugh de manera diferente.

—Entonces... —digo—, cuando me dijiste que tenía el vestido manchado de savia...

—Lo dije para ayudar, nada más. —Gime y hace una mueca de dolor al inclinar la cabeza contra mi hombro—. Ahora que lo pienso, entiendo que pudo sonar descortés de mi parte. Y lo siento en el alma.

Le aprieto la mano.

—Bueno, me alegro de que me hayas pedido ayuda. Es como si fuéramos un equipo. Y a mí me encanta estar en un equipo.

Hugh mantiene la cabeza justo donde está, encajada en mi hombro.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, compañera de equipo?

Suelto un suspiro, bien consciente de que el asunto que nos traemos entre manos no es nada fácil.

—Los dos sabemos que algunos problemas no se solucionan así como así. Que no se puede satisfacer a todo el mundo. Y si no podemos solucionar este problema que tiene Cecelia, creo que solo podemos hacer una cosa.

—¿El qué?

—Tratarla bien. —Me lo pienso y añado—: Y cruzar los dedos para que el doctor Beckworth nos envíe una máquina eléctrica lo antes posible. Tal vez Cecelia lo supere antes si no nos quedamos aquí a echar sal a la herida.

Hugh asiente y casi oigo los engranajes de su cabeza chirriar mientras repasa toda la información que recopiló al investigar esta época.

—Ya debería haber recibido nuestra carta. El servicio postal funciona bastante bien a estas alturas de siglo. Puede que tengamos noticias suyas pronto, incluso mañana.

Se me hace un nudo en el estómago.

—La verdad es que me da un poco de miedo —admito—. No sabemos si lo de la máquina va a funcionar. Me recuerda a la espera antes de una audición importante, ¿a ti no? En esos momentos, siempre tengo la sensación de que, pase lo que pase, me va a afectar mucho: que ese papel puede cambiar mi vida o que podría estropearlo todo. Me siento en la gloria y en la miseria a la vez.

Murmura dándome la razón.

—Como el gato de Schrödinger, pero aplicado a la ansiedad. Te entiendo. O volvemos a casa y recuperamos nuestra libertad cuando venga esa máquina o, si no funciona, nos quedamos en la sala de estar con los pelos de punta, como dos tontos.

Empujo el hombro contra el suyo.

—Al menos seremos tontos juntos.

—Juntos —repite. Tras unos minutos de un silencio lleno de paz, se queda dormido. Ver para creer. Hace una hora estaba cabreada con él y ahora lo miro respirar tranquilo contra mi hombro. Si no le doy un beso en la frente es porque al moverme se despertaría.

Pues bien, con los «hermanos» Balfour echando una siesta uno a cada lado, me replanteo todo lo que sé sobre Hugh. Empiezo a darme cuenta de que la persona que conozco no tiene nada que ver con el bombón apuesto, altanero y egocéntrico que me imaginaba al principio. No es una persona fría. Tampoco es engreído. Es un saco de ansiedad y mecanismos de defensa ocultos debajo de una gabardina.

Y me gusta muchísimo más así.

Me parece que ninguno de los dos durmió mucho anoche. Está claro que Hugh se devanó los sesos con el problema de Cecelia tanto como yo con la idea de que se habían acostado. Yo también me quedo dormida unos instantes y, cuando me despierto, la cabeza de Hugh ya no está apoyada contra mi hombro. Hemos cambiado de postura y ahora está acurrucado a mi lado, con la boca cerca de mi oreja.

Me doy la vuelta para ver a George. Se aferra a una de sus muchas almohadas y tirita a pesar de que lo arropan varias mantas. Le pongo la mano en la frente y me

sorprende lo caliente que está, como si hubiera metido su delicada piel en una caldera ardiendo. Me da un vuelco el corazón. Azorada, zarandeo a Hugh.

—Despierta. A George se le ha disparado la fiebre. No sé qué hacer.

CAPÍTULO 18



Soy hija única. No tengo primos y nunca he hecho de canguro. No tengo ni idea de cómo cuidar a un niño enfermo. Sí que sé jugar con ellos, incluso animarlos cuando están tristes. En una o dos ocasiones, fui a visitar a niños en los hospitales disfrazada de mi personaje de *Chuck Brown*, con la fundación Make-A-Wish, pero ¡jamás se me pidió que les prestara atención médica!

Arropo mejor a George, que no para de tiritar. Una voz en mi interior me grita: «¡Llama a mamá! ¡Ella sabrá qué hacer!».

Pero no puedo llamar a mamá.

—¿Qué hacemos? —le pregunto muy asustada a Hugh—. ¿Deberíamos llamar al doctor Goddard?

Hugh se endereza de un sobresalto.

—¡Espero que no! Lo más seguro es que lo infle a láudano o que traiga sanguijuelas para la sangría.

No puedo reprimir un chillido.

—Que beba mucho y descanse —mascullo—. Que no se le acerque el médico. Tiene que beber mucho y descansar.

Hugh sale de la cama y se dirige a la puerta.

—Iré a por té.

Durante los minutos, que no pueden ser muchos, en los que Hugh se ausenta, me siento perdida. A la deriva. Tiemblo como si fuera yo la que tiene fiebre. Noto las extremidades débiles a causa del miedo que me atenaza. Lamento mucho las bromas macabras que nos soltamos George y yo. No soy estudiosa —me centré en mi carrera como actriz en vez de ir a la universidad—, pero tengo claro que las tasas de mortalidad infantil son mucho más altas en esta época que en la nuestra. Tal vez no sea más que un resfriado pasajero, pero ¿y si no es así?

Cuando regresa Hugh, oigo los cubiertos de porcelana tintinear contra la bandeja de plata. Le tiemblan las manos cuando le sirve Earl Grey a George. Ayudo al pequeño a sentarse y sostengo la taza debajo de su nariz para que aspire

el vapor, con la esperanza de que le alivie la congestión nasal. Es algo que hacía mi madre conmigo a veces, aunque ella me llevaba al baño, con el agua de la ducha casi hirviendo. Al no contar con los consejos de mi madre, lo único que puedo hacer es seguir su ejemplo todo lo posible.

Después de que se disipe el vapor y el té se temple lo suficiente como para que no se queme la lengua, acerco con cuidado el borde de la taza a sus labios y lo animo a beber. Hugh se acerca a nosotros, con el ceño fruncido de la preocupación. Se detiene al borde de la cama y me pregunta en un susurro:

—¿Y si esto es culpa nuestra?

—Porque no me di cuenta antes de que se le había disparado la fiebre, porque debería haber estado más atenta, porque debería...

—No —me interrumpe, y se le mueve la nuez del cuello al tragar con fuerza—. Según los archivos, George vivió hasta la vejez y tuvo cuatro hijos, pero ¿y si nuestra presencia ha desequilibrado el curso de la historia? Si no hubiéramos salido a Beacon Hill, si no hubiéramos llegado tarde a casa, si no nos hubiera esperado bajo la lluvia...

Noto una opresión en el corazón.

—No, no digas eso. Es terrible.

Pero Hugh no puede contenerse. Tiene que decirlo en voz alta, sacar lo que lleva dentro.

—Una mariposa puede provocar un huracán.

George se ha tomado una cuarta parte del té y dice que ya no quiere más al apartar la cabeza de mí. Dejo la taza a un lado y agarro la mano de Hugh. Tiene la misma cara pálida y exangüe que un recién llegado a Los Ángeles que acaba de vivir su primer terremoto. Ojalá pudiera arroparle los hombros con una de esas mantas naranjas isotérmicas.

Levanto nuestras manos y separo los dedos, mal que me pese, para juntar nuestras palmas. Mis manos son diminutas en comparación con las suyas, pero están más calientes.

—¿Lo notas? —le pregunto.

Hugh se me queda mirando, confuso.

—Estás aquí. Estoy aquí. Eres tan real como yo —le aseguro—. Si algo malo le pasara a George, ¿cómo te afectaría a ti? —No tenía claro dónde me estaba metiendo cuando comencé a hablar, pero ahora empiezo a creérmelo. Estoy improvisando a la desesperada para consolarlo y, poco a poco, yo también me voy calmando. Los hombros tensos de Hugh comienzan a soltarse. Ha cerrado los

ojos. Al principio, parecía que no respiraba, pero ahora veo que lo hace como en un ejercicio de meditación. Continúo—: Sin él, tú no existirías. Pero aquí estás. De una pieza, sano y salvo. Y eso significa que, pase lo que pase, a George le irá bien. Lo creo de verdad. Creo que podemos salvarlo. Tal vez por eso estemos aquí. Para protegerlo.

Hugh abre los ojos de pronto.

—Dale más te. Yo iré a por más mantas. Quizá podamos curarle la fiebre a base de sudar.

* * *

Hugh y yo seguimos cuidando de George a solas durante un poco más de una hora sin que ninguna otra persona de la casa intervenga. La tía Fanny y la niñera vienen después a ver cómo se encuentra y poco podemos hacer para disimular lo mucho que le ha subido la fiebre. Se me paraliza el cuerpo por la ansiedad. Me parece que George no ha empeorado desde que me he di cuenta de que se le había disparado la fiebre, pero tampoco ha mejorado. Además de seguir febril, no para de toser contra la almohada de un modo que da miedo; no te esperas que de los pulmones de alguien tan pequeño salga una tos tan fuerte.

Poco podemos hacer para convencer a la tía Fanny. No piensa cambiar de parecer. Llama al doctor Goddard.

Hugh y yo nos miramos desde el otro lado de la habitación. Sus ojos entrecerrados transmiten una determinación de hierro. No me hace falta preguntárselo para saber qué está pensando. Si el médico intenta curar a George con un tratamiento que sabemos que es peligroso, tendrá que vérselas con nosotros dos primero.

El doctor Goddard es un hombre entregado a su profesión; eso tengo que reconocerlo. Acude a la llamada enseguida. No es que sea como llamar a una ambulancia, pero viene tan rápido como cabe esperar en esta época. A Hugh se le descompone el rostro cuando el señor Finch abre la puerta en la planta de abajo. Entra apresurado en el dormitorio de George con un enorme maletín de cuero que no augura nada bueno. Hurga dentro, mascullando para sus adentros qué remedio será más eficaz.

Miro a Hugh y a George y, como si yo fuera una entrenadora de fútbol —fútbol americano, quiero decir— que acaba de anunciar la nueva jugada ofensiva, él sabe qué es lo que quiero que haga. Se acerca a George, interponiéndose entre él y el doctor Goddard. Entretanto, revoloteo como quien no quiere la cosa en torno al

médico. Es tan menudo que puedo leer los nombres de las medicinas por encima de su hombro, mientras comento:

—¿No tendrá algún remedio natural que le pueda administrar? ¿Alguna hierba? ¿Una infusión a base de corteza de sauce, tal vez? Nada extremo...

El doctor Goddard esboza una sonrisa condescendiente.

—Querida mujer, estamos en el siglo XIX. Ya no hacemos chapuzas con remedios naturales: ahora tenemos a la ciencia de nuestro lado. —Tras decir esto, saca un frasco de cristal del maletín y lo levanta hacia la luz, ajustándose las gafas mientras lee la etiqueta escrita a mano—. Sí, esto le sentará de maravilla. Acabaremos con este resfriado tan inoportuno en un santiamén, ya lo verá. Y, entonces, la fiebre desaparecerá, junto con el resto de los síntomas.

No soporto esta actitud paternalista. Me recuerda a todas esas citas médicas que tuvo mi madre antes de que le diagnosticaran la enfermedad, cuando sabíamos que le pasaba algo malo, pero no el qué. Tuve que batallar con los médicos para que hicieran el favor de escucharla, de tomarse en serio el dolor que sentía, de darle la atención que se merecía, en vez de responder a sus preguntas a la carrera.

No pienso permitir que este médico de pacotilla, que ni siquiera se ha enterado de la teoría microbiana, lleve la voz cantante del tratamiento de George. Ladeo la cabeza, mirando el frasco con los ojos entrecerrados. Leo despacio la etiqueta escrita a mano, como si no pudiera creer lo que veo.

—¿Cloroformo?

Hugh carraspea en el otro lado de la habitación y cubre a George de manera protectora.

—¡No puede darle cloroformo a un niño! —protesto, tratando de hacerme con el frasco, pero el doctor Goddard me esquiva con un movimiento desdeñoso del brazo. Me planteo en serio subirme a su espalda para tirarlo a la alfombra del suelo, como un león a punto de devorar un antílope.

El doctor Goddard, que no es consciente del peligro que lo acecha, me dedica una sonrisa despectiva.

—Dudo mucho que una mujercita esté capacitada para decirme qué medicamentos he de administrarles a mis pacientes.

—El cloroformo no es un medicamento —espeto, soltando saliva al gritarle—. Se usa para secuestrar a la gente.

El doctor le hace un gesto vago con la mano a Hugh.

—Señor Balfour, por favor, dígale a su prometida que se tranquilice. No sabe de qué habla y se está poniendo histérica.

—De ninguna de las maneras —responde Hugh, indignado. Sus ojos oscuros arden con una intensidad que no he visto hasta ahora, ni siquiera cuando discutimos—. Yo tampoco estoy tranquilo en estos momentos, doctor.

La tía Fanny intenta calmar a Hugh agarrándolo del brazo, al tiempo que le murmura con dulzura palabras de consuelo que no entiendo del todo; pero yo sigo poniendo el grito en el cielo, tratando de apoderarme del frasco. Me da igual que me echen de la habitación.

—¡Es una sustancia tóxica! ¡Podría matarlo!

El doctor Goddard me da la espalda con decisión y hace ademán de acercarse a George, pero Hugh interviene de inmediato: le arrebata el frasco de la mano y lo lanza contra la pared más cercana. El cristal se rompe en mil pedazos y un líquido negro empieza a escurrirse por el empapelado con estampados de ostras.

—No pienso permitir que le administre nada peligroso a mi hermano sin nuestro consentimiento —gruñe Hugh.

Un inciso: pienso liarme con este hombre en cuanto se me presente la oportunidad.

El señor Goddard se pasa los dedos hinchados de la mano por el pelo ralo.

—¡Nunca me habían insultado de esta manera! Jamás, en todos estos años...

Hugh me mira: veo el triunfo refulgir unos instantes en sus pupilas, para luego debilitarse y apagarse, reemplazado por la ansiedad. Y me parece que sé por qué. Porque..., bueno, lo hemos conseguido. Hemos evitado que, muy probablemente, una toxina indujera un coma a George, pero no tenemos ningún plan de actuación para justificar lo que hemos hecho. Y Hugh sin un plan no puede vivir.

Pero yo puedo echar un cable, haciendo lo que mejor se me da: improvisar. Alzo la voz con toda la dignidad de una gran dama:

—Doctor Goddard, le ruego que se calme. Qué histerismo tan poco varonil. —Me da fuerzas una leve sensación de placer al ver que el hombre se pone a farfullar, porque le he dado de su propia medicina con la misoginia. Su mutismo me brinda la oportunidad de seguir adelante—: No hay que olvidar que el señor Balfour acaba de regresar del frente y me ha hablado de los muchos soldados a los que se les administró cloroformo, perdieron el conocimiento y jamás volvieron a despertar. Cada vez lo recomiendan menos como tratamiento los médicos más avanzados e innovadores de nuestro imperio, por los grandes riesgos que entraña.

Tan desagradable como siempre, el médico se vuelve hacia Hugh para que se lo confirme. Retomando el hilo de lo que he dicho, este asiente con seriedad y se limita a añadir:

—Perdimos casi a tantos hombres por culpa del cloroformo como por culpa de Napoleón.

—¡Por todos los santos! —chilla la tía Fanny, y se desmaya. Hugh y el doctor Goddard se apresuran a asistirla, y el médico saca sus preciadas sales aromáticas para que recupere el conocimiento.

Cuando la mujer se despierta, se pone a discutir a gritos con el doctor. Por suerte, ella impone tanto respeto que él no se atreve a hablarle de la forma en la que me ha hablado a mí. Que mencionáramos los posibles efectos secundarios letales ha dado resultado: se ha puesto de nuestra parte con total rotundidad e insiste en que el doctor Goddard tome tan solo las medidas más suaves para el tratamiento. Ante lo convencidos que estamos todos, le prepara a George una infusión que parece inofensiva y que en algo debe de ayudar, se quita el sombrero para despedirse de las damas y se marcha como alma que lleva el diablo.

La tía Fanny se lleva una mano al vientre y suelta un suspiro exasperado. Nos besa a ambos en la mejilla y nos echa de la habitación de George.

—Ahora me quedaré yo con él. Lleváis horas aquí y lo que nos faltaba es tener que aplazar la boda porque uno de los dos se ha contagiado al cuidar de él. Es un niño pequeño; son resistentes.

* * *

Hugh coloca la mano con firmeza en la parte baja de mi espalda. Saltan chispas con el roce, al tiempo que hace un gesto hacia la puerta.

—¿Vamos?

—Vamos —respondo.

Cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, lo tomo de la mano y lo conduzco sin decir nada por el pasillo hasta llegar a mi dormitorio.

En la intimidad de mi cuarto, empiezo a balbucear con nerviosismo:

—Creo que no nos ha ido tan mal, ¿verdad? La infusión parecía inofensiva. No creo que contenga ningún disparate, como arsénico o mercurio o...

Entonces, Hugh se inclina, acunando mi rostro en sus manos, y me besa en los labios.

Hasta el último de los nervios de mi cuerpo se enciende, empezando por la piel delicada de mis labios antes de que el calor se extienda por doquier. Se me expande el corazón, que se eleva como un globo. Hugh Balfour me está besando... y, esta vez, ha sido idea suya. Llevo las manos al pañuelo que le ciñe el cuello, consciente por instinto de que hay que desatarlo y deshacerse de él. Se lo arranco

al tiempo que abro la boca, invitándole a que entre hasta el fondo. El trozo de seda color azul marino se me cae de la mano al suelo y mis dedos codiciosos son libres de acariciar la barba de tres días que le cubre el cuello. Su mano se desliza hacia la curva de mi trasero y, cuando me lo aprieta, suelto un gemido.

Separa los labios de los míos, desplazándose hacia la zona expuesta de mis pechos. Le huele la nuca a cuero y a ron de laurel.

—Fuiste una enfermera muy sexi —gruñe contra mi piel desnuda—. Era una tortura mirarte sin tocarte. —Se me endurecen los pezones contra la tela de muselina de mi vestido y ya estoy mojada entre las piernas.

No soy la única que se está acalorando. Lo noto endurecerse contra mí, y una bandada de mariposas empieza a revolotear en mi estómago ante todo lo que promete esta excitación. Me río, atolondrada, y bromeo con una voz tan bronca como la suya:

—De haber sabido que tenías ese tipo de fantasías, habría sacado las sanguijuelas hace horas.

Noto el aire que exhala al reírse justo detrás de mi oreja.

—Con qué naturalidad entremezclas pesadilla y deseo, Tess...

Me gustaría contestar con otra ocurrencia deslumbrante, pero, cuando abro la boca, lo único que emito es un gemido entrecortado. Las palabras se me han derretido con todo este placer como azúcar en la lengua y me parece que no voy a ser capaz de hablar de nuevo. Ahora me está besando con dulzura la nuca, que siempre ha sido mi punto débil, y qué bien se le da...

—Detente —digo, traicionando mis deseos. Noto su aliento contra el cuello y empiezan a fallarme las rodillas de puro éxtasis.

Hugh se detiene con la misma inmediatez que un soldado que acaba de recibir una orden de su comandante. Nos quedamos paralizados el uno en brazos del otro unos instantes y, luego, él se aparta. Aunque fui yo la que se lo pedí, me embarga el desencanto cuando dejo de notar su erección contra mí. La separación es tan insoportable que estoy a punto de exigir que vuelva a mí, pero la sensatez se impone y me mantengo fuerte.

Inspiro con dificultad para prepararme para lo que tengo que decir y Hugh se pone pálido de la expectación. Trastabilla al tratar de disculparse:

—Lo siento muchísimo... muchísimo... No debería haber hecho nada de eso. No era... en absoluto mi intención incomodarte... Es que se te veía tan inquieta por la ansiedad que pensé que así, que así podría ayudar...

Pongo una mano en su pecho y noto su corazón latir atolondrado debajo de la

palma.

—No te disculpes —le digo—. No has hecho nada malo. Al contrario, me ha gustado mucho. Ha sido un remedio muy eficaz.

Hugh se sonroja, sorprendido.

—Ah, ¿sí? Entonces...

Me justifico:

—Me parece que lo disfruto... demasiado. No puede ser buena señal, la verdad. Verás, se me rompe el corazón a la primera de cambio. Me encariño muy rápido y sufro mucho cuando todo se estropea.

Pienso en todos los altibajos que he vivido desde que llegamos aquí: cuando nos besamos por primera vez, cuando me derrumbé después de la pelea, cuando rocé el cielo en Beacon Hill y cuando caí en picado al sospechar que se había acostado con Cecelia. Me estoy dando cuenta de que no puedo soportar todo este abanico de emociones al más puro estilo Taylor Swift y mantenerme cuerda, por lo menos no por ahora. Y teniendo en cuenta mi historial romántico —hasta arriba de autosabotajes y decisiones precipitadas—, más bien diría que nunca he sido capaz de tal cosa.

Inspiro, temblorosa.

—No quiero empezar nada contigo si no estamos en la misma onda, porque mi corazón no anda muy bien de salud últimamente. No podría soportar otra decepción, y si voy a acabar decepcionándome, entonces será mejor cortar de raíz desde el principio. Además, tú eres el único en toda esta locura de viajes en el tiempo que me conoce de verdad y no puedo arriesgarme a perder a la única persona que tengo a mi lado.

Mantengo la mirada fija en mis zapatos, a la espera de que se marche de la habitación en silencio, mascullando con ese acento británico, avergonzado y cortés.

Pero Hugh Balfour me sorprende al acercarse a mí y acabar con la distancia que nos separa. Me agarra del mentón con los dedos y me levanta la cabeza para que lo mire directamente a esos oscuros ojos sin fondo, enmarcados por esas pestañas largas, de seda; algo parece estar moviéndose ahí, en las profundidades, como lava que se desplaza bajo la superficie de la tierra. El efecto es tan magnético como el día que nos conocimos y nos pusieron a prueba para constatar que teníamos química. La directora de rodaje vio algo que le gustó entre nosotros por aquel entonces, y ahora creo saber el qué.

Hugh frunce el ceño al intentar expresarse, como si le doliera físicamente, como

si tuviera que luchar contra toda una vida de instintos contradictorios.

—Me cuesta sentir cualquier emoción embriagadora que no sea la ansiedad. Debo de ser reservado por naturaleza, ya que las emociones más fuertes siempre parecen estar fuera de mi alcance. Paso los días alerta; me echo siempre atrás, para así limitar el número de catástrofes que podrían desatarse. Tú... tú no eres así.

Hago una mueca, divertida.

—Claro que no. A mí no hay quien me pare. Me lanzo de cabeza contra el caos.

—No —replica en un tono de voz más alto de lo esperado—. No, no es eso a lo que me refiero. Yo intento por todos los medios evitar cualquier compromiso. Tú no. Tú... tú sientes pasión por las cosas. A ti te gustan las personas, dar conversación, vivir. Pones mucho interés en los demás; más que interés, te preocupas de verdad por su bienestar. No importa que los conozcas desde hace poco tiempo. Defiendes a Isabella Dixon. Cuidas de George. Tú amas. Y yo... yo admiro... —Tose—. Yo admiro... esa virtud tuya. Te admiro de todo corazón. Ojalá tuviera la capacidad de... Pero a menudo me siento... paralizado.

El aire se me queda atascado en los pulmones.

—¿Qué estás queriendo decirme?

Hugh se ríe con dulzura.

—Ni yo mismo sé qué estoy diciendo. Por eso prefiero tener un guion. Pero... no tengo la intención de hacerte daño.

Una emoción agridulce me impide hablar. Me pongo de puntillas y le beso la mejilla, cubierta de la barba de tres días. Me permito quedarme un momento pegada a su piel, inspirando el toque picante de su perfume una vez más. Noto que mi corazón se rompe, se regenera y se vuelve a romper en cuestión de segundos, como un sol que sale y se pone y sale de nuevo.

A veces lo oculto muy bien, pero es fácil que la gente me haga daño. Aunque no sea su intención. Hugh Balfour no lo sabe, pero ya he caído en las redes de ese dolor exquisito que viene acompañado de la esperanza. Y sé mejor que la mayoría lo dura que es la caída cuando esa esperanza se rompe en mil añicos.

CAPÍTULO 19



La familia está desesperada por la enfermedad de George, lo que no nos deja tiempo a mí y a Hugh para detenernos a pensar en las consecuencias de nuestro último episodio de amor, que él empezó y que yo paré. Se va de paseo por el pueblo todos los días, con la esperanza de recibir una carta del comercializador de las máquinas eléctricas, el doctor Beckworth, pero todos los días vuelve con las manos vacías y más taciturno que el anterior. Aparte de esa caminata diaria, Hugh, la tía Fanny, la niñera y yo no hacemos más que turnarnos junto a la cama de George, poniéndole compresas frías en la cabeza y animándolo a tomarse el té y cucharadas de caldo. El señor Balfour, en especial, tiene mal aspecto, y a causa de sus achaques la tía Fanny no le permite visitar al niño.

Una tarde, justo después de cederle el sitio en el dormitorio de George a la tía Fanny, Hugh y yo bajamos las escaleras para comer, pero reparamos en que la señorita Crawford está a solas en el comedor. Se levanta de su asiento a la mesa, con unos ojos en los que brilla cierta malicia al fijarlos en mí, y nosotros —unos cobardes de primera— de inmediato giramos a la izquierda para entrar en la sala de estar. Ahí, el señor Balfour está sentado junto a la chimenea, contemplando con pesar las llamas.

Nos unimos a él, yo en el sofá y Hugh acercando un asiento al lado de la silla de ruedas. El señor Balfour es incapaz de reprimir la sonrisa cada vez que ve a Hugh, y resulta desgarrador. Le tiende la mano envejecida a su hijo y Hugh la estrecha entre las suyas.

—George está mejorando, señor —le comenta, con la voz ronca de leer sin parar los últimos días.

—No estoy preocupado —responde el anciano, aunque hasta yo veo desde lejos, por su expresión de dolor, que está mintiendo—. El buen Señor ya tuvo a bien salvar a uno de mis hijos del peligro. En sus manos piadosas, no temo por George.

—Espere un momento —le dice Hugh—. Volveré enseguida. Se me ha ocurrido algo que hacer para animarnos y pasar el tiempo mientras George se recupera.

Hugh se dirige hacia la biblioteca y no tarda en regresar con un montón de

folios blancos y un tintero. Vuelve a sentarse junto al señor Balfour y moja la punta de la pluma, listo para transcribir.

—¿Le gustaría hablarme de cómo eran sus padres? —le pregunta.

Al anciano se le ilumina la mirada, como si empezara a quitar las telarañas de los baúles en el ático de sus recuerdos.

—Hijo mío —dice, con la voz ronca de la emoción—, podría decirte tantas cosas...

Con la mano en el corazón, me marcho en silencio de la sala para darles algo de intimidad. Voy al comedor decidida a hacer compañía a la indignada, con razón, señorita Crawford. Ahí encuentro a Cecelia absorta en un poemario de John Donne. O, por lo menos, finge estar absorta; cuando me siento a su lado, no levanta la mirada, sino que se limita a seguir pasando las páginas a un ritmo constante.

Le pregunto con timidez:

—¿Le gusta la poesía?

Los ojos azul claro de Cecelia reparan en mí unos instantes antes de volver a centrarse en la página.

—Me gusta cuando no hay nada más que leer.

No está mal. Mejor que estar calladas, supongo.

—Pero ¿le gusta Shakespeare?

En esta ocasión, no levanta la mirada, sino que se limita a contestarme con aspereza lo siguiente:

—A William le gusta y a mí me gusta William, así que me gusta Shakespeare cuando tiene que gustarme. Prefiero sus obras históricas. Las comedias del bardo me parecen ridículas y sus tragedias, siniestras.

Suelto una risita ante su comentario y me da la sensación de que nos vamos entendiendo. Cierra el libro, dejando el dedo índice en una página, y ladea la cabeza con curiosidad.

—¿De qué se ríe?

Me quedo mirándola y me doy cuenta demasiado tarde de que no estaba de broma.

—Pero ¿no es así precisamente como deberían ser sus obras?

Entonces pone los ojos en blanco, algo que pensaba que nunca haría una dama refinada de la Regencia, aunque ahora empiezo a dudarlo. Es posible que el ser humano haya buscado maneras discretas de mostrar desprecio por los demás desde el principio de los tiempos.

—Supongo que le gustaría verme reír como una demente o llorar desconsolada. O leer libros infantiles, como los que le ha estado leyendo a George según tengo entendido.

Todo esto me ofende de verdad.

—*Sentido y sensibilidad* no es un libro infantil. Es una historia de amor maravillosa. De hecho, creo que a usted le gustaría.

—Lo dudo —replica con indiferencia—. Ya no soy tan romántica como antes. —Abre de nuevo el libro y no vuelve a hablarme durante un buen rato; decido retirarme, por el momento.

Si me dan tiempo, le caigo bien a cualquiera. A mí no hay quien me pare. Ya haré que se canse de mi amabilidad.

* * *

Al tercer día de la enfermedad de George, empiezo a fijarme en algo sospechoso. Le ha bajado la fiebre, pero ahora tose con más fuerza y suspira de forma muy exagerada.

Me doy cuenta de la verdad. El muy pillo está fingiendo porque le gusta ser el centro de atención. Debería estar molesta, pero mi aprecio por él crece cada día. Además, si está en condiciones de fingir, también está en condiciones de bromear.

He llegado a la recta final de *Sentido y sensibilidad*: me detengo en mitad de una frase en uno de los últimos capítulos y lo miro con curiosidad. George tose con muchos aspavientos contra la almohada y me pide con un gesto de asentimiento que siga leyendo.

—¿Qué va a pasar? La historia de Lucy Steele y el señor Ferrars ha terminado. ¿Estará Elinor sola hasta la muerte?

Yo me encojo de hombros, cerrando el libro.

—No te apetece oír la historia. Estás muy cansado.

—¡Sí que me apetece! —protesta.

—No. —Niego con la cabeza, suspirando con la misma intensidad que él—. Es muy triste y te sentirás mal.

George abre los grandes ojos castaños, furioso.

—¡Quiero saber qué ocurre!

Lanzo el libro a la cama, me pongo de pie y me estiro.

—No puedo contarte el desenlace hasta que te recuperes del todo. No quisiera poner en riesgo tu salud con un disgusto. —Cruzo la estancia en dirección a la ventana, para cerrar las cortinas y que así no entre tanta luz—. Ahora que lo

pienso, creo que debería callarme y dejarte dormir.

—Qué aburrido. —George hace un puchero, se arrastra para tomar el libro y trata en vano de devolvérmelo desde donde está, en el colchón afelpado.

—Es que estar enfermo es aburrido, Georgie —le digo, sin dejar de darle la espalda desde la ventana para que no pueda ver mi sonrisa—. Pero, cuando estés bien del todo, te daré todos los detalles de la muerte espeluznante de Marianne.

George alza la voz varias octavas, presa de la emoción:

—¿¡Muerte espeluznante!?

Me dirijo a la puerta y él extiende el brazo, suplicante.

—¡De verdad, ya me encuentro mucho mejor!

* * *

Cuando George se recupera del todo, una sensación de alivio invade toda la casa como una ráfaga de viento. Ahora que los residentes vuelven a ser felices, el señor Crawford aprovecha la coyuntura.

—¡Ha llegado el momento de retomar nuestro pequeño proyecto teatral! —anuncia en el desayuno a la mañana siguiente, colocando un pequeño libro de Shakespeare sobre la mesa entre nosotros.

Me estiro sobre el plato de la tostada para tomar el fino ejemplar, con su encuadernación de tela roja y el título brillante y metálico.

—*Noche de Reyes* —digo, para que todos se enteren.

El señor Crawford vuelve a sentarse junto a mí, esbozando de nuevo esa radiante sonrisa.

—Esta obra es maravillosa, ¡más que maravillosa! Una comedia es justo lo que necesitamos para airear esta casa tras varios días sumida en tantas preocupaciones. Y creo que nos convendría familiarizarnos bien con el texto y buscar entre los vecinos del pueblo a los mejores actores para los papeles.

Le paso el libro a Hugh, que ha extendido la mano con total naturalidad hacia mí, sin murmurar palabra. Me ruborizo. Me gusta esta versión de nosotros, esta versión que se comunica sin pensar. Es esa clase de gesto que podrían hacerse dos personas que viven juntas mientras preparan el café en la encimera de formica de su cocina.

Reparo en que tiene otra carta sellada con cera para Elias Beckworth delante de él, sobre la mesa. Ayer mencionó que cabía la posibilidad de que la primera se hubiese extraviado, ya que la envió justo antes de la tormenta. Lo dijo casi esperanzado, como si necesitara pensar que hay una explicación racional por la

que el doctor Beckworth no haya respondido todavía. Me pregunto si no será que no ha contestado porque se parece más a mí que a Hugh. Tal vez tenga cosas más interesantes que hacer con su tiempo que revisar la correspondencia y deje que las cartas se vayan amontonando. Preocupante. Lo sé bien: nunca es buena idea depender de una persona desastrosa y desorganizada para un viaje en el tiempo.

Me quedo mirando con gusto las líneas marcadas pero elegantes de su mano. Lleva puesto un anillo de oro para sellos en el meñique —un accesorio fundamental para cualquier caballero de la Regencia que se precie—y no puedo evitar pararme a admirar lo bien que le sienta. En todo caso, varios indicios me confirman que Hugh Balfour no está siendo tan riguroso como de costumbre. Tiene los dedos manchados de tinta negra y sospecho que se ha vestido a la carrera, porque el puño de la manga está mal puesto, lo cual no es nada propio de él, aunque le da un aire desenfadado muy atractivo. Un poco como un pirata en una película muda de amor y aventuras.

—Trae —le digo, extendiendo la mano hacia su manga. Me tiende la muñeca sin preguntar y le coloco bien el puño. Me mira con esos ojos oscuros y yo respondo con una sonrisa divertida—: ¿Qué?

—Nada —contesta—. Gracias.

—Un placer —murmuro.

—Estaba pensando —interviene el señor Crawford, hablando más alto para reclamar atención— que tal vez me concederán el favor de interpretar al duque Orsino. Creo que poseo la suficiente solemnidad para el papel.

Hugh lo mira como si fuera una mosca insignificante.

—Haga lo que le plazca, señor Crawford. En lo que a mí respecta, quisiera seguir con el proyecto que tengo entre manos. Tal vez se ha enterado de que estoy escribiendo las memorias de mi padre para la posteridad. No tendré tiempo para el teatro.

Crawford inclina la cabeza, esbozando una sonrisa que me saca de quicio: sádica y desdeñosa a la vez. Noto un odio profundo y alarmante por Hugh en esos ojos, aunque hace lo que está en su mano por disimularlo. Debe de estar al tanto de los detalles de la delicada situación de su hermana. No puede haber otra causa.

—Claro, señor Balfour —ronronea—, jamás se me ocurriría interrumpir un proyecto tan importante. Pero insisto en que debería disfrutar un poco de su tiempo libre. Anímese a interpretar un papel secundario. Sebastián, por ejemplo. Durante la mayor parte de la obra permanece perdido allende los mares, de modo que no es un papel muy exigente.

Hugh se encoge de hombros levemente, mostrándose de acuerdo sin mucho entusiasmo.

—Me parece bien.

—Y usted, señora Bright —dice el señor Crawford, cuyos ojos se iluminan de nuevo al fijarse en mí—, ha de concedernos el favor de interpretar a Viola.

Me enderezo, tan sorprendida como complacida. No soy experta en la obra de Shakespeare, pero soy una actriz consumada, y una actriz siempre reconoce el nombre de la protagonista al oírlo.

Hugh frunce los labios.

—¿No sería la señorita Crawford una elección más apropiada para Viola?

Resoplo, volviendo la cabeza hacia Hugh. Estoy ofendida de verdad. ¿Forma esto parte de nuestro plan para ser lo más agradables que podamos con Cecelia o de verdad está dudando de mis capacidades para interpretar a la dama protagonista otra vez más? Hace un gesto con la mano para restarle importancia a mi expresión inquisitiva, como si estuviera apartando otra mosca más.

—Sebastián y Viola son gemelos —recuerda.

El señor Crawford esboza una sonrisa afectada.

—Sí, pero usted no quería implicarse mucho en el proyecto. Y Cecelia no sirve para la comedia, un as que el personaje de Viola ha de tener bajo la manga. No, no, Cecelia será nuestra Olivia; no hay más que hablar.

La señorita Crawford no responde; parece que es una persona de pocas palabras. Se limita a seguir con el desayuno, apartando su delicada nariz de nuestra conversación, como si nada de esto le importara mucho.

Apoyo un codo en la mesa y le dedico a Hugh una sonrisa arrogante.

—El director de reparto vuelve a hacer caso omiso de sus quejas, señor Balfour. Sigo obteniendo papeles que usted, muy injustamente, me considera incapaz de interpretar...

Hugh me mira frunciendo el ceño. Empiezo un concurso de miradas, enarcando las cejas con sentido del humor, hasta que, poco a poco, voy viendo que las arrugas en torno a sus ojos se relajan. Está conteniendo la risa, lo sé. Pero su dignidad no permitirá que se le escape tan fácilmente.

CAPÍTULO 20

A veces observo a Hugh cuando piensa que nadie lo está mirando. No porque sea una acosadora chunga —bueno, igual sí parezco una acosadora chunga —, sino porque es una persona muy diferente cuando no se siente observado. Es, sin duda alguna, un introvertido; cuando estoy en el jardín y lo veo acercarse a la casa desde los establos, se desenvuelve con naturalidad, con comodidad. Se comporta con confianza, aunque siempre con discreción. Pero cuando alguien lo mira esa confianza se endurece hasta la rigidez. Es fácil tacharlo de esnob, de autómata, de reprimido. Pero no es así como se comporta cuando está solo o cuando está con alguien a quien aprecia. Ha cumplido su palabra y participa lo menos posible en la obra de teatro, pues prefiere permanecer al lado del señor Balfour, tomando nota de los recuerdos del anciano sobre las personas de su pasado, la mayoría ya fallecidas. Hugh se comporta de una manera completamente diferente con él. No parece tenso, como si tuviera miedo de tocar a la otra persona. Entra en acción siempre que el señor Balfour necesita ayuda y no rechaza el contacto físico de los gestos de cariño. También es así con George. Tal vez no con la misma naturalidad —me parece que la personalidad extravagante del pequeño, al más puro estilo Miércoles Addams, lo desconcierta un poco—, pero tengo claro que está haciendo todo lo posible por entender al niño. Sospecho que su hermana, Florence, tuvo la bendición de contar con un cómplice atento y bondadoso.

Con estas cosas me distraigo durante nuestros ensayos fortuitos de *Noche de Reyes*. Siempre acabo mirando por la puerta abovedada de la sala de estar hacia la habitación en la que Hugh conversa con el señor Balfour, encorvando los hombros para quedar a la altura de la mirada del anciano. Me rozo los labios sonrientes con los dedos mientras, ensimismada, lo contemplo desde el sillón, que he orientado hacia la puerta. Aun así, no oigo nada de lo que se dice en el otro cuarto por el constante parloteo de la gente a la que hemos invitado a nuestra compañía de teatro: el señor Crawford, la señorita Crawford, el insoportable del señor Armstrong, el encantador Dereham, la maravillosa Kitty Foster y las

hermanas Dixon.

Estoy convencida de que la taciturna Cecelia Crawford me sorprende mirando a Hugh al menos una vez. Su pálido semblante resulta impenetrable, pero se aferra con demasiada fuerza al libro sobre el regazo. Aunque me fastidia, pongo toda la atención en los ensayos y en nuestros compañeros. Casi todos derrochan el típico entusiasmo de los novatos de un grupo de teatro de instituto, así como el coqueteo típico de..., bueno, de un grupo de teatro de instituto. El señor Dereham e Isabella son inseparables, mientras que Kitty, a pesar de estar casada, babea extasiada cuando el señor Armstrong recita los versos de Malvolio, aunque me parece que ese papel no está pensado para resultar sexi. Él, a su vez, no deja de molestarme, pero, como no le sigo el juego, se pone a flirtear con Phoebe Dixon en un rincón. El señor Crawford resulta ser un hombre de un carisma sorprendente, el motor de todo este proyecto, y no tengo la menor duda de que habría sido un invitado estrella muy digno en *Chuck Brown* de haber nacido en mi tiempo.

Más pronto que tarde, me dejo llevar por la camaradería del reparto. Es lo que más me gusta, a fin de cuentas. Durante estos últimos años tan tortuosos, he dejado que mi tristeza amargara todo el placer que me transmite la interpretación, pero hoy vuelve a ser divertido. No paro de reírme.

¿Y qué si cada poco tiempo lanzo una mirada por la puerta abovedada para ver si Hugh me está mirando como yo lo estoy mirando a él?

* * *

Cuando nos separamos para almorzar, reparo en que Cecelia pone un poco de comida en un pañuelo y sale al jardín. Comparto una mirada con Hugh cuando paso por la sala de estar, dándole a entender que estoy a punto de embarcarme en otro intento —en vano, lo más probable— de sacar a flote nuestra campaña para alegrarle la vida a la señorita Crawford.

Veo a Cecelia entre los rosales y me apresuro a acercarme a ella. La saludo con entusiasmo desde la distancia, gritando:

—¡Oh, señorita Crawford! Ha estado fantástica en la escena que hemos ensayado hoy. Me gustaría, a ser posible, que comiéramos juntas y repasáramos los diálogos. Usted se los sabe mucho mejor que yo...

Al acercarme comprendo de pronto que me he equivocado de lleno. Se detiene entre los rosales, tocándose el puente de la nariz con el pulgar y el índice, y cuando me aproximo, me ataca:

—¿Por qué no para de revolotear a mi alrededor como una mosca molesta?

Me detengo donde estoy.

—Y, a propósito —prosigue, pálida y furiosa—, he leído su libro. —Levanta el tomo de cuero con el que se entretuvo durante los ensayos esta mañana y veo que es el que le he recomendado: *Sentido y sensibilidad*. Me da un vuelco el corazón. Lo ha leído por recomendación mía, pero la ha puesto furiosa—. Me he dado cuenta de que siento gran simpatía por la situación en la que se encuentra la querida y virtuosa Elinor Dashwood —me dice, irguiéndose del todo—. Y que no puedo perdonar lo más mínimo a las damas cuya personalidad y actitud recuerdan a la señorita Lucy Steele.

Se me hace un nudo en el estómago cuando comprendo lo que he hecho: la he animado a leer una historia que se asemeja mucho a la nuestra. Se identifica con Elinor y a mí me ve como a Lucy, que le arrebata despiadada a su amor. Se me ponen los pelos de punta al pensar que le recuerdo a una de las villanas más detestables de la colección de canallas de Austen.

—Señorita Crawford, esto...

—No —me interrumpe con decisión—, no quiero seguir oyéndola. ¡Quiero que me deje en paz! ¿Será capaz?

Asiento una sola vez, colorada por la humillación y la vergüenza, me doy la vuelta sobre los talones y echo a correr. Sé que estoy haciendo lo que me acaba de pedir, pero nunca me he sentido tan cobarde.

Ya lo he comentado, pero en mi época no tengo muchas amigas íntimas. He trabado amistad con varias personas, por supuesto, pero ninguna ha sido constante. Y esas amistades que conseguí mantener varios años, en especial con mis compañeros de reparto de *Chuck Brown*, se estropearon durante los meses de luto catastrófico que siguieron a la muerte de mi madre. Recuerdo que Nikki me trajo caldo de pollo. Lo tiré por el desagüe, sin tocarlo, y activé el triturador de la basura para oír el chirrido de las cuchillas. Leighton, que interpretaba a S. B., el hermano pequeño no binario de Chuck, no paraba de enviarme mensajes para preguntar cómo me encontraba. No contesté a ninguno y, con el tiempo, dejaron de llegarme.

Entiendo de corazón por qué Cecelia está a la defensiva. En muchos sentidos, nos lo merecemos..., al menos desde su punto de vista. Ojalá hubiera una forma de abrirle los ojos y hacerla entender que es víctima del dolor, no de la traición. Ambas son heridas profundas, pero me gustaría pensar que, si supiera la verdad, tendría más posibilidades de recuperarse. Ella no lo tiene fácil, pero ¿y yo?

¿Alguna vez nos recuperamos del todo los que hemos perdido a la persona a la que amamos?

Al entrar en la casa desde el jardín, recorro el pasillo hacia la puerta que da al vestíbulo y, al abrirla, oigo un crujido. Debe de ser la misma puerta por la que entró Hugh la noche en la que me oyó hablar con Armstrong. Y, hablando del rey de Roma, me parece oír su voz en el vestíbulo otra vez.

—Una persona algo antipática, ¿no le parece? —musita.

Dejo la puerta entrecerrada para escuchar a hurtadillas, sin que me vean. Debe de estar hablando de la fría señorita Crawford. No le faltan motivos para estar molesta y me parece fatal que el señor Armstrong se ría a su costa con el señor Dereham.

Pero no es el señor Dereham quien le responde. Es el señor Crawford.

—A mí no me parece antipática en absoluto.

Eso no tiene sentido; nadie se pondría a insultar a Cecelia delante de su hermano.

El señor Armstrong se ríe con desprecio.

—Acaba de conocerla. La primera impresión que da es buena, eso he de admitirlo, pero en ocasiones la belleza transmite virtudes que no existen. En mi opinión, la señora Bright tan solo goza de una virtud.

Inhalo hondo, sonrojándome de pura humillación por segunda vez en dos minutos.

—No puede hacer una acusación como esta y andarse con medias tintas —contesta el señor Crawford, riéndose entre dientes—. Prosiga. Dígame cuál es la única virtud que posee la señora Bright.

—Verá, es rica —responde Armstrong con naturalidad—. Rica hasta la saciedad, si lo que dicen todos en el pueblo es cierto. Corre el rumor de que es la única heredera de las posesiones de su primer marido. No hay otra explicación para este noviazgo tan precipitado. Balfour, desde luego, vio la oportunidad de enriquecerse sin fin casándose con la viuda de su amigo y no la desaprovechó.

He de suponer que al señor Crawford no le faltan motivos para pensar mal de mí, si es que su hermana lo ha puesto al corriente de su compromiso fallido, de lo que no me queda casi ninguna duda a estas alturas. Pero sus siguientes palabras son razonadas y su veneno va dirigido a Hugh:

—De ser así, es al señor Balfour a quien deberíamos detestar por su carácter mercenario. Aunque imagino que esa teoría tiene cierto sentido.

—¡Cierto sentido! —repite Armstrong, orgulloso—. ¡Me insulta usted! Tiene

todo el sentido del mundo. Le digo que no se me ocurre ningún otro motivo por el que uno se ataría a una viuda tan desagradable, engreída y desgastada como ella. A su edad, sería toda una solterona si no fuera viuda, y esa es la sensación que da si se para a pensarlo. Nunca he conocido a nadie que sea tan opuesto a la primera impresión que suscita. Su complexión carece de todo brillo; sus modales, de finura. Es de lo más vulgar. Demasiado libre de pensamiento y opinión, una característica muy inadecuada para una mujer. Si lo piensa, Balfour podría casarse sin dificultad con alguien a quien no hayan tocado todavía. Demonios, ni siquiera sabe dónde estuvo ella después de la muerte de su marido. No me sorprendería que le transmitiera la gonorrea en la noche de bodas.

Abro la puerta de golpe, revelando mi presencia y preparada para llegar a las manos. Al cuerno con los buenos modales. Pero no llego a tiempo. Lo único que veo es un borrón azul oscuro entrar por la puerta de la sala de estar: es Hugh, que cruza la estancia de dos zancadas. Primero le da un puñetazo en el ojo a Armstrong con un crujido de lo más satisfactorio. Tal vez es por el factor sorpresa o porque no es un hombre muy atlético, pero, en todo caso, cae contra el suelo de mármol como un saco de grano.

Hugh no lo deja ahí. Ahora mismo no es el hombre templado y reservado que conozco.

Se arrodilla, sentándose a horcajadas sobre Armstrong como un luchador en la pista y le da otro golpe en la mandíbula. Armstrong suelta balidos como una cabra, mientras Hugh masculla insultos incomprensibles. Se oyen unos gritos en el comedor y se arma un revuelo cuando el resto de los presentes se acerca a ver el altercado. La llegada de más testigos me devuelve a la realidad, como si hubiera tenido una experiencia extracorporal. Se me entrecorta la respiración cuando veo que Hugh se pone en pie con dificultad. Me da la espalda al encararse a Armstrong y veo que sus hombros suben y bajan con cada jadeo.

—Es usted un condenado imbécil, Armstrong, si contempla a esa mujer y ve otra cosa que no sea luz. ¿También es capaz de contemplar una obra de arte sin conmoverse? —Lanza una rápida mirada al señor Crawford y, luego, vuelve a centrarse en su víctima—. Una cosa es insultarme a mí; eso es del todo perdonable, pero la señora Bright no merece ni el más mínimo reproche.

Justo entonces, se mira la mano, como si le sorprendiera encontrarla manchada de sangre.

Phoebe Dixon suelta un chillido y se tambalea hacia atrás, amenazando con desmayarse. Sin embargo, nadie hace ademán de sostenerla, de modo que aborta

la misión y recupera el equilibrio en el último momento.

—¡Por todos los santos! —grita el señor Dereham. Isabella Dixon vuelve la cabeza y oculta la cara en su hombro para no ver más sangre. Kitty Foster está sonrojada de excitación, como si estuviera en Ascot[11] viendo una carrera trepidante.

Me acerco a Hugh y tomo su mano ensangrentada. Se sobresalta; estoy casi convencida de que no reparó en mi presencia antes de dejarse llevar por este comportamiento tan impulsivo.

—Seguro que se lo merecía —le digo a la ligera, fingiendo que no me he enterado de nada—. Me preocupa tu mano.

A Hugh se le traba la lengua, pero, al final, admite:

—Nunca... nunca he participado en una pelea fuera de un partido de rugby.

El señor Crawford, en cambio, no tiene pelos en la lengua a la hora de valorar la situación:

—Dick Armstrong ha demostrado ser un completo sinvergüenza. El comportamiento del señor Balfour está del todo justificado, se lo aseguro. De hecho, me habría sentido con ánimo de unirme a la pelea si no hubiera tantas damas encantadoras presentes.

El señor Armstrong se levanta del suelo, sentándose con algo de dificultad, escupe un poco de saliva entremezclada con sangre en el mármol y se masajea la mandíbula. Alza la mirada hacia Hugh con unos ojos que arden de odio.

—Y yo que pensaba que era un cobarde remilgado que le tenía miedo a todo, incluso a la carne del plato. En cambio, hoy he descubierto que es usted un bruto.

A Hugh se le ensombrece la expresión y su respuesta venenosa cae de sus labios como gotas de mercurio:

—Si yo soy un bruto, señor, usted es algo mucho peor. Ahora váyase de mi casa y no se le ocurra volver a oscurecer este lugar con su presencia. Tiene usted razón: no estoy de acuerdo con que se sacrifiquen cerdos, pero con usted haría una excepción.

---

[11] N. de la Trad.: En esta localidad del condado de Berkshire se ubica un conocido hipódromo.

CAPÍTULO 21



No será muy feminista, pero no puedo evitar que me resulte muy atractivo —al más puro estilo Mark Darcy en *El diario de Bridget Jones* echando a Daniel Cleaver de un restaurante griego por la ventana— ver a un hombre que me atrae cerniéndose sobre la cara ensangrentada de otro que me disgusta. Me sonrojo de placer, desde las mejillas hasta las orejas.

También me gusta que Hugh esté un poco avergonzado ahora que ha terminado todo. Sí, se le hinchó el pecho como a un gallo cuando el señor Armstrong salió arrastrando los pies como un zombi por la puerta delantera, pero se le hundieron los hombros en cuanto su rival desapareció de la vista y ahora se le ve un poco cohibido y abochornado. Es la combinación perfecta, la verdad: me permite disfrutar de esta firme muestra de violencia sin tener que preocuparme de que vaya a ser el pan de cada día.

Murmurando entre sí, nuestros invitados regresan al comedor, pero Hugh permanece inmóvil en el vestíbulo, mirando la madera de las grandes puertas dobles, como a la espera de que el señor Armstrong reaparezca sin previo aviso. Lo tomo de la mano mientras saco un pañuelo para limpiarle la sangre de los nudillos.

—Pensaba que eras pacifista —le digo en voz muy baja, mientras esbozo una sonrisa pícara, a pesar de que intento mantenerme seria.

—Todo hombre tiene un límite —me dice con solemnidad.

—¿Cuál fue el tuyo? —le pregunto, pero él se encoge de hombros.

—No importa.

—Diría que sí.

Hugh mira para los lados, una prueba evidente de que va a mentir.

—Hizo... hizo comentarios muy vulgares sobre las mujeres.

Noto un temblor en el pecho, como las réplicas de un leve terremoto: es vertiginoso. No quiere que lo sepa, no quiere que me incomode lo que Armstrong ha dicho sobre mí. Lo que significa que no le pegó para ganar puntos y dárselas de defensor.

Mirando a mi alrededor para cerciorarme de que nadie nos está viendo, le beso los nudillos con rapidez.

—Vayamos con los demás.

* * *

Nuestro proyecto teatral sigue su curso con dos cambios notables: en primer lugar, con gran discreción se elige al hermano de Phoebe y de Isabella para reemplazar al señor Armstrong en la función; en segundo lugar, Kitty abandona el grupo de teatro. Parece que el coronel se ha enterado de que Hugh agredió con violencia al señor Armstrong y ha decidido que esta aventura ya no es apropiada para su joven esposa. Me hierve la sangre al pensar que le dice a Kitty lo que puede y lo que no puede hacer. Sobre todo porque me daba la impresión de que ella se estaba divirtiendo mucho.

Los que seguimos adelante ensayamos las escenas por la mañana y después del almuerzo paseamos por el jardín un rato para descansar antes de proseguir con los ensayos por la tarde.

El señor Crawford me saluda con un cortés asentimiento de la cabeza.

—Señora Bright, ¿no le parece que la naturaleza está espléndida hoy?

—¡Hoy y todos los días! —contesto con alegría mientras acompasamos el paso.

—Llevo todo el día pensando en Shakespeare —comenta—. En especial, en *Romeo y Julieta*. «Una rosa, si se llamara de otra forma, tendría el mismo aroma».

Con esas palabras, el señor Crawford arranca una rosa de color rosado en un arrebato y me la ofrece. La acepto, no sin desconfianza. ¿Por qué parece que el señor Crawford odia a Hugh, pero a mí no? Inquieto, junta las grandes manos por detrás de la espalda, sin dejar de caminar con una sonrisa ancha en el rostro.

—Usted entiende bien lo que es cambiar de nombre. Estuvo casada, de modo que ya ha adoptado el nombre de su marido en una ocasión y está a punto de hacerlo de nuevo. Pero ¿considera que sigue siendo la misma persona?

Mi nombre. Espiro por la nariz en lo que casi es un resuello. Qué poco me conoce esta gente. Creen que Tess Bright es mi nombre de casada y que estoy a punto de descartarlo. Es tan sencillo aprender un nombre... Días y días conviviendo con estas personas y ni tan siquiera saben que Tess Bright es mi único nombre verdadero, el único que tendré jamás.

Tess Bright es el nombre que me dio mi madre. Jamás lo cambiaría. Ni aunque me casara. Ni aunque mi marido fuera mi alma gemela. Soy la hija de Sandra Bright y eso es lo que seré siempre. Ante la idea de hacer tal cosa, de cortar uno de

los pocos lazos firmes que me siguen uniendo a ella, se me anegan de inmediato los ojos en lágrimas. Pestañeo para tratar de reprimirlas, pero, al mismo tiempo, abro los orificios de la nariz y el señor Crawford se sobresalta ante la oleada de emociones que se apodera de mí.

—Señora Bright, no era mi intención ofenderla...

Sacudo una mano para quitarle importancia al asunto.

—No, usted no ha hecho nada malo. Es que... me temo que no estoy de acuerdo con el señor Shakespeare.

Claramente aliviado, el señor Crawford se ríe por lo bajo.

—Ah, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Considero que el nombre de una persona es de gran importancia. Revela de dónde proviene uno, dónde ha estado. Hay tan solo un ser humano cuyo nombre deseo retener conmigo. Me convertiría en una persona muy diferente si eso cambiara.

Relaja el rostro, pero su mirada, en cambio, se vuelve más seria.

—Es un argumento muy elocuente, señora. —Tras dar varios pasos en silencio, añade—: ¿Le gustaría ensayar la cuarta escena del segundo acto esta tarde?

* * *

Un silencio hondo, solemne, se extiende por la sala de estar mientras los demás contemplan la escena. Es una de amor, si bien el personaje del señor Crawford, el duque Orsino, no lo sabe. La dama a la que interpreto está en un callejón sin salida, incapaz de confesar su pasión salvo dando grandes rodeos, convencida, en parte, de que el dolor del amor no correspondido acabará con su vida. Creo que tal vez es un asunto con el que las otras mujeres de la sala se identifican, ya que noto cómo cambia el ambiente. Ni el señor Dereham ni el señor Dixon consiguen entablar conversación en voz baja con las damas: acaparo la atención de todas. Cecelia, en particular, se sienta literalmente en el borde de la silla cuando empiezo a recitar los versos. Su rostro pálido resplandece como una luna cetrina y sus ojos se embeben de las palabras de Shakespeare como si fueran un bálsamo para el sufrimiento.

Pero yo no tengo ganas de pensar en el amor no correspondido. Después de mi conversación con el señor Crawford en el jardín, tan solo puedo pensar en una persona mientras declamo los pesares de Viola. Fijo la mirada en una silla vacía, donde vislumbro la sombra de mi madre. Se me hace un nudo en la garganta de la

emoción mientras hablo con el Orsino del señor Crawford. Por instinto, agarro la falda de muselina con la mano: es como si volviera a mi cama en California, cuyas sábanas apestan tras varias semanas sudando y llorando entre ellas.

—«¿Y cuál es la historia de esta mujer?» —me pregunta el señor Crawford con voz trémula.

Mantengo los ojos fijos en esa silla vacía: no estoy actuando.

—«Se perdió en sus pensamientos» —digo. Las cortinas tapan el sol de Los Ángeles. Hace días que no las abro. La única luz de la habitación proviene de la televisión, donde he puesto las películas favoritas de mi madre en bucle—. «Y con verde y amarilla melancolía...». —Finjo que las almohadas todavía huelen a mi madre, aunque lo cierto es que pasó tanto tiempo en el hospital al final de todo que su aroma se desvaneció hace tiempo—. «Se sentaba como Paciencia sobre un monumento, sonriéndole al pesar». —Hay una fila de frascos de pastillas en la mesilla de noche. Me niego a tirarlos.

Se me rompe la voz como un frágil hueso.

—«¿Acaso no fue esto amor verdadero?».

Hago todo lo que está en mi mano por seguir adelante, pero las palabras se deshacen en mi garganta. En general, se me da muy bien memorizar el guion, pero en este momento me quedo en blanco. Se me agolpan en la mente los recuerdos de las peores semanas de mi vida. Noto una leve indisposición en la zona del ombligo —como ese dolor de estómago, en sí una paradoja, que tienes cuando no comes lo suficiente—. En este instante, este instante eterno, insoportable, echo tanto de menos a mi madre que soy incapaz de respirar.

Un lagrimón vacila en mi párpado y cae, dejando el rastro por mi mejilla. La habitación empieza a dar vueltas a mi alrededor; sé que me están mirando mis compañeros, pero no consigo serenarme. Soy un desastre con las emociones y ahora todos lo saben.

Me tienden una mano enguantada. Pestañeo y alzo la mirada hacia el rostro de Hugh, embargado por la preocupación.

—Ven conmigo —me dice—. Tengo que enviar una carta. Vayamos de paseo al pueblo.

Me aferro a su mano como si estuviéramos en un avión a punto de estrellarse y él me estuviera ofreciendo el último paracaídas que queda.

—Gracias. —A continuación es Elizabeth Bennet quien habla en mi lugar, mientras mi mente sigue en piloto automático—. Me gusta mucho caminar.

Hugh me dedica una trémula sonrisa.

—Lo sé.

CAPÍTULO 22



Cuando Hugh me saca apresurado de la sala, soy consciente de que los demás clavan la vista en nuestra espalda. Me ofrece una capa, se pone el sombrero y ya estamos listos para marcharnos... de no ser porque oímos los pasos de George correteando por el pasillo.

—¿Vais de paseo? —interviene de pronto, colorado de la emoción—. ¿Puedo ir yo también?

Hugh me mira, inseguro. No quiere invitar a nadie más, teniendo en cuenta lo angustiada que me encuentro, pero yo me enjugo las lágrimas con rapidez y le tiendo la mano a George.

—Tienes el guante mojado —apunta este sin darle importancia.

—Sí, corazón —le respondo con alegría, sin dar más explicaciones.

George le tiende la otra mano a Hugh en silencio y le hago un gesto, enarcando las cejas, para apremiarlo. Hugh la toma: el niño cuelga de nosotros como la colada en el tendedero. George sonríe entusiasmado cuando salimos de la casa, bajando a brincos los peldaños delanteros. La presencia del pequeño me viene muy bien: no es fácil estar triste con este diablillo cerca; pocos minutos después de ponernos a andar, sus travesuras ya me han provocado una sonrisa.

Hugh me sostiene la mirada con picardía y dice:

—Ayudémoslo a volar.

Contamos en voz alta y, a la de tres, él salta y nosotros lo levantamos. Brinca en el aire, soltando una risita, antes de volver a pisar el suelo con el dramático rugido de un león. No me queda la menor duda de que si George fuera a una de las playas del barrio neoyorquino de Brighton Beach se pondría a hacer castillos de arena para luego destrozarlos al más puro estilo Godzilla.

Después de lanzarlo como un cohete ya no hay quien lo pare. Corretea delante de nosotros por el sendero, canturreando y dando vueltas, tratando de impresionarnos. Ahora que el niño no está entre nosotros, Hugh y yo nos acercamos por instinto. Caminamos tan cerca el uno del otro que nos rozamos el codo.

Baja la voz para que solo yo oiga lo que murmura:

—¿Te encuentras bien?

Suspiro, recobrando la compostura.

—Eso creo.

Enarca las cejas.

—¿Crees?

Me encojo de hombros.

—Es duro. Lo de sufrir. Ya ha pasado más de un año y toda mi vida sigue patas arriba. Tengo altibajos. A veces soy incapaz de imaginarme siendo feliz; al día siguiente me las arreglo para pasarlo bien y, luego, me siento culpable por ser feliz sin ella. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Niego con la cabeza—. No, lo siento. Claro que no lo entiendes. Estoy diciendo cosas sin sentido.

—Claro que no —dice con voz ronca—. Y sí que, eh... lo entiendo. Mejor de lo que piensas.

Ladeo la cabeza.

—¿De verdad? Nunca me has hablado de algo así.

Hace una mueca, mirando hacia delante para cerciorarse de que George no se ha metido en ningún lío.

—Digamos que no soy de los que se sinceran con estos temas. —La mueca se va acercando un poco más al concepto de «sonrisa» y yo me tapo la boca con la mano para contener la risa—. Te habrás dado cuenta —añade.

—Sí, tengo que decir que es usted muy hermético, señor Balfour.

—Es por mi padre. No... no está bien.

Me detengo en seco, frunciendo el ceño al reparar en que se ha expresado en presente.

—¿Te refieres al del siglo XXI? Cuánto lo siento. ¿Qué le pasa?

—Tiene alzhéimer precoz —admite Hugh, con el rostro ensombrecido—. Me temo que es cosa de familia. Y creemos que le queda poco tiempo. Ya no es el que era. Hace años que dejó de ser capaz de memorizar guiones. Tener que dejar de actuar lo mató, y la cosa ha ido a peor desde entonces. Ya le cuesta incluso hablar. Ahora empieza a tener dificultades para tragar y no puede incorporarse sin ayuda. Tuvo un episodio de neumonía este año, lo cual no augura nada bueno.

Se me hace un nudo en el estómago y se me anegan los ojos en lágrimas. Ay, madre. Rememoro la conversación que tuvimos la primera noche en Highground, cuando Hugh mencionó que sabía actuar ante un desmayo porque los pacientes con demencia son proclives a caerse. No lo estudió para prepararse para un papel,

sino para cuidar de su familia. Por aquel entonces, estaba tan acostumbrada a verlo como un adversario que me había olvidado de verlo como un ser humano. Me avergüenzo en mi fuero interno, pero me recompongo. En esa ocasión, fui fría y egoísta: ahora tengo que compensarlo escuchándolo.

—Lo que me cuentas es terrible, Hugh. Imagino que debe de ser un muy mal trago, aunque lo afrontéis juntos como una familia. ¿Estáis todos muy unidos?

Creo que mis lágrimas son contagiosas, por desgracia. Veo que a Hugh empiezan a humedecérsele los ojos y desvía la vista hacia un lado rápidamente, mirando hacia las vacas que pastan a lo lejos.

—Sí, diría que sí.

Me acerco a él, cubro con la mano su puño y lo aprieto con fuerza. Se le escapa una lágrima, a pesar de que trata de contenerse.

—Siempre pasa lo mismo, ¿verdad? —masculla—. Basta con que una persona sea amable contigo para abrir la presa y desmoronarte.

—Escúchame —susurro, poniéndome de puntillas para acercarme a su oído—. Escúchame, todo irá bien. No será fácil, pero saldrás de esta.

—No veo cómo —contesta Hugh con voz ahogada—. No puedo estar con él ahora que me necesita más que nunca. Incluso traté de retirarme de *La abadía de Northanger*, pero mi agente me dijo que estaría incumpliendo el contrato. Pretendía acabar lo antes posible y volver a casa, pero ahora me separan doscientos años de él. No sé cómo está o... o si todavía... —Se le escapa un sollozo.

Lo agarró del hombro con una mano mientras deslizo la otra por su espalda.

—No intentes hablar —le digo, repitiendo lo que me dijo cuando lo eché todo a perder con Austen—. Sigue mi respiración.

Nos quedamos unidos unos instantes, mientras noto, con la mano en su espalda, que su respiración se va acompasando. Al cabo de un rato, Hugh se recompone, pero me parece que no ha aprendido la lección:

—Lo siento —dice, avergonzado—. Te he propuesto salir de paseo porque te encontrabas mal. No pretendía acaparar la atención.

Contengo la risa. Deslizo la mano desde su espalda hasta su hombro y aprieto los dedos.

—No, lo entiendo de verdad. De hecho, nadie lo entendería mejor que yo. Sobrevivir a tus padres es el ciclo natural de la vida, si tienes suerte, pero, cuando nos dejan demasiado pronto, es fácil sentirse solos. Aun así, tú no estás solo.

Hugh suelta una risa ronca e incrédula.

—Todo el espacio y el tiempo me separan de mi familia.

—A ver, no se ponga usted dramático, señor Balfour —me burlo—, que no hemos retrocedido toooodo el tiempo. En esa colina de ahí no se ve ningún dinosaurio. Son doscientos años de nada. —Hugh se limita a negar con la cabeza —. Además —añado, ahora con más dulzura—, puede que no estés con tu familia, pero estás conmigo. Y sé por lo que estás pasando. Mejor dicho, yo todavía no lo he superado.

Hugh coloca la mano en mi cintura, despertando una tenue sensación de calor en mi piel por debajo del vestido de muselina.

—Gracias.

—No hay de qué —le digo—. Me gusta que me cuentes tus cosas.

—Hay algo que deberías saber —me dice, esbozando una sonrisa dulce, lenta, como cuando el sol se filtra entre las nubes—, si quiero ser del todo sincero contigo. Lo que pensaba de tu talento para la interpretación carecía de fundamento. Acabo de verte actuar en la obra y lo cierto es que creo que tienes un poco más de talento que yo.

Hago un gesto de la mano para restarle importancia a su cumplido, con falsa modestia.

—Oh, por favor... Sigue.

Hugh me rodea la cintura con la otra mano, dándome la vuelta.

—Cuando actúas, brillas con luz propia. Tu alma irradia toda tu pasión por la interpretación. Eres maravillosa.

Me pongo de puntillas para besarlo, pero apenas si rozamos los labios cuando George, a unos noventa metros por delante, nos grita que nos demos prisa, rompiendo la magia del momento.

—¡Rápido! ¿Vamos a ir al pueblo o no?

Hugh me sonríe decepcionado y yo le suelto el hombro.

Nos lleva alrededor de otros quince minutos llegar a Chawton a pie. Si bien he pasado por este lugar varias veces, sigue pareciéndome asombroso. He estado en muchos estudios de rodaje en los tiempos modernos, diseñados y montados por artistas inteligentes y apasionados que dedican toda su vida a crear un mundo en miniatura lo más perfecto posible. No obstante, cualquier decorado de Hollywood pierde su encanto en comparación con la vida real. Chawton no se erigió hace una semana con la intención de desmontarlo de nuevo pasadas otras dos. Los relucientes escaparates no son decorados reutilizados de otras películas y pintados deprisa de otro color. Los pollos que graznan a sus anchas en las calles no tienen cuidador, a no ser que cuenten los niños que los persiguen sin que nadie

esté atento a ellos.

—Mantente a un lado de la carretera —le grita Hugh a George, llevándose las manos a ambos lados de la boca—. Solo nos falta que te atropelle un coche de caballos.

George enseguida hace como que lo ha atropellado un vehículo invisible y se desploma sobre los adoquines. Soy incapaz de contener la risa, aunque Hugh me regaña, diciéndome:

—No le rías las gracias.

Levanto a George tirándole de la manga y lo abrazo por detrás, rodeándole los hombros con los brazos. Le doy un beso en lo alto de la cabeza y, luego, lo vuelvo hacia la oficina postal.

—Has querido venir —le digo, retorciendo uno de sus rizos—. Ahora tienes que aguantarte y hacer los recados.

—Noooo... —gruñe el niño.

—Sí —replico—. Y te aburrirás como una ostra.

George se arrastra de mala gana hacia la oficina postal mientras yo vuelvo la cabeza para mirar a Hugh.

—¿Otra carta para el doctor Beckworth?

Se le hunden los hombros.

—Me temo que no sabré qué hacer si no responde a esta. He probado todo lo que se me ha ocurrido: le he recordado que le he escrito dos veces y me he ofrecido a duplicar la suma si nos envía una máquina eléctrica antes de que termine el mes...

Llevada por la curiosidad, le tiendo la mano. Empiezo a sospechar que en las cartas anteriores faltaba un poco de tacto.

—¿Puedo leerla? Sé que la vas a enviar ahora, pero tal vez le falte algo.

—Haré lo que sea —dice, sacando la carta de su abrigo y rompiendo el lacre de cera—. La alternativa es viajar a Londres y conocerlo en persona a la desesperada. Si se te ocurre algún otro plan, estaré encantado de intentarlo.

Tomo el papel y me apoyo en la pared de la oficina de correos para leerla. Se confirman las sospechas que albergué cuando Hugh describió el contenido de la carta de esa forma. Hubo una vez en la que me preguntaba qué podría hacer mal Hugh Balfour en la viday la respuesta parece ser... escribir cartas. Su mensaje es cortante, impersonal y sin rodeos: ofrece dinero a cambio de la máquina, como si de una mera transacción se tratara. Por no hablar de que le recuerda a Beckworth que todavía no le ha respondido, el equivalente de la Regencia a un correo

electrónico que dice: «Como te comentaba...».

—Hugh —le digo—, ¿alguna vez se te ha ocurrido pensar que el doctor Beckworth sí podría responder si añadieras alguna que otra... floritura?

—¿Floritura? —Se le ve un poco ofendido, y se inclina hacia mí para susurrarme: ¿Me estás diciendo que debería engalanar mis palabras como el señor Collins y su tediosa correspondencia?

Yo me encojo de hombros.

—Tampoco hay que pasarse, pero algún que otro cumplido no estaría mal.

—Pero es una cuestión de negocios —insiste Hugh, cuyas mejillas se han sonrojado de la manera más adorable posible—. No estoy cortejando a este hombre.

—¡Puede que para él no solo sea una cuestión de negocios! —le recuerdo con dulzura—. Es un proveedor de aparatos tecnológicos de lo más insólito. Un inventor, la verdad sea dicha. Seguro que se enorgullece de su profesión, como tú con la interpretación. Tal vez nos saldríamos con la nuestra si le infláramos el ego un poco.

—Confío en ti a ciegas —contesta—. Supongo que deberíamos ir a comprar una pluma para que añadas la posdata. Tu versión, claro está, será mucho mejor que la mía.

Deambulamos por el pueblo, en busca de una tienda que venda artículos de papelería, y nos deleitamos con todas las mercancías coloridas con las que nos encontramos a nuestro paso. Me sorprende lo bien que se encuentra George a pesar del cansancio físico. No es muy mayor, pero si millones de niños de seis años tienen la energía suficiente para patearse Disneylandia, imagino que para ellos nada es imposible si están bien motivados. Hugh paga un chelín a cambio de los productos —un frasco de tinta y una pluma—. Entramos en The Crow and Crown porque necesitamos agua para humedecer la tinta y ahí, en el *pub*, escribo la posdata: un párrafo rimbombante cargado de elogios efusivos para halagar y embaucar al maravilloso doctor. Le digo que lo considero todo un genio y que a mi boda le faltaría algo si no pudiera poner a prueba su experimento en plena fiesta.

Después de enviar la carta camino a Londres, nos ponemos de nuevo en marcha hacia Highground. George corretea por delante de nosotros y Hugh se vuelve hacia mí, inseguro.

—Esperaba levantarte el ánimo con este paseo. ¿Te lo has pasado bien?

—Hoy me lo he pasado muy bien —respondo. Lo miro, sintiéndome en parte

culpable—. Verás que es posible divertirse. Con el tiempo. Es difícil no divertirse cuando estoy viviendo el sueño de mi madre. —Extiendo los brazos todo lo posible, como si tuviera alas enormes. Siento que estoy intentando abarcar todo el planeta—. Estamos viviendo un milagro, Hugh. Tenemos que disfrutarlo al máximo mientras dure. Si no, ¿de qué habrá valido?

Se detiene en seco, volviéndose para contemplar la silueta del pueblo que, a la luz del crepúsculo, comienza a difuminarse. Hay un farol encendido justo fuera de la posada de la que acabamos de salir, The Crow and Crown.

—Tienes razón —me dice—. Tienes toda la razón.

—Cómo me gusta que me digas eso..., pero ¿en qué tengo razón exactamente?

—Puede que no dure mucho más —dice, mientras danza en sus labios el amago de una sonrisa—. Si la máquina funciona, volveremos a casa en cuanto llegue. Hasta entonces, deberíamos hacer todo aquello que Austen querría que hiciéramos.

Me llevo una mano a los labios, pensativa.

—Y, dime, ¿qué es lo que querría que hiciéramos?

Hugh me ofrece el brazo y yo entrelazo el mío con el suyo.

—Creo que deberíamos organizar un baile.

CAPÍTULO 23



Mientras el sol desciende por el horizonte, tiñendo el camino rural de un rosa apagado, me aferro con más fuerza al brazo de Hugh —noto su bíceps tenso a través de la tela del abrigo, como piedras bajo la superficie de un lago poco profundo— y apoyo la mejilla contra su hombro. En voz baja, le pregunto:

—¿Por qué lo haces?

¿Cómo puede ser que el mismísimo Hugh Balfour, mi coestrella cascarrabias, se haya ofrecido en serio a celebrar un baile? Hugh, que hacía todo lo que estaba en su mano para evitar toda interacción en la época en la que nacimos, ¿ahora pretende comprometerse a una labor tan exigente desde el punto de vista social como organizar un baile rural? ¡Absurdo! Absurdo y... adorable.

Me distraen sus largas pestañas negras cuando baja la mirada hacia mí con una sonrisa sarcástica. Casi aletean contra sus mejillas, como besos de mariposa sobre porcelana.

—Sabes por qué lo hago —me responde, hablando en voz baja, al igual que yo, casi como si estuviera ronroneando.

—No lo vas a disfrutar nada —amenazo.

—Discrepo —contesta él con mucha educación—. Porque creo que a ti te va a encantar. Y creo que disfrutaré viendo que te encanta.

Se me sonrojan las mejillas; estoy convencida de que, de pronto, se han teñido del mismo color rosado del cielo.

—No sabía que fueras así de tierno.

—No hace falta que mientas —contesta, riéndose.

Yo arrugo la nariz y Hugh, que ha reparado en mi gesto, carcajea incluso más. Me cubro la nariz con la mano y me quejo:

—¿Qué? ¿De qué te estás riendo?

Se encoge de hombros, desviando la mirada hacia el horizonte.

—No debería decirlo.

—¿Me vas a dejar así?

—No, de verdad que no debería decirlo —insiste—. No quiero meterme en problemas. No se me dan bien las palabras, Tess. Muchas veces quiero hacer un comentario cortés, un cumplido, pero siempre se me malinterpreta. Claro que no puedo culpar a la otra persona cuando me cuesta tanto decir lo que quiero expresar.

Me muerdo el labio inferior, haciendo un puchero sensual de manera intencionada. Veo que sus ojos de color ónice se detienen en mi boca.

—Dímelo —le pido—. No te lo echaré en cara. —«A no ser que, en el fondo, quieras que te lo eche en cara».

Hugh se vuelve a reír: es la risa propia de un hombre que sabe que acaba de caer en una trampa.

—Me gusta... tu nariz —admite—. No es la típica nariz operada que tiene la mayoría de las actrices estadounidenses. Se nota que es algo que has heredado.

Me cubro la nariz con las manos, pensativa. Hugh parece nervioso, de modo que lo saco del aprieto:

—No estoy enfadada. Qué interesante. Nunca lo había visto así.

Jamás había pensado en mi nariz de esa manera: el centro del semblante de mi madre, una preciosa herencia reflejada en el mío.

Lo cierto es que no siempre me ha gustado mi nariz. Es un poco respingona, rozando el límite de lo permitido en Hollywood, sin salirse de los estándares de belleza convencionales. Estilo Emma Stone, como me dijo mi agente en una ocasión. Y eso es todo un cumplido en comparación con los motes que me ponían mis compañeros de clase en secundaria, en la época del aparato dental, la ropa de mercadillo y el acné preadolescente.

—¿Sabes qué? —le digo, señalándome la nariz —. Cuando tenía diez años, un niño me llamaba Peppa Pig.

Hugh se atraganta con la risa.

—¿¡Peppa Pig!? Dios mío, qué tiempos. A Floss le encantaba Peppa Pig.

Yo suelto una risita sin poder evitarlo.

—Te lo juro como que me llamo Tess.

Hugh me mira con malicia.

—¿Y qué le hiciste?

Pestañeo con inocencia.

—¿Qué te hace pensar que le hice algo?

Niega con la cabeza, divertido.

—Por la forma en la que defendiste a Isabella en la colina y pusiste a Phoebe en

su sitio, dudo que esa fuera la primera vez que te encarabas a un abusón.

—No fue... —Me he ruborizado, y no debe de parecer el atractivo sonrojo de una dama—. No fue nada de otro mundo. Le gruñí: «Oink, oink».

Se hace el silencio unos instantes.

—Perdona, ¿qué?

Se me hace un nudo en la garganta, pero sigo adelante con la anécdota:

—Cada vez que me llamaba Peppa, le decía: «Oink, oink». Sin parar.

Hugh se detiene y se dobla, desternillándose de la risa.

—Tú... Tú... decías «Oink»...

—Bueno, ya está bien —le digo—. Reincorpórese, soldado.

Pero él apoya las manos en las rodillas. Le cuesta tanto respirar que George vuelve hasta nosotros para cerciorarse de que a Hugh no le está dando un patatús.

—Parece que tienes una turuta metida en la garganta —le digo con total naturalidad, lo que hace que se ponga a carcajear incluso más—. En fin —prosigo como si nada; será mejor acabar ya con esto—, llegó un momento en el que Frankie Matarazzo se cansó tanto de mis gruñidos que empezó a fingir que no existía. Me evitó hasta que terminamos la escuela.

Hugh alza la mirada hacia mí, tapándose esa sonrisa contagiosa con una mano.

—Lo sometiste a base de irritarlo.

Asiento, complacida de que aprecie mi estrategia juvenil.

—No sé de qué me sorprendo, la verdad —comenta—. Todo apuntaba a que nuestra enemistad también habría acabado así. No ibas a dejar que me comportara como un imbécil para siempre.

—No —digo, balanceándome sobre las plantas de los pies mientras él se reincorpora—. No, no iba a permitirlo.

—Era una guerra y habrías usado tus armas de irritación contra mí —apunta Hugh con solemnidad, como si estuviera orgulloso de mí.

—Era una guerra que habrías perdido —le aseguro.

En ese instante, el pequeño George me toma de la mano y me mira con esos grandes ojos marrones tan propios de los Balfour.

—¿Qué es una turuta? —me pregunta con toda la inocencia del mundo.

Y Hugh se desternilla de la risa otra vez.

* * *

Cuando volvemos a Highground, siento que he dejado todas las preocupaciones atrás. Ya que Hugh y George han conseguido que me olvidara de mi episodio

dramático, supongo que esperaba que los demás también se hubieran olvidado, pero, por desgracia, nunca es así, ¿verdad?

Cuando entramos al vestíbulo, se oye el tintineo de la porcelana: los sirvientes están poniendo la mesa para la cena. George corre hacia la sala de estar y trepa hasta el regazo de su padre para contarle todas las cosas maravillosas que hemos visto en el pueblo. Pero, si bien al señor Balfour se le ve contento, parece evidente que los Crawford le han contado a la tía Fanny que antes me derrumbé, ya que los tres me miran fijamente con distinto grado de preocupación.

—¿Se encuentra bien, querida? Me he enterado de que esta tarde estaba un poco... indispuesta. Por regla general, cuando una joven dama no se encuentra bien no le recomiendo que vaya a pie hasta el pueblo.

—Oh, tía, no la regañe —dice el señor Crawford; pese a que hace todo lo posible por mostrarse animado, habla con voz tensa—. Estoy seguro de que su sobrino ha cuidado bien de su prometida. —Cecelia mira fijamente a su hermano, pero él no aparta los ojos de mí—. No, no permita que la señora Campbell la desanime. Está usted radiante. Ha recuperado el brillo del semblante y sus ojos están llenos de vida y de luz.

Puesto que sigo con la mano en el brazo de Hugh, noto que se le tensan los tendones del antebrazo al cerrar el puño. Se le marca la vena de la sien. No obstante, se contiene, se hunde en la silla más cercana al señor Balfour y a George y se pone a hablar con ellos. «Está celoso», pienso maravillada. Aunque cualquiera que tenga ojos entiende que el señor Crawford es esa clase de hombre que flirtea con todo lo que se menea y que, por tanto, no se le puede hacer mucho caso. Y Hugh también estuvo celoso del señor Armstrong antes de echarlo de esta casa a puñetazos. De pronto llego a la conclusión de que Hugh Balfour no es ni frío ni estricto, como pensaba en un principio..., sino pasional. Simplemente hace todo lo que está en su mano para ocultarlo bajo esa fachada imperturbable. Así y todo, en los últimos tiempos le está costando más. Algo en él está cambiando. Esa pasión oculta en las profundidades está emergiendo hasta la superficie. Y no es por presumir —aunque siendo actriz lo llevo en la sangre—, pero tengo la ligera sospecha de que esta metamorfosis tiene que ver conmigo.

Y me gusta. No voy a mentir.

* * *

En algún momento de la noche, me reincorporo de golpe en la cama. Tengo la piel cubierta de un sudor frío y las sábanas enrolladas en torno a las pantorrillas.

Oigo un golpecito en la ventana. Con la respiración acelerada, miro hacia el lugar de donde proviene el sonido. Otro golpecito. Seguido de más. Tic, tic, tic. Están lanzando algo contra el cristal. Me levanto para investigar y me asomo por la ventana con el camisón blanco puesto: el señor Crawford está tirando desde el jardín pequeñas piedras. Perpleja, me paso los dedos por el pelo para asegurarme de que no estoy muy despeinada y abro la ventana.

—¡Señor Crawford! ¿Qué diantres está haciendo?

Me dedica una radiante sonrisa, quitándose el sombrero como todo un caballero.

—Señora Bright, ¡qué encantadora está recién levantada! No lo dudaba, pero usted no deja de superar cualquier expectativa. He venido ante usted cual Romeo esta mañana, rebosante de versos, y ahora entiendo a qué se refería cuando dijo: «El resplandor de sus mo-fle-*tess* humillaría a las estrellas, como la luz del sol frente a una vela».

Me inclino contra el borde del alféizar, incrédula.

—Volviendo a mi pregunta..., ¿qué diantres hace usted aquí?

El señor Crawford se muerde el labio, presa de un alegre remordimiento. El iluminado se pone a parafrasear a Romeo otra vez:

—¡Mirad cómo apoya la mano en la mejilla! ¡Oh, ojalá fuera yo un guante sobre esa mano para así acariciarla!

No respondo, sino que le lanzo mi mirada más escéptica. Se desmoraliza, como si estuviera avergonzado.

—Quería ver cómo se encuentra —admite, dejando atrás toda pretensión—. Se la veía tan... desolada ayer. Mucho me temo que yo soy el culpable. He apremiado a la gente de nuestro hermoso pueblo a unirse a mi proyecto de teatro, pero lo único que hemos conseguido ha sido un episodio de violencia y una hermosa mujer en un mar de lágrimas. Por eso, creo que tiraré la toalla. Abandonaremos al señor Shakespeare antes de que vaya a peor.

Es un alivio saber que ya no estaré atrapada en los ensayos de *Noche de Reyes*, pero sigo sin entender por qué el señor Crawford no pudo darme esta buena noticia en público.

—¿Y por eso ha venido a lanzar piedras a mi ventana? —pregunto con ligereza.

Agacha la cabeza con timidez.

—No solo es por eso. También quisiera preguntarle cómo se encuentra y temía que no tendría la oportunidad de hablar a solas con usted hoy, ya que el señor Balfour es algo protector. —Contrae el rostro en una mueca de resignación y

desagrado, y me queda claro que este comentario sobre Hugh no pretende ser un cumplido.

Me tenso al oír que lo menciona.

—Es un buen hombre, ¿sabe? Ayer fue muy atento con mis sentimientos.

—Oh, sí —admite el señor Crawford—. Puede ser encantador cuando se lo propone. Pero no siempre se lo propone, ¿verdad?

Me quedo mirándolo, desconcertada por su franqueza. Saco la cabeza por la ventana y miro a ambos lados de la gran casa. Estoy en el segundo piso de altura: no me habla en susurros precisamente, pero parece que se cree que puede insultar a Hugh alegremente. Por supuesto, sé mejor que nadie que Hugh es un cascarrabias, pero el señor Crawford no le ha dado ningún motivo para que lo critique. No me parece justo.

—Puede llegar a ser un poco... distante —le concedo—, pero es una gran persona en el fondo. Es imposible saber por lo que está pasando alguien por dentro. —Hablo con cierto tono de reprimenda, y resulta evidente que el señor Crawford lo nota, porque se pone pálido.

Sin embargo, por muy mortificado que esté, no se acobarda. Se acerca unos pasos a mi ventana, obligándome a mirar hacia abajo para verlo. Habla en voz alta y confiada:

—Puede que yo no sepa por lo que está pasando él, pero sé por lo que está pasando usted.

Estoy desconcertada.

—Ah, ¿sí?

Asiente.

—Una vez estuve prometido. Se llamaba Violet. Fue mi primer amor. Tal vez éramos muy jóvenes, ahora que lo pienso. Siempre he sido de los que se lanzan de cabeza, sin pensarlo. De los que se dejan llevar por los sentimientos. Por el instinto. Mi familia quería que tuviéramos un noviazgo largo para compensar lo jóvenes que éramos. Pero ella cayó enferma en el primer invierno y la perdí. He sido incapaz de volver a amar desde entonces. Pocas tienen su luz. Su pasión por la vida.

Instintivamente, me llevo la mano al corazón. Nunca hubiese dicho que el señor Crawford es de los que tienen un pasado trágico. De inmediato, cambia la forma en la que veo su actitud y sus rasgos, se añade un matiz especial a su carácter alegre y sus sonrisas anchas: hay cierta desesperanza en todo ello.

—Oh —digo, conmovida—, ojalá pudiera ofrecerle alguna palabra de consuelo.

Pero sé a la perfección que no hay nada que pueda decirle. Tan solo espero que el dolor... se mitigue con el tiempo.

Se le anegan los ojos oscuros en lágrimas.

—Porque jamás desaparecerá —afirma. Se pellizca el puente de la nariz con el índice y el pulgar unos instantes y luego recobra la compostura—. Le doy mi más sincero pésame por la muerte de su marido, señora. Ayer recitó los versos de Shakespeare con gran sentimiento, movida por el duelo si no me equivoco. Jamás he superado el fallecimiento de Violet. Para usted también debe de ser difícil reemplazar a su ser querido.

—Es imposible —me falla la voz.

—Es usted una buena mujer —dice el señor Crawford con firmeza—. Se merece a un buen hombre. A alguien que la cuide. Que la proteja del mundo.

Con eso pierde algunos puntos. Una consecuencia inevitable de venir de otra época. No quiero que nadie me proteja del mundo. Quiero a alguien con quien compartir ese mismo mundo. Pero, en todo caso, sé que tiene buenas intenciones.

—Sé que está intentando ser amable conmigo —le digo, preparada para acabar con la conversación—, pero temo que odia tanto al señor Balfour que ha venido hasta aquí para convencerme de que no me case con él por puro rencor.

—¿Y qué si es cierto? —Aguza los ojos como un perro en plena caza—. Tal vez mis intenciones sean descorteses, guiadas más por la venganza que por la caballerosidad. Sea como fuere, corre usted peligro. No puede fiarse del hombre que ha escogido. ¡Tenga cuidado, señora Bright!

Se me acelera el corazón.

—Usted no sabe lo que dice. No lo conoce.

—Tal vez debería admitir, señora Bright —contesta, desvergonzado—, que es posible que lo conozca un poco mejor que usted.

Meto la cabeza en el dormitorio y cierro la ventana de golpe.

CAPÍTULO 24



En el tiempo que llevamos aquí me he dado cuenta de que Hugh se levanta al amanecer —por una rutina diaria de ejercicio que ni tan siquiera un viaje en el tiempo ha podido cambiar— y, al parecer, la tía Fanny también. Hugh y yo tenemos pensado dar un paseo a caballo, pero, cuando nos acercamos a la puerta del jardín, la tía Fanny nos intercepta, agarrando a Hugh del brazo y arrastrándolo al comedor. Debe de pensar que su «sobrino» es un niño como George.

Nos manda sentarnos, con un susurro, frente a ella en la mesa del comedor.

—¿No habéis notado nada extraño en el comportamiento de Cecelia desde que llegó?

Hugh y yo intercambiamos una mirada culpable, pero no decimos nada. Por suerte, la tía Fanny es una de esas personas a las que les gusta hablar, así que no hace falta que contestemos de inmediato.

—Se está comportando de manera extraña. La he invitado porque mi hermana me ha dicho que llevaba un tiempo algo triste y melancólica. Pensé que un cambio de aires le sentaría bien, pero el aire libre del campo no parece haberla ayudado en nada. ¿Estará enferma? Pero no ha dado muestra de ningún síntoma, aparte de la palidez y la falta de ánimo. Veamos, tengo una teoría y me gustaría que reflexionarais al respecto. ¿Estará sufriendo por un mal de amores del que no tengamos constancia?

Me cubro la boca con la mano, al tiempo que Hugh se queda mirando a Fanny, sin palabras.

—¡Vamos! —nos apremia, sacudiendo las manos—. ¡No os quedéis ahí sentados de brazos cruzados! Es de la familia. Tenemos que descubrir qué le ocurre. A ver, Hugh, creo que pasaste unos meses con ella y con William antes de marcharte al extranjero. ¿No recuerdas si se comportaba de manera diferente por aquel entonces? Yo tenía la impresión de que era una muchacha vivaz y alegre, pero ahora parece medio muerta.

Noto una piedra en el estómago mientras veo que Hugh va entrando en pánico.

Aun así, consigue sacar a relucir su excusa comodín:

—Tengo que co-confesar, tía Fanny, que no recuerdo bien aquel momento. Estoy convencido de que Cecelia es una muchacha maravillosa, pero mi memoria no es lo que una vez fue.

La tía Fanny relaja el rostro, decepcionada, y él añade algo más en una voz tan baja y taciturna que estoy segura de que está pensando en la enfermedad de su padre:

—Lamento no poder ayudarla, tía. Me duele en el alma que mi memoria esté tan afectada. Siento que la he... que la he decepcionado.

Fanny se apresura a responder con delicadeza:

—Oh, querido. —Se estira para darle unas palmadas en la mano—. No te preocupes. Tu familia no te culpa por tus lapsus de memoria. No digas una cosa así.

Hugh traga fuerte, con la mirada baja.

Un sentimiento de pesar se arrastra por todo mi estómago como un gusano. Me siento fatal por Hugh, que ha de hacer frente a la enfermedad de su padre desde la distancia —al menos yo pude estar con mi madre en el peor momento—. Pero también me angustia la tragedia de Cecelia y la posición nada envidiable de Hugh. Él no la ha abandonado, pero ahora que está aquí, enfrentándose a las consecuencias, estoy segura de que se siente culpable.

—Lo sentimos mucho, tía Fanny —digo amablemente—. Ojalá pudiera ayudar. Pero no veo cómo.

La mujer frunce los labios como si estuviera chupando un limón.

—A mí también me gustaría hacer algo.

—Tal vez deberíamos tratar de animarla —propongo—. Hugh y yo estábamos pensando que sería buena idea celebrar un baile. Quizá Cecelia vea en ello una oportunidad de... alegrarse de nuevo.

La tía Fanny se interesa de inmediato por el asunto.

—Es una gran idea, Tess. Además, deberíamos organizar algo para celebrar vuestro compromiso. Y en cuanto a Cecelia, lo que necesita una dama joven y hermosa como ella es una buena oportunidad de dejarse ver en sociedad de vez en cuando.

Contengo la risa ante esa forma de decir que necesita irse de fiesta, pero la tía Fanny no lo nota.

* * *

Perfilamos la idea del baile en el desayuno con la familia, más que nada porque la tía Fanny nos ha quitado la iniciativa a Hugh y a mí nada más enterarse —y mejor así—. Considera que sería más conveniente celebrar la velada en la posada The Crow and Crown, en el pueblo, para no alterar tanto el descanso y la rutina del señor Balfour, y parlotea a toda velocidad y con gran entusiasmo sobre quiénes deberían recibir una invitación. Se detiene, lanzando miradas insinuantes a Cecelia, en los nombres de cualquier hombre rico y soltero que podría estar interesado en asistir. Si pretende presentarle a alguien nuevo para resolver el problema, tiene todo mi apoyo. Tal vez usar a un chico de segundo plato es lo único que puede hacer una en circunstancias como estas.

Me siento en la obligación de advertir a Hugh que el señor Crawford también está al tanto de su papel en todo este embrollo. No me apetece lo más mínimo, porque sé que solo lo voy a preocupar más, pero por otro lado, si tanto aprecio que sea sincero conmigo, yo debería tratarlo de la misma forma. En el desayuno, le llamo la atención rozándole la rodilla con la mano por debajo de la mesa. Me mira y yo abro mucho los ojos, señalando con un leve gesto de la cabeza el jardín.

—Después de desayunar.

Asiente.

Nos escabullimos en cuanto retiran los platos. El cielo es de un color azul sublime, paradisiaco. Noto que observa mi figura con admiración mientras lo guio entre los rosales. Espero que no piense que lo he traído a una cita clandestina, porque menuda decepción se va a llevar.

—¿Ha pasado algo? —pregunta, reparando en mi gesto de preocupación—. Dímelo.

Lo acerco a mí, pero me distraigo con su fragancia cítrica; la huelo a pesar del aroma de las flores que nos rodean. O siento que la huelo; tal vez sea fruto de mi imaginación. Tal vez Hugh no huela mejor que el resto de la humanidad. Tal vez crea que tiene un olor único porque anhelo su piel en contacto con la mía. Puesto que despierta todos mis sentidos incluso en sueños, mi cuerpo se activa automáticamente en la vida real cada vez que se me acerca.

—Sé que no va a servir de nada, pero esta mañana hablé con William Crawford y no hay duda de que sabe lo que pasó entre Cecelia y tu tío.

—¡Maldición! —se lamenta—. Tenemos que marcharnos de aquí, Tess. Por mil motivos diferentes.

—Como, por ejemplo —añado—, que me preocupa que al señor Crawford se le crucen los cables y te rete a un duelo al amanecer. Evítalo en la medida de lo

posible.

Suelta un quejido mientras se masajea las sienes.

—Entendido. Gracias por avisarme. No sé cuánto tiempo podremos seguir así...

Se oye un grito en el jardín en ese instante. George aparece correteando hacia nosotros y agitando un papel por encima de la cabeza.

—¡Hugh! —grita, mientras se impulsa como patinando hasta detenerse ante nosotros—. ¡Te ha llegado una carta! —Como un torbellino, se la lanza como si fuera un avión de papel antes de echar a correr por el jardín de nuevo, pidiendo a gritos que lo persigamos.

Ni Hugh ni yo cumplimos esta vez su deseo. La carta es demasiado importante. Me pasa el sobre, donde aparece escrita la dirección del remitente, de Londres. La envía el doctor Elias Beckworth. Me mira con unos ojos de expresión triunfante. Rompe el sobre y lee el contenido. Habla con voz ronca, por la emoción y el alivio manifiesto:

—Nos enviará una máquina. Volvemos a casa.

—¡Volvemos a casa! —grito a pleno pulmón, brincando de la emoción.

—Volvemos a casa —murmura de nuevo, agarrándome por la cintura para acercarme a él.

En un abrir y cerrar de ojos, estoy en sus brazos, como si ese fuera nuestro estado natural: unirnos una y otra vez, desafiar las leyes de la física. Lo beso por instinto. Estamos contentos y juntos, así que es de esperar. No quiero que este abrazo termine jamás. Me gusta estar aquí, a salvo, que me ciña en sus brazos. Todas y cada una de las partes de mi cuerpo se despiertan y se acaloran, estoy preparada para fundirme en él y desaparecer de este plano de la realidad. Cuando nos separamos, no puedo evitar suspirar.

Hugh lee la carta de nuevo, temblando de la emoción.

—¡Tenías razón! —comenta, entusiasmado—. Incluso rechazó el dinero extra. Dice que lo consideremos un regalo de boda para una encantadora y joven dama. ¡Con un buen cumplido se llega a cualquier lado!

Le acaricio la barba de tres días del mentón.

—Deberías practicarlo más.

Los ojos de Hugh arden mientras me contempla. A ninguno de los dos le importa el decoro en este día maravilloso, aquí, juntos, bajo este sol radiante.

—Como si no fuera suficiente con ser arrebatadoramente hermosa, también eres un genio, Tess Bright.

Pestañeo, observándolo.

—Oh, no pares.

Hugh se ruboriza de nuevo y vacila un poco; no estaba preparado para que le pidiera otro cumplido.

—Siempre... siempre me dejas en vilo. Algo que, en cualquier otra circunstancia, detesto, pero contigo... es diferente.

—Te ha salido muy bien —lo animo, soltando una risita—. Uno más para poner la guinda al pastel.

Hugh pronuncia las siguientes palabras con rapidez, como si siempre las tuviera en la punta de la lengua:

—Eres un ser de luz. Y no lo digo tan solo por el brillo de tu figura. A veces, te veo y pienso: «Debe de haber una vela ardiendo por debajo de su piel». Toda tu alegría, todo tu amor, toda la bondad que derrochas se manifiestan físicamente en tu apariencia. Aunque, por pura lógica, sé que no es cierto. La explicación es muy sencilla: brillas porque, para mí, siempre eres el centro de todas las escenas. De cada habitación en la que entramos. La cámara, las luces y todo mi ser están fijos en ti.

Entreabro los labios. Por unos instantes, me quedo sin palabras. Me llevo la mano al pecho, donde el corazón me late a mil por hora. Nadie me había dicho nunca algo así, ni siquiera por exigencias del guion.

—Hugh —le digo, mientras las lágrimas me emborronan la vista—, eso es poesía.

Me alisa un rizo detrás de la oreja:

—Te lo suplico, no me obligues a seguir. No soy el héroe de una novela de Austen. Si, por un casual, he logrado decir algo elocuente, quisiera retirarme en lo alto.

Sonrío, casi cohibida en su presencia. Cada día que pasa, Hugh Balfour gana más espacio en mi corazón. Le concedo su deseo de dejarlo antes de que lo estropee, me ciño contra su pecho y leo la carta que sostiene en la mano.

—¿Cuándo llegará la máquina?

Hugh tuerce la cabeza para leer el escrito de nuevo conmigo.

—Parece que estará aquí dentro de dos semanas.

—¿Dos semanas? —Me recuerda algo.

—Dos semanas —responde Hugh, que sigue feliz en su ignorancia.

—Hugh —le recuerdo, sin perder la paciencia—. Dentro de dos semanas se celebra nuestra boda.

CAPÍTULO 25



Entre los preparativos para la boda y el baile que se celebrará antes, transcurre con rapidez una semana y media. Día a día nos preguntamos, con el alma en vilo, si la máquina llegará antes del toque de campanas que anunciará el enlace. Nuestra relación sería muchísimo más sencilla si consiguiésemos llegar a casa antes de pronunciar los votos y después aclarásemos lo que hay entre nosotros sin más presiones. Pero, a veces, cuando estoy tumbada en la cama, acurrucada en la oscuridad, rememorando ese discurso tan sincero y desgarrador del jardín, me pregunto si... sería tan malo estar en el altar a su lado.

Empiezo a darme cuenta de que lo que sentimos no para de hacerse más fuerte. Mi única pregunta es si seguirá siendo así cuando retomemos nuestra vida de verdad. ¿O todo esto no es más que fruto de las circunstancias descabelladas en las que nos encontramos, una mezcla de desesperación, ansiedad, deseo y gratitud que hace que nos derritamos cada vez que nos vemos? ¿Quién dice que estos sentimientos no se disiparán en cuanto pase todo el peligro y el suspense?

Una voz cínica y terrible se pregunta en mi cabeza si entre casarme aquí, en el pasado, o volver al futuro, regresar a casa no será la opción que me da más miedo. Aunque jamás le diría eso a Hugh.

Poco después me encuentro en The Crown and Crown, entre la tía Fanny y Cecelia. Estamos dando los últimos retoques al evento de esta noche y, aunque lleva taciturna toda la semana, la tía Fanny insistió en que Cecelia nos acompañara. En realidad, esta es la primera vez que las dos estamos juntas desde la breve discusión que tuvimos en el jardín.

Pero si vamos a ayudar a Cecelia a animarse con este baile antes de escaparnos a los tiempos modernos, tengo que aprovechar al máximo los días que nos quedan. Por suerte, se me presenta una oportunidad de oro cuando la tía Fanny nos deja un momento para hablar con el cocinero sobre los preparativos para esta noche. Estamos solas: es el momento de lanzarme.

—Esta posada es encantadora, ¿no le parece, señorita Crawford? —le pregunto, señalando la estancia donde hay una gran pista de baile con un suelo de reluciente

madera oscura.

Me mira de reojo con frialdad, pero me responde con un tono civilizado:

—No está nada mal, desde luego.

No pienso tirar la toalla por esto. Soy la reina del optimismo; a mí no hay quien me pare.

—¿No le encantan los bailes? A mí sí, por supuesto.

Cecelia me atraviesa con la mirada. Me contesta como si me estuviera haciendo un placaje de *jiu-jitsu*, pero sin perder la compostura:

—He aprendido que el éxito de un buen baile depende de la calidad de los invitados. No me cabe duda de que Hampshire hará lo que esté en su mano para estar a la altura.

Hago caso omiso de su insinuación.

—Me gustaría encontrarle un compañero de baile apropiado. Alguien que sea digno de usted. Es tan encantadora..., y me consta que a todos nos gustaría verla entrar la primera en la pista de baile y salir la última.

Cecelia suelta una carcajada amarga.

—Oh, pero es poco probable, ¿no le parece? Ya que el señor Balfour es uno de los anfitriones, le compete a él inaugurar el baile. Y, desde luego, su compañera natural ha de ser su prometida.

Razón no le falta. Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Señorita Crawford... —Me callo al no saber cómo terminar la frase. En casos así sonrío sin parar y sigo la corriente, pero no sé cómo agradar a Cecelia y hacerme su amiga.

—Señora Bright —dice ella, cuadrando los hombros y soltando un hondo suspiro—, ¿teniendo en cuenta estos intentos suyos de buscarme pareja, he de suponer que está al tanto de mi anterior relación con el señor Balfour?

Solo puedo emitir un débil gemido. Como no puede ser de otra manera, ella se lo toma como un sí.

—Entonces, si está usted al tanto del todo, espero que respete mi dignidad y mi inteligencia lo suficiente como para comprender que no deseo convertirme en su amiga del alma. No tenemos nada en común, a excepción del hombre que me ha quitado, e imagino que cualquier interés que tenga usted en mí no es más que fruto del deseo de quedarse con la conciencia tranquila. Ahora bien, espero que, si usted tiene un mínimo de decencia, no le revele a nadie lo que sucedió entre nosotros. Ya tengo la reputación de una solterona y no quisiera que también me

vieran como mercancía en mal estado.

Ahí le ha dado. Estoy a punto de llevarme una mano al vientre, esperando encontrar una navaja ahí clavada. Reúno el valor para hablar de nuevo, pero con una voz quebrada por la mortificación. No puedo negar nada de lo que me ha dicho, así que digo lo mejor que se me ocurre:

—Le prometo que jamás revelaré su secreto.

Cecelia hace una mueca de desprecio.

—¿Por qué debería confiar en usted? Confié en él y mire de qué me ha valido.

Un extraño escalofrío me recorre la espalda, como fruto de una fuerza cósmica, como si, en algún lugar del universo, mi madre estuviera haciéndome una señal para que la invoque en un juramento. Para darme permiso. Vacilante, extiendo las manos hacia la de Cecelia: el encaje de mis guantes roza el suyo. Me sorprende que no se aparte.

—Juro por el alma de mi difunta madre que no haré nada que dañe su reputación.

El color azul de los ojos de Cecelia se vuelve más intenso.

—No sé por qué, pero la creo.

Me tiro a la piscina.

—Mi madre era mi persona favorita, la más querida para mí en todo el mundo. Sé que no le interesan mis consejos, pero, tal vez, debería escuchar los de ella.

Cecelia aparta la mano de las mías con un elegante movimiento. Me mira con cautela.

—Prosiga.

—Mi madre siempre me decía que un hombre que la haga llorar no es un hombre, sino un chiquillo. Diría que si alguien es incapaz de ver el valor que hay en usted, esa persona no vale la pena.

Le tiembla el labio inferior. Incluso los británicos pierden la compostura de vez en cuando.

—He derramado muchas lágrimas por culpa de su prometido. ¿Qué dice eso de él?

Niego con la cabeza, dividida entre la fuerza de sus sentimientos y lo absurdo de las circunstancias.

—A usted y a su hermano les gusta Shakespeare. Identidades equívocas. El destino. Personalidades que cambian. Así que, en cierta manera, todo esto podría ayudarla a entender que... Lo único que puedo decir es que Hugh no es el mismo hombre que era cuando lo conoció usted. No quiere hacerle daño, pero es que él

es un juguete del destino. Espero... los dos esperamos que, de ahora en adelante, le vaya de cine.

—¿De cine? —replica extrañada Cecelia. Me doy cuenta de inmediato de que el cine todavía no se ha inventado, pero, por el tono de burla de su voz, me parece que ha entendido el significado por el contexto.

—Sé que parece que nunca volverá a irle de cine en la vida —sigo, agarrándome a un clavo ardiendo, en un intento de arreglar lo que no se puede arreglar—. Sé que ha sufrido mucho por él. Sé que ese dolor no desaparecerá así como así, pero...

—¿Lo ama usted siquiera? —La forma en la que me interrumpe me desconcierta. Hace un momento era fría como el hielo y ahora está encendida—. ¿Lo ama como yo lo amo? —prosigue, golpeándose el pecho con la mano—. ¿Acaso puede? Usted ya es viuda. Usted ya ha amado. ¿Por qué no me permite amar a mí? Un amor debería ser suficiente para una mujer decente.

Me embarga una oleada de dolor y desesperación, como si de pronto la fiebre se apoderara de todo mi cuerpo. Vuelvo a estar en la habitación de Thousand Oaks con las luces apagadas, las cortinas cerradas. Yo he amado, pero no de la manera a la que se refiere ella. Y me doy cuenta, de repente, de que para sentir que vuelvo a estar en esa habitación... en algún momento habré tenido que salir de ella. Creo que la abandoné de verdad cuando di un paso adelante con Hugh. Tan despacio que, en su momento, ni siquiera me di cuenta.

—Ahí es donde se equivoca usted —le digo, irguiéndome del todo, aunque sigo siendo mucho más baja que ella. Aun así, el gesto debe de surtir efecto, ya que parece encogerse delante de mí—. Un amor no es suficiente. No puede depositar todas sus esperanzas en una sola persona. No puede construir una vida entera basándose en un único rayo de esperanza. Si esa persona la deja o, Dios no lo quiera, se ve obligada a dejarla, no podrá deprimirse en la oscuridad el resto de su vida. No puede. Debe buscar el siguiente halo de luz. Hugh es el mío. Lamento que no haya podido ser suyo para siempre, pero hallará la manera de pasar página siempre y cuando se recomponga y lo intente.

La tía Fanny vuelve en ese momento a la habitación y yo guardo silencio, para cumplir con mi promesa. Solo espero que Cecelia me haya entendido.

* * *

Por la noche tomo asiento frente al espejo del tocador, contemplando mi reflejo. Hoy siento que soy otra persona. Tengo la sensación de estar flotando fuera de mi cuerpo, de ver mi imagen como si estuviera en la gala de estreno de una película y

mi cara estuviera agrandada en la pantalla del cine. Por otro lado, noto un cosquilleo en la piel, como si ya me hubiera tomado unas cuantas copas de más, y esa sensación es la única prueba que tengo de que este cuerpo sigue siendo el mío.

Tengo el pelo recogido con esmero en lo alto de la cabeza, rociado de pequeñas perlas. El traje de seda blanco, tan sencillo como elegante, me brinda un aspecto juvenil, casi angelical, y la tela parece brillar a la luz de las velas de mi habitación.

Voy a asistir a un baile. Es increíble. La mejor, la más deliciosa, la más llamativa de las escenas de cualquier adaptación. Si mi madre me pudiera ver ahora mismo... si mi madre me pudiera ver ahora mismo, me daría un beso en lo alto de la cabeza, me apretaría los hombros y me diría que disfrutara al máximo de cada segundo.

Y con las brasas incandescentes de todo lo que le dije a Cecelia en mi pecho..., estoy dispuesta a aprovechar la oportunidad con Hugh. Significa mucho más para mí de lo que yo pretendía en un primer momento. Le he dado un pedazo de mi corazón y lo ha tomado entero. Seguro que ni siquiera es consciente.

Esta noche pienso dejárselo claro.

CAPÍTULO 26



Hugh me tiende mi chal cuando bajo las escaleras. Y me parece que no solo lo hace para interpretar el papel de prometido enamorado. Me parece que también lo hace para tener una excusa para rozar la piel desnuda de mi brazo cuando coloca la tela de seda sobre mis codos y la extiende con mucho cuidado por debajo de los lóbulos de mis orejas. Durante unos instantes, tengo la impresión de que va a rozar los labios contra mi piel, pero demuestra un autocontrol que casi me mata. Se detiene a pocos milímetros de mi oído y murmura, como si estuviera en mitad de una plegaria:

—Estás encantadora esta noche.

Me vuelvo hacia él, me tiembla el labio inferior de puro deseo.

—¿Solo esta noche?

Me toma la mano y, con cortesía, se inclina para besarme los nudillos.

—Todas las noches. Siempre. Y maldigo la seda de estos guantes que nos separa.

Alzo el mentón hacia él, radiante. Esta vanidad de actriz no me la quita nadie.

Cuando todos estamos preparados para marcharnos —incluidos el señor Balfour y George, que no podrán participar en el baile, pero que parecen entusiasmados por sumergirse en el ambiente festivo que nos espera—, salimos juntos a la oscuridad de la noche. Al entrar en el recibidor de la posada, me doy cuenta de que todo parece sacado de un sueño. Los sonidos de la fiesta me abruman y me atraen a la vez: la dulce algazara, el tintineo de las copas de vino, las carcajadas. El trío de músicos que hemos contratado —violín, flauta y piano—, interpreta una briosa y exquisita melodía. Por una vez en esta estricta sociedad de la Regencia, nuestros amigos y vecinos parecen soltarse y olvidarse de las formas: contemplan el mundo con un deleite espontáneo. Me separo del brazo de Hugh y me doy la vuelta para verlo todo. El bullicio del gentío tapa mi risa exultante. Me vuelvo otra vez para mirar a Hugh y ver si todo esto le gusta tanto como a mí, él me está mirando como si estuviera absorbiendo la luz del sol. Me parece que no ha perdido ni un segundo en contemplar la estancia.

—Esto es real —le susurro—. ¿No quieres echar un vistazo?

—No me hace falta —dice, señalándome—. Está justo aquí. Aquí la tengo.

—¿De qué hablas? —pregunto entre risas.

—De la razón —me dice—. Cuando llegamos aquí, me dijiste que tenía que haber una razón. Pues bien, acabo de encontrarla. Esa mirada tuya.

—¿Me harías el favor de bailar conmigo? —le pregunto, abrumada por la suerte que estoy teniendo.

—Pensaba que nunca me lo ibas a preguntar —bromea.

* * *

Inauguramos el primer baile. Mis pies danzan la cuadrilla como si hubiera nacido y crecido para ser una dama de la Regencia. Como si llevara toda la vida ensayando para esto. Lo cual supongo que es cierto, en el plano espiritual, aunque, siendo más pragmática, debería agradecérselo a las clases de danza para las escenas de baile de *La abadía de Northanger*.

Si bien el señor Balfour es, técnicamente, el anfitrión del baile, pues la tía Fanny se encargó de todos los preparativos para cumplir el deseo del anciano de celebrar nuestro compromiso, somos Hugh y yo quienes tomamos las riendas de las danzas, ya que él no está en posición de hacer tal cosa y nosotros somos los invitados de honor. Como dice el querido señor Woodhouse en *Emma*: «Una novia es siempre la persona más destacada».

Como no puede ser de otra manera, Hugh estuvo tan atento a las clases de danza como yo, aunque, todo hay que decirlo, sus movimientos son algo más mecánicos. Es algo que me habría molestado en el rodaje de *La abadía de Northanger*, pero ahora esbozo una sonrisa. Le pega bailar así. Acorde con su personalidad. Mi querido hombre robot.

—¿De qué te estás riendo? —me pregunta la siguiente vez que nos aproximamos siguiendo los pasos de la danza. Otra cosa maravillosa que tienen los bailes de la Regencia: permiten que la pareja comparta pequeñas confidencias de una manera que sería impensable en las discotecas de Los Ángeles, con el ruido sordo del bajo y la música a todo volumen.

Le dedico una pícara sonrisa.

—¿De qué va a ser? De ti.

Cuando nos conocimos, se habría ofendido con esa respuesta, pero ahora me parece que me conoce un poco mejor y me devuelve la mirada con una paciente sonrisa.

—¿Y qué he hecho que sea tan gracioso?

—Tú siempre eres gracioso. Eres esa clase de hombre que hace gracia aunque no quiera.

Se lo piensa.

—¿Eso es un cumplido o un insulto?

—Oh, un cumplido, desde luego —le prometo—. Cuánto me gusta reír...

Hugh esboza una sonrisa traviesa cuando termina el baile y me hace una reverencia.

—A tu servicio.

En el siguiente baile, nos vemos obligados a cambiar de pareja por educación. El señor Dereham no tarda en pedirme un baile y Phoebe hace lo propio con Hugh. Mi pareja no parece atenta —no deja de buscar a Isabella con la mirada—, y me alegro de no tener que darle conversación para poder pasarme todo el baile admirando a Hugh desde la distancia. Tal vez debería sentir envidia al ver que Phoebe, quien, sin duda alguna, estuvo atraída por él, se ha convertido en su pareja de baile. No es el caso. Entre todos los giros, las filas de personas que nos separan y la precisa coreografía, no dejamos de mirarnos desde los extremos de la pista de baile. Ardo en deseos de apartarle de la sien un rizo que le ha caído sobre la frente por el movimiento. Esa caricia, un leve roce, desataría un incendio desde la punta de mis dedos hasta el último centímetro de mi cuerpo.

Por fin entiendo lo que es el anhelo. No es casualidad que varias de las historias de amor más apasionantes de todos los tiempos se ambienten en la Regencia. Porque, cuando la sociedad no te permite saciar tu pasión con el contacto físico, una no puede parar de imaginarse el contorno del cuerpo de su amado. Ardo en deseos de que se quite los guantes blancos y se aferre a mis manos. He tocado las manos de docenas de hombres a lo largo de mi vida, pero ahora hasta el gesto más inocente es símbolo del fruto prohibido. Casi me mareo solo de pensarlo.

Noto una sensación de calor entre las piernas mientras lo contemplo y no pongo freno a mi imaginación. Seguro que me he saltado algún que otro paso en esta danza en particular, porque no estoy prestando la más mínima atención. Pero me trae sin cuidado. Cuando termina el segundo baile, Hugh vuelve a mí. No puedo disimular el alivio que siento al acercarme a él de nuevo, pero el fuego de deseo que me corroe no se apaga al recorrer la distancia que nos separa. Es una tortura estar tan cerca de él. Nuestros cuerpos están hechos para unirse: ¿qué clase de sociedad demente haría todo lo posible por evitar lo que es natural y bueno?

Hugh fija sus ojos negros en mí con una intensidad devastadora.

—Ya no sonríes. ¿Acaso no cumple el baile con todas tus expectativas?

Suspiro, sumida en un sueño.

—Es mucho mejor de lo que cabía esperar. Pero ahora mismo me cuesta concentrarme.

—Inténtalo al menos —me dice, riéndose entre dientes. Alzamos los brazos hacia el otro, caminando en torno al otro como leones hambrientos en plena caza —. Pronto iremos a casa. Dudo que volvamos a asistir a otro baile, así que disfrútalo mientras dure.

Me desanima oír eso. Por muy necesario que sea volver a casa, también me dará mucha pena despedirme de esta época.

—En todo caso —añade Hugh—, no se me ocurre un final más grandioso que un baile, ¿eh? Parece de película.

Niego con la cabeza, apesadumbrada sin motivo.

—Hollywood siempre decide terminar con un baile, pero en las novelas de Austen no es en un baile donde concluye la historia.

—Ah, ¿no? —Frunce el ceño.

Le dedico una sonrisa nostálgica.

—En los bailes es donde todo comienza. Darcy y Elizabeth se conocen en un baile. Henry y Catherine se conocen en un baile. La relación de Knightley y Emma da un paso decisivo en un baile. Pero en un baile no termina nada.

—Entonces, ¿dónde concluyen las historias? —me pregunta en voz baja y resuelta.

—En la naturaleza —respondo—. Un hombre le pide matrimonio a una dama en el jardín o de paseo. Brandon lleva a Marianne a casa por un páramo empapado.

—Solo en la película —contraargumenta Hugh—. Esa escena se añadió en la versión de Emma Thompson.

Me sonrojo. Ahí me ha pillado.

—Supongo que Hollywood acierta a veces, para variar.

Hugh inclina la cabeza hacia mí.

—Más le vale. Nuestra directora de reparto, desde luego, te escogió bien.

—Hugh Balfour —digo, riéndome con incredulidad—, ¿admites que encajo en el papel?

—Eres una Catherine Morland perfecta —admite con un guiño cómplice—. Y ahora viene la parte en la que tú también me dices que encajo en el papel.

Suelto una risa atolondrada.

—¡Oh, con lo poco que me gusta admitir que me he equivocado! Bueno, venga.

Admito que, contra todo pronóstico, parece que sí has desarrollado parte de ese encanto tan característico de Henry Tilney. No hay que olvidar, claro está, que es clérigo de profesión, así que tampoco es para tirar cohetes.

Hugh resopla, divertido.

—Te hago un cumplido y me lo pagas con una puñalada trapera. Desde luego, no estamos en igualdad de condiciones.

—Si tan ofendido estás, ¿cómo explicas el color de tus mejillas? —bromeo. Justo entonces termina el baile y me inclino hacia él, con una mano sobre su hombro. Me pongo de puntillas para besarle rápidamente la piel ahí donde se ha sonrojado y le susurro—: Me haces reír. Como Henry Tilney hace reír a Catherine Morland.

La tía Fanny llama a Hugh y, por desgracia, me lo quita. Kitty Foster viene corriendo hacia mí desde donde está su marido deprimente y me agarra ambas manos.

—¿Ha notado las... atenciones que el señor Armstrong está prodigando a la señorita Phoebe Dixon? —me susurra al oído.

Intrigada, dirijo la mirada a la ponchera, donde veo a Phoebe Dixon absorta en una intensa conversación con nada más y nada menos que el señor Dick Armstrong, quien fue invitado para cumplir a regañadientes con las normas de cortesía después de la pelea con Hugh. Supongo que Fanny imaginaba que no tendría la desfachatez de presentarse en el baile, pero ahí está: agarra con fuerza la mano enguantada de Phoebe, ante un gesto de ella a medio camino entre el interés y la aversión.

Miró a Kitty desconcertada.

—Esto no me gusta nada.

Se lleva los dedos enguantados a los labios y niega con la cabeza.

—A mí tampoco.

—Yo me encargo —le digo, y me acerco a Phoebe y al sinvergüenza del pueblo.

El señor Armstrong me fulmina con la mirada cuando me ve acercarme y se apresura a marcharse para no tener que dirigirme la palabra. Yo miro a Phoebe preocupada. No, ella nunca me ha gustado mucho, pero ninguna mujer se merece quedar a merced de un hombre como ese.

—Señorita Dixon —le digo, hablando con toda la naturalidad posible—, espero que el señor Armstrong no la estuviera incomodando.

Phoebe habla en un hilo de voz, apenas audible:

—Sí, me incomoda. Me incomoda con maestría, con preguntas que no sé

responder.

La miro fijamente, cada vez más alarmada. Le tomo la mano y levanto sus dedos cubiertos de encaje hasta mis labios. Se los beso, en un gesto demasiado íntimo y desconcertante para Phoebe.

—Pero ¡señora Bright...!

—Phoebe —le digo, olvidándome de toda formalidad—, necesito que me escuche atentamente. Soy una mujer que ha visto mundo y conozco la naturaleza de los hombres mejor que usted. El señor Armstrong es un desgraciado sin honor. He conocido a otros de su calaña y los he visto romperles el corazón a muchas buenas mujeres. Algo quiere de usted: se lo quitará todo y la abandonará. No le será fiel. No será ni tan siquiera amable.

—¿Cómo lo sabe usted?

Me encojo de hombros.

—Digamos que le estoy dando un mensaje del futuro. Los hombres como él se comportarán como unos canallas hasta el fin de los tiempos. No eche su vida a perder por su cara bonita.

Resuella con esa nariz respingona que tiene, a punto de echarse a llorar.

—Oh, ya veo. Qué desgracia. Sospecho que tiene usted razón.

* * *

Después de solucionar el problema de Phoebe, me abro paso entre la multitud de invitados. Veo a Hugh, que destaca por su altura al lado de la tía Fanny, a lo lejos, en la zona izquierda de la sala. De camino, me encuentro con varias caras conocidas. La señora Goddard ha acorralado a una pobre víctima y lo más probable es que le esté contando todos los cotilleos del pueblo sin siquiera pararse a respirar. El coronel Foster y Kitty han salido a la pista: ella baila exultante y él, un poco arrítmico. Y si no me equivoco, me parece ver al reverendo y a sus hermanas en el rincón del fondo, lo cual quiere decir que Jane Austen en persona vuelve a estar presente. Llego hasta el hombro de Hugh y me pongo de puntillas para susurrarle al oído:

—¿Has visto a Jane? Me pregunto qué pensará de toda esta puesta en escena.

Hugh me sonríe.

—Estoy convencido de que le gusta. Como sabrás, mi padre interpretó al señor Bennet en una adaptación de radioteatro de *Orgullo y prejuicio* hará unos diez años. Todavía recuerdo una frase: «Pues ¿para qué vivimos sino para entretener a nuestros vecinos y reírnos de ellos?».

Mi corazón comienza a latir más rápido que la música. Un hombre que cita a Austen. Es para pensar que ella misma lo creó.

—También dijo una vez: «Una fiesta no se hace jamás demasiado larga». Pero hay que tener en cuenta que puso esas palabras en boca del señor Weston, que no está entre sus personajes más sabios.

Hugh me tiende la mano y yo la acepto.

—La historia del señor Weston culmina en una dicha y un amor sublimes. No me vendría mal, por tanto, seguir su ejemplo de vez en cuando. —Me lleva hacia la tía Fanny, que se abanica enérgicamente junto a la mesa donde se sienta el señor Balfour. Me parece que mueve el abanico a toda velocidad más para calmar los nervios que por calor.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—¡No! —Señala con el abanico la fila de sillas contra la pared. Cecelia está sentada en una esquina, taciturna, juntando las manos con recato sobre el regazo —. ¡Miradla! Una de las muchachas más atractivas de la fiesta, y ahí está, como si fuera invisible. ¡Peor que invisible! Como un cero a la izquierda. ¡Debería socializar con la gente, relacionarse con los hombres solteros!

Hugh se pone pálido de inmediato. No soy idiota: yo también intuyo que, con esta conversación, la tía Fanny le está pidiendo un favor. De pronto, intento cambiar de tema:

—¿Dónde está George? —pregunto, mirando a mi alrededor con los ojos entrecerrados en busca de sus rizos oscuros.

El señor Balfour, que conversa con una anciana viuda que se ha tomado unas copas de más, suelta una fuerte carcajada y señala el bufé, al otro lado de la sala.

—Está debajo de las mesas, jugando a que es un perro salvaje —me dice—. Le mordió los tobillos a la señora Dixon. ¡Vaya revuelo se armó! Ella soltó un chillido y se le cayó el brandi por todo el vestido.

Se abre ante mí la posibilidad de que nos alejemos antes de que la tía Fanny le pida a Hugh lo que sé que está a punto de pedirle.

—Hugh, ¿no deberíamos detenerlo antes de que se meta en más problemas?

La tía Fanny se golpea el antebrazo izquierdo con el abanico, irritada.

—No es necesario. A Susanna Dixon no le viene mal que le bajen los humos de vez en cuando. Qué mujer más desagradable, malvada y chismosa. En quien debemos pensar ahora es en Cecelia.

Se me hace un nudo en el estómago. Hugh me dedica una mirada aterrorizada.

—¡Alguien tiene que arrastrarla a la pista de baile! ¡Que se mueva y que se

ponga a hablar con la gente, antes de que sea demasiado tarde! —La tía Fanny mira de soslayo a Hugh, abriendo mucho los ojos, suplicante.

Él chasquea la lengua, cayendo en la cuenta de que no tiene escapatoria.

—Supongo que he de ser yo.

La tía Fanny lo celebra y finge que le parece una idea brillante y de lo más ocurrente, como si no fuera justo lo que estaba tratando de conseguir.

Sigo a Hugh mientras se acerca a Cecelia con reparo, como quien se aproxima a un caballo asustadizo. Nos ve llegar desde la distancia, frunciendo los labios.

—¿Qué quieren ustedes de mí? —dice, resollando.

—No es lo que yo quiero —le dice él en voz baja—, sino lo que quiere la tía Fanny, y la tía Fanny quiere que usted baile. —Le tiende la mano y ella, enarcando una ceja con gesto desconfiado, la toma.

Lo contemplo mientras acompaña a Cecelia a la pista de baile. Se sitúan frente a frente, con la misma solemnidad que dos duelistas que, armados con sus pistolas, se citan al amanecer. Me tapo la cara con las manos, a la espera de que se desate el caos. Comienza una nueva canción y Hugh, nervioso, se equivoca en los primeros pasos. Incluso a distancia veo que se pone colorado, mientras que Cecelia entrecierra los ojos con desconfianza. Me pregunto si sospecha que él está bailando mal a propósito, pero me imagino lo difícil que tiene que ser no equivocarse en un ambiente como este. A fin de cuentas, ensayamos algunos de estos bailes para *La abadía de Northanger*, pero no somos unos expertos —y, siendo sincera, Hugh no me parece esa clase de persona que se sienta cómoda en una pista de baile de cualquier época—. Por desgracia, cuanto más nervioso se pone, más traspiés da.

Cada vez más tenso, mira a su alrededor para que alguien lo rescate. Sé que tengo que interceder, de modo que me abalanzo contra el hombre disponible más cercano y acabo arrastrando al señor Crawford de la mano a la pista de baile. Pese a mi grosería flagrante, él reacciona con bastante naturalidad cuando lo llevo hacia donde se encuentran su hermana y Hugh para que podamos bailar justo a su lado. Se ríe de buena gana mientras hacemos lo posible por acompasarnos al resto del grupo.

Cuando nos acercamos a Hugh, le rozo el codo con el mío discretamente y empiezo a cantarle los pasos.

—Y uno, dos, y uno, dos, y giramos, y manos arriba...

Me mira con los ojos muy abiertos, agradecido, de la manera en la que un hombre que se está ahogando miraría un chaleco salvavidas. Se las arregla para

orientarse y seguir los pasos.

Me da las gracias en un susurro cuando la fila se mueve y el señor Crawford y yo nos separamos unos instantes para girar en círculo. Este está intentando entablar conversación conmigo, pero es posible que sea la compañera de baile más desagradable de todos los tiempos, ya que, mientras bailamos, me limito a mediar entre Hugh y Cecelia. Mi paranoia parece justificada cuando volvemos a aproximarnos a ellos después de trazar un círculo. Los ojos de Cecelia, afilados como dos dardos del color del hielo, han reparado, sin duda alguna, en que Hugh y yo no paramos de hablar. Se detiene en mitad del baile, obligando a su pareja a detenerse con ella e interrumpiendo toda la coreografía. Yo también me paro para no tropezar de lleno con ellos. Cecelia examina el semblante de Hugh con una desesperación profunda antes de relajar el gesto y decir:

—Usted no baila como antes.

Hugh niega con la cabeza, como un zorro acorralado en una trampa.

—No he dicho que sea buen bailarín.

Ella lo mira de arriba abajo, cada vez más agitada.

—Pero antes sabía bailar. También ha perdido su antigua soltura. Ya no hace amigos con la misma facilidad.

Él parece algo irritado, pero se traga su veneno y contesta con una voz un poco cortante:

—No me he atribuido cualidades sociales que no poseo.

—Tampoco me mira como antes —añade Cecelia, en un susurro. Me mira fijamente y percibo en sus ojos un pozo de tristeza—. Pero a ella sí.

—¿Y...? —pregunto, notando que me estoy sonrojando.

—No es la misma mirada —insiste ella—. Aunque creo que significa la misma cosa.

Hugh suelta un hondo suspiro cuando el baile termina y las parejas que nos rodean se dispersan.

—No sé a dónde quiere ir a parar, señorita Crawford.

—He dicho la verdad —susurra con un hilo de voz—. Usted no es el mismo hombre.

Nos da la espalda y se retira a la fila de sillas. Hugh me mira y me percato de que está teniendo un ataque de pánico que a duras penas es capaz de contener. Abandona apresurado la pista de baile. No tengo claro dónde pretende esconderse.

CAPÍTULO 27



Hago ademán de perseguir a Hugh, pero el señor Crawford me llama antes de que pueda marcharme. Me agarra las puntas de los dedos y se inclina para besarlos cuando termina el baile.

—Es usted mucho más amable con él de lo que se merece —apunta.

Yo retiro la mano.

—No empiece otra vez, señor Crawford. Le he dejado bien claro que estimo a Hugh. Y si soy amable con él es porque él también es amable conmigo. No siempre hemos congeniado de esta manera, pero ahora ya nos hemos habituado el uno al otro.

Crawford me mira fijamente con esos ojos verde mate.

—Muchos hombres serían amables con una dama como usted.

—Mi experiencia me dice lo contrario —respondo.

Se le endurecen las facciones y veo que se enfurece, pero tengo claro que su rabia no va dirigida a mí.

—Lamento mucho oír eso. Considero que todo caballero que se precie tiene la obligación de defender al bello sexo de los hombres que pretenden aprovecharse.

Se me entrecorta la respiración y una sensación de miedo se me inyecta en las venas. Estamos en una fiesta en la que el alcohol corre a raudales; es fácil perder los estribos. No sé hasta dónde estaría dispuesto a llegar un hombre decente como el señor Crawford ante la desesperación de su hermana si está ebrio. He bromeado con que podría retar a duelo a Hugh al alba, pero ahora me parece una broma de mal gusto. Para tratar de calmar las aguas, inclino la cabeza, haciendo una profunda reverencia.

—Muchas gracias, señor Crawford. Por el baile.

—No, gracias a usted, señora Bright —me dice, guiñándome un ojo; poco queda de la jovialidad que lo caracteriza—. Ha tenido usted la amabilidad de sacarme a bailar.

A pesar de ese intento fútil de flirtear conmigo, en el fondo yo sé dónde debería estar ahora mismo. Le doy la espalda y empiezo a abrirme paso entre el gentío. Al

fin encuentro a Hugh cuando tropiezo directamente contra su pecho. Me agarra de los antebrazos y me ayuda a incorporarme. Alzo la mirada hacia él y me doy cuenta de que se ha puesto muy pálido.

—Lo sabe, Tess —me dice.

—Ya —digo, apretándole yo también los brazos—. Pero, en cierto sentido, ¿no es eso lo que queríamos? Necesitábamos que comprendiera que tu tío no la traicionó.

—Sí, pero... —Se muerde el labio inferior. Por el amor de Dios, está bueno hasta angustiado—. ¿Así? ¿Cuáles serán las consecuencias? ¿Cómo afectará esto a la historia, a mi familia, a nuestra posición...?

—Oye —le susurro—, oye, sigue mi respiración. Por una vez no te atormentes con el futuro. Céntrate en el aquí y ahora.

Hugh hace lo que puede, tragando con fuerza. Entonces, fijando una sonrisa en el rostro, me pregunta:

—¿Estás disfrutando del baile? —El brillo amargo de sus ojos revela, como bien sabemos los dos, que él no lo está disfrutando.

—Mucho —le digo—, pero ya he tenido suficiente. —Quiero alejar a Hugh del señor Crawford todo lo posible antes de que la tensión en el ambiente vaya a más. Pero, por otro lado, no quiero hablarle de la amenaza a la que se enfrenta, entre otras cosas, porque ya ha demostrado que no le importa liarse a puñetazos.

Su expresión pasa de inmediato de la ansiedad al desconcierto.

—¿Qué quieres decir? Con lo encantada que estabas...

Lo agarro del brazo con más fuerza y noto los tendones por debajo de la tela.

—Estaba encantada, sí, pero ¿no te gustaría volver a casa?

Hugh suelta una carcajada que más bien parece un ladrido.

—Estamos en una fiesta, Tess. Lo único que quiero es irme a casa. Pero hemos hecho todo esto por ti. Jane Austen está ahí, en ese rincón. ¿No te gustaría probar a hablar con ella otra vez?

Lanzo una rápida mirada hacia donde señala, pero ni la mismísima Austen es capaz de desviar mi atención de Hugh en estos momentos.

—No, he aprendido la lección: nunca conozcas a tus héroes. Sé lo que quiero hacer. Quiero irme a casa. Contigo.

Hugh parpadea. Veo en las profundidades de sus ojos que empieza a caer en la cuenta.

—¿No quieres llevarme a casa? —vuelvo a preguntarle.

—Sí —dice, desde lo más hondo de la garganta, con voz plana y ronca—. Oh,

Dios, sí.

* * *

Nos escabullimos de la posada de inmediato, sin despedirnos de nadie. Nuestro carruaje nos espera afuera y Hugh me ayuda a subir a la cabina. Aguardo sin aliento mientras mantiene una breve conversación con el cochero, para que nos lleve a casa y luego vuelva a por los demás cuando el baile termine. Dispondremos de varias horas a solas.

Y no desperdiciamos ni un solo segundo. Los caballos avanzan en la noche de un negro azabache, iluminada tan solo por el fulgor de un único farol que desprende una luz cálida, amarillenta. No nos movemos con urgencia, como si estuviéramos huyendo de algo, pero corremos hacia algo. Y hacia el otro.

En cuanto la puerta del carruaje se cierra de un golpe con Hugh dentro, me deslizo hacia él en el asiento interior. Me agarra de la cintura y yo llevo las manos a su pecho. Durante un instante fugaz, nos quedamos inmóviles, con las frentes unidas, un abrazo íntimo y contenido, sin besarnos, pero entremezclando el aliento.

Y, entonces, el muro de contención se derrumba: ya no podemos resistirnos y ni siquiera lo intentamos. Nos abalanzamos el uno contra el otro con una pasión animal. Lo agarro con fuerza, con todas mis fuerzas, y me angustia que no podamos acercarnos más. Que nuestra carne no se pueda fundir. Al menos, por el momento.

Hugh es demasiado alto para el techo del carruaje. Está encorvado para no rozarlo con la cabeza, de modo que me recuesto en el asiento, tirando de él para que se ponga sobre mí. Saboreo la sensación que me brinda su peso sobre el cuerpo, que satisface y enciende mi deseo a la vez. Abro más la boca para que meta la lengua y noto que su mano sube poco a poco hasta mi muslo por debajo del vestido. Sonrío contra sus labios.

El trayecto no es plano, pero eso resulta ser una ventaja. Las ruedas del carruaje traquetean sobre el camino de adoquines del pueblo, generando un delicioso efecto muy similar al de sentarse sobre una lavadora en marcha. Cuando llegamos a casa, estoy más que preparada. Lo deseo con desesperación.

Salimos del carruaje a trompicones cuando se detiene de un bandazo frente a las escaleras delanteras y nos apresuramos a entrar. Tiro con total despreocupación el chal al suelo del recibidor y a la mitad de las escaleras Hugh suelta el sombrero y lo deja caer a los peldaños alfombrados. Por un momento pienso en los otros

residentes de la casa, en el personal de servicio, y rezo para que se hayan tomado libre la noche de baile para disfrutar ellos también. La casa parece estar vacía. Aunque me parece que lo contrario tampoco nos detendría.

Cuando llegamos a lo alto de las escaleras, Hugh me pregunta, en un tono de voz bronco de puro deseo:

—Tess Bright, ¿puedo...?

Asiento apasionada mientras lo agarro del mentón para llevar su boca a la mía. Luego, susurra contra mi garganta, y me estremezco al notar la vibración de su voz:

—Necesito más.

—Sí —contesto—. Haz lo que quieras conmigo. Querré lo que tú quieras, te lo prometo. Tienes mi consentimiento; te lo doy con todo el entusiasmo del mundo.

Hugh esboza una sonrisa pícara. Me agarra con más fuerza por la parte baja de la espalda, de manera protectora y también posesiva, y me ciñe contra su pecho fuerte, ancho.

—Oh, gracias a Dios.

No nos da tiempo a llegar a la cama. No nos da tiempo. Estoy convencida de que me va a dar algo si no lo tengo dentro de mí ahora mismo. A juzgar por los latidos de su corazón, sé que él se siente igual. Por suerte, el piso de arriba está desierto. Hugh me levanta y me sienta sobre una consola de caoba cercana —una refinada mesa que me temo que acabará hecha pedazos con este repentino arranque de pasión— y, por instinto, le rodeo la cintura con las piernas para minimizar los daños.

Tengo las faldas del vestido subidas hasta más arriba de las caderas, dejando a la vista los calcetines, que me llegan hasta las rodillas, y las ligas. Forcejeo con las cuerdas de sus pantalones y me salgo con la mía. Su pene se libera de golpe, como un soldado en posición de firmes, y lo tomo en la mano como si fuera algo sagrado, llevándolo por instinto hacia mis piernas. Estoy húmeda, más que preparada, ardo en deseos de que me penetre, y se introduce en mi interior como mantequilla. Hugh me gime al oído, un sonido bajo, depravado, en el que me deleito, al saber que lo he suscitado yo. Se ha olvidado de toda delicadeza: me embiste presa de un placer descontrolado que no hace sino acentuar el mío. Nos unimos sin ataduras, piel contra piel, alma contra alma. Cada penetración me arranca un gemido del pecho. Nos acompasamos a un ritmo delicioso mientras lo aprieto con las piernas incluso con más fuerza, deleitándome en el tacto de sus manos calientes, que me agarran el muslo y la cadera.

Hugh une su lengua elocuente a la mía y me muerde el labio inferior. Todo tiembla en mi campo de visión, que se vuelve blanco unos instantes de puro éxtasis. Ahora que ha conseguido lo que buscaba, se desplaza hacia la izquierda para prestar el mismo servicio al lóbulo de mi oreja, con cierta soberbia. Chillando, echo la cabeza hacia atrás y choco contra el papel de seda de damasco de la pared. Así es el sexo en la Regencia.

Tenso los brazos en torno a su cuello cuando, derritiéndome, empiezo a perder fuerza en las rodillas. La intensidad y la frecuencia de sus acometidas aumentan. Me penetra una y otra vez, fuerte, rápido, y, aun así, parece un movimiento tan ligero como el de una pluma. Oigo mis propios gemidos de placer como si provinieran de otra persona. Ya no soy un ser humano dotado de sentidos y de la capacidad del habla, sino piel en estado puro, terminaciones nerviosas despiertas. Al final, soy incapaz de resistir a lo inevitable y un estremecimiento explosivo me sacude desde mis partes más íntimas y delicadas, acalorando todo mi cuerpo en una ráfaga dorada de fuegos artificiales.

Acaricio la nariz de Hugh con la mía, mientras se entremezcla nuestro aliento y él sonríe. Ahora que sabe que ha cumplido, al fin se abandona en su propio clímax. Todo su cuerpo tiembla cuando sale de mí y noto su semen caliente en la entrepierna. Ardiendo en deseos de que nos volvamos a unir, me limito a estrecharlo con más fuerza, reacia a separarnos tan rápido.

—¿Ahora qué? —le pregunto.

Hugh responde jadeante. Me levanta de la consola por los muslos, agarrándome del trasero con una mano y me empuja hacia su dormitorio.

—Quiero meterte en mi cuarto, tumbarte en la cama de plumas y meter la lengua entre las piernas.

Me pongo colorada solo de pensarlo.

—Te escucho.

—Y quiero adorarte como un ídolo sobre un pedestal de mármol.

Intento pensar en algo ingenioso que decir, pero me sale un balbuceo agradecido.

Hugh abre la puerta de su dormitorio con el hombro y cumple al pie de la letra con sus promesas. Me tumba en el colchón con extremo cuidado, un contrapunto asombroso al ímpetu del que hizo gala en el pasillo. Me acaricia con las manos la nuca antes de rozar mis pechos turgentes, un contacto seductor con mi piel suplicante y desesperada. Lo que necesito es más que una leve caricia y lo exijo sin rodeos:

—Te lo pido por favor.

—Un caballero debe cumplir siempre los deseos de una dama.

Me apresuro a quitarme el vestido, rasgando la tela de seda cuando me lo saco por la cabeza. Hugh me ayuda mientras yo forcejeo con las tiras del corsé; con una agilidad sorprendente desata la prenda interior y deja que caiga.

Su boca le hace el amor a mi cuello otra vez. Se me escapa un gemido nada propio de una dama cuando sus labios se deslizan hacia abajo hasta rozar mis delicados pezones. Entonces, Hugh se echa hacia atrás y se pone de pie, contemplándome unos instantes: estoy completamente desnuda, salvo por los calcetines que me llegan hasta la rodilla y las ligas. Esboza una sonrisa boba, embriagada. Estoy bastante convencida de que yo le estoy sonriendo de la misma manera.

Y entonces se arrodilla.

Cuando terminamos, después de que yo chille y gima exultante, le suplique que no pare y me complazca como un caballero, tiro de él para que se tumbe en el colchón a mi lado. Me acurruco contra él, enterrando la nariz en su clavícula, inhalando la fuerte fragancia varonil de su sudor entremezclado con su colonia. Me rodea la cintura con las manos, mientras yo cubro su cuello de besos.

—¿No me vas a preguntar qué es lo que quiero hacerte ahora? —le pregunto.

Hugh suelta una carcajada ronca.

—¿Qué quieres hacerme?

—Quiero degradarte —bromeo—. Quiero que entres en calor y sudes y te ensucies. Quiero que digas palabras feas y barriobajeras. —Empiezo a chuparle el cuello con insistencia y se le escapa un gemido ahogado. Me detengo para seguir contándole lo que tengo planeado hacerle, susurrándoselo como si fuera una plegaria sagrada—: Y quiero que te guste. Quiero rebajarte a mi nivel.

Cierra los ojos como un gato satisfecho.

—Joder, Tess. Eso es muy sexi.

Esbozo una sonrisa satisfecha mientras le doy la vuelta, colocando todo su peso encima de mí de nuevo, y él se deja caer sobre mi cuerpo.

—Eso mismo digo yo.

CAPÍTULO 28



En algún lugar de la casa, un reloj de pie da la medianoche. Noto los huesos gelatinosos de puro placer y todavía no estoy del todo consciente: a medio camino entre el sueño y la vigilia, no tengo claro dónde estoy, pero lo que sí sé es que soy muy feliz. El colchón se mueve debajo de mí cuando alguien se inclina para darme un leve beso en la sien. Me despierto al notar esa caricia de Hugh, pestañeando y esbozando una sonrisa. Me toca los rizos desde el nacimiento del pelo, al tiempo que me acaricia la cara con tanta dulzura que desearía que este instante no terminara nunca.

Sin embargo, a medida que acomodo la vista a la tenue luz de la vela, reparo en el rostro preocupado de Hugh. Se me hace un nudo en el estómago de inmediato. «Ay, Dios. Ya estamos. Ahora es cuando me dice que se marcha».

—¿Qué pasa? —le pregunto. Me siento vulnerable y tiro del borde de las sábanas para taparme—. Sé que te pasa algo. ¿Es por mí?

—¡No! Tú no has hecho nada malo. Eres... perfecta. Un ideal en estado puro, jamás visto hasta ahora en la historia de la humanidad.

Me invade la desconfianza y una cierta sensación de náusea.

—Lo siento, pero no te creo.

Hugh pone la palma de la mano contra mi rodilla y, piel con piel, noto de nuevo nuestra conexión, tan fuerte y certera como siempre. Confiesa sus sentimientos con ternura, como si fuera una declaración de amor:

—No eres tú, Tess. Soy yo. Me da miedo estropear todo esto.

Cierro los ojos, ladeando la cabeza mientras pienso. Una voz molesta y persistente en mi cabeza me dice: «Te está mintiendo. En realidad, no quiere estar contigo. Te lo dice para librarse de ti». Pero el sigue y parece que las palabras le salieran del corazón:

—No sé cómo, no sé cuándo, pero sé que acabaré estropeándolo. Como siempre. Nunca es a propósito; lo más probable es que ni siquiera me dé cuenta cuando pase. Pero lo estropearé y esto se acabará.

No respondo de inmediato.

—Tú no eres el desastroso en esta cama. —Me acerco a él, colocando la mano contra la barba de tres días de su cuello. Cuando noto el latido frenético de su corazón debajo de la palma, el del mío, dolorido, se serena. Sé que, en este momento, Hugh Balfour confundiría a un detector de mentiras. Se le acelera el pulso cuando dice la verdad.

—Tess, sé que tu vida no ha sido nada fácil en los últimos tiempos —me dice, cubriendo con la suya la mano que tengo sobre su cuello—, pero lo que arruinas lo arruinas porque lo das todo, lo cual no se puede considerar un defecto. Yo, en cambio, lo arruino todo porque me paraliza la indecisión o porque no me entrego lo suficiente o... o... porque me despisto y me olvido de decirles a las personas lo mucho que las quiero. Es inevitable que todas las cosas buenas que pasen en mi vida no acaben bien, sino en un mar de lágrimas.

—Mira que eres pesimista... —le reprocho.

Hugh se encoge de hombros, esbozando una media sonrisa sarcástica.

—O realista. O pragmático.

Le acaricio el contorno del cuello con el pulgar.

—Cielo, te lo digo con todo el cariño del mundo: deberías ir a un psicólogo.

—Oh, ya tengo una —se ríe Hugh—. La doctora Laghari. Pero, por desgracia, hace un tiempo que no voy por... razones que saltan a la vista. Llevo un mes sin tomar la medicación para la ansiedad.

Me imagino a Hugh sentado en una sesión de terapia a distancia a través del tiempo y del espacio y me echo a reír. Acerco los labios a los suyos y le doy un beso cargado de ternura.

—Sí, ya imagino lo difícil que tiene que ser cuadrar horarios cuando viajas en el tiempo. —Hundo los dedos en su pelo y su expresión se relaja—. Pero tú no vas a estropear nada. No te lo voy a permitir.

—Ahora dices eso —responde, frustrado—, pero llegará el día en el que yo sea demasiado inflexible, demasiado duro, demasiado aburrido. No me abriré de la forma que tú quieres, te aburrirás o... o te cansarás...

—Ahora te estás abriendo —le recuerdo, deslizando la mano, insinuante, por debajo de las sábanas hasta ponerla sobre su vientre—. Y no me importa que te pongas duro de vez en cuando.

Suelta una risa ronca, esbozando, por mucho que quiera evitarlo, una sonrisa.

—Me fascinas. Daría lo que fuera por ser la mitad de libre, confiado y franco que tú... Tess, eres un ser de luz. Eres radiante; comparado contigo, yo estoy muy apagado.

Me muerdo el labio inferior, incapaz de creer que una persona pueda pensar todas estas cosas maravillosas sobre mí y no reconocer sus cualidades increíbles. Miro a mi alrededor, fijándome en esta habitación que, en las últimas semanas, ha pasado a ser suya, y veo retazos del tráiler que vi a hurtadillas en nuestro siglo. Reparo en los ángulos rectos y las líneas paralelas de todos y cada uno de los objetos de la habitación. Lo mantiene todo limpio con meticulosidad; todo está en su sitio, a excepción de nuestra ropa, que tiramos al suelo apurados como estábamos por desvestirnos. Y, por algún motivo, sé que este grado de limpieza es obra de Hugh, no del servicio; sé que es esa clase de hombre que no puede estar en una habitación desordenada ni un segundo. Cuando se marche, el servicio no tendrá nada que limpiar. Es tan diferente a mí en todos los sentidos... soy esa clase de mujer que lo deja todo patas arriba a propósito y vive sumida en el caos.

Tal vez sea lo mejor para los dos. Tal vez somos así de diferentes porque es nuestro destino unirnos y alcanzar cierto equilibrio.

—Bueno, no eres el rey de la improvisación —le digo—. ¿Y qué? ¿De qué sirve improvisar? Sirve para que Phoebe se vaya de viaje exprés a Gretna Green con el señor Armstrong, que no tardará en cansarse de ella y tratarla mal. A mí solo me ha servido para acabar en una retahíla de citas fallidas de la aplicación Raya[12] con hombres a los que les cuesta entender que tengo sentimientos y que me dejan tirada después de echar un polvo. —Hago un puchero—. Espero que tú no hagas eso.

Hugh habla con voz ronca:

—Jamás. No entiendo por qué alguien haría algo así. Pero Charlotte dijo que...

Me embarga un sentimiento de odio por esa mujer que convenció a Hugh de que no vale para nada. Si pudiera almacenar la electricidad que genera este odio, la carga sería suficiente para viajar en el tiempo otra vez. Seguro.

—¡Al cuerno con lo que diga Charlotte! —digo, imitando su voz—. ¡No tenía ni idea de lo que decía! Porque, Hugh, me ha quedado muy claro, a pesar de que te conozco desde hace unas pocas semanas, que no te ciñes a un guion porque seas aburrido o frío. Te ciñes porque, pase lo que pase, quieres que todo salga bien. Y eso no es un crimen, joder, y desde luego no significa que no tengas sentimientos.

Las lágrimas reprimidas comienzan a empañarle los ojos.

—Tú —prosigo, y se me hace un nudo en la garganta mientras me debato con las palabras para expresar lo que este hombre tan confundido y al que tanto quiero significa para mí— eres la mejor persona que he conocido. Lo digo porque tienes muchísimo que ofrecer. Y puede que no seas un libro abierto, pero me diste

mucho cuando me permitiste leer una sola página. Era de esperar, por tu bien, que una persona que estuvo a tu lado cinco años se hubiera dado cuenta y te lo hubiera agradecido. Porque eso mismo es lo que te mereces.

—Tes... —le falla la voz.

Deslizo la mano por su cuello, por su clavícula, hasta llegar a su pecho.

—Me gusta tu determinación —le prometo—. Me gusta que siempre tengas un plan. Hace falta gente así. No podemos ir todos por la vida como pollos sin cabeza.

Contiene la risa.

—A ti se te da muy bien.

—Pero hay tantas otras cosas sobre ti que inspiran... que inspiran amor —digo con la garganta seca. Espero de todo corazón que no lo haya asustado con mi elección de palabras. He dicho que inspira amor, a fin de cuentas, no que yo lo ame. No ha sido muy intenso, ¿no?—. Eres inteligente. Eres bueno. Eres considerado. Te entregas mucho más de lo que pueda parecer a primera vista. Cualquiera que se aburra en tu compañía no sabe quién eres de verdad.

Me agarra de la cintura y me sostiene la mano que he colocado sobre su pecho. Se sonroja, agachando la cabeza.

—No puedes hablarle así a un hombre inglés. No estamos hechos para esto.

Le sonrío, pero lo que siento es una felicidad agridulce, mezclada con miedo.

—Hace mucho tiempo que no pienso en el futuro —le confieso. Veo el rostro de mi madre. El futuro que había planeado para nosotras en la casa de Thousand Oaks que jamás se hará realidad—. Desde que la perdí a ella. Me gusta... me gusta tener a alguien con quien imaginar mi futuro otra vez. Espero que te parezca bien, que tú también quieras lo mismo.

En los ojos de Hugh arde una emoción vívida y asiente con un gesto rápidamente. Me agarra por detrás de la cabeza y me acerca a él para darme un beso profundo. Cuando nos detenemos a respirar, dice con voz ronca:

—Es todo un honor que me incluyas en tu futuro.

Suelto un suspiro de alivio, al tiempo que el nudo de ansiedad que se me ha formado en el estómago se deshace.

—Nunca me ha gustado nadie de la forma en la que me gustas tú —le susurro —. Siempre me enamoro de gilipollas.

—¿De hombres sin honor? —me pregunta, y su mirada brilla al emplear un vocabulario más acorde con la obra de Jane Austen.

Asiento con firmeza.

—Y cuando digo que me enamoro, quiero decir hasta las trancas. Primero subo como en un globo aerostático y después... catapún. Caigo en picado. Es muy fácil que te rompan el corazón cuando vas por la vida con él en la mano. —Me humedezco los labios mientras me paro a pensar lo que estoy diciendo. Es muy difícil expresar en palabras lo que este hombre significa para mí, pero quiero que me salga bien—. A tu lado, no me siento fuera de control. Me siento segura. Yo soy un globo y tú la gravedad, y juntos nos compensamos: yo tiro hacia arriba, tú hacia abajo. Lo que me haces sentir es diferente..., pero tengo la sensación de que es como tiene que ser.

—Encajamos —me dice, rodeándome la cintura con el brazo e invitándome a que apoye la cabeza debajo de su mentón.

Asiento en un murmullo y nos sostenemos a la luz tenue que reina en la habitación. Mis sentidos se reducen al tacto y al olfato: el calor de su cuerpo y el dulce aroma a cítricos que sigue desprendiendo su cuello. Ojalá pudiera quedarme así para siempre: la amenaza del futuro y el dolor del pasado disueltos en el abrazo puro y dichoso del presente.

Hasta que oímos los caballos y el carruaje llegar despacio a la entrada principal.

—¡Maldición!

—¡Mierda!

Salimos disparados de la cama, en busca de la ropa dispersa por todo el suelo.

—Siento que, como caballero, el único que debería marcharse corriendo soy yo —dice él, agarrando un revoltijo de ropa y poniéndoselo sobre sus partes íntimas antes de abrir la puerta de golpe.

—¡Espera! —susurro.

Hugh, demasiado alto para esta época, se golpea la cabeza contra el marco de la puerta.

—¿Qué pasa? —Lanza una mirada al pasillo—. ¡Nos estamos quedando sin tiempo!

—¡Que estamos en tu habitación! —le recuerdo.

Se lleva una mano a la cara.

Tras darle un último beso en la mejilla, cubierta por la barba de tres días, me apresuro a enrollarme el vestido de seda en el cuerpo, como si fuera la toalla más pequeña del mundo, y me escabullo por el pasillo. Lo que debería hacer Hugh es cerrar la puerta detrás de mí nada más salir, pero, cuando miro hacia atrás sin dejar de correr, me doy cuenta de que se ha quedado mirando cómo me escapo. Espero tener la oportunidad de ver esa sonrisa somnolienta en su rostro todos los

días de mi vida.

---

[12] N. de la Trad.: Aplicación de citas exclusiva, restringida a celebridades.

CAPÍTULO 29



Después de encerrarme en mi dormitorio —por suerte, sin que nadie en el piso de abajo me haya visto correr como Dios me trajo al mundo por el pasillo—, no me duermo. Soy incapaz de conciliar el sueño. De todos modos, no tendría sentido dormir en estos momentos. La vida en sí ya es un sueño.

Desde que era pequeña, en el plano emocional siempre he ido de un extremo al otro. Subo a lo más alto del éxtasis y después caigo en un pozo sin fondo. Ahora mismo no hay duda de que estoy en las nubes. Como para no estarlo. A fin de cuentas, estoy haciendo realidad un sueño imposible de la infancia y acabo de tener la mejor experiencia sexual de mi vida con un hombre sensible cuyo atractivo está al nivel de las estrellas de cine. Y todo apunta a que yo le gusto tanto como él a mí.

Al alba, el cielo está cubierto de unas nubes lisas de color gris que el sol naciente ilumina con un leve fulgor violeta. En estos instantes, con el cuerpo relajado a causa del placer y la esperanza anidando en el vacío de mi pecho, me doy cuenta de que siempre he tenido razón. Sería una estupidez interpretar nuestro viaje a través de los siglos como otra cosa que no sea un milagro. Alguna fuerza superior, en algún lugar, bajó la mirada hacia Hugh y hacia mí y nos concedió este regalo. Y es difícil imaginar que esta fuerza superior no sea mi madre.

Me invade una sensación profunda, arrebatadora y sincera de gratitud. A la luz romántica de esta aurora rural, me siento en armonía con el universo y con todos los que lo habitan. No solo con Hugh, aunque repaso mentalmente todas y cada una de las curvas de su cuerpo musculoso y ocupa la mayor parte de mis pensamientos. También me siento en armonía con todas las cosas y todas las personas que han existido alguna vez. Si puedo viajar atrás en el tiempo y trabar amistad con personas que vivieron y fallecieron doscientos años antes de que yo naciera, ¿acaso hay algo imposible? Lo tengo todo al alcance de la mano. Creo que me han traído aquí por una razón. Y esa razón es estar con Hugh y recuperar esa chispa de felicidad que había perdido.

Me visto temprano, con la idea de dar un paseo por el jardín cubierto por el rocío de la mañana. Incluso la niebla y la lluvia de Inglaterra están henchidas de frescor y belleza cuando te acabas de enamorar. Me pongo un vestido violeta claro, de la misma tonalidad del cielo, y camino de puntillas por la alfombra del suelo.

Pero, en lo alto de las escaleras, ¿a quién me encuentro, sino al hombre que tanto me ha alegrado la vida?

Se vuelve hacia mí cuando oye mis pasos acercarse por detrás. Una cómplice sonrisa transforma su rostro en una expresión pícara e irresistible. Me fallan las rodillas cuando me acerco, al tiempo que extiendo la mano para rozar nuestros dedos antes de bajar las escaleras. Mientras bajamos los peldaños, uno al lado de otro, mantenemos las manos bien quietas por detrás de la espalda, pero nos miramos fijamente. Los dos somos conscientes de que preferiríamos tocarnos.

—Ya casi es la hora —murmura—. Puede que la máquina ya haya llegado a la oficina postal. ¿Te gustaría dar un paseo conmigo hasta el pueblo para ver si ya ha llegado?

—Me parece maravilloso —respondo.

Nos dirigimos a la puerta delantera, dispuestos dar un paseo a solas, cuando la voz de la tía Fanny quiebra la quietud de la mañana en el piso de abajo.

—¡Vosotros dos, no tan rápido! —Está de pie en la puerta del comedor, con los brazos en jarras—. Os vi escabulliros juntos muy temprano anoche.

Hugh acordó con el cochero que nos trajera a casa y regresara a por los demás, pero resulta evidente que no se le ocurrió idear una coartada.

—Fue por mi culpa —intervengo yo, llevándome la mano al pecho—. Hacía demasiado calor en la sala. Me encontraba indispuesta y su sobrino tuvo la amabilidad de escoltarme a casa.

La tía Fanny chasquea la lengua con escepticismo.

—No fui la única en el baile que se dio cuenta de lo pronto que os fuisteis. Si nuestros vecinos no estuvieran tan distraídos montando un escándalo tras de otro, seríais la comidilla de todo el pueblo.

Hugh y yo compartimos una mirada avergonzada, pero sin llegar a sentirnos culpables. La tía Fanny repara en nuestra expresión y se irrita de nuevo.

—Escuchadme. El estado de ánimo de Cecelia sí mejoró a lo largo de la noche y creo que he de daros las gracias. Hugh, le sentó de maravilla bailar contigo. Y Tess, oí... algo de la conversación que tuvisteis ayer. Creo que le sirvió de ayuda. ¿Podría pediros un último favor?

Los dos asentimos, alerta.

—Llevad a William de paseo al pueblo. Cecelia quiere hablar conmigo a solas esta mañana, de modo que es mejor que él no ande preguntándose qué nos traemos entre manos. Además, salir con carabina ayudará a reparar vuestra mala reputación.

* * *

Ya que la tía Fanny ha obligado al señor Crawford a acompañarnos al pueblo, con la misma determinación que si estuviera forzando a un joven a entrar en el servicio militar, lo más natural es que George también venga con nosotros, para que no pase todo el día de mal humor.

Salimos con ánimo, aunque William parece algo agitado. Supongo que estará molesto porque la tía Fanny lo haya echado de la casa, puesto que no para de fruncir el ceño. Aun así, no temo tanto que se ponga a pelear con Hugh ahora que está sobrio, a la luz del día, en especial si hoy Cecelia se encuentra mejor.

Hugh, entretanto, camina con brío. Yo también siento en estos momentos que todo en la vida es maravilloso. Es una fría mañana en el campo, sopla un aire fresco y el cielo está teñido de un encantador color pastel. Tengo ese dolor muscular tan placentero que sigue a una noche de sexo enérgico y atlético. Y vamos de camino a la oficina postal para ver si por fin podremos volver a casa. Me entran ganas de extender los brazos todo lo posible y girar sobre mí misma en el sendero, y así lo hago. Las carcajadas de Hugh llenan el espacio que nos separa; se acerca, me toma en brazos y me da vueltas en el aire.

—Ya casi estamos... —me susurra al oído, esbozando una sonrisa tan ancha como la mía.

—¡Qué falta de decoro! —nos regaña el señor Crawford, caminando a pisotones y agarrando a George de la mano—. ¿Qué diría la tía Fanny si les viera jugar de esa manera en público? —Está medio de broma, pero me doy cuenta de que el mal humor lo empuja a defender el decoro, nada propio de él.

—Señor Crawford —le digo con alegría—, por favor, no me diga que el baile le ha desanimado en vez de animarle. Nunca se ha mostrado usted tan severo.

Se limita a fruncir el ceño, cerrando los puños, y sigue caminando a paso ligero por el sendero. Hugh y yo compartimos una mirada divertida a su costa. Todo nos hace gracia hoy. El mundo está lleno de luz, aunque el cielo esté nublado. ¿Qué fue lo que dijo Taylor Swift una vez? Que no la amenazasen con que hiciera buen tiempo...[13]

Nada más llegar al pueblo, tropezamos con Isabella Dixon, que sonríe de oreja a oreja. Básicamente se abalanza sobre mí para abrazarme.

—¡El señor Dereham ha venido a mi casa esta mañana! —chilla—. ¡Me ha pedido que me case con él!

Grito de alegría, devolviéndole el fuerte abrazo y dando brincos con ella. No me imagino un mejor futuro para ella que abandonar la aburrida vida doméstica y gozar de la alegría del matrimonio con el hombre más bueno de la milicia.

—No sabe cuánto me alegro por usted, Isabella —le digo, apretándole las manos.

—Tienen que venir a nuestra boda —insiste—. Yo ardo en deseos de ir a la suya.

Me esfuerzo por no mirar a Hugh cuando menciona nuestras nupcias inminentes. No quiero que vea cómo me sonrojo.

—Pero ¡ahora tengo que irme! —dice ella, separándose de mí—. ¡He de contárselo a todos mis conocidos!

Y se marcha, corriendo calle abajo con las faldas del vestido recogidas, en busca de la siguiente persona a la que comunicarle su buena suerte.

—Bueno, ¿qué os parece? —les pregunto a mis compañeros.

George hace un puchero.

—Que las bodas son aburridas. ¿Los adultos no saben hablar de otra cosa?

Le revuelvo el cabello y él se aparta, aunque sé por la sonrisita que esboza que le ha gustado el mimo.

Cuando pasamos por la sombrerería, dos figuras familiares salen apresuradas y nos detienen. Son la señora Goddard y Kitty Foster, quienes, tomadas del brazo, cacarean como gallinas nerviosas.

—¡Oh, señora Bright! ¡Señor Balfour! Se habrán enterado de la noticia de anoche, ¿no es cierto?

Hugh y yo compartimos otra mirada, en esta ocasión inquieta. Intento borrar del rostro la culpa que siento por nuestra conducta escandalosa, pero Hugh parece que tuviera grabadas en la frente las palabras «pasé la noche, damas mías, echando un polvo espectacular».

La señora Goddard es la mayor cotilla del pueblo, pero hoy no le apetece humillarnos por nuestra vida sexual.

—Anoche, en el baile —se apresura a informarnos—, el señor Armstrong molestó a la señorita Phoebe Dixon con tal impertinencia que ella, al final, no tuvo más remedio que darle una bofetada.

Exhalo, cubriéndome la boca con la mano.

—¡Inaudito! Pero acabo de encontrarme con Isabella Dixon y no ha dicho nada...

—Oh —dice Kitty, restándole importancia con un gesto de la mano—, está muy ocupada alardeando de su compromiso. Pero ¡es cierto! Y lo peor no es eso.

Ojalá tuviera a mano un cubo de palomitas.

—Cuéntenmelo todo.

—Resulta que la estaba presionando para que huyeran juntos a Gretna Green. Bueno, ¿qué le parece?

Me pongo colorada, animada por una vívida sensación de victoria, al recordar el consejo que le di a Phoebe. Cuánto me alegro de haberla puesto sobre aviso. Es toda una tragedia de estos tiempos. Si a mí, en el siglo XXI, me engaña y me deja tirada un hombre, lo pasaré mal una semana; si a Phoebe, aquí y ahora, la engañan de esa manera..., las consecuencias podrían arruinar toda su vida. Nadie se merece algo así, aunque no me caiga muy bien.

—Oh, me alegro de que ella sepa que él no es buena persona —contesto.

—No, no es buena persona —coincide la señora Goddard—. Y ¿qué cree que pasó a continuación? El hermano de Phoebe retó a duelo al señor Armstrong.

Así que mis sospechas eran ciertas: un exceso de alcohol aumenta las probabilidades de retarse a duelo. En lo que me equivoqué fue en los rivales.

—Pero entonces —añade Kitty—, él salió corriendo. Huyó. En mitad de la noche. Un cobarde, además de un libertino, eso es lo que es.

—Un hombre sin honor. —La señora Goddard asiente muy digna—. La señorita Phoebe debería sentirse orgullosa de haberse dado cuenta de que él no vale la pena y de haber dejado su postura clara. Se habría arruinado la vida si hubieran escapado juntos, claro está.

Lanzo una mirada a Hugh, que parece sorprendido por todo lo que nos hemos perdido. El señor Crawford, en cambio, tiene cara de pocos amigos.

—Una mujer virtuosa tropieza con muchos obstáculos en la vida —proclama William, sombrío—. Y todos ellos los causan hombres que no son de fiar. —Dedica una mirada insinuante a Hugh.

Hugh escapa de la mirada inquisitiva y se separa del grupo. Con una leve reverencia, se despide y entra en la oficina postal, en la puerta de al lado, mientras que el señor Crawford y yo permanecemos con las damas. Me entrego con entusiasmo a una exhaustiva sesión de cotilleo con Kitty y la señora Goddard. Parece que, con todo lo que le ha sucedido a Phoebe, a nadie parece importarle lo más mínimo que Hugh y yo nos hayamos ido tan temprano. Imagino que ni

siquiera la gente más estricta puede parecerle muy mal que novios hagan de las suyas, al menos si tienen otro asunto más escandaloso entre manos.

—Ojalá el señor Armstrong regrese algún día —comenta Kitty, ladeando la cabeza con cierto sentimentalismo.

—¡Kitty! —exclamo, riéndome—. ¿Qué está diciendo?

—¡Eso mismo digo yo! —La señora Goddard me da la razón, aunque a ella no le parece tan divertido—. No querrá que ese canalla vuelva a nuestra pequeña comunidad de personas decentes.

Kitty se muerde el labio inferior en un gesto sensual, con una mirada soñadora perdida en el horizonte.

—Oh, pues sí, creo que un escándalo de vez en cuando es bueno para el alma, ¿no les parece?

La señora Goddard emite un gruñido de desaprobación, dejando claro su desacuerdo. Yo me quedo mirando la expresión fantasiosa de Kitty. De pronto, lo entiendo todo y entreabro los labios por instinto. Ella vuelve a la realidad y, cuando me mira, las dos sabemos que lo sé. Durante todo este tiempo, Kitty Foster ha estado acostándose en secreto con el señor Armstrong, a espaldas de su marido decrépito. Poniéndole los cuernos al coronel dominante con uno de sus milicianos. No es de sorprender que no le gustaran las atenciones que Dick le estaba prodigando a Phoebe en el baile: lo quería todo para ella.

Pero Kitty no parece inquietarse con que yo lo haya descubierto. Enarca una de sus finas cejas y coloca un dedo sobre los labios, ese símbolo universal que viene a decir: «De esto ni mu, ¿entendido?».

La verdad..., no puedo evitar pensar: «Bien por ella».

Mientras las damas siguen charlando y el señor Crawford nos mira de brazos cruzados en señal de desaprobación, me tomo unos instantes para grabar este momento en la memoria. Justo ahora, Hugh podría estar recogiendo el paquete que nos devolverá al mundo moderno. Y no volveré a estar aquí. Nadie volverá a estar aquí. Porque ese «aquí» ya no existirá.

Este pueblo, esta gente, este cielo gris... Todo ello se esfumará. Varias de estas casas rurales tan pintorescas se derrumbarán, se reemplazará el adoquinado por carreteras de asfalto y habrá torres de telefonía móvil. Esta gente morirá, sus nombres acabarán arrinconados en lápidas desgastadas y en las polvorientas páginas de los registros. Estas nubes que se arremolinan en el cielo se llenarán de agua, se vaciarán sobre la tierra verde y vuelta a empezar.

Pero, ahora mismo, Kitty extiende la mano para tocarme la manga. Ahora

mismo, unas lágrimas de alegría se agolpan en las comisuras de sus ojos. Ahora mismo, me acogen en un pueblo que no me conoce y que no conoce a mis abuelas. Me han dado la bienvenida con cariño. Estas mujeres me han parado, me han contado las novedades.

Me he metido en las páginas de un cuento de hadas y me han aceptado.

Tal vez lo esté viendo todo de color de rosa o me esté dejando llevar por la nostalgia, pero en mi pecho arde el deseo de permanecer en este lugar un poco más. Lo aprecio todo de otra forma al saber que es temporal. Aunque ¿acaso no es temporal todo en la vida? Ahora me doy cuenta.

Suena la campanilla en la puerta de la oficina postal cuando Hugh sale con un paquete pesado en brazos.

Se me hace un nudo en el estómago del disgusto.

Pero a él lo ilumina la alegría.

---

[13] N. de la Trad.: Referencia a la letra de la canción «London Boy».

CAPÍTULO 30



Hugh camina con paso alegre cuando sale de la oficina postal con el paquete pesado de la máquina eléctrica en brazos. Por muy extraño e ilógico que sea, me parece una traición, pero dejo a un lado esa sensación: siempre ha sido nuestra intención volver a casa. Ese ha sido el plan que trazamos juntos desde el principio. Como un equipo. Me separo del grupo de cotillas, me acerco a él y le pregunto en susurros:

—¿Lo tienes? ¿Se... acabó?

Hugh está irreconocible con la sonrisa amplia. Cualquiera diría que debiera presentarse a las audiciones para el papel del Sombrerero Loco.

—Creo que estamos preparados. Tenemos todo lo que necesitamos. Tú y yo y el camino a casa. En cuanto la instalemos, podremos marcharnos.

«En cuanto la instalemos». Se me revuelve el estómago.

—Qué oportuno —digo, haciendo todo lo posible por ocultar el sentimiento de decepción que me embarga. Miro a los demás para cerciorarme de que no nos están oyendo—. A fin de cuentas, mañana es nuestra boda.

Debo de estar interpretando bien el papel de persona feliz, porque Hugh suelta una risotada y se inclina para darme un beso en la frente. Me quedo inmóvil ante su caricia y busco su mano con los dedos.

—Hasta luego, boda de penalti. Hola, gira de prensa de *La abadía de Northanger*.

Cuando se separa de mí, trago saliva para deshacer el nudo de la garganta.

—¿Y si no funciona?

Hugh me aprieta el hombro a modo de consuelo, malinterpretando, sin duda, el motivo de mi malestar.

—Funcionará —me promete—. Tiene que funcionar.

Me obligo a esbozar la sonrisa radiante de siempre.

—Haremos lo que podamos.

* * *

Aunque hemos traído a George de paseo al pueblo para que gaste algo de energía,

cada vez parece más inquieto y, cuando volvemos a casa, corretea de aquí para allá como un cachorro atolondrado. Al llegar, veo que la tía Fanny y Cecelia ya han hablado, porque están sentadas en la sala de estar y entre ellas reina una renovada sensación de afecto. De hecho, la joven vuelve a sonreír, aunque tiene los ojos rojos. Me detengo en el vestíbulo, muy incómoda cuando cruzamos una mirada, pero ella se limita a asentir y se marcha con dignidad de la estancia. Hugh, igual de alerta cuando se cruza con ella en el umbral de la puerta, entra en el comedor y comienza a desenvolver el paquete. George le pisa los talones, pues se ha dado cuenta de que el envío ha acaparado el cien por cien de la atención de Hugh y eso le parece del todo inadmisible.

—¿Qué hay dentro de esa caja? —le pregunta.

—Es una máquina eléctrica —contesta con paciencia.

—¿Para qué sirve?

—Te da una pequeña descarga en el cuerpo.

—¿Puedo probarla?

—No —dice, tajante—. No puedes tocarla. Te hará daño. Eres muy pequeño para jugar con algo como esto.

—Pero es que yo quiero... —se queja el niño, que se oculta detrás de las gruesas cortinas de terciopelo de la ventana y empieza a gemir como un espectro inquieto —. ¿Por qué no jugamos a los fantasmas mejor?

Hugh suspira, pellizcándose el puente de la nariz. La tía Fanny, que durante todo este tiempo ha estado sentada a la mesa, mirando a Hugh en silencio, enarca una ceja ante la imitación del pequeño detrás de las cortinas y exclama:

—No es el momento para eso. George, si vas a hacer el ridículo, por favor, hazlo en el jardín.

George sale de su escondite y le saca la lengua, enfadado. Yo me adelanto para tomarlo de la mano.

—Iré a jugar contigo al jardín mientras tu hermano sigue ocupado, George. Todavía quedan muchas horas para que termine este día maravilloso.

El niño, mohíno, sale a pisotones del comedor conmigo, pero, por desgracia, el señor Crawford me sigue.

—Señora Bright —murmura—, ¿le importaría que la acompañara a ese paseo por el jardín?

Busco a Hugh con la mirada. La sonrisa irónica que esboza revela que pensamos lo mismo: los dos sospechamos que William tratará de convencerme una vez más de que Hugh no es quien dice ser. ¡Qué manera de desperdiciar mis últimas horas

en la Regencia! Pero por razones de cortesía me veo obligada a tenderle el brazo.

—Faltaría más. Demos un paseo.

Cuando llegamos al jardín, el aroma embriagador de la rosaleda me sienta como un jarro de agua fría y, casi al instante, se me anegan los ojos en lágrimas. La nostalgia amenaza con ahogarme antes de tiempo. Puede que sea la última vez que hagamos todo esto. Jamás volveré a contemplar estas gloriosas rosas.

Me recuerda al último año de vida de mi madre, cuando tratamos de aprovechar al máximo cada segundo que nos quedaba en compañía de la otra, pero sin olvidar en ningún momento que la pérdida inminente se cernía sobre nosotras. Cada día de vacaciones podía ser el último. Cada bocado de helado era agridulce. Todos los días contemplábamos el atardecer en el patio trasero, conscientes de que nada garantizaba que el sol fuera a salir de nuevo a la mañana siguiente.

Entrecierro los ojos, fijos en las rosas, haciendo todo lo posible por pensar en cualquier cosa que no sea mi madre. De pronto, me percato de que ya estamos en otoño, de que, más pronto que tarde, estos pétalos rosados de terciopelo se marchitarán y caerán. En cuestión de unas pocas semanas, este jardín se desnudará y de cubrirá de escarcha. Es injusto que todo lo bello esté destinado a desvanecerse.

Oigo la voz del señor Crawford como si proviniera de muy lejos.

—Señora Bright..., está usted llorando.

Me toco la mejilla y me doy cuenta de que las lágrimas que he tratado de reprimir ahora caen sin freno.

—Supongo que sí —digo con voz ronca.

Tan caballeroso como siempre, me tiende su pañuelo y yo lo acepto. Sé que desconfía de Hugh, pero en el fondo es un buen hombre. Y, a fin de cuentas, nos hemos presentado en este sitio en unas circunstancias de lo menos convencional. Ni el más pequeño pedazo de mi corazón lo culpa por su escepticismo.

—Gracias —le digo.

—Es usted una gran mujer —comenta, tenso—. Me recuerda mucho a Violet.

Lo miro, con las lágrimas nublándome la vista.

—¿Por qué?

—Siempre sacaba lo mejor de cada persona —responde—. Y se entregaba en cuerpo y alma a todo lo que hacía. Al igual que usted. Resulta evidente que se entrega en cuerpo y alma a defender a su prometido.

Reprimo las ganas de poner los ojos en blanco.

—No es difícil defender a Hugh —le digo con dulzura—. Porque mi corazón

sabe que no es la persona que usted cree. Pero no espero que me crea. Tan solo le pido que entienda que no soy una ilusa.

William tensa la mandíbula.

—Señora Bright, embaucó a mi hermana. Le rompió el corazón.

Cierro los ojos y suspiro. No puedo decir nada porque, por supuesto, quiero que Cecelia se recupere, pero sufre por un hombre que ya no está, que jamás volverá a su lado.

—Me temo —prosigue, quitándose el sombrero y poniéndose a juguetear con él — que la única manera de salvar el corazón de Cecelia es volver a unirla con el hombre que se lo partió. —Suelto una risa de incredulidad, pero el señor Crawford no se da cuenta y sigue erre que erre—: Lo cual las pone a ambas en una situación muy desagradable, lo sé. El señor Balfour ha puesto en entredicho la reputación de dos buenas mujeres y las dos se merecen una vida a la altura de su bondad.

Se arrodilla en el camino de grava y se me hace un nudo en el estómago. Estoy mirando a un hombre honrado que se ha postrado ante mí. Hasta el ambiente de este momento es digno de una película basada en la obra de Austen: la neblina de un día gris, el toque de color rojo grosella de su abrigo, la onda elegante de su peinado. La sinceridad que destila su rostro.

Y, sin embargo, no puedo consentirlo. Ni lo más mínimo.

Levanto una mano.

—Por favor, caballero, no haga lo que creo que está a punto de hacer.

Él hace oídos sordos.

—Señora Bright —dice, en voz baja y suplicante—, le ruego que acepte la única solución que las salvará a las dos. Por favor, cásese conmigo. Permita que Balfour se despose con mi hermana y limpie, así, la mancha que su conducta ha dejado en la reputación de Cecelia. Ahora bien, sé que ha llegado a encariñarse con él...

—¡Así es! —interrumpo, con voz ahogada.

—Pero ha de tener en cuenta lo siguiente —prosigue, alzando la voz y tomándome de la mano—: yo sería un marido atento. Todavía no estamos enamorados, no soy tan iluso como para fingir tal cosa, pero podríamos estarlo un día. Desde que falleció Violet, no dejo de decepcionarme a mí mismo. No soy el hombre que quisiera ser. Pero creo que usted podría convertirme en esa persona de nuevo.

Me froto las sienes con los índices, como para aliviar un dolor de cabeza repentino. Ojalá William fuera un pesado, como el señor Collins, un necio, como

John Thorpe, un hombre sin principios, como Willoughby. Sería un gran alivio tener arrodillado ante mí a un hombre al que fuera un gusto rechazar, pero el señor Crawford está lanzando una última propuesta desesperada para salvar el corazón de su hermana. Aun así, por mucho que yo piense que los Crawford son, en el fondo, buenas personas, tengo que cortar de raíz esto.

—Señor Crawford, le agradezco este gesto de cortesía, pero no puedo aceptar su propuesta. Le honra su compromiso con la felicidad de su hermana, pero esta no es forma de hacerla feliz. —Él empieza a tartamudear, pero yo no me detengo—. No quisiera ser cruel, de modo que no le daré falsas esperanzas. Estoy prometida con Hugh y, es más, no deseo separarme de él. —Se suceden en mi mente imágenes fugaces de Hugh, como si estuviera pasando las páginas de uno de mis libros preferidos. Puede que acabemos de empezar, pero ya somos algo. No pienso renunciar a él. Las siguientes palabras son una confesión en presencia del señor Crawford, y no es hasta pronunciarlas cuando yo misma me doy cuenta de que son verdad—: Lo amo.

Me distraigo cuando oigo un crujido en los setos, al tiempo que trato de buscar las palabras adecuadas para suavizar la situación. Siento lástima por Cecelia y su hermano, pero el mal de amores no es más que otra forma de sufrimiento. Y no puedes dar marcha atrás para cambiar la historia. A no ser que ocurra un milagro, claro.

Aprieto la mano de William.

—Lo siento. No es posible.

—Pero esta es la única manera de que todos seamos felices —insiste, con un brillo desquiciado en los ojos—. Esta es la única manera de que salgamos todos ganando.

—No —musito—, eso no sería una victoria. Tan solo un pacto. Y, además, no importa, porque... —Se me entrecorta la respiración; me duele en el corazón nuestra marcha inminente de este lugar. Siento que este hombre se merece saber la verdad. O, cuando menos, algo que se le acerque—... Porque Hugh y yo nos iremos.

El señor Crawford se pone en pie, arrastrando la grava con las botas.

—¿A qué se refiere? Hugh es el heredero de esta propiedad. Este es su hogar.

—No —le corrijo—. Será George quien herede este lugar. Nos cercioraremos de que así sea. Nosotros nos iremos.

—¿Adónde irán? —inquiere, perplejo.

Ahora estoy nerviosa. He dicho demasiado.

—Pues... lejos.

Se oye un chillido en la quietud del jardín.

—¿¡Para siempre!? —George sale de un rosal cercano, con un buen corte sangrante en la frente, como si se hubiera cortado con una de las espinas.

Miro horrorizada al niño, que avanza a pisotones por el camino, sin importarle lo más mínimo la herida, empeñado como está en gritarme a mí:

—¿De verdad que os iréis? ¡No me mientas!

Ay, mierda.

—George —tartamudeo, y pierdo de golpe todas mis dotes para la improvisación.

—¿Cuándo? —chilla el niño—. ¡No quiero que él se marche otra vez! Ahora que está aquí todo es mejor.

Entonces sale disparado hacia la casa con un ataque de rabia incontenible. Yo lo persigo, suplicándole que se detenga, pero el señor Crawford me agarra del brazo y me pide que me quede, que se lo cuente.

—¿Adónde la llevará, señora Bright? Debería saber mejor que nadie que las promesas de los hombres que no son de fiar no valen nada. ¡Piense en la señorita Dixon y el señor Armstrong!

—¡No es nada de eso! —Libero el brazo y vuelvo corriendo a la casa.

—¡Nada le garantiza que, cuando lleguen a su destino, él se quedará a su lado! —me grita el señor Crawford.

Y la verdad terrible que encierran esas palabras resuena en mis oídos. No tengo ninguna garantía. Es un acto de fe.

* * *

Corro detrás de George haciendo crujir a cada paso la grava del jardín. Estoy a punto de resbalar en la alfombra del recibidor de la puerta trasera cuando giro a toda velocidad. El niño entra en el comedor. Yo le piso los talones y se apresura a gritar:

—¡Se marchan! ¡Se marchan! ¡Tienen pensado marcharse!

Noto que toda la sangre abandona mi rostro cuando Hugh se da la vuelta para mirarme. Me encojo de hombros, impotente.

Durante los pocos minutos llenos de paz en los que hemos estado fuera, Hugh ya ha avanzado mucho con la máquina: casi está completa, aunque todavía quedan unas pequeñas piezas por atornillar. Cuando George empieza a tirarle del pantalón, chillando a pleno pulmón, se le cae la hoja con las indicaciones de

montaje al suelo.

Sin perder en absoluto la compostura, la tía Fanny se levanta de la silla junto a la mesa, agarra a George de la oreja y le dice:

—Vete al recibidor. Tengo que hablar con tu hermano.

El pequeño, desmoralizado, se marcha al recibidor. La tía Fanny cierra las puertas dobles con cuidado, y oigo al niño de seis años golpear la madera desde el otro lado con los pequeños puños. Ella se vuelve hacia nosotros con una expresión seria en el semblante, entrelazando los dedos.

—Qué máquina tan interesante tienes. Me sorprende lo mucho que te estás esforzando para montarla como es debido, sobrino. Pero no consigo entender por qué te parece tan importante. Ni siquiera después de hablar con Cecelia y oír lo que sospecha de vosotros dos.

Se me para el corazón. Noto que la lengua se me pega al paladar. Hugh empieza a farfullar, objetando con tanta incoherencia que lo que dice no tiene sentido. Me mira desesperado, confiando, evidentemente, en que a mí se me ocurran las palabras mágicas que nos saquen de este aprieto.

Pero en esta ocasión no se me ocurre nada.

La tía Fanny levanta una mano, interrumpiendo sus balbuceos.

—Dime la verdad. Tú no eres mi sobrino, ¿no es cierto? Eres un impostor.

CAPÍTULO 31



—Eres un impostor —repite la tía Fanny. Está esperando a que respondamos a su acusación, pero no se me ocurre cómo salir de esta.

Es un alivio constatar que por fin he conseguido que Hugh entienda las normas de la improvisación, ya que no intenta negarlo, sino que le sigue la corriente. Se recompone, mira directamente a su compañera de escena, la tía Fanny, y confiesa:

—Sí. Y no sabe cuánto lamentamos todo lo que les hemos hecho pasar.

Ahora la que está atónita es la mujer.

—¿Lo lamentas? Pero, entonces, ¿quién diablos eres tú?

Hugh alza las manos en señal de rendición.

—No me creería si se lo dijera.

—Ponme a prueba —contesta ella—. Porque, desde mi punto de vista, eres idéntico a mi sobrino, pero no eres él. Tienes las orejas de los Balfour, los mismos rizos oscuros que George, la altura inusual de mi sobrino, incluso la misma risa silenciosa que mi hermano.

Hugh le dedica una sonrisa sarcástica.

—Es increíble todo lo que llega a transmitir el código genético de generación en generación.

—No sé qué diantres significa eso —responde la tía Fanny impaciente—, pero, si no eres mi sobrino, entonces, ¿quién eres?

Hugh y yo compartimos una mirada. Esboza una leve sonrisa en las comisuras de la boca. Y con la misma química, cargada de electricidad, que sentí en nuestro primer ensayo del guion —antes de caernos mal, de viajar en el tiempo, de acostarnos—, sé que se va a lanzar. No tenemos otra opción que contar la verdad, por muy descabellado que parezca.

—Me llamo Hugh Balfour —admite, con una voz algo más aguda de lo normal a causa de la ansiedad—, pero no soy su sobrino. O, mejor dicho, sí lo soy, pero con varias generaciones de por medio.

La mujer niega con la cabeza en un gesto casi imperceptible. Abre los labios, sin emitir sonido alguno. Hugh vuelve a tomar la palabra para ayudarla a entenderlo:

—No soy de esta época, tía. He viajado en el tiempo. No naceré hasta dentro de doscientos años.

La mujer suelta una risilla aguda.

—Ridículo —protesta por lo bajo. Pero, entonces, comienza a tambalearse. Me adelanto para sostenerla y llevarla a una silla antes de que le fallen las rodillas—. No me esperaba algo tan rocambolesco —masculla—. Pensaba que tal vez serías un primo tercero que está pasando por un mal momento.

—Pero, entonces..., ¿me cree? —le pregunta Hugh.

Desde la silla, la tía Fanny mira hacia arriba con esos ojos tan de los Balfour; mira hacia mí. Busco en su expresión algún indicio de desconfianza o escepticismo, pero no encuentro ninguno. No se aparta de mí y tampoco muestra interés alguno en tocar la campana y llamar a un sirviente para que nos saque sin perder un segundo de la casa de su hermano. De hecho, vuelve a mirar a Hugh y se estira para darle unas palmadas en la mejilla.

—Querido, desde que llegaste, te has comportado de manera extraña. Se te veía incómodo, no te comportabas como si fueras el heredero de esta casa. Ni siquiera comes animales, de modo que dudo que seas un criminal violento. Además, te he visto con mi hermano: lo tratas con cariño. Aunque no sea tu padre, lo tratas como si lo fuera, y eso es lo único que necesito saber sobre ti.

Me sorprende la intensidad con la que se manifiesta en su rostro el alivio que siente Hugh. Le tiemblan las manos y se sienta al lado de la tía Fanny: los dos parientes se miran en completo silencio, digiriendo la verdad. Es un momento tan íntimo que me vuelvo de espalda para darles tiempo a que lo asimilen.

—Fue un accidente —le cuenta Hugh—. Lo de venir aquí, quiero decir. O tal vez fue el destino. Fue... una descarga de electricidad; nos despertamos en un campo no muy lejos de aquí. Fue una coincidencia que hubiera parientes míos viviendo cerca, y sabía mucho de ustedes. Verá, estudié la familia de mi padre. Nuestra historia.

—¿Cuándo naciste? —le pregunta la tía Fanny.

—En 1996.

Ella tose, como cuando un gato vomita una bola de pelo. No puedo evitar darme la vuelta en ese instante, aunque sea solo para ver su cara de desconcierto. No es nada fácil dejar a Fanny Campbell sin palabras y es divertido cada vez que pasa.

—¿Y cómo es nuestro mundo en esa época? —Levanta las manos, cambiando de idea al momento—. No, no, no me lo digas. Prefiero no saber nada del futuro.

Solo me causará pesadillas.

—Creo que es lo mejor —contesta Hugh, riéndose entre dientes.

—Pero sí que quisiera... —prosigue, tocándole el pecho con un dedo rollizo— enterarme del pasado. ¿Qué fue de mi sobrino? ¿Qué fue del Hugh de verdad?

Qué rápido hemos llegado a la parte más dolorosa. Hugh agacha la cabeza, soltando un suspiro cargado de lamento y alivio a la vez.

—Me temo que sí falleció en Waterloo —dice, tomando las manos de la tía Fanny con dulzura—. Parecerá extraño, pero es todo un alivio contárselo al fin a alguien. Mi tío ha de recuperar su glorioso pasado, la muerte heroica con la que terminó su vida. Mancillar su recuerdo ha sido mi mayor tormento.

La mujer asiente, cerrando los ojos para reprimir las lágrimas.

—Eso me temía, pero, aun así, es duro oír la verdad. En especial porque todo esto significa que Cecelia seguirá sufriendo el resto de su vida.

—Pero también significa —añado yo, agachándome para quedar a la altura de la tía Fanny e interviniendo por primera vez en la conversación— que su sobrino nunca abandonó a Cecelia. Al contrario, creemos que la amaba de corazón.

Hugh me dedica una mirada de agradecimiento. Trato de no sonrojarme; no es el momento. Fanny vuelve a abrir los ojos; se le relaja el rictus a medida que vuelve a recuperar el control de sus emociones.

—Eso es un gran consuelo. Un consuelo que no hemos de pasar por alto. —A continuación, me observa con una mirada astuta.—. Y, entonces, por pura lógica, he de pasar a la siguiente pregunta: ¿quién es la señora Bright?

Lo cierto es que no sé qué responder. ¿Quién es Tess Bright a estas alturas? ¿Debería responder como la Tess Bright que lleva tres años miserables dando tumbos, fracasando y arrastrando un luto? ¿La Tess que era antes de que mi mundo se derrumbara? ¿O la Tess que soy ahora, diferente a las otras dos, en cierta manera más apesadumbrada y sensata, y también más plena por extraño que parezca?

Con dulzura, Hugh responde en mi lugar, con los ojos henchidos de dulzura fijos en mí:

—Ella es... una amiga. Del futuro.

—O tal vez algo más —apunta la tía Fanny. Asiente mirándome—. Sabía que había gato encerrado. Hay mujeres con una personalidad insólita que descubren su fuerza interior a una edad tan temprana como la tuya, pero has demostrado poseer el espíritu de una viuda con el doble de años que tú. Parece que las mujeres, en el lugar de donde venís, se vuelven sensatas antes en la vida.

—Aunque eso sea cierto —le asegura Hugh—, Tess es especial.

Ante los halagos de ambos, siento una mezcla de cariño y asombro. Las lágrimas se me agolpan en los ojos y me lanzo a los brazos de la tía Fanny, que me devuelve el abrazo con una especie de orgullo maternal. Cuando al fin me separo, nos mira a ambos: resulta evidente que sigue pensando que Hugh en sí es un milagro, aunque en realidad no haya resucitado.

—Me siento aliviado —confiesa Hugh—. El engaño es una carga muy pesada, en especial cuando les mientes a las personas a las que amas. Pero la buena noticia es que Tess y yo no entorpeceremos sus vidas ni abusaremos de su hospitalidad durante mucho más tiempo.

La tía Fanny frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Volvemos a casa —anuncia, señalando la máquina medio instalada en la mesa —. Lo que nos trajo aquí fue un accidente eléctrico, de modo que, por lógica, volveremos a casa de la misma manera.

—No seas absurdo —farfulla—. No podéis marcharos.

Siento ganas de gritar: «Tiene razón, Hugh. ¡Has de entenderlo!».

—Claro que sí —insiste, desconcertado—. No tenemos alternativa.

—De ninguna de las maneras —dice la tía Fanny, poniéndose de pie—. Lo prohíbo. Aquí es donde debes estar.

—No —contesta él, levantando la voz para igualarle el tono—. Aquí no es donde debo estar. Mi lugar le corresponde a George. Yo he de vivir dentro de doscientos años.

—¡No seas absurdo! —insiste Fanny—. ¡Has acabado aquí por un motivo! Ya sea obra de Dios o un milagro, has acabado aquí ¡y aquí permanecerás!

Se me acelera el corazón y casi me mareo de la emoción. Esa mujer lo ve como un milagro; ¿por qué Hugh es incapaz de entenderlo de la misma manera?

Él se lleva las manos a la nuca y en su frente late con brío una vena roja.

—En ningún caso nos quedaremos aquí. Tess y yo nos iremos a casa.

—Le romperás el corazón a tu padre. —La antepasada pronuncia estas palabras en voz baja, con un sosiego desconcertante teniendo en cuenta la advertencia que subyace en el mensaje—. Acaba de recuperar a su hijo. Si vuelves a desaparecer, lo matarás.

Hugh se muestra visiblemente emocionado: adiós a la compostura británica. Agarra el borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se vuelven blancos.

—Jamás querría que sucediera tal cosa, tía, pero mi propio padre, el de mi

época, está enfermo. Está perdiendo sus recuerdos. No le queda mucho tiempo. Si no regreso, no tendré la oportunidad de despedirme de él.

Eso deja a la mujer sin palabras. Ahora están de pie en la alfombra a tres metros el uno del otro, como dos duelistas que acaban de efectuar sus mejores disparos y han fallado. Me llevo la mano al estómago, porque siento una náusea al comprender que soy una desalmada: el regreso es mucho más trascendental para Hugh que para mí. Si podemos volver a casa, no debemos desaprovechar la oportunidad. Si el universo quisiera que nos quedásemos aquí para siempre, nos mandaría una señal.

Y es entonces cuando oigo al señor Crawford hablar con George al otro lado de las puertas del comedor.

—¿A qué viene todo esto, pequeño caballero?

Las puertas del comedor se abren de par en par otra vez cuando William hace ademán de entrar, pero George se cuela antes de que el otro tenga la ocasión de dar un paso siquiera. Es un torbellino: se desata un caos de movimiento y sonido, producido por un solo niño. Apenas si tengo tiempo para asimilar la ira incoherente de su rabieta antes de que agarre la base de la máquina eléctrica de la mesa del comedor y la lance con todas sus fuerzas.

Pasa todo a cámara lenta: la máquina choca contra la pared y se oye un estruendo estremecedor. Parte del metal se ha doblado. Me llevo las manos a los labios mientras me quedo mirando el destrozo de lo que era nuestro único salvoconducto para volver a casa.

Todos permanecemos inmóviles, confundidos. Todos salvo George, por supuesto, que se abalanza contra la máquina estropeada y empieza a pisotearla.

—¡Escúchame a mí! —le grita a Hugh, mientras se le caen las lágrimas y los mocos—. ¡Acabas de volver! ¡No puedes marcharte otra vez!

Hugh toma en brazos a George por la cintura y lo sienta en la silla que la tía Fanny ha dejado libre. Tiene la cara colorada, pero, haciéndose el valiente, se esfuerza por guardar la compostura. Dejando a un lado mi opinión, claramente contradictoria en lo referente a volver a casa, yo también siento rabia. George solo es un niño, pero... ¡joder!

—No puedes romper lo que no es tuyo —le dice Hugh, arrodillándose frente a él y agitando un dedo a pocos centímetros de su cara—. No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

Pero George está desatado: no se avergüenza de nada y no teme ningún castigo.

—¡No me importa! —grita—. ¡Prométeme que no te marcharás!

Hugh se reincorpora, ocultando el rostro entres sus grandes manos y soltando un doloroso y lamentable gemido de frustración.

—¡No te puedo prometer algo así! ¡No puedo prometeros algo así a ninguno!

Cruzo la estancia hacia él y le pongo una mano sobre el hombro. Está sufriendo. Quiero aliviar su dolor, aunque no sé cómo.

—Cariño —le susurro, pronunciando esa palabra con toda la emoción posible. A pesar de que estamos rodeados de gente, dejo de fingir el acento británico para que sepa que hablo en serio—. Todo va a ir bien.

—¡No, no es cierto! —me responde, mirándome con ojos frenéticos. Traga saliva, respirando por la boca—. ¡No, no es cierto! Necesitábamos esa máquina, Tess. La necesitábamos para volver. Llevamos semanas esperando a conseguirla, ¡y ahora está rota!

Le aprieto el hombro con más fuerza, poniéndome de puntillas para besarle la mejilla. Y se me escapa un pensamiento intrusivo tan abrumador como música electrónica, un pensamiento que ha estado latiendo detrás de cada uno de mis actos, de cada una de mis intenciones:

—Bueno, tal vez... tal vez esto sea una señal.

—¿Una señal de qué? —gruñe, alzando los ojos llorosos hacia los míos.

—Una señal de que quizá no estamos destinados a marcharnos de este lugar todavía —le digo, y se me quiebra la voz, ansiosa como estoy por que me entienda en estos momentos. Ansiosa por que comprenda que todo irá bien. Que nuestra vida juntos podría transcurrir aquí, en esta época y en este lugar.

—Eso, eso —dice la tía Fanny con voz firme.

El señor Crawford se acerca a ella para preguntar por lo bajo qué está sucediendo, pero nadie le presta atención. Yo tengo la mirada fija en Hugh, que ahora respira con dificultad, como si acabara de correr una maratón.

—¿Has perdido la cabeza? —me pregunta.

Una mano fría se me aferra al corazón. Es como cuando bajas unas escaleras en la oscuridad y te das cuenta de que se oyen otros pasos además de los tuyos. Es como cuando te equivocas. Como cuando caes.

Es como cuando se te rompen los huesos.

Suelto una risa incómoda, superficial, e intento desdecirme. Suavizar mi error.

—No, pero pienso que, tal vez, el universo quiere que nos quedemos aquí por el momento. Por el motivo que sea.

—No le cargues el muerto al universo. ¿Tú quieres quedarte aquí? —es un tono cargado de reproches. A pesar de todas las miradas furiosas que Hugh Balfour me

ha lanzado hasta la fecha, nunca me ha mirado así. Como si yo fuera una traidora.

Vuelvo a reírme, con una versión apática y falsa de mi risa normal que hasta a mí me suena poco convincente. Solo intento calmar las aguas, pero me está saliendo fatal, porque pronuncio las palabras con brusquedad:

—Bueno, quizá no para siempre, pero puede que un poquito más...

—Oh, un poquito más... —Está perdiendo los estribos. Percibo en su tono cierta crueldad y una burla que jamás había visto en él—. ¿Y si ese poquito más acaba siendo para siempre?

—Entonces, podría haber una solución —interviene el señor Crawford, adelantándose con valentía—. Quisiera informarle de que justo acabo de decirle a la señora Bright que podría vivir conmigo. Usted debería desposarse con Cecelia y yo con mucho gusto me casaría con la señora Bright. Es la única vía honrada. Podríamos solucionarlo de esta manera y...

—¡Serás cabrón! —Hugh se abalanza contra él y en un abrir y cerrar de ojos los dos acaban rodando por el suelo. Hugh mide unos doce centímetros más que William Crawford, pero este no parece ser tan incompetente a la hora de pelearse a puñetazos como el señor Armstrong. Le pega dos veces en la cara y yo suelto un chillido al ver que a Hugh se le abre el labio.

—¡Deténganse! —grito, sacándole a William de encima—. ¡Deténganse ya!

La tía Fanny toma las riendas de la situación, agarrándolos a los dos por la oreja y llevándolos a dos rincones opuestos de la habitación, como dos boxeadores entre asalto y asalto. Pero Hugh se niega a seguir con esto: se marcha de la estancia, farfullando palabras como «traidores», «ingratos» y «malvados».

Yo no sé qué hacer, pero por una vez parece que Hugh tampoco. Está dejando que los pies lo lleven adonde sea y lo sigo, suplicándole desesperada que se detenga y hable conmigo. Termina dirigiéndose a la puerta principal y acercándose al borde de la colina en la que se erige Highground, donde se abren unas vistas gloriosas.

No lo alcanzo hasta que llegamos al precipicio, donde ya no tiene escapatoria.

—¡Hugh, detente! ¡No iba a casarme con él!

Se vuelve hacia mí, con la vena de siempre latiéndole en la sien. A estas alturas, debería verla como una vieja amiga, pero más bien me parece una terrible señal.

—No se me ha ocurrido pensarlo ni por un segundo —espeta.

—Entonces, ¿por qué estás tan cabreado? —No he estado tan despeinada como ahora desde que llegamos. Mi melena escapa del recogido característico de la Regencia. Nunca me he sentido tan identificada con la persona que él me acusaba

de ser: Tess la Desastress.

—Dímelo tú —contesta Hugh, tratando de controlar el volumen de su voz en vano—. ¿De verdad quieres quedarte aquí?

—¿Y qué si es así?

—¿Cómo que y qué? ¡Tess, es una locura! ¡No podemos vivir aquí!

—¿Y por qué no? —Se me emborrona la vista a causa de las lágrimas reprimidas —. Hugh, ¿por qué no? El universo nos ha traído aquí por un motivo. Te ha dado una familia. Me ha dado amigos. Nos ha dado un hogar y, por encima de todas las cosas, nos ha unido. Tal vez nuestro destino sea quedarnos. ¿Por qué te parece una locura?

Se desata una tormenta de emociones en el semblante de Hugh.

—Tess, es un disparate porque tenemos que volver a casa. Tenemos que retomar nuestra vida.

—Eso lo dirás por ti.

—¿Cómo?

—Tú sí que tienes una vida esperándote en casa —digo, dejándome llevar por la ira. Todo lo que siento está saliendo a la superficie y no puedo contenerlo más—: Tú tienes una familia que te quiere. Tú tienes una carrera artística con la que te sientes realizado. Yo no tengo nada. Tengo una filmografía que da pena, una reputación profesional que está cayendo en picado y una casa vacía en la que antes vivía mi madre. —Me llevo una mano a la boca para amortiguar mis sollozos, profundos, angustiosos y poco glamurosos—. Así que... ¿qué pasa si quiero quedarme? ¿Qué pasa si todavía no estoy preparada para abandonar este milagro? ¿Este lugar, donde todavía oigo la voz de mi madre, este lugar que me llevó hasta ti...?

Se acerca a mí y por un instante me parece que lo he convencido. La esperanza estalla en mis venas como una droga.

—Tess, me tendrás en el futuro.

Suelto un quejido escéptico.

—Te digo que me tendrás en el futuro —repite—. No voy a dejarte. Pero tengo que volver a casa. Tengo que volver a casa por mi familia.

Habitaciones de hospital impersonales. Frascos de pastillas de color naranja. Los pitidos de los cardiógrafos. Sábanas llenas de sudor. Féretros de caoba. El fuerte olor de las azucenas de las funerarias, el polen nauseabundo. Volver a una casa con todas las luces apagadas.

—Ay, ¿por qué tienes tanta prisa por volver? —Se me quiebra la voz de nuevo.

Los recuerdos me atenazan. Por primera vez en mi vida, más que un ariete descontrolado que arrasa con todo, soy un muro y me estoy derrumbando—. ¿Es que no lo entiendes, Hugh? Te lanzas de cabeza a los peores momentos de toda tu vida. Sé que quieres a tu padre, pero tienes que creerme. Si pudiera darle al pause... Si hubiera alguna manera de no perderla nunca, no la desaprovecharía. Haría lo que fuera para no sentir jamás algo así.

La cara de Hugh ya no está roja de la rabia. Se ha puesto pálido. Y por eso sé que lo he perdido. No le tiembla la voz:

—Si nunca vuelvo a casa, Tess, lo perderé de todos modos, y será como si lo hubiera enterrado. Me convertiré en el hombre que fue demasiado cobarde como para hacer frente a la realidad. Resulta evidente que piensas que todo este accidente te ha acercado a tu madre de nuevo, pero lo siento, eso es insostenible. No estás sanando, te estás escondiendo de la realidad. ¿Quieres una vida que valga la pena vivir, Tess? Pues construye una. Pero no pierdas el tiempo ni me lo hagas perder a mí jugando a las casitas. No puedes tener un futuro conmigo si insistes en anclarte al pasado. Todo lo que te rodea es falso. Está muerto. Lleva muerto doscientos años. Te guste o no.

Inspira aire con dificultad y luego me da la espalda. Yo suelto un sonido patético, como si me estuviera ahogando. Se da la vuelta, preparado para dar el golpe de gracia.

—Si quieres quedarte aquí para siempre, no te lo voy a impedir. ¿Quieres ir a Gretna Green con William Crawford? Adelante. Desperdicia tu vida en esta fantasía Austen que no deja de ser una ilusión. Pero yo me voy a casa.

Y me deja en el precipicio, sola.

CAPÍTULO 32



Paso la noche antes de mi boda llorando sin parar contra la almohada. Lo peor de todo es que sé que es culpa mía, ¡joder! Soy Emma y el señor Knightley me ha cantado las cuarenta con toda la razón del mundo. No. A la mierda. Yo no soy Emma. Esto no es una novela. Soy Theresa Elizabeth Bright, una chica que tiene que madurar de una vez. Y dejar de vivir en una puta fantasía. Y Hugh Balfour no es George Knightley. No es Fitzwilliam Darcy ni, desde luego, tampoco es Henry Tilney. Él es él. Es una persona de carne y hueso a la que he hecho daño. Y lo que más me escuece y me llena de vergüenza es que sé que Hugh no se lo veía venir. Confiaba en mí a ciegas. Se abrió conmigo, se mostró vulnerable. Lo irónico de la situación es que estaba tan absorto en sus propias inseguridades, en el miedo a estropearlo todo, que no se dio cuenta de que la que lo iba a arruinar todo estaba justo a su lado.

Yo.

Empiezo a darme cuenta de que no hay cosas buenas en mi vida porque las rompo. No tengo cuidado con ellas. Eludí mis responsabilidades en *Chuck Brown* hasta que no tuvieron otra alternativa que despedirme. Dejé que las amistades que forjé en el rodaje se deteriorasen hasta romperse. Les exijo demasiado a mis parejas muy pronto y por eso salen corriendo despavoridas. No sé por qué pensaba que esto iba a funcionar. Me estaba engañando a mí misma. Supongo que creía que me había tocado la lotería cósmica. Creía que podría cambiar mi existencia patética y triste del siglo XXI por un final feliz perfecto, digno de una historia de Jane Austen, en el XIX.

Y estaba dispuesta a pisotear el dolor de Hugh para conseguirlo.

Pero él me la devolvió. Me dio donde más duele. La verdad es que se lo agradezco. Me merezco sentir cada pizca de su dolor, por ser tan tan egoísta. Como para no estar furioso conmigo... Arranqué la dulce flor que brotaba entre nosotros y la aplasté. No quiero perderlo, pero temo que ya sea demasiado tarde: al fin sabe quién soy de verdad.

Tenemos que casarnos al mediodía en la iglesia de San Nicolás, en Chawton. Ja.

No va a pasar ni en sueños. No deberíamos haber llegado tan lejos. Deberíamos estar en casa a estas alturas. Ya no sé cuál es el plan. Ni siquiera sé si tenemos uno. Esa es la especialidad de Hugh, siempre ha sido así.

Me parece que toda la casa sabe que hemos tenido una discusión, aunque no creo que sepan por qué o lo seria que ha sido. Justo después de la medianoche, cuando el reloj de pie da la hora, llaman con discreción a la puerta de mi dormitorio. Con los ojos hinchados, me abalanzo contra la puerta, con la esperanza de que sea Hugh quien está al otro lado. Sin embargo, es con Cecelia con quien me encuentro, centelleando de nuevo con ese camisón de color blanco roto. Entra sin que la invite.

—Me ha dado usted unos consejos muy valiosos —me dice, sin preámbulos— y quisiera devolverle el favor. —Me mira fijamente con sus ojos azules—. Sea cual sea el motivo por el que han discutido, supérelo ya.

Me río, confusa.

—No es tan sencillo.

—Oh, sí que lo es —responde—. Los dos están vivos. Los dos gozan de buena salud. Los dos se quieren y no son personas horribles. No está a kilómetros de distancia, sino en el piso de abajo, en la sala de estar. No veo que haya ningún obstáculo insalvable. ¿Sabe qué es duro? Estar de luto por su enamorado. Enterarse por una carta de que lo han abatido. Eso sí que es duro. De algo así una no se recupera. Pero, si quiere estar con una persona y esa persona sigue con vida, encontrará la manera de que funcione. Si es que está dispuesta a esforzarse.

—Pero ¿y si...? —le digo—. ¿Y si lo doy todo y, aun así, no acabamos juntos?

Pone los ojos en blanco y, una vez más, me parece muy moderna y... real con ese gesto tan sencillo.

—Entonces, tendrá que pasar página, ¿no le parece?

Se da la vuelta y hace ademán de marcharse, pero se detiene en el umbral de la puerta lo suficiente para añadir en un hilo de voz apenas perceptible:

—Anoche acabé el libro que me recomendó. Me gustó.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, Cecelia Crawford desaparece de mi cuarto.

Me quito el sombrero ante Jane. Gracias a *Sentido y sensibilidad*, Cecelia y yo al fin nos hemos puesto de acuerdo en algo.

* * *

Aguardo unos minutos después de que se marche Cecelia para decidir qué voy a decirle a Hugh. No creo que improvisar para salir del paso sea la mejor manera de

enfrentarse a algo tan importante como esto. Luego, cuando siento que estoy preparada, inspiro hondo para serenarme, estremeciéndome, y bajo las escaleras. He bajado estos peldaños alfombrados unas cien veces, pero nunca me han intimidado tanto como ahora.

Cecelia dijo que no hay ningún obstáculo insalvable entre Hugh y yo. Puede que tenga razón, pero también es posible que esté muy equivocada. Tal vez yo misma sea un obstáculo insalvable. Porque, a pesar de que él dijo que seguiría a mi lado en el futuro, no sé si creérmelo. No sé si alguien sería capaz de mirarme con todos mis defectos y escoger de verdad estar conmigo. Y es que el problema no es que me vaya a dejar hoy. El amor puede acabarse de un momento a otro. Podemos volver y, dentro de un mes, él puede decidir que yo no encajo en su vida. En vez de arriesgarme a que me rechace, me pregunto si no será mejor ir sobre seguro: perder a Hugh porque yo renuncie a él y no porque él decida dejarme.

Porque, si me deja, se acabó para siempre. No volveré a amar. No volveré a intentarlo. Llevo demasiado tiempo en un limbo. En algún momento se tiene que acabar. ¿Adónde iré después? ¿Volveré a mi habitación para deprimirme en la oscuridad? ¿Leeré la obra de Jane Austen miles de veces más y soñaré con que en mi vida pasada hubo una grandiosa historia de amor? ¿O acaso, cuando mi corazón acabe molido, no tendré siquiera el consuelo de deleitarme con la ficción?

Si voy a él esta noche, lo dejaré todo en sus manos. ¿Es un riesgo que estoy dispuesta a correr? ¿Me fío de él hasta tal punto?

Cuando llego al final de las escaleras, me detengo. Me humedezco los labios secos, preguntándome si debería dar media vuelta. Tal vez todos se equivoquen. Tal vez debería tirar la toalla ahora que estoy herida pero sin sangrar.

Oigo el leve murmullo de unas voces que hablan en susurros en la sala de estar. Como un animal salvaje al que acaba de descubrir un depredador en el bosque, estoy a punto de subir las escaleras corriendo de nuevo. Pero, entonces, cruje la madera cuando el entrañable señor Balfour sale en la silla de ruedas de la sala de estar. Me sorprende que siga despierto: según la tía Fanny, el baile le sentó mal a su delicada salud. Pasó casi todo el día en la cama, ajeno a cualquier drama. Lo que sí sabemos es que la tía Fanny no tiene la menor intención de revelarle la verdadera identidad de Hugh. Si de ella depende, Hugh será el hijo de este hombre hasta el día de su muerte.

El señor Balfour repara en mi presencia; ya es tarde para huir.

—Señora Bright —dice, con un brillo en sus ojos vidriosos—. ¿Le importaría ayudar a un anciano como yo a llegar a su dormitorio? Se ha hecho tarde y estoy

agotado.

—Por supuesto que no —digo en un susurro para que Hugh no se percate de mi presencia desde la sala contigua. Me coloco detrás de la silla y lo llevo por el pasillo hacia la habitación que han preparado para él en la planta baja.

—Querida, no me andaré con rodeos. Sé que ha sido un mal día. —Resulta inquietante lo débil y quebradiza que es la voz del señor Balfour. Hugh me ha comentado que, según sus investigaciones, tan solo vivirá un año más. Resulta evidente que su cuerpo se está rindiendo. No vivirá muchos más días felices como el del baile.

Empujo la puerta de su dormitorio y le tiendo el brazo para que se apoye en mí mientras lo ayudo a meterse en la gran cama con dosel.

—Creerá que soy un necio por haberme agotado de esta manera en el baile anoche. —Se ríe entre dientes mientras se recuesta contra la almohada—. Pero, con lo anciano que soy, sé que he de divertirme siempre que se me presente la ocasión.

Levanto la cabeza, tan sorprendida como avergonzada. Es como si me hubiera leído la mente. Me dedica una sonrisa irónica que me recuerda a la de Hugh. Tal vez lleven la soberbia en los genes.

—¿Cree que el enfermo no se da cuenta de que los jóvenes lloran por él? Lo veo en sus ojos. Pero es un sinsentido. He tenido dos esposas. Las he amado a ambas y las he perdido a ambas. Aun así, estoy agradecido por el tiempo que hemos pasado juntos. Espero que mi familia se sienta de la misma manera cuando fallezca. Alégrese de tener a un ser querido, y cuando muera, alégrese de haberlo tenido.

Se me hace un nudo incómodo en la garganta al oírlo, y sé que, si respondo, hablaré con voz ahogada.

—No sé si seré capaz de tal cosa —admito—. Parece que me cuesta dejar atrás el pasado.

—A todos nos sucede alguna vez —admite el señor Balfour, asintiendo con un gesto que transmite sabiduría—. Pero el futuro también aporta cosas maravillosas. Mire a mi hijo, por ejemplo. Antes siempre tenía prisa. No quería otra cosa que no fuera ver mundo y, llevado por ese deseo, se fue de casa. Pero ahora, con el paso de los años, ha adoptado una actitud nueva, más sobria. Permanece al lado de su familia. Mi hijo nunca ha sido tan atento, nunca se ha preocupado tanto por los demás como durante este último mes. Todo esto es nuevo. Y es encantador.

—Sí —digo, sumida en mis pensamientos. Parece que, a pesar de su semejanza física, Hugh y su tío abuelo tienen temperamentos dispares. El héroe de Waterloo

viajó lejos, pero lo único que quiere Hugh es volver a casa—. Hugh es muy bondadoso.

—Muy bondadoso —repite —. Pero creo que también tiene miedo. Ya no siente pasión por la vida. ¿Qué lo habrá privado de tal cosa, según usted? ¿La guerra? —Extiende la mano, deformada por la edad, para darle unas palmadas a la mía—. Como he dicho, no me quedan muchos días buenos y he de confesar que estoy ansioso por asistir a su boda. Es usted una joven encantadora, señora Bright. Llena de vida. Vida que sospecho que necesita mi hijo.

—No hay nada que yo pueda ofrecerle —confieso, y las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas—. Soy un desastre. Lo estropeo todo. Complico siempre las cosas. No puede confiarme su corazón. A duras penas soy capaz de cuidar del mío.

El señor Balfour me aprieta la mano.

—Querida, nadie sabe cuidar de su corazón. Por eso se lo damos a otros, para que lo protejan.

* * *

Entro en la sala de estar con tanta discreción que, en un primer momento, Hugh no se da cuenta. Está encorvado sobre la mesa de juego, tratando de arreglar la máquina eléctrica a la luz anaranjada de la chimenea.

—¿La has arreglado? —pregunto con un hilo de voz.

Hugh se sobresalta en la silla y se da la vuelta para mirarme. Veo que el susto patente en su rostro se metamorfosea en rencor y, después, en humillación.

—No, no la he arreglado. No puedo arreglarla. —Le tiembla el labio inferior cuando murmura—: No puedo arreglar nada.

Tengo la garganta muy seca cuando digo con voz ronca:

—Quiero disculparme. —Él levanta la cabeza y entrecierra los ojos con recelo —. Lo digo en serio. Sé... sé que la culpa es mía. Fui una desconsiderada y una egoísta. Te sobran motivos para volver a casa y fue una crueldad por mi parte querer, aunque fuera un poco, quedarme aquí. Quiero que veas a tu familia de nuevo, Hugh, de verdad que sí. No pienso impedírtelo. Y siento muchísimo que la máquina esté rota. Te prometo que, aunque sea lo último que haga, encontraré la manera de que vuelvas a ver a tu padre.

Hugh sostiene el atornillador en la mano y me doy cuenta de que la aprieta fuerte al mismo tiempo que tensa la mandíbula. Se me disparan los latidos del corazón mientras espero a que me responda.

—Yo también lo siento mucho —dice al fin—. Hoy no he sido el hombre que

me gustaría ser —pronuncia estas palabras con voz ronca. Con cariño, pero también con pasión. Me doy cuenta de que tiene los ojos rojos y de que hay una botella vacía de brandi tumbada en la mesa de juego, al lado de la máquina eléctrica—. Llevo toda la noche deseando que fuera posible girar las agujas del reloj y volver a esta tarde, antes de que todo se torciera, para rectificar mi conducta.

Las palabras salen de mis labios como una explosión:

—Pero la culpa es mía. Todo lo que has dicho tú es cierto.

Hugh niega con la cabeza, tajante.

—Eso no importa. No, puede que hoy no hayas sacado lo mejor de ti, pero yo tampoco he sacado lo mejor de mí. Todas las veces que he entrado en pánico me has tratado con paciencia. Yo, en cambio, cuando se me presentó la oportunidad de devolverte el favor, te ataqué. No me puedo perdonar por eso. Estuvo mal por mi parte.

—Aun así, alguien tenía que decirme esas cosas —replico—. Y no te culpo si estás enfadado conmigo.

Se le vuelve a tensar un músculo en la mandíbula.

—¡Oh, créeme, lo estoy! —Entonces, se le relajan las facciones—. Pero también estoy enfadado conmigo mismo. El abuelo Balfour...

Enarco una ceja, a modo de interrogación.

—Así lo llamo en mi cabeza —admite avergonzado—. No puedo llamarle «padre». Eso sería una traición. —Asiento y él prosigue—: Ha puesto los puntos sobre las íes; yo ya me sentía culpable, pero él me ha dejado bien claro que me estaba comportando como un gilipollas. —Se encoge de hombros, cohibido—. En otras palabras: ¿Sabes qué? Era más fácil cuando solo me enfadaba contigo. Ahora tengo que dejar un hueco en mi interior para enfadarme conmigo mismo también. A fin de cuentas, sé mejor que nadie que tengo mis defectos. ¿Quién soy yo para exigirle a los demás que no se equivoquen?

Me adentro más en la sala de estar; se me enfrían los pies descalzos en el suelo de madera.

—Has escrito las memorias del señor Balfour. ¿Por qué?

—Porque no había nada de él en los archivos —dice Hugh, cuyos ojos oscuros, a la luz de las llamas de la chimenea, parecen vidriosos—. Solo se mencionaba la fecha de nacimiento y de defunción, y toda su vida la silenciaba el guion escrito entre los números. No me parecía justo. —Claramente, está reprimiendo el llanto —. No nos enteramos de que mi padre estaba perdiendo los recuerdos hasta que

ya era demasiado tarde para ponerlos por escrito. Luego, ya no podía ni hablar, y cuando yo vuelva, quién sabe... No quiero que caiga en el olvido.

Ahora estoy a pocos centímetros de él y lo tomo de la mano, entrelazando nuestros dedos.

—Eso no pasará, Hugh, te lo prometo. El dolor perdura. Los recuerdos perduran. A veces, me gustaría dejarlos atrás. Para que dejen de perseguirme.

—No —dice, con la cara pálida de la sorpresa—. No, no digas eso. —Se inclina para depositar un dulce beso en mi frente. No es un gesto romántico en estas circunstancias: es un gesto de empatía. La bondad de un amigo que detesta verme sufrir. Se me expande el pecho al comprender que, en cierta manera, me ha perdonado—. Somos las dos caras de una moneda —comenta en voz baja, como si estuviera rezando—. Yo tengo el dolor delante de mí; tú, detrás. Si acaso es posible decir que algo así llega a estar por detrás en algún momento. Pero, incluso cuando discutimos, tendría que haberte respetado.

Contengo un leve sollozo. Sé que seguimos conectados: un vínculo profundo, inefable. Hugh apoya la frente contra la mía y así nos quedamos, respirando el aliento del otro. Entonces, se ríe arrepentido, con discreción.

—Y, desde luego, no tendría que haberte dicho que te arrojaras a los brazos de William Crawford. Qué insensatez. ¿Por qué he dicho justo lo opuesto a lo que deseo? Deseo que me escojas a mí.

Frunzo el ceño.

—Y te escojo a ti. Eso nunca se ha puesto en duda. Lo sabes, ¿verdad? La mera idea de aceptar a nadie más es ridícula cuando sé que tú existes. A lo largo de todo el tiempo y el espacio, jamás habrá nadie que pueda competir contigo.

El corazón me aletea atolondrado en el pecho. Porque, si bien Hugh es todo lo que ansío, lo que pueda pasar a continuación sigue resultando aterrador. ¿Y si nos escogemos el uno al otro hoy y, dentro de dos, diez, veinte años, de repente ya no nos queremos? ¿Y si un día Hugh me deja como mi padre dejó a mi madre? ¿Y si su carrera es más exitosa que la mía y le guardo rencor por eso? ¿Y si uno de los dos se enamora de otra persona en un rodaje? ¿Y si me diagnostican un tumor cerebral, muero a los cuarenta y pico y él se queda devastado sin mí? ¿Y si hereda la enfermedad de su padre y acabo sentada junto a su cama mientras veo cómo me va olvidando?

Una vida feliz, al lado de la persona a la que amas, presenta tantas incertidumbres... El amor en sí no basta. Siempre te lo pueden arrebatar. Entiendo, tal vez por primera vez, por qué Hugh siempre lo planea todo. Se aferra

a una vida basada en la lógica pura y dura en un universo caótico. La vida es breve e impredecible, pero, aun así, apostamos por el amor. Apostamos por el amor una y otra vez. Porque si nada está garantizado, ¿no es incluso más importante agarrar el amor con ambas manos cuando lo tienes frente a ti?

CAPÍTULO 33

A primera hora de la mañana, nos reunimos con la tía Fanny y con George en la mesa del desayuno. Deduzco que los Balfour llevan en los genes la costumbre de madrugar.

Hugh despliega un montón de papeles sobre la superficie reluciente de la mesa para que la tía Fanny los mire.

—¿Qué es esto? —pregunta, estudiando la elegante caligrafía.

—Son las memorias que he escrito de... —Lanza una mirada a George y piensa bien lo que va a decir—: De nuestro padre.

La mujer asiente. Entonces, él le pasa una carta sellada.

—Y esto también es para él. Pero no se lo entregue hasta que me marche.

George levanta la cabeza de golpe, gimoteando como un gatito malherido. Por instinto, le pongo una mano en el hombro para calmarlo. Se separa, pero no dice nada. Fanny se cruza de brazos, mirando a Hugh con total desaprobación.

—¿Estáis decididos a marcharos, entonces?

Él asiente.

—En cuanto sea posible. La máquina está rota y no sé arreglarla, de modo que supongo que tendremos que esperar hasta adquirir otra. Pero cuando llegue el momento mi padre no se angustiará. En la carta le cuento que Tess y yo nos iremos de luna de miel por el Continente durante una larga temporada. Que volveremos dentro de un año.

Cierro los ojos, comprendiendo el plan de Hugh. Dentro de un año, el señor Balfour habrá fallecido en un pacífico sueño. Hasta entonces, aguardará con alegría el regreso de su hijo, sin sufrir por él. Sin llorar por él. Mirando esperanzado hacia el futuro.

—Anoche me dijo que necesito recuperar mi espíritu aventurero —añade Hugh —. Creo que, en cierta manera, le parecerá bien.

—¿Por qué te tienes que marchar? —protesta George, con los ojos abiertos como platos.

Hugh le revuelve los rizos oscuros con cariño.

—Un día, Georgie, tendrás una vida maravillosa. Formarás una gran familia, con muchos hijos y nietos. Pero, para formar esa gran familia, necesitarás esta casa. De modo que te la daré a ti.

Las lágrimas se agolpan en los ojos del pequeño.

—Te vas porque estás enfadado conmigo, ¿a que sí? Te pido perdón por romper tu máquina. ¿Ahora te quedarás?

Me llevo la mano a los labios, reprimiendo un mar de lágrimas como el de George. Hugh se arrodilla a su altura y lo agarra por los hombros. Le habla con gran firmeza, con esa dignidad maravillosa que lo convirtió en una estrella de cine:

—George, no estoy enfadado contigo ni jamás lo he estado. Te quiero como hermano y me importas mucho. Eso nunca cambiará.

Por desgracia, George no deja de resollar. El intento de calmarlo no surte mucho efecto en un niño pequeño, con una capacidad de raciocinio limitada. Cruzo una mirada con Hugh —otra vez somos pareja de escena— y levanto el mentón señalando a George. Y sus ojos se iluminan cuando comprende lo que le quiero decir.

—La verdad, Georgie —le cuenta. inclinándose hacia él con cierta complicidad —, es que me han pedido que emprenda una misión peligrosa en nombre de la Corona. —El niño levanta el rostro mientras lo contempla en busca de algún indicio de que esté mintiendo. Hugh se mantiene serio—. Tengo que volver a Francia porque me han confiado la tarea de abatir al mismísimo Napoleón.

El niño, entusiasmado, inspira aire por la boca, formando con los labios una o perfecta.

—Por eso estaré tanto tiempo fuera —prosigue Hugh—, porque no puedo regresar hasta que esté muerto y lo protege una gran escolta. Y le he pedido a Tess que me acompañe, porque los franceses subestiman a las mujeres. Es mi compañera y, si trabajamos codo con codo, creo que conseguiremos cumplir la misión.

George asiente animado, emitiendo sonidos incoherentes de orgullo y alegría que le hacen parecerse a un gallo cacareando. Siento que se me derrite el corazón. Me encanta este niño tan raro... y me encanta Hugh Balfour. Este se pone en pie, volviendo a dirigirse en la tía Fanny, que ha contemplado la escena con un silencioso gesto de aprobación no desprovisto de resentimiento.

—Una última cuestión a propósito de las memorias.

—¿Sí?

—¿Podríamos esconderlas en algún lugar de la casa, donde no se vayan a descubrir hasta dentro de doscientos años?

—¿Y por qué diantres haríamos tal cosa?

—Porque nunca las he visto en el futuro —le dice, inclinándose para que solo ella y yo lo oigamos. George ha saltado de la silla y se ha puesto a corretear alrededor de la mesa del comedor, llamándole de todo a Napoleón—. Lo cual quiere decir que se han perdido con el paso de los años o que están tan bien ocultas y siguen intactas en un lugar seguro. Espero que sea lo segundo.

George choca contra mí con tanta fuerza que casi pierdo el equilibrio y, entonces, me tira con entusiasmo de la falda.

—¿Qué cuchicheáis ahora?

—El rey le ha pedido a tu hermano que oculte unos secretos de Estado —miente Fanny, con total naturalidad—. ¿Hay algún escondite en el que te guste guardar cosas, Georgie?

Este asiente, orgulloso.

—Una de las tablas de madera de mi habitación está suelta. Una vez coloqué ahí un ratón muerto y pasaron semanas hasta que lo encontraron. Es que empezó a oler.

Me cubro la boca con la mano para contener la risa, Hugh se pellizca el puente de la nariz y la tía Fanny suspira.

—Nos servirá.

CAPÍTULO 34



Empieza a lloviznar cuando todos en la casa se preparan para acudir a la iglesia de San Nicolás, en Chawton. Llevo puesto un elegante vestido blanco, más por casualidad que por tradición —recuerdo haber leído en algún lado que fue la reina Victoria quien popularizó que las novias vistan de blanco—. Sobre el vestido, me he abrochado el abrigo de viaje azul claro y la capota que me entregaron en el rodaje de *La abadía de Northanger*. Los trajes de Katie siguen intactos. Un trabajo fenomenal, la verdad sea dicha.

Hugh, el señor Balfour, George y el señor Crawford parten en un carruaje primero. Tan solo espero que no haya más episodios de violencia entre esos dos hombres, tan nobles como ridículos. La tía Fanny, Cecelia y yo viajamos juntas en el segundo carruaje.

—¿Te encuentras bien, querida? —pregunta la tía Fanny.

—Seguro que estoy muy pálida —admito.

—No está sonrojada como de costumbre —comenta Cecelia, atrapando un hilo suelto de su capa.

Me siento inquieta. No paro de pensar en que escoger a Hugh ha sido la decisión más fácil que he tomado en la vida. Lo amo. Es tan sencillo... Debería estar feliz, pero, en realidad, me siento culpable. Porque él no me está eligiendo a mí. En realidad, no. Está eligiendo protegerme en una sociedad que, de otro modo, me consideraría mercancía dañada. Y, en muchos sentidos, no les faltaría razón. Estoy muy dañada.

Ansío volver a abrazarlo, hacer desaparecer todos los problemas de ayer con un «Sí, quiero» a pleno pulmón. Quiero borrar de un plumazo los errores que hemos cometido y empezar de cero, con un futuro radiante, hermoso, que todavía no haya manchado con ningún descuido. Pero mientras contemplo la campiña inglesa teñida de gris y las gotas de lluvia repiquetean sobre el carruaje como disparos, comprendo que cometer errores es inevitable.

Porque... yo soy así. Soy la romántica empedernida y caótica en la que me ha convertido mi madre. Nunca pararé de llorar, ya sea de felicidad o de pena. Nunca

dejaré de olvidarme anillos en las mesas de las cafeterías. Nunca dejaré de ser sensible, imprudente y persistente, digan lo que digan, moleste a quien moleste. Y, a veces, él tendrá que levantarme cuando me haga daño y me rompa, aunque sea culpa mía. ¿Lo superaremos? Sé que puedo llegar a ser muy cansina. Sé que toda persona adulta acaba arrepintiéndose de muchas cosas, pero yo no quiero que él se arrepienta de estar conmigo.

Nos detenemos frente a la sencilla iglesia rural, un edificio encantador con una torre gótica y un tejado de color rojo. Cecelia estalla en una carcajada de la que no la creía capaz cuando la tía Fanny y yo subimos corriendo las escaleras y nos resguardamos de la lluvia. Suena un órgano. Nuestros invitados ya han entrado. Tan solo falta la novia. Cecelia y la tía Fanny entran a la iglesia y la mayor me guiña el ojo:

—A por él, querida.

Un monaguillo —u otro ayudante de la iglesia; no estoy segura— toma mi abrigo y mi capota y me entrega un ramillete sencillo. Me tiemblan tanto las manos que cae un pétalo de una de las margaritas. «Me quiere. No me quiere».

Se oye un trueno fuera de la iglesia; se está formando una tormenta.

Y es entonces cuando sé lo que tengo que hacer. Miro fijamente al niño que se ha quedado con mi abrigo.

—Tú quédate aquí. Ahora mismo vuelvo.

Corro a toda velocidad por el pasillo. Con mi estúpido corazón atolondrado en la garganta. Con lágrimas ardientes que caen por mis mejillas. No porque no lo quiera, sino porque lo quiero tanto que necesito liberarlo. Para que así me escoja libremente.

Reparo en que los bancos del fondo están vacíos mientras corro hacia el hombre en el altar. Veo a los Goddard, los Dixon, el coronel y Kitty y... ¡madre mía!, ¿no son Jane y Cassandra Austen las que están ahí atrás? No, no puedo prestarles atención. Tengo que concentrarme en romperme el corazón. Una herida limpia. Una que pueda curarse en un solo día.

Llego hasta Hugh, que permanece ahí de pie con un reluciente sombrero y un traje de color gris oscuro. Nunca me ha parecido tan arrebatadoramente apuesto, tal vez ayuda esa adorable expresión de asombro que siempre tiene cuando me mira. El reverendo toma la palabra, pero no le hago caso: me abalanzo contra la boca de Hugh Balfour, rodeándole el cuello con los brazos. Se inclina hacia mí, en una reacción instintiva. Siento que se me descongelan los dedos al tiempo que le acaricio la mejilla, avivando una sensación de calor entre nosotros que incendia mi

piel.

Los aspavientos escandalizados de los invitados son los que nos separan. Absorta en el beso, se me ha caído el ramillete al suelo de mármol.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta Hugh, respirando con dificultad.

—Tómatelo como una disculpa —le digo.

—¿Por qué te disculpas esta vez? —se ríe entre dientes.

—Por no casarme contigo.

Se le descomponen las facciones.

—¿¡Cómo!?

—Me has dicho que querías que te eligiera. Pues bien, yo también quiero que me elijas a mí.

Hugh me agarra de las muñecas, desesperado, deslizando el pulgar, persuasivo, por mi arteria sensible.

—Y te elijo a ti.

—No puedes —le digo—. En este sitio, no. No pienso permitir que te encadenes a mí porque tienes un mínimo de decencia y honradez. Porque, te guste o no, voy a acabar desquiciándote. Y quiero que te entregues a mí consciente de lo que haces.

Le doy un beso en la mejilla con fuerza, notando la suavidad de la piel recién afeitada.

—Ven a por mí. Elígeme. Cuida de mi corazón, que yo cuidaré del tuyo.

Y, tras decir eso, bajo a trompicones los peldaños del altar, levantando la falda de corte imperio para volver a recorrer el pasillo a toda velocidad. Cuando empiezo a correr, lanzo una mirada hacia atrás para ver qué está haciendo Hugh, y veo que el señor Crawford se levanta de un brinco de su asiento junto a Cecelia, en primera fila.

—¿Crees que debería ir tras ella? —le pregunta en voz muy alta.

Hugh señala a Crawford con un dedo amenazante.

—No si valoras tu vida.

Esbozando una pequeña sonrisa, acelero, pero tropiezo con alguien que me bloquea el paso en el pasillo. Dos manos me agarran con una fuerza sorprendente, para que no me caiga, y acabo con la mirada fija en las gafas de nada más y nada menos que Jane Austen.

Me habla en voz baja y brusca:

—Piense bien lo que está haciendo, señora Bright. Dejar plantado a un hombre en el altar puede arruinar a una mujer el resto de su vida. Yo misma rompí un

compromiso en mis tiempos mozos, pues antepuse la pluma al anillo de boda. Sin embargo, a veces el arrepentimiento nubla mis días y me resulta imposible decidir si fue la decisión acertada.

Mi corazón acelerado se expande de pura alegría al escuchar a Jane Austen hablándome con el tono sabio y persuasivo de una hermana mayor, pero sé muy bien lo que estoy haciendo, de modo que, sin pensármelo, le rodeo el cuello con los brazos y la estrecho con fuerza hasta notar el recuerdo de mi madre en el gesto. Jane suelta un leve jadeo por la sorpresa, pero no se aparta.

—Gracias —le digo—. Ha de saber que tomó la decisión acertada. Ha de saber que sus palabras nos han cambiado la vida: a mí, a mi madre, a tantas otras mujeres. Será recordada de generación en generación, nos hablará a todas a lo largo de los siglos con voz de amiga. Gracias por inventar un mundo dulce que nos consuele. Gracias por ayudarnos a soñar. Gracias por Catherine Morland. Gracias por traerme hasta aquí para hacer lo que estoy haciendo. Sabía que tenía que haber una razón.

Y, tras decir esto, dejo de achuchar a Jane Austen, que se queda rígida y desconcertada en el pasillo.

—¿Dónde ha oído hablar usted de Catherine Morland? —grita a mis espaldas —. ¡Ese manuscrito ni siquiera se ha publicado todavía!

Yo sigo corriendo. No tengo tiempo para responder. La tormenta está descargando fuera de la iglesia y, si termina antes de que llegue adonde tengo que ir, las consecuencias serán catastróficas. Irrumpo en el vestíbulo del edificio, donde recupero mi abrigo y la capota de manos del monaguillo, y me preparo para robar un caballo.

CAPÍTULO 35



No soy una amazona hábil. No es mi punto fuerte. Pero cabalgo a galope, inclinándome sobre la crin del caballo que he robado, hasta que llego a la explanada elevada a la que nos teletransportamos Hugh y yo cuando llegamos a este lugar. Los relámpagos estallan, amenazantes, sobre mi cabeza..., y eso es justo lo que quiero. Sin contar Highground, este es el sitio de Hampshire de todos los que he visto que más cerca está del cielo.

Hugh me sigue, como sabía que haría. En el momento de la verdad, lo vi todo claro: sabía que, si echaba a correr, él me seguiría. Me escogería. Y al traerlo hasta aquí, bajo este cielo relampagueante, bajo estas nubes negras, espero haber escogido lo mejor para él.

Puede que yo no sea buena amazona, pero Hugh Balfour, sin duda alguna, es un buen jinete. Sube la gran colina a caballo como todo un héroe romántico. Se apea y me toma en sus brazos. Yo estoy empapada, igual que él. Ni cobijándonos en brazos del otro conseguiremos librarnos de esta sensación de frío. Mi pelo suelto cae mojado por la espalda y, apurado como está por besarme, me tuerce la capota. El diluvio también ha estropeado su sombrero. Estamos despeinados y desaliñados, pero al menos estamos despeinados y desaliñados juntos.

—Has venido —digo, cuando nos separamos para tomar aire.

—Por supuesto que sí, loca. —Se ríe—. Somos un equipo. —Entonces, como si no pudiera contenerse ni un segundo más, añade—: Por no decir que estoy enamorado de ti hasta las trancas.

Me pongo de puntillas para apoyar la frente contra la suya. Mi respuesta entra en sus labios y un aire frío nos rodea en mitad de la confesión:

—Te amo más de lo que me creía capaz de amar. Pensaba que me había enamorado muchas veces, pero ahora veo que no eran más que caprichos. Después pasó esa cosa tan terrible y llegué a pensar que jamás volvería a ser capaz de amar de ninguna manera.

—Es imposible —replica—. Es imposible que Tess Bright, con un corazón tan abierto y tan grande, no sea capaz de amar. Todo lo que haces me demuestra lo

mucho que amas el mundo.

Derramo lágrimas de felicidad que se entremezclan con la lluvia. Lo beso de nuevo y me pregunto si mis labios sabrán a sal.

—Te quiero. Te quiero muchísimo y quiero estar contigo, estés donde necesites estar. No quiero el pasado. Quiero un futuro contigo.

Hugh asiente, cubriéndome las orejas con las manos, como si quisiera que entraran en calor.

—Conseguiremos volver al futuro. O... o... tal vez no. Lo intentaremos, pero, si no somos capaces, eso no será un impedimento para que tengamos una vida espectacular juntos, ¿de acuerdo? —Se aclara la garganta y grita por encima del estruendo de la tormenta—: Has tenido razón desde el principio. Sí que había un motivo. A no ser que el universo sea puro azar, desordenado y caótico, sin el menor atisbo de orden y lógica, lo cual me niego a aceptar, tenía que haber una razón para que hayamos acabado aquí. Creo que la razón era encontrarnos, amarnos y construir un hogar. Donde sea y cuando sea.

Asiento, temblando de la emoción y del frío y del deseo de entregarme a él de nuevo.

—¿Qué demonios? —añade Hugh—. Nosotros tenemos dos caballos y la tía Fanny, nuestra carta de despedida. Te llevaré a Gretna Green ahora mismo. Nos casaremos en un santiamén, sucios como estamos, montando un escándalo que esté a nuestra altura.

Me echo a reír, besándolo de nuevo, en parte porque le estoy agradecida, pero también porque soy incapaz de parar.

—Solo quiero avisarte de que va a ser difícil —le advierto—. Te quiero muchísimo, pero soy un desastre.

Sonríe, acariciándome la mejilla.

—Oh, amor mío. En el caos está lo bueno.

Y es entonces cuando el cielo se abre con un rayo ardiente. Pasa demasiado rápido como para que lo veamos caer sobre nosotros. Mis labios están sobre los suyos, mis brazos en torno a sus hombros, sus manos se aferran a mi cintura, cuando noto que se le eriza el pelo de la nuca.

* * *

Se oye el griterío estridente del equipo de producción, pero Hugh y yo no le prestamos la menor atención. Seguimos abrazados: sus dedos fríos me acarician el cuello, mis caderas se ciñen contra su cuerpo. Sé que sigue con vida porque noto

su respiración en la boca, en los pulmones, y que siga con vida es lo único que importa. No sé cuánto tiempo pasa hasta que Dominic, el director, quejándose de que nos ha sorprendido la peor tormenta del mundo, me separa de él. Katie, la encargada del departamento de vestuario que me asignaron, me saca de la tierra enlodada, lamentando el desastre en el abrigo azul claro.

—¿Se os ha ido la puta cabeza? —suelta Dominic, con la cara colorada del susto —. ¿Os ha fundido el cerebro la descarga? ¿O es que os habéis olvidado de que os odiáis a más no poder?

Busco los ojos centelleantes, llenos de vida, de Hugh, y cuando cruzamos la mirada, echa la cabeza hacia atrás y suelta una risa tan franca como desinhibida. Katie sigue tratando de limpiar parte del barro de mi falda, mascullando que esto tiene que ser una pesadilla.

—Oh, no —canturreo, dirigiéndome a Dominic—. Ya verás que Hugh y yo nos queremos mucho.

—Es más —anuncia Hugh en voz alta, para que todo el equipo lo oiga por encima de la tormenta y de la lluvia—, me estoy planteando pedirle a la señorita Bright que se case conmigo.

@Variety: *Reseña de La abadía de Northanger: Esta animada obra de Austen, menos conocida que las demás, ha alcanzado su máximo esplendor gracias a la química electrificante de la pareja protagonista.*

@LaAbadiaDeNorthangerOficial: 🗲🗲🗲🗲

@ LaLocaDeLaTortilla: *Seré la única q lo piensa, pero, sí, SIGO DICIENDO q la cara de Tess Bright es demasiado moderna, pero, madre mía, el contacto visual entre ella y Hugh Balfour es sexo puro y duro.*

@Mitad_Agonia: *No me gusta nada tener que admitir que me equivocaba, pero... La abadía de Northanger no tenía derecho de ser así de espectacular. Estoy devastada, y para consolarme tendré que verla cuatro veces seguidas.*

@RosingsParkour: *Por qué he visto el cielo cuando Catherine Morland le ajustó el pañuelo del cuello a Henry Tilney??? Sí, se lo puso en su sitio, pero NO ME DIGAS que no quería arrancárselo.*

@People: *Se ha visto a Hugh Balfour y Tess Bright de la mano saliendo de una cafetería cerca de la casa familiar de los Balfour en Crouch End,*

Londres.

@PageSix: *«Resuelve el misterio: ¿qué coestrellas se han casado en Gretna Green, Escocia, después de que terminara el rodaje de la película?*

EPÍLOGO

Nos casamos en Gretna Green, que, por desgracia, ha dejado de ser la versión británica de las bodas exprés en Las Vegas. Hoy en día, tienes que solicitar la licencia matrimonial con un mínimo de veintinueve días de antelación. ¡Han acabado con toda la espontaneidad! Pero al final eso no supone un problema. Mi prometido —¡qué palabrita!—, que es muy organizado, gestiona los papeles con tiempo de sobra. Nos escabullimos a Gretna Green en cuanto termina el rodaje y nos casamos con discreción y en privado. Esperamos de corazón que la noticia tarde en salir a la luz y que la boda siga siendo nuestro pequeño secreto, al menos hasta la gira de prensa de *La abadía de Northanger*. Lo que pasa en Escocia se queda en Escocia...

Pero no nos vamos de luna de miel. Al menos, no enseguida. Volvemos a casa, a Londres. A nuestra casa. Una casa que nunca he visto, pero que es mía. Porque es la suya. Y ahora lo compartimos todo, como un equipo de verdad.

Me presenta al resto de la familia. Me inquieta, al principio, no causarles buena impresión, pero a Hugh no le preocupa:

—Ya te ganaste el amor de mi familia en el pasado. Esta solo es otra rama del árbol genealógico.

Sería difícil exagerar lo desconcertada que se queda la hermana de Hugh cuando se entera de que el estricto de su hermano se ha casado, parece ser, en un arrebato. Pero, por otro lado, Florence parece alegrarse por ese mismo motivo. Se abalanza contra mí, abrazándome con mucha fuerza, y me siento como un globo de cumpleaños a punto de estallar.

—Ay, menos mal que no se casó con una aburrida.

Veo que, después de tantas generaciones, Georgie sigue dejando huella.

Al señor Balfour le lleva más tiempo encariñarse conmigo, pero no me importa tener que ganarme su confianza. Empiezo echando una mano en la casa de Crouch End, para que Hugh disponga de todo el tiempo posible con su padre. Veo que él y su familia tienen la costumbre de sentarse en torno a la cama de su padre para leerle en voz alta, ya sea sus novelas favoritas o incluso antiguos

guiones de su carrera. Contarle una historia a un ser querido que está enfermo no dejará jamás de ser un acto de amor, pasen los siglos que pasen.

Creo que para Hugh es muy importante presentarme como su esposa a su padre, aunque el señor Balfour pronto se olvida de la noticia. Aun así, por este mismo motivo le sacamos una sonrisa cada vez que hablamos del asunto, porque para él es como si se enterara por primera vez, en cada nueva mención, de una sorpresa tan maravillosa como esta.

Después de pasar cuatro buenas semanas intimando con la familia, cediendo así a la insistencia de Floss y del señor Balfour, Hugh y yo nos marchamos de Londres y nos vamos de luna de miel. ¿Adónde vamos a ir si no? A Hampshire.

Reservamos una habitación en el Hotel Highground, y, puesto que saben que era la casa de los antepasados de Hugh, se ofrecen a ayudarnos a identificar el dormitorio de su tataratataratatarabuelo. La habitación ya no parece un cuarto infantil. No parece en absoluto un dormitorio de la Regencia —cambiaron la decoración de todo el hotel en los años veinte—. Pero las tablas del suelo siguen siendo las mismas.

Por desgracia para la factura que tenemos que pagar al marcharnos, necesitamos dos intentos para encontrar la tabla suelta que buscamos. Pero, cuando levantamos la madera con el borde de un martillo que hemos metido en la maleta para la ocasión, ahí están, sepultadas bajo doscientos años de polvo: las memorias completas de Edward Balfour, escritas por Hugh de su puño y letra.

—Me equivoqué —me dice en voz baja—. Me equivoqué, Tess.

Apoyo el mentón en su hombro, abrazándolo por la cintura.

—Claro que sí, cariño. Pero ¿a qué equivocación te refieres?

Hugh se ríe entre dientes, sin perder la seriedad, mientras examina maravillado los papeles. Son delicados, muy finos y, con el paso del tiempo, han ido adquiriendo una tonalidad marrón. Pero existen.

—Te dije que el pasado estaba muerto —murmura—. Pero no está muerto.

—Ni siquiera es el pasado.

Hugh me mira, algo sorprendido.

—Oh, te sorprende que sepa esa frase, ¿no? —le pregunto, clavándole el dedo en las costillas—. ¿No seguirás pensando que soy analfabeta, después de todos estos meses?

—Normalmente, citas frases de Austen, no de Faulkner —bromea, inclinándose para darme un beso.

—No seas bobo —le digo, mordisqueándole el lóbulo de la oreja—, que es una

frase del príncipe Harry.

Hugh gruñe, dejándose caer en nuestra cama con dosel, exasperado.

—¡Tendría que haberlo visto venir! ¡Siempre me la cuelas!

Suelto una risa, al tiempo que me siento a horcajadas sobre él, inmovilizándolo sobre el colchón —tengo cuidado de no tocar el montón de papeles muy delicados que sostiene en la mano derecha—. Me inclino hacia él y mi pelo negro cae sobre su rostro.

—Pero ¿me quieres igual?

Cierra los ojos, como si se lo estuviera pensando, pero lo traiciona la mano que tiene libre, que se desliza hacia mi muslo.

—Eh..., sí. Creo que sí.

—¿Me quieres más cada día que pasa?

—Cada segundo —promete.

Apoyo la frente contra la suya y le doy un beso rápido en la nariz.

—Te lo llevo diciendo desde el principio: no te vas a librar de mí.

Me dedica esa sonrisa tonta que solo esboza cuando rozamos el éxtasis.

—Acérquese más, señora Bright.

AGRADECIMIENTOS

Imagino que escribir cartas debía de ser el pasatiempo preferido de toda mujer de la Regencia. Si no tenías un teléfono móvil con el que demostrarles a tus amigos y familia que no dejabas de pensar en ellos, lo más natural sería pasar horas cada día escribiendo. Tomaos estos agradecimientos como una carta de amor que os escribo a todos vosotros.

A mamá, a papá y a Kathy: sois mis tres personas favoritas en todo el mundo. Es un regalo escribir unos agradecimientos como estos, ya que es otra oportunidad más de expresar en palabras lo mucho que os quiero. Saltaos el capítulo 27, por favor.

A Brigitte Dale, mi editora: preparar este libro contigo ha sido un sueño hecho realidad. Te estoy muy agradecida de que hayas visto su potencial y ha sido divertidísimo trabajar juntas para sacar lo mejor de la historia de Tess y Hugh. Gracias por quererlos tanto como yo.

A Laurel Symonds, por apuntarte a otra aventura conmigo. También quisiera darles las gracias a Maria Napolitano, de KT Literary, y a Mary Pender, por conseguir que tantas y tantas lectoras apasionadas encuentren este libro.

A toda mi familia y, en especial, a mi abuela Madeline. Gracias por tu cariño y tu bondad y por dar permiso para que tomara prestado tu nombre. Este libro es también un homenaje a mi otra abuela, Tess. Por desgracia, no pude pasar todo el tiempo que hubiera deseado con ella, pero fue quien crio a mi maravillosa madre y eso es todo lo que necesito saber.

Al resto de mi familia lejana, os hago una reverencia y os doy las gracias de corazón.

A mi grupo de amigas, que no para de crecer: espero que tengáis claro que sois mi vida. A las íntimas que ya he nombrado en otros agradecimientos: ídem, ídem, ídem, hasta el fin de los tiempos —sé que os morís de curiosidad de leer el capítulo 27, pillinas—. Quiero hacer una mención especial, entre mis amigas, a las amantes más empedernidas de las historias de amor: Joanna, Alyssa y, en especial, Jennifer..., que una vez se leyó la contracubierta de todos los libros en venta en The

Ripped Bodice, librería especializada en literatura romántica; un recuerdo que se me ha grabado a fuego.

Al equipo de St. Martin's Griffin y Macmillan en general: Anne Marie Tallberg, Erica Martirano, Althea Mignone, Kelly South, Jonathan Bush, Meryl Levavi, Kim Ludlam y Ginny Perrin. Sé mejor que la mayoría de la gente el esfuerzo hercúleo que hay que hacer para que un libro sea un éxito. Por todos los correos electrónicos que habéis enviado, por todas las erratas que habéis detectado, por todas las reuniones que han saturado vuestros calendarios en Google: gracias, espero que os peguéis unas buenas vacaciones.

También quisiera dar las gracias, con todo el entusiasmo del mundo, a todas esas personas tan buenas y generosas que invirtieron tiempo y energía en reseñar el libro: Emma Lord, Alexandra Vasti, Clare Gilmore, Trish Doller y Tiffany Schmidt. Además, estoy profundamente agradecida a mis primeras lectoras por darme opiniones tan esclarecedoras sobre este libro: Elle Tesch y Aashna Avachat.

Por último, imagino que debería darle las gracias al ídolo: Jane Austen. ¿Qué sería de todas nosotras, románticas empedernidas, sin ti?

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com